

C  
3575

B.P. de Soria



61080761

C 3575



225

70  
—  
1.11

6. 9072

BIBLIOTECA CALLEJA  
SEGUNDA SERIE

*[Handwritten signature]*





LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

BERKELEY, CALIF.

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

1950

R.3072

MONTESQUIEU

# CARTAS PERSAS

TRADUCIDAS POR

J. MARCHENA



MCMXXV

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.  
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

1948801

ALDUS S. A., ARTES GRÁFICAS, SANTANDER

SON las *Cartas persas* de Montesquieu, publicadas sin nombre de autor en Amsterdam en 1721 y profusamente reimpresas desde su aparición, uno de los libros típicos del siglo XVIII. En ellas se llama a capítulo a toda la sociedad francesa, examinando sus costumbres, inclinaciones y vicios en tono de burla y frivolidad que no llega a encubrir la grave censura del fondo; la idea política y la intriga novelesca dan a la sátira sus armas desiguales. El autor habla a sus contemporáneos con la ligereza y la libertad que para decir verdades le proporciona un entonado carnaval, al que acude vestido a la moda de oriente. La misma elección de disfraz es un signo de los tiempos. Gustan a la sazón los relatos de viajes; despiértase la curiosidad por los países exóticos; Galland acaba de traducir las *Mil y una noches*; el arte mismo empieza a recoger algunos reflejos orientales. Pero el artificio se descubre pronto; al autor, vistase como quiera, se delata en las agudas y exactas pinturas de los usos de su edad, en los acabados retratos de sus personajes, hechos de rasgos vivos y verdaderos.

Carlos de Secondat, barón de la Brède y de Montesquieu, nacido en 1689, muerto en 1755, era de familia de magistrados y magistrado hubo de ser, llegando a presidir el Parlamento de Burdeos. Mas le atraían las letras, y colgó la toga en 1726, visto el éxito de su libro anónimo, que le abrió dos años más tarde las puertas de la Academia Francesa, dando lugar a que su recipiendante, con socarrona discreción, le felicitara por el suceso que habían de tener sus obras futuras. Otras dos, entre algunas menores, consolidaron su fama: las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los Romanos* (1734) y el *Espíritu de las Leyes* (1748), aparecieron también anónimas. En esta última estúdiense las influencias que determinan el carácter de los hombres y de los pueblos y se desarrolla la teoría del clima, atribuyéndole capital eficacia.

Tuvieron las obras de Montesquieu, y en especial las *Cartas persas*, rápida difusión. De ellas proceden, entre otros libros, las *Cartas marruecas*, de nuestro José de Cadalso. En 1818, D. José Marchena publicó en Nimes, imprenta de P. Durand-Belle, la traducción que aquí se reproduce. Curiosísima es en nuestra literatura la figura del abate Marchena, traductor también de Lucrecio y de Ossian, de Molière, de Rousseau y de Voltaire, escritor vigoroso, aunque desigual en sus obras originales. De ideas avanzadísimas, fue perseguido en España por ellas; pasó a Francia, donde tomó parte no mezquina en la revolución, primero como amigo de Marat y colaborador del *Amigo del Pueblo*, después ligado a los girondinos, encarcelado y próximo al cadalso y solicitado por Robespierre; luego con Moreau, en el ejército del Rhin. Hízose más tarde bonapartista y volvió a España con el cargo de secretario de Murat, en 1808. Retiróse con los franceses, a pasar pobreza y trabajos. Ya no pisó tierra española hasta después de la revolución de 1820, y aquel mismo año, o en los comienzos del siguiente, murió en Madrid.

Menéndez Pelayo ha estudiado la vida y los escritos de este que llama «estudiantón perdulario y medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada». Y añade: «Cuantos trataron a Marchena, fuesen favorables o adversos a sus ideas, desde Brissot hasta el conde de Beugnot, desde Chateaubriand y madame de Stael hasta Moratín, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel buscarruidos intelectual algo que no era vulgar y que le hacía parecer de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos.»

Al reimprimir su versión de las «*Cartas persianas*», nos hemos permitido modificar el título, acomodándolo a nuestro uso de hoy, y algo también, con el mismo propósito, en la ortografía y puntuación que sigue.

LOS EDITORES

## INTRODUCCIÓN

Ni compongo epístola dedicatoria, ni imploro amparo para este libro, que si él es bueno ya le leerán, y si malo, no me curo de que le lean.

~~Estas cartas he entresacado por tantear si al público gustan; otras muchas me quedan entre mis papeles, y acaso las imprimiré más adelante, con la precisa condición de que no sepa nadie quién soy yo, porque al momento me callo si alguien atina con mi nombre. Una señora conozco yo que anda muy derecha; mas luego que la miran da a cojear. Con los defectos del libro sobra, sin que añadan los críticos a ellos los de mi persona. El que supiera quién era yo, luego diría: no se aviene su libro con su genio; de gastar había el tiempo en mejores cosas, que éstas no son para sujeto de tanta gravedad. Reflexiones que en los críticos son muy comunes, porque no requieren ni ingenio ni trabajo.~~

*lueyay  
carta*

Los persas que estas cartas han escrito vivían en mi compañía y estaban continuamente conmigo, y como me tenían por hombre del otro mundo, no se recataban de mí. Y de hecho, ¿qué secretos habían de guardar sujetos que

## Introducción

de tan lueñas tierras eran venidos? Casi todas sus cartas me las enseñaban y yo las copiaba. Algunas les cogí que hubieran ellos tenido mucha cuenta con no enseñármelas, porque hacían muy poco favor a los celos y a la vanidad persa. Así que mi oficio es el de un mero intérprete, y no he tenido otro afán que el de acomodar la obra a nuestras costumbres. En cuanto me ha sido dable he procurado evitar el estilo asiático, desnudándole de infinitas expresiones sublimes que hubieran aburrido al lector, encumbrándole a las nubes.

Ni he parado aquí. He quitado cumplidos, que no menos que nosotros estilan con prodigalidad los orientales, dejando sin eso otras infinitas menudencias que no son para salir a la luz pública, y se quedan entre dos amigos, y si así lo hubieran hecho la mayor parte de los que nos han dado colecciones de cartas, se habrían ido en humo sus obras.

Una cosa que me ha pasmado es ver cómo están a veces estos persas tan bien informados como yo propio de las costumbres y estilos de **la nación, de modo que hasta las más delicadas circunstancias saben, y reparan en cosas que estoy cierto que no las han advertido muchos alemanes que por Francia viajan.** Esto lo atribuyo al mucho tiempo que han estado en Francia, y a que sin eso más fácil es para un asiático instruirse en las costumbres francesas en un año, que a un francés en las de los asiáticos en cuatro, porque aquéllos hablan tanto como éstos son poco comunicativos.

Cualquiera traductor, y aunque sea el comentador más bárbaro, tiene facultades para ornar con el panegírico de su original el frontispicio

## Introducción

de su versión o su glosa, realzando su utilidad, mérito o excelencia. No he hecho yo tal, y ya podrá el lector dar con los motivos; uno de los cuales, y de los más principales, es que sería cosa muy fastidiosa dicha recomendación, siéndolo ya tanto todo prólogo o prefacio, y más el mío.



## CARTA I

### USBEK A SU AMIGO RUSTAN, A ISPAHAN

Un día no más nos hemos detenido en Com. Después de haber rezado nuestras preces en el sepulcro de la virgen que dio a luz doce profetas, nos volvimos a poner en camino, y ayer llegamos a Tauris, veinticinco días después de haber salido de Ispahan.

Acaso somos Rica y yo los primeros persas que con ánimo de aprender hemos salido de nuestro país, abandonando las satisfacciones de una vida sosegada por afanarnos en buscar la sabiduría.

Nacidos somos en una floreciente monarquía; no hemos, empero, creído que a sus confines habíamos de ceñir nuestros conocimientos, ni que sólo la luz oriental hubiese de ilustrarnos.

Escríbeme qué es lo que de nuestro viaje dicen, y no me escondas nada, que bien creo que pocos le aprobarán. Dirige la respuesta a Erzeron, donde me detendré algún tiempo. Adiós, querido Rustan, y está cierto de que he de ser tu fiel amigo, en cualquiera parte del mundo que me encuentre.

*Tauris, 15 de la luna de Safar, 1711.*

CARTA II

USBEK A SU PRIMER EUNUCO NEGRO, A SU  
SERRALLO DE ISPAHAN

Tú eres la guarda fiel de las mujeres más hermosas de la Persia, de ti he fiado cuanto más en el mundo quería, depositando en tus manos las llaves de las fatales puertas que sólo a mí se abren, y mientras que velas tú en guarda del inestimable tesoro de mi corazón, descansa éste, disfrutando cabal sosiego, porque eres atento centinela así en el estrépito del día como en el silencio de la noche, y tu infatigable afán sustenta la virtud, si ésta vacila. Si quisieran las mujeres que tú guardas desentenderse de sus obligaciones, presto les quitarías toda esperanza de fallar, que eres azote del vicio y columna de la fidelidad. Ora las mandas, y ora las obedeces, y ejecutando ciegamente su voluntad en todo, las fuerzas a que cumplan ellas puntualmente con las leyes del serrallo. Cifras tu gloria en servir las en los más viles ministerios; con temor y respeto te sujetas a sus legítimas órdenes, y las sirves como esclavo de sus esclavos. Mandas, empero, como dueño absoluto, como yo propio, cuando recelas que deroguen los preceptos de la modestia y el pudor.

Acuérdate sin cesar de la nada de donde te saqué, colocándote en el puesto que ocupas, y fiando de ti las delicias de mi corazón, cuando eras el postrero de mis esclavos; mira con la más humilde veneración a las que tienen parte en mi amor, pero haz que reconozcan ellas su absoluta dependencia. Proporciónales cuantos

gustos sean inocentes, calma sus desasosiegos, diviértelas con músicas, con bailes, y con deliciosas bebidas, diles que se visiten a menudo. Si quieren ir al campo, llévalas; pero haz pasar a cuchillo a cuantos hombres delante de ellas se presentaren. Exhórtalas al aseo, que es el espejo de la limpieza del alma, háblales a veces de mí. Mucho ansío por volver a verlas en ese delicioso sitio que hermosean. Adiós.

*Tauris, 18 de la luna de Safar, 1711.*

CARTA III

ZACHI A USBEK, A TAURIS

Al jefe de los eunucos hemos mandado que nos trajera al campo, y él te dirá que no nos ha sucedido desmán alguno. Cuando fue menester dejar nuestras literas para pasar el río, nos metimos, como es costumbre, en sillas de mano, que llevaron en hombros dos esclavos, y frustramos así las miradas de todos.

¿Y cómo podía yo, amado Usbek, vivir en tu serrallo de Ispahan, en aquellos sitios que con la continua memoria de mis pasados gustos con nueva violencia encendían cada día mis deseos? Vagando iba de uno en otro aposento, siempre en busca tuya sin encontrarte nunca, y topando en todas partes con amargos recuerdos de mi perdida ventura. Aquí me veía en el sitio donde la primera vez de mi vida te estreché en mis brazos, allí en aquel donde fallaste en la famosa contienda de tus mujeres; cada

una de nosotras se creía aventajar a las otras en hermosura; nos presentamos a ti, y después de apurar cuantos arreos y atavíos podía ofrecer la imaginación, viste tú satisfecho los portentos de nuestro arte, contemplando pasmado hasta dónde nos había llevado el deseo de darte gusto. En breve los adornos fabricados cedieron a más naturales gracias, que tus manos destruyeron en un punto cuanto habíamos hecho, despojándonos de arreos que te incomodaban, y contemplándonos en la sencillez de la naturaleza. En nada tuve yo el pudor, que sólo pensé en mi gloria. ¡Venturoso Usbek, cuántos atractivos embelesaron tus ojos! Largo rato te vimos errante de uno en otro hechizo; largo rato fluctuó tu alma sin fijarse; a cada gracia nueva tributabas nuevo pecho; en un instante nos cubriste a todas de besos; curioso escudriñabas los más recónditos sitios; en un instante nos colocaste en mil diferentes posturas; siempre nuevos preceptos correspondidos siempre con nueva obediencia. Confiésote, Usbek, que una pasión, más fuerte que la ambición todavía, me inspiró el deseo de agradarte. Poco a poco me vi dueña de tu corazón; me quisiste, me dejaste, volviste a mí, y supe encadenarte; triunfé yo y quedaron confusas mis émulas; nos pareció que estábamos solos en el orbe, y todo cuanto en torno de nosotros existía no mereció nuestro aprecio. ¡Ojalá hubieran podido presenciar mis rivales todas las pruebas de cariño que tú me diste! Si hubieran visto mis arrebatos bien hubieran conocido la diferencia de mi amor y el suyo, y que si podían disputarme la palma de la hermosura, no así la del amor y la terneza... ¿Mas dónde estoy?...

¿Dónde parará este vano cuento? Si es desdicha no ser querida, es agravio dejar de serlo. Tú nos dejas, Usbek, por andar errante en bárbaros climas...¿Conque en nada precias la gloria de ser amado? ¡Ay! ni siquiera sabes cuánto pierdes. Yo lanzo ayes que de nadie son oídos; corren mis llantos y tú no los enjugas; parece que alienta el amor en el serrallo, y sin cesar te desvía de él tu desamor. ¡Ah, querido Usbek, si supieras ser feliz!

*Del serrallo de Fátima, 21 de la luna  
de Maharram, 1711.*

#### CARTA IV

ZEFIS A USBEK, A ERZERON

¿Conque está resuelto a desesperarme este monstruo de negro? Está empeñado en que me ha de quitar por fuerza a mi esclava Zelinda, a Zelinda, que con tanto cariño me sirve, y que, con tanta maña, tanta gracia sabe dar a mi prendido. No contento con lo doloroso de semejante separación, quiere que sea también afrentosa, suponiendo el tacaño culpados los motivos de mi confianza, y porque se aburre en el recibimiento, donde le mando que se esté siempre, tiene la avilantez de fingir que ha visto y oído cosas que ni siquiera alcanzo yo a figurarme. ¡Qué desdicha es la mía! Ni mi soledad ni mi virtud me pueden eximir de sus extravagantes sospechas, y me quiere hacer guerra hasta dentro de tu corazón un vil esclavo, y tengo yo que

defenderme. No, que me respeto sobrado para humillarme hasta dar descargos, ni quiero más abono de mi conducta que a ti propio, tu amor y el mío, y si no he de disimular nada, Usbek amado, mis llantos.

*Del serrallo de Fátima, a 27 de la luna de Maharram, 1711.*

CARTA V

RUSTAN A USBEK, A ERZERON

El platillo de todas las conversaciones de Ispahan eres tú, y sólo hablan de tu viaje, que atribuyen a ligereza unos, y a alguna pesadumbre otros; tus amigos son los únicos que te defienden, pero a nadie convencen, porque nadie puede entender cómo has podido abandonar a tus mujeres, tus parientes, amigos y patria, por ir a climas apartados ignorados de los persas. La madre de Rica está sin consuelo, pidiéndote a su hijo, que dice que tú le has robado. Yo por mí, caro Usbek, naturalmente me inclino a aprobar todo cuanto haces, pero tu ausencia no te la puedo perdonar, ni mi ánimo quedará nunca satisfecho con las razones que para ella me alegares, sean las que fueren. Adiós: quiéreme siempre.

*De Ispahan, a 28 de la luna de Rebiab, 1, 1711.*

CARTA VI

USBEK A SU AMIGO NESIR, A ISPAHAN

Dejamos la Persia una jornada más acá de Erivan, y entramos en el país sujeto a los turcos. Doce días después llegamos a Erzeron, donde nos pararemos tres o cuatro meses. He de confesártelo, Nesir: un pesar secreto sentí cuando perdí de vista la Persia y me hallé en medio de los pérfidos Osmanlíes; y al paso que en el país de estos profanos me internaba, me parecía que me iba profanando yo propio. Se han presentado a mi imaginación mis amigos, mi familia y mi patria; no sé qué desasosiego ha enturbiado mi corazón, y he visto que había acometido una empresa que me iba a privar de la serenidad.

Lo que más aflige, empero, mi pecho son mis mujeres, y no puedo pensar en ellas sin un afanoso pesar, no porque las quiero, que en este punto mi desamor es tal que ni para los deseos deja camino. Habiendo vivido en un vasto serrallo, siempre he ganado por la mano al amor, y le he destruído por sus propios deleites; pero esta misma frialdad engendra los celos que me consumen. Contemplo una caterva de mujeres abandonadas casi a sus propios antojos, y sólo unos pechos villanos me responden de ellas. Apenas viviría seguro si fueran leales mis esclavos; ¿pues qué será si no lo son? ¡Cuán tristes nuevas puedo recibir en las apartadas tierras que a visitar voy! Ni pueden mis amigos atajar este daño, que es un sitio cuyos funestos misterios no han de saber...¿Y qué pudieran hacer? ¿No valdría

mil veces más una escondida impunidad que un castigo manifiesto? En tu pecho deposito mis zozobras, amado Nesir, que es el único consuelo que en el estado en que me encuentro me queda.

*De Erzeron, a 10 de la luna de Rebiab, 1, 1711.*

## CARTA VII

FÁTIMA A USBEK, A ERZERON

Dos meses hace que te has ido, caro Usbek mío, y tan anonadada estoy aún que apenas lo puedo creer. Desatentada corro por todo el serrallo, como si estuvieras tú en él, y no me desengaño. ¿Qué quieres que sea de una mujer que te quiere y que estaba acostumbrada a estrecharte en sus brazos, que sólo en darte muestras de su cariño se esmeraba, libre por la prerrogativa de su cuna, esclava por la violencia de su amor?

Cuando me casé, nunca mis ojos habían visto la cara a un hombre, y tú eres todavía el único que me han dejado ver (1), porque no cuento como hombres estos horribles eunucos, cuya menor imperfección es el no serlo. Cuando con lo disforme de sus rostros cotejo la hermosura del tuyo, no puedo menos de reputarme feliz: ni me ofrece la imaginación

---

(1) Las persas están mucho más guardadas que las mujeres de Turquía y de la India.

idea más halagüeña que los hechiceros embelosos de tu persona. Júrote, Usbek, que aun cuando tuviera facultad de salir del encierro donde la necesidad de condición me tiene medida, aun cuando me fuera dado escoger en todos los hombres que en esta capital de las naciones habitan, te lo juro, Usbek, a ti solo escogería. Sólo tú en el mundo puedes ser el que merezca amor.

No creas que con tu ausencia he descuidado una hermosura que tú apeteces. Puesto que no haya de verme nadie, y que mis arreos y atavíos no hayan de contribuir a tus gustos, todavía procuro conservar el hábito de agradar, y nunca me acuesto sin sahumarme antes con las más exquisitas esencias. Acuérdome de aquel tiempo venturoso que te tuve en mis brazos; me muestra un blando sueño el dulce objeto de mi amor que me acaricia, y se engolfa mi imaginación en sus deseos, como en sus esperanzas se complace. A veces me figuro que, aburrido de tu afanoso viaje, tornas a nosotras; en estos ensueños, ni bien despierta, ni bien dormida, se me va la noche, te busco a mi lado, y me parece que huyes de mí; al cabo el propio fuego que me consume deshace el encanto, y me vuelve la razón. Entonces tan encendida me encuentro...no lo puedes creer, Usbek, mas no es posible vivir en este estado: corre fuego por mis venas. ¿Cómo puedo expresar tan mal lo que tan bien sé sentir? ¿Cómo siento tan bien lo que tan mal expreso? En estos instantes, Usbek, daría el imperio del orbe por un solo beso tuyo. ¡Qué desdicha la de una mujer cuando, agitada de tan vehementes deseos, se ve privada del único que

pudiera satisfacerlos; cuando, abandonada a sí propia, sin que nada la pueda distraer, tiene que vivir entre continuos suspiros, entre los furores de una exaltada pasión; cuando, lejos de ser ella feliz, ni siquiera puede contribuir a la felicidad ajena; inútil adorno de un serrallo, que guardan, no para contentar los gustos, sino para conservar el honor de un marido!

¡Qué crueles sois los hombres! Os deleitáis en excitar en nosotras pasiones que no podemos satisfacer; nos tratáis como si fuéramos insensibles, y sentiríais mucho que lo fuésemos; creéis que, enardecidos con la larga privación, nuestros deseos se aumentarán con vuestra presencia. Ardua cosa es hacerse querer y más fácil alcanzar de la desesperación de nuestros sentidos lo que de vuestro mérito no os atrevéis a esperar.

Adiós, querido Usbek, adiós. Cree que sólo para adorarte aliento, que está embebida mi alma en ti; y que lejos de ser tu ausencia parte para que te olvide, encendería mi amor si pudiera éste ser más violento.

*Del serrallo de Ispahan, a 12 de la luna de Rebiab, 1, 1711.*

## CARTA VIII

USBEEK A SU AMIGO RUSTAN, A ISPAHAN

En Erzeron, donde me hallo, he recibido tu carta. Bien había presumido que metería bulla mi viaje, pero no me he curado de ello.

¿Qué quieres que escuche? ¿La prudencia de mis enemigos o la mía?

Desde mi primera juventud me presenté en palacio. Puedo afirmar que no se estragó mi corazón, y hasta decir que me propuse un alto intento, el de atreverme a ser virtuoso. Así que conocí el vicio me desvié de él, mas luego me arrimé a él otra vez, para quitarle la mascarilla. Anuncié la verdad hasta los pies del trono, hablé un idioma nunca oído en palacio, sonrojé la lisonja, y amedrenté en uno a los idólatras y el ídolo. Mas viendo cuántos enemigos me había granjeado mi sinceridad, cómo había incurrido en el odio de los ministros, sin ganar el valimiento del príncipe, y que en una corte corrompida sólo el flaco apoyo de la virtud me sustentaba, me determiné a dejarla. Fingí suma afición a las ciencias, y a fuerza de fingirla les cobré una verdadera. No me metí en asunto ninguno, y me retiré a una quinta. Pero adolecía esta resolución de otros inconvenientes, dejándome expuesto a los tiros de mis enemigos, y privándome de los medios de pararlos. Ciertos avisos secretos me obligaron a que pensara en ponerme a salvo, y resuelto a desterrarme de mi patria, presentando como plausible pretexto mi propia soledad, hablé con el rey, le manifesté mis deseos de instruirme en las ciencias del Occidente, y apuntándole que podría sacar provecho de mis viajes, encontré gracia ante sus ojos, me ausenté, y zafé una víctima de mis enemigos.

Ahí tienes, Rustan, el motivo verdadero de mi viaje. Deja que charle Ispahan, y no tomes mi defensa con los que no me quieren bien. Interpretele como quiera la malignidad de mis

enemigos; harta ventura tengo en que sea ése el único daño que hacerme pueden. Ahora hablan de mí; en breve me olvidarán, y mis propios amigos...No, Rustan, no me quiero abandonar a tan tristes pensamientos; siempre me querrán, y creo que serán tan constantes como tú.

*De Erzeron, a 20 de la luna  
de Gemadí, 2, 1711.*

CARTA IX

EL PRIMER EUNUCO A IBI, A ERZERON

Tú acompañas a tu señor en sus viajes, corres provincias y reinos, y no pueden hacer mella en ti los pesares; a cada instante ves cosas nuevas, y cuanto ves todo te recrea, y hace que pases sin sentirlo el tiempo. No así yo, que en una horrorosa cárcel encerrado, siempre me cercan los mismos objetos, y me roen las mismas pesadumbres. Agobiado gimo bajo la carga de cincuenta años de sustos y afanes, y puedo decir que en el curso de una dilatada vida no he tenido ni un día de serenidad, ni un punto de sosiego.

Cuando formó mi primer amo el proyecto cruel de fiarme sus mujeres, y con halagos mezclados con tremendas amenazas me obligó a separarme por siempre de mí propio, cansado de servir en los más penosos ministerios, me figuré que había sacrificado a mi caudal y a mi tranquilidad mis pasiones. ¡Mas ay de mí, que

preocupado mi ánimo me presentaba el rescate, y me escondía la pérdida! Esperaba verme libre de los tiros del amor con la impotencia de satisfacerle. ¡Ay, que si era muerto en mí el efecto de las pasiones, quedó viva la causa, y lejos de hallar alivio, me encontré cercado de objetos que sin cesar la enardecían! Entré en el serrallo; aquí todo inflamaba el sentimiento de lo que había perdido; parecía que mil atractivos naturales se descubrían a mi vista sólo por desesperarme; y por cúmulo de desdichas siempre estaba viendo a otro hombre feliz. Nunca en aquellos tiempos de agitación llevé a una mujer al lecho de mi amo, nunca la desnudé, sin volver a mi cuarto rabiando mi corazón y desesperada mi alma.

Así se ha pasado mi mocedad miserable, sin tener otro confidente que yo propio. Abrumado de pesares y desconsuelo tenía que encerrarlos dentro del pecho; a aquellas mismas mujeres que con tan cariñosos ojos ansiaba por mirar, les lanzaba ojeadas severas; que estaba perdido si me hubieran entendido. ¡Cómo se hubieran valido del descubrimiento!

Acuérdome que un día que metía una en el baño, tan fuera de mí me sentí, que, enteramente perdido el juicio, me atreví a poner la mano en un sitio terrible. Cuando volví en mi acuerdo creí que era aquel el postrer día de mi vida; tuve, empero, la fortuna de librarme de mil muertes, mas la beldad confidenta de mi flaqueza me vendió muy caro el silencio, que perdí toda mi autoridad con ella, y me obligó luego a condescendencias que mil veces me pusieron a pique de perder la vida.

Al fin se han apagado los fuegos de la mo-

cedad; ya soy viejo, y en esta parte me encuentro en sosiego. A las mujeres las miro con indiferencia, y les pago en la misma moneda cuantos desaires y tormentos me han hecho padecer. Siempre me acuerdo de que había nacido para mandarlas, y se me figura que me restituyo al ser de hombre cuando todavía mando en ellas. Desde que las contemplo con frialdad, y me deja mi razón conocer todas sus flaquezas, las aborrezco; y puesto que las guardo para otro, recibo una secreta satisfacción en el gusto de hacer que me obedezcan; cuando de todo las privo me parece que sufren por mí, y me resulta cierto contento indirecto; en el serrallo me miro como en un imperio chico, y se satisface en algo la ambición, que es la única pasión que aún me queda. Tengo gusto en ver que todo estriba en mí solo, y que me necesitan a cada instante, y me cargo espontáneamente con el odio de todas estas mujeres, que me afianza en el puesto en que estoy. En esta parte no les quedo a deber nada; les impido los pasatiempos más inocentes; sin cesar me presento a ellas como una insuperable valla; forman planes, y al punto se los frustro; armado de repulsas, aferrado en escrúpulos, nunca se me caen de la boca las palabras de obligación, virtud, modestia y decoro; las desespero hablándoles sin cesar de la flaqueza de sexo y de la autoridad de su amo; quéjome luego de verme obligado a ser tan severo, y parece que les quiero persuadir que no me animan otros motivos que su propio interés y el mucho cariño que les tengo.

Esto no quita que reciba yo infinitos sinsabores, y que procuren estas mujeres veigati-

vas pagarme con usura los que yo les causo. Tienen terribles revueltas, y hay entre nosotros como un flujo y reflujo de mando y sumisión. Siempre me emplean en los más soeces ministerios; me tratan con un desprecio sin ejemplar, y sin tener cuenta con mi vejez, por la menor friolera me obligan cada noche a levantarme diez y doce veces de la cama; me abruma con órdenes continuas, con encargos, con manías y antojos; parece que se relevan para ejercitar mi paciencia, y que se suceden unos a otros sus caprichos. A veces se entretienen en acrecentar sus cuidados; hacen que me fían secretos supuestos; ora me dicen que han visto a un mozo rondar en torno de estos muros; luego que han oído bulla, o que han de entregar una esquela: todo esto me desasosiega, y ellas se ríen de mi afán, contentas con ver cómo me atormento yo propio. Otras veces me tienen atado detrás de la puerta de su aposento, inmóvil de noche y de día, aparentando achaques, desmayos y sustos, que nunca les falta pretexto para obligarme a cuanto se les antoja. En estos lances se requiere una ciega obediencia, y una condescendencia sin tasa, que sería cosa nunca oída un *no* en boca de un hombre como yo, y si prontamente no las obedeciera, tendrían facultad para castigarme. Más quisiera perder la vida, Ibi querido, que incurrir en tamaño oprobio.

Aun no te lo he dicho todo: nunca estoy cierto de conservar un punto el valimiento de mi amo, con tanta enemiga como tengo en su corazón, que sólo a destruirme aspira; y hay cuartos de hora en que no me dan oídos, cuartos de hora en que nada se les niega, cuartos

de hora en que nunca tengo yo razón. A la cama de mi amo llevo mujeres enojadas: ¿piensas tú que no trabajan contra mí, o que mi razón triunfe? Todo lo tengo que temer de sus llantos, sus sollozos, sus halagos, y sus mismos deleites; están en el sitio de su victoria; sus embelesos son para mí terribles; en un instante sus servicios presentes borran todos mis servicios pasados: ¿quién me puede responder de un amo que no es dueño de sí propio? ¡Cuántas veces me ha sucedido acostarme en valimiento y amanecer en desgracia! ¿Qué delito había cometido el día que con tanto desdoro me azotaron en torno del serrallo? Dejo en brazos de mi amo a una de sus mujeres; así que le ve inflamado vierte un mar de lágrimas, se queja, y tal color sabe dar a sus quejas, que aumentaban con el amor que inspiraba. ¿Cómo me había yo de defender en momento tan crítico? Me vi perdido cuando menos lo esperaba; fui la víctima de una negociación del amor y de un tratado hecho con suspiros. Esta es, querido Ibi, la situación cruel en que siempre he vivido.

¡Qué feliz eres tú! Todos tus afanes se ciñen meramente a cuidar de la persona de Usbek. Cosa fácil es para ti darle gusto, y mantenerte en su gracia hasta el postrer día de tu vida.

*Del serrallo de Ispahan, el último  
de la luna de Safar, 1711.*

CARTA X

MIRZA A SU AMIGO USBEK, A ERZERON

El único que podía resarcirme de la pérdida de Rica eras tú, y Rica el único que me podía consolar de la tuya. Usbek, tú nos faltas, tú que eras el alma de nuestra sociedad. ¡Cuán violento es romper vínculos por el corazón y la razón formados!

Por acá disputamos mucho; casi todas nuestras contiendas se versan acerca de la moral. Ayer agitamos la cuestión de si eran felices los humanos por los gustos y contentos sensuales, o por el ejercicio de la virtud. Muchas veces te oí decir que habían nacido los hombres para ser virtuosos, y que es la justicia una cualidad tan propia de ellos como la existencia. Ruégote que me expliques lo que querías decir.

He hablado con molahes que me hacen perder la paciencia con sus citas del Alcorán; porque no los consulto yo como fiel creyente, sino como hombre, como ciudadano y padre de familias. Adiós.

*De Ispahan, el último de la luna  
de Safar, 1711.*

CARTA XI

USBEK A MIRZA, A ISPAHAN

Renuncias, Mirza amado, de tu razón por seguir la mía; te humillas hasta consultarme,

y me crees capaz de instruirte. Una cosa es para mí más halagüeña todavía que la buena opinión que de mí tienes, y es tu amistad, a que se la debo.

Para desempeñar lo que me mandas he creído que no me había de valer de discursos muy abstractos. Verdades hay que no basta con persuadirlas, y que es fuerza hacer que interesen, y de esta naturaleza son las de la moral. Más impresión hará en ti acaso el siguiente trozo de historia que una sutil metafísica.

En la Arabia había un pueblo chico llamado Troglodita, el cual descendía de los antiguos trogloditas, que, según dicen los historiadores, más que a humanos a brutos se semejaban. No eran los modernos tan disformes; no tenían pelo como osos; tenían dos ojos, y no aullaban; pero eran sí tan fieros y perversos, que no se conocía entre ellos principio ninguno de equidad y justicia.

Gobernábales un rey de casa extranjera, que los trataba con severidad, con ánimo de enmendar su mala índole; pero se conjuraron contra él, le mataron, y extirparon toda la familia real. Cometido este atentado, se juntaron para formar un gobierno, y al cabo de muchas disensiones nombraron magistrados; mas no bien los habían elegido, cuando, no pudiéndolos aguantar, los degollaron todos.

Exento el pueblo del nuevo yugo, sólo los impulsos de su selvática índole consultaba. Concertaron todos los particulares no obedecer a nadie, y no cuidar cada uno más que de sus propios intereses, sin curarse de los ajenos; determinación unánime que a todos los individuos agradaba. Decía uno: ¿Por qué me he

de afanar yo en atarearme por gentes que no me importan? Pensaré en mí solo, y viviré feliz. ¿Por qué me he de curar de que lo sean los demás? Me haré con todo cuanto necesite, y en teniéndolo, nada me importa que sean miserables los demás trogloditas.

Llegó el mes de la siembra, y dijo cada uno: No quiero labrar más tierra que la que baste para dar el trigo que para mantenerme necesito; todo lo restante sería inútil para mí, y no quiero trabajar en balde. Las tierras del país no eran de la misma especie; unas había de secano y montuosas, otras en parajes bajos, y bañadas de riachuelos. El año fue de mucha seca, de manera que las tierras altas no dieron fruto ninguno; por el contrario, las de los valles fueron muy fértiles; y así casi toda la gente de las montañas se murió de hambre, por la crueldad de los otros, que no les quisieron dar parte de la cosecha.

El año siguiente fue muy lluvioso; los terrenos elevados dieron una abundantísima cosecha, y se anegaron los bajos. La mitad del pueblo clamaba socorro contra el hambre, pero encontraron los desventurados con hombres tan despiadados como ellos lo habían sido.

Tenía uno de los principales moradores una mujer muy hermosa; un vecino suyo se prendió de ella, y se la robó: suscitóse una reñida contienda, y al cabo de muchos denuestos y golpes concertaron allanarse a lo que fallara un troglodita que se había granjeado buen nombre en tiempo de la república. Fueron a su casa, y quiso cada uno alegar sus razones. ¿Qué me importa, les dijo éste, que esa mujer sea de uno o de otro? Yo tengo que labrar mi cam-

## Cartas persas

po, y no quiero gastar el tiempo en atajar vuestras contiendas, ni ocuparme en vuestros negocios, abandonando los míos. Ruégoos que me dejéis en paz, y no me rompáis la cabeza con vuestras disputas. Dicho esto, los dejó, y se fue a labrar su cortijo. El robador, que era el más fuerte, hizo juramento de morir antes que restituir la mujer, y el otro, traspasado el corazón con la sinrazón de su vecino, y lo desentrañado del juez, se volvía desesperado a su casa, cuando en el camino encontró a una mujer moza y hermosa, que se volvía de la fuente. Había perdido a su mujer, y ésta le gustó, y más le gustó todavía cuando supo que era la de aquel que había nombrado por árbitro y que tan poco había compadecido su desventura. La robó, pues, y se la llevó consigo.

Uno había que poseía un cortijo bastante-mente fértil, y le labraba con mucho esmero: coligáronse dos de sus vecinos, y le echaron de su propia hacienda, apropiándosela ellos; luego hicieron liga para defenderse de todos los que quisieran quitársela, y con efecto se mantuvieron en lo que habían robado por espacio de unos meses; mas aburrido uno de los dos de partir con el otro lo que podía disfrutar solo, mató a su compañero, y se quedó señor del terreno. No duró mucho su dominio; otros dos trogloditas le acometieron, y no teniendo fuerza suficiente para defenderse fue degollado.

Vio un troglodita, que estaba casi desnudo, lana que había de venta, y preguntó cuánto valía. El mercader dijo entre sí: Mi lana no vale más que el dinero que costarían dos cahices de trigo, pero la quiero vender cuatro tantos más, para comprar con lo que sacare ocho ca-

hices. Fue forzoso contentarle y pagarle el precio que él quiso. Mucho me alegro, dijo el mercader; con esto compraré trigo. ¿Qué decís? replicó el comprador, ¿conque necesitáis trigo? Yo os lo venderé; acaso el precio os pasmará, pero ya sabéis que anda muy caro, y que hay un hambre casi universal. No obstante, volvedme mi dinero, y os daré un cahiz de trigo, porque no os lo he de dar a precio más equitativo, aunque os caigáis muerto de necesidad.

De allí a poco una epidemia cruel asoló la provincia. Vino un médico muy inteligente de un país inmediato, y con tanto acierto administró sus medicinas, que sanó a cuantos le llamaron. Habiendo ya cesado la enfermedad fue el doctor a pedir la paga de sus visitas a los que había curado, pero se encontró con repulsas en todas partes, y se volvió a su país pobre y agobiado con los trabajos de su largo viaje. En breve supo que se había manifestado de nuevo la epidemia, y que esta desagradecida tierra estaba más apestada que la vez primera. Fueron a buscarle los trogloditas, sin aguardar entonces a que él hiciera el viaje. Idos de aquí, les dijo, hombres injustos; en vuestra alma tenéis un veneno más activo que el de la enfermedad de que deseáis sanar; no merecéis ocupar un lugar sobre la faz de la tierra, porque ni sois humanos, ni conocéis las reglas de la equidad, y creería yo que ofendía a los dioses que os castigan si a su justo enojo opusiera algún estorbo.

*De Erzeron, a 3 de la luna de  
Gemadí, 2, 1711.*

## Cartas persas

### CARTA XII

USBK AL MISMO, A ISPAHAN

Ya has visto, Mirza querido, cómo su propia perversidad acabó con los trogloditas, y fueron víctima de su injusticia. Sólo quedaron dos familias de tantas como eran, que evitaron las desgracias de la nación. Había en el país dos hombres muy raros, que tenían humanidad, conocían la justicia, tenían apego a la virtud, y no menos estrechamente unidos por la rectitud de su corazón que por lo estragado del de los otros, eran testigos de la general desolación, y solamente por su compasión la sentían, motivo para ellos de nueva estrechez. Con recíproco celo se afanaban por el interés unos de otros; no tenían otras contiendas que las que de una tierna y cariñosa amistad provenían, y en el rincón más remoto del país, separados de sus paisanos, que no eran dignos de su presencia, vivían serena y feliz vida, y parecía que cultivada la tierra por tan virtuosas manos daba espontáneamente frutos.

Amaban a sus mujeres, que los querían entrañablemente. Todo su esmero le cifraban en criar sus hijos en la práctica de la virtud. Sin cesar les contaban las desventuras de sus paisanos, poniéndoles a la vista su funesto ejemplo; hacíanles particularmente palpable que siempre el interés de los particulares se halla en el común interés; que quien de él se quiere separar se quiere perder; que no es la virtud cosa que cueste afanes; que no la hemos de mirar como un penoso ejercicio, y que la justicia con los otros es caridad consigo mismo.

En breve gozaron el consuelo de los padres virtuosos, que es tener hijos que se les parecen. El pueblo novel que a su vista crecía se aumentó con dichosos casamientos; multiplicóse el número de hombres, su unión siempre fue la misma, y lejos de enflaquecerse la virtud con la muchedumbre, se fue fortificando con más y más reiterados ejemplos.

¿Quién pudiera pintar aquí la ventura de estos trogloditas? Tan justificado pueblo había de ser amado de los dioses. Así que abrió los ojos para conocerlos, aprendió a temerlos, y suavizó la religión lo áspero que en sus costumbres había dejado la naturaleza.

Fundaron fiestas en honra de los dioses. Ornados de flores los mancebos y las doncellas las celebraban con bailes y con los acentos de una campestre música; seguíanse luego banquetes, donde con el contento reinaba la frugalidad. En estas asambleas se explicaba con candor la naturaleza; adiestrábase allí la juventud a dar y a recibir el don del corazón; allí el virginal pudor dejaba sonrojado caerse de la boca un sí que en breve confirmaba el consentimiento paternal; allí las madres tiernas se gozaban anunciando de antemano un dulce y fiel enlace.

Al templo iban a implorar el favor de los dioses, no riquezas, ni una gravosa abundancia; que no eran dignos semejantes deseos de los venturosos trogloditas, ni las querían nunca, como para sus conciudadanos no fuera. Postrábanse a los pies de las aras para implorar la salud de sus padres, la unión de sus hermanos, la terneza de sus esposas, el cariño y la obediencia de sus hijos. Llevaban las doncellas

su corazón en tributo a los dioses, sin pedirles otra gracia que la de hacer feliz a un troglodita.

Al anochecer, cuando volvían los ganados de la pradera, y arrastraban los fatigados bueyes del arado, se juntaban y en un frugal banquete cantaban la injusticia y las desventuras de los primeros trogloditas, la virtud y la felicidad que con un nuevo pueblo renacían; celebraban la grandeza de los dioses, su favor propicio siempre al hombre que los implora, y su inevitable enojo con el que no los teme; luego describían las delicias de la vida rústica, y la venturosa condición de los que siempre orna la inocencia. Entregábanse después al sueño, que nunca los cuidados ni los pesares interrumpían.

No menos abastaba la naturaleza que sus necesidades sus deseos. Era ignorada en este afortunado país la codicia; hacíanse mutuos regalos, y quien más daba se creía el más bien librado. Mirábase el pueblo troglodita como una sola familia; casi siempre andaban mezclados los ganados, y el único afán de que se desentendían era el de repartirlos.

*De Erzeron, a 6 de la luna  
de Gemadí, 2, 1711.*

### CARTA XIII

USBK AL MISMO

Sería nunca acabar hablarte de la virtud de los trogloditas. Uno decía un día: Mañana ha de

ir mi padre a arar su pehujar; yo me levantaré dos horas antes que amanezca, y cuando vaya lo encontrará ya arado. Otro pensaba entre sí: Me parece que está mi hermana preñada de un troglodita mozo, pariente nuestro; pues he de hablar con mi padre y contratar estas bodas. A otro le fueron a decir que unos ladrones se habían llevado su ganado. Mucho lo siento, respondió, porque había en él una novilla blanca que pensaba sacrificar a los dioses. A uno se le oía: Tengo que ir al templo a dar gracias a los dioses de que haya cobrado la salud mi hermano, que tan amado es de mi padre y a quien yo tanto quiero; o bien: En el terreno que con el de mi padre linda están los labradores expuestos todo el día al calor del sol; es preciso que plante en él dos árboles, para que puedan los pobres ir algunos ratos a descansar a su sombra.

Un día que estaban reunidos muchos trogloditas, habló un anciano de un mozo de quien presumía que había cometido una acción fea, y se la reprendió agriamente. Creemos que no ha cometido ese delito, dijeron los otros mozos; pero si lo ha cometido, ¡ojalá que muera el postrero de su familia!

Vinieron a decir a un troglodita que habían unos extranjeros saqueado su casa, y todo se lo habían llevado. Si no fueran injustos, replicó, quisiera que les otorgaran los dioses una posesión más dilatada que a mí.

Con tanta prosperidad se excitó la envidia ajena; juntáronse los pueblos inmediatos, y con fútiles pretextos se resolvieron a robar sus ganados. Así que se supo esta determinación, les enviaron los trogloditas embajadores, que

hablaron así: ¿Qué os han hecho los trogloditas? ¿Os han quitado vuestras mujeres, robádoos vuestras reses, asolado vuestros campos? No; que somos justos y tememos a los dioses. ¿Qué queréis de nosotros? ¿Pedís lana para haceros vestidos? ¿Pedís leche de nuestros ganados o frutos de nuestras tierras? Dejad las armas, venid en medio de nosotros, y todo os lo daremos. Empero, por cuanto más sagrado hay os juramos que si como enemigos os metéis en nuestro país, os miraremos como a un pueblo sin justicia y os trataremos como a fieras.

Oyeron con desprecio estas razones aquellos pueblos silvestres, y entraron en el país de los trogloditas, figurándose que fiaban éstos en sólo su inocencia su defensa. Mas estaban bien preparados a defenderse, y habían colocado en medio de ellos a sus hijos y sus mujeres. Habíanlos pasmado, no la muchedumbre de sus enemigos, sino su sinrazón; se habían inflamado en un nuevo ardor sus pechos; quería uno morir por su padre, por su mujer y sus hijos otro, éste por sus hermanos, aquél por sus amigos, todos por el pueblo troglodita; el puesto del que expiraba al punto le ocupaba otro que, además de la causa común, tenía una muerte particular que vengar.

Esta fue la lid de la injusticia con la virtud. Aquellos pueblos cobardes que sólo robar querían apelaron sin vergüenza a la fuga y cedieron a la virtud de los trogloditas, sin que hiciese ésta impresión en su ánimo.

*De Erzeron, a 9 de la luna  
de Gemadí, 2, 1711.*

CARTA XIV

USBEEK AL MISMO

Crecía cada día la población, tanto, que creyendo los trogloditas que era conveniente elegir un monarca acordaron deferir el cetro al que más justo fuese, y pusieron los ojos en un anciano, por su edad y por la constancia de su virtud venerable, el cual no había querido asistir a esta asamblea, y se había retirado a su casa traspasado el pecho de dolor.

Pues cuando le enviaron diputados que le dieron cuenta de la elección que en él había recaído: No plega al cielo, dijo, que haga yo a los trogloditas el agravio de que puedan decir que no se halla entre ellos ninguno más justo que yo. Me dais la corona, y si os empeñáis en ello, fuerza será que la admita; sabed, empero, que moriré del pesar de haber visto, cuando nací, libres a los trogloditas, y de verlos hoy vasallos. Vertió al decir esto un raudal de lágrimas. ¡Oh, día desventurado!, exclamaba, ¿por qué he vivido yo tanto? Luego en voz más severa: Bien lo veo, continuó, trogloditas: ya empieza a seros gravosa vuestra virtud. En la situación que os halláis, no teniendo cabeza, es preciso que aun en despecho vuestro seáis virtuosos; que sin eso no pudierais subsistir y caeríais en las desdichas de vuestros antepasados. Pero se os hace muy duro este yugo, y más bien queréis sujetaros a un príncipe y obedecer sus leyes, menos rígidas que vuestras costumbres, sabiendo que entonces podréis satisfacer vuestra ambición, granjear ri-

## Cartas persas

quezas y dormiros en muelles deleites, y que no necesitaréis de la virtud, con tal que no cometáis delitos horrorosos. (Paróse aquí un rato, y corrieron sus llantos con más abundancia que primero). ¿Mas qué queréis que haga? ¿Cómo he de dar preceptos a un troglodita? ¿Queréis que ejecute él virtuosas acciones porque yo se las mande, pues sin mi mandato las haría, siguiendo sólo su inclinación natural? ¡Oh, trogloditas! ya he llegado al último lindero de la vida; helada corre la sangre por mis venas: en breve voy a ver a vuestros sacrosantos mayores. ¿Por qué queréis que los llene de desconsuelo obligándome a contarles que os dejo sujetos a otro yugo que el de la virtud?

*De Erzeron, a 10 de la luna  
de Gemadí, 2, 1711.*

### CARTA XV

EL PRIMER EUNUCO A JARON, EUNUCO NEGRO,  
A ERZERON

Ruego al cielo que te traiga a estos países, y que te saque con bien de todo peligro. Puesto que nunca supe qué cosa es el vínculo que llaman amistad, y que todo entero me he concentrado dentro de mí mismo, todavía me has hecho ver tú que tenía entrañas, y siendo un bronce con todos los esclavos que bajo mis leyes vivían, tu infancia la he visto crecer con gusto. Llegó la época que puso en ti los ojos mi amo, y mucho tiempo antes de que la natu-

raleza se hubiera explicado te separó un cuchillo de la naturaleza. No puedo decirte si te compadecí o si tuve gusto en verte exaltado a nivel mío. Calmé tus gritos y tu llanto, y creí que nacías por la segunda vez, y que salías de una esclavitud en que siempre habías de obedecer, para entrar en otra en que habías de mandar. Tomé a mi cargo tu educación, y la austeridad, siempre imprescindible de la enseñanza, por mucho tiempo no te dejó ver cuánto te quería. Te amaba, no obstante, y aun te dijera que te quería como quiere un padre a su hijo, si se pudieran avenir con nuestro estado los nombres de hijo y de padre.

Ora vas a correr las tierras donde moran los cristianos, siempre incrédulos. Imposible es que no se amancille tu alma. ¿Cómo te ha de poder contemplar el profeta en medio de tantos millones de enemigos suyos? Yo quisiera que de vuelta hiciera mi amo la romería de la Meca, y todos os purificaríais en la tierra de los ángeles.

*Del serrallo de Ispahan, a 10 de  
la luna de Gemadí, 1711.*

## CARTA XVI

USBEBK AL MOLAH MAHOMETO-ALÍ, GUARDA  
DE LOS TRES SEPULCROS

¿Por qué vives en los sepulcros, divino molah? Más propia era de ti la mansión de las estrellas. Sin duda que te escondes por miedo de

## Cartas persas

oscurecer el sol, y aunque no tienes manchas como este astro, te ocultas, como él, en las nubes. Es tu ciencia un abismo más hondo que el océano; tu entendimiento más penetrante que la espada de Ali Zufagar, que tenía dos puntas; sabes los sucesos de los nueve coros de las potencias celestiales; lees el Alcorán en el pecho de nuestro profeta divino, y cuando das con algún paso oscuro descoge por orden suyo sus veloces alas un ángel, y desciende de su trono a revelarte el misterio. Por tu conducto pudiera yo mantener estrecha correspondencia con los ángeles, que al cabo, terciodécimo imán, tú eres el centro donde van a parar los cielos y la tierra, y el punto de comunicación entre el empíreo y el abismo.

Permite que yo, que me encuentro en un pueblo profano, me purifique contigo; déjame volver el rostro a los sacrosantos sitios donde tú resides; sepárame de los malos, como al rayar de la aurora se separa el hilo blanco del negro; ayúdame con tus consejos; ampara mi alma; empápala en el espíritu de los profetas; aliméntala con la ciencia del paraíso, y dame licencia para que ponga sus llagas a tus plantas. Dirige tus sagradas cartas a Erzeron, donde me detendré algunos meses.

*De Erzeron, a 11 de la luna  
de Gemadí, 2, 1711.*

CARTA XVII

USBEEK AL MISMO

No puedo, divino molah, sosegar mis inquietudes, ni está en mi mano aguardar tu sublime respuesta; me atormentan dudas que es fuerza disipar, y veo que se descarría mi razón. Redúcela al camino derecho; ven a alumbrarme, manantial de la luz; fulmina con tu divina pluma las dificultades que te voy a proponer; haz que me duela de mí propio y me sonroje de la pregunta que a hacerte voy:

¿De dónde nace que nos veda nuestro legislador la carne de puerco y todos los manjares que llama inmundos? ¿De dónde que nos prohíbe tocar a un cadáver, y para purificar el alma nos manda que sin cesar nos lavemos el cuerpo? Paréceme que las cosas en sí, ni son puras ni impuras, y no puedo concebir cualidad ninguna inherente al sujeto que las constituya tales. El cieno nos parece sucio porque repugna a nuestra vista o a alguno de nuestros sentidos; pero en sí no es más sucio que el oro y el diamante. La idea de la mancilla que con el contacto de un muerto se contrae nos viene de cierta repugnancia natural que éste excita en nosotros. ¿Cómo hubiera sido posible imaginarse que eran impuros los que no se lavan si no hubieran causado asco al olfato ni a la vista? Así que los sentidos, divino molah, habrán de ser los únicos que fallen de la pureza o impureza de las cosas. Empero, no haciendo los objetos una misma impresión en todos los hombres, y lo que en éstos excita una sensación gra-

## Cartas persas

ta produce en aquéllos otra inaguantable, se colige que en este caso no puede servir de norma el testimonio de los sentidos, si no decimos que cada uno es árbitro de fallar a su antojo en la materia y distinguir, con respecto a sí, las cosas puras de las impuras. ¿Mas no daría por el pie esta consecuencia, sagrado molah, con las distinciones que estableció nuestro divino profeta, y con los puntos fundamentales de la ley, escrita de puño de los ángeles?

*De Erzeron, a 20 de la luna  
de Gemadí, 2, 1711.*

### CARTA XVIII

MAHOMETO-ALÍ, SIERVO DE LOS PROFETAS, A  
USBK, A ERZERON

Sin cesar nos hacéis preguntas que hicieron millares de veces a nuestro santo profeta. ¿Por qué no leéis las tradiciones de los doctores? ¿Por qué no bebéis en esta fuente pura de toda inteligencia? Allí encontraríais la solución de todas vuestras dudas. ¡Desventurados, que siempre embebidos en las cosas terrenales, nunca habéis contemplado atentamente las celestiales, y reverenciáis la vida de los molahes, sin atreveros a abrazarla y seguirla! ¡Profanos, que nunca penetráis los altos juicios del Todopoderoso! Vuestras luces se semejan a las tinieblas del abismo, y los argumentos de vuestra razón se parecen al polvo que de los pies se levanta, cuando lanza el sol de mediodía

sus rayos en el ardiente mes de chalval. Por eso nunca llega el cenit de vuestro espíritu al nadir del más ínfimo de los imanes (1). Es vuestra vana filosofía el relámpago precursor de tormenta y oscuridad; vivís en medio de la tempestad y fluctuáis hechos juguete del viento.

Muy fácil es desatar vuestra dificultad; basta para eso contar lo que sucedió un día a nuestro santo profeta, cuando, siendo tentado por los cristianos y puesto a prueba por los judíos, dejó confusos a unos y otros.

Preguntóle el judío Abdías Ibsalón (2) por qué había vedado Dios la carne de puerco. Con justa razón, respondió Mahoma, porque es animal inmundo, y voy a probároslo. Formó luego con lodo la figura de un hombre en su mano, y la echó al suelo gritándole: Levántate. Al punto se levantó un hombre, y dijo: Yo soy Jafet, hijo de Noé. ¿Tenías la cabeza tan cana cuando te moriste?, le dijo el sagrado profeta. No, replicó Jafet, pero cuando me despertaste creí que era llegado el día del juicio, y cobré tal susto que de repente se me ha encanecido el cabello. Bien está: cuéntame, le dijo el enviado de Dios, toda la historia del arca de Noé. Obedeció Jafet, contó punto por punto los sucesos de los primeros meses, y siguió diciendo: Echamos las suciedades de todos los animales a un rincón del arca, con lo cual se ladeó tanto que tuvimos mortal miedo, con particularidad nuestras mujeres, que daban recios lamentos. Habiendo, pues, ido nuestro padre

---

(1) Los persas usan con más frecuencia de esta voz que los turcos.

(2) Tradición de los mahometanos.

Noé al consejo del Eterno, le fue mandado por Dios que cogiera al elefante y le volviera la cabeza hacia donde se ladeaba el arca. Tanto se ensució este vasto animal, que de la porquería nació un cerdo. ¿Crees ahora, Usbek, que nos hemos abstenido de él desde entonces, y que le hemos tenido por animal inmundo?

Como a cada instante meneaba el cerdo la porquería, se llenó de tal hediondez el arca, que él propio no pudo menos de estornudar y salió de sus narices un ratón, que iba royendo todo cuanto topaba; cosa que no pudo aguantar Noé y creyó que convenía consultar otra vez con Dios, el cual le mandó que diera un porrazo al león en la frente. Hízolo así Noé; estornudó el león y salió de sus narices un gato. ¿Crees que no son tampoco inmundos estos animales? ¿Qué te parece?

Así, cuando no veis la causa de la impureza de ciertas cosas, consiste en que ignoráis otras muchas y en que no sabéis los sucesos entre Dios, los ángeles y los hombres. No conocéis la historia de la eternidad ni habéis leído los libros escritos en el cielo; lo que os ha sido revelado no es más que una mínima parte de la divina biblioteca, y los que, como nosotros, se acercan más a ella, mientras viven en este mundo están sepultados en oscuridad y en tinieblas. Adiós: Mahoma sea en tu corazón.

*De Com, el postrero de la luna  
de Chalval, 1711.*

CARTA XIX

USBEEK A SU AMIGO RUSTAN, A ISPAHAN

Ocho días no más nos hemos detenido en Tocat, y hemos llegado a Esmirna después de treinta y cinco días de camino.

Desde Tocat hasta Esmirna no se encuentra pueblo que citarse merezca. Con asombro he contemplado la flaqueza del imperio de los Osmanlíes; cuerpo achacoso que no con un moderado y buen régimen se sustenta, mas sí con violentos remedios que le dejan exhausto y le consumen continuamente.

Los bajaes, que a poder de dinero logran sus empleos, llegan sin un maravedí a las provincias y las asuelan como si fueran países conquistados. Una insolente milicia sólo por sus antojos se gufa: están desmanteladas las plazas, yermos los pueblos, assolados los campos y totalmente abandonada la agricultura y el comercio.

En este gobierno tan severo reina la impunidad, y están expuestos a mil violencias los cristianos que cultivan la tierra y los judíos que recaudan los tributos. La propiedad de los predios no está afianzada; por consiguiente, nadie se cura de darles valor, que no hay fuero ni posesión que al antojo de los que gobiernan pueda ser contrarresto.

De tal modo han abandonado estos bárbaros las artes, que hasta del de la guerra se han desentendido, y mientras que cada día se ilustran las naciones europeas, permanecen ellos en su antigua ignorancia, sin pensar en adoptar sus

## Cartas persas

nuevos inventos, hasta que millares de veces han servido contra ellos. Del mar no tienen práctica alguna ni maña para maniobrar. Dicen que un puñado de cristianos, que salen de una roca (1), hacen estremecer a los otomanos y fatigan su imperio.

Inaptos para el comercio, les cuesta trabajo consentir que vengan a negociar los europeos, siempre activos y laboriosos, y piensan que hacen mucho favor a estos extranjeros con permitir que los enriquezcan. En todo el vasto espacio de tierra que he atravesado, Esmirna es el único pueblo que puede llamarse rico y opulento, y los europeos son los que hacen que lo sea, que no queda por los turcos que se semeje a todos los demás.

Esta es, querido Rustan, la imagen verdadera de este imperio, que antes que pasen dos siglos será teatro de los triunfos de un conquistador.

*De Esmirna, a 2 de la luna  
de Rahmazan, 1711.*

### CARTA XX

USBEBK A ZACHI, SU MUJER, AL SERRALLO  
DE ISPAHAN

Zachi, tú me has ofendido, y siento impulsos en mi pecho que serían terribles para ti, si no te dejase lugar mi ausencia para que mudaras

---

(1) Parece que habla de la isla de Malta.

de conducta y calmaras los violentos celos que me atormentan.

Sé que te han encontrado sola con el eunuco blanco Nadir, que perderá la cabeza en pago de su infidelidad y alevosía. ¿Cómo te has abandonado hasta el extremo de no ver que no te era lícito admitir en tu cuarto a un eunuco blanco, teniendo negros para que te sirvan? En balde me dirás que no son hombres los eunucos, y que sofoca en ti la virtud las ideas que de una imperfecta semejanza se pudieran originar; porque no basta esto para ti ni para mí; para ti, que has hecho una cosa vedada por las leyes del serrallo, ni para mí, a quien quitas la honra, exponiéndote a miradas... ¿qué digo, a miradas?, a los embates de un aleve que con sus maldades te habrá amancillado, y más todavía con su pesar y la desesperación de su impotencia.

Acaso me dirás que siempre me has sido fiel. ¿Y cómo podías no serlo? ¿Cómo habías de frustrar la vigilancia de los eunucos negros, que tan pasmados están del modo como vives? ¿Cómo habías de quebrantar las puertas y cerrojos que te tienen encerrada? Te precias de una virtud que no es libre, y acaso te han quitado mil veces tus torpes deseos el mérito y el premio de una fidelidad de que tanto te alabas.

Sea en buen hora que no hayas cometido todo cuanto me pudiera yo presumir, que no haya puesto en ti sus sacrílegas manos ese aleve, que te hayas negado a recrear sus ojos con las delicias de su amo, que, cubierta con tus vestidos, hayas dejado tan flaca valla entre ti y él, que a impulsos de un sagrado respeto haya él bajado los ojos, y faltándole la osadía haya

temblado, pensando en el castigo que le aguarda; puesto que todo eso sea, siempre es cierto que has hecho una cosa contraria a tu obligación. Y si has faltado a ella sin motivo y sin que te incitaran tus desordenados apetitos, ¿qué no hicieras por satisfacerlos? ¿Qué harías si pudieses salir de ese sitio sagrado, que para ti es una dura cárcel, así como para tus compañeras es un asilo propicio contra los embates del vicio, un sagrado templo donde se desvanece la flaqueza de tu sexo, y es invencible a despecho de las tentaciones de la naturaleza? ¿Qué harías si, abandonada a ti propia, no tuvieras otra defensa que el amor que me tienes y que tan gravemente has ofendido, y tu obligación que con tanta indignidad has violado? ¡Cuán santas son las costumbres del país donde vives, y que te libran de los insultos de los más viles esclavos! Debieras darme las gracias por la sujeción en que te obligo a que vivas, pues sólo por ella mereces vivir.

No puedes aguantar al jefe de los eunucos, porque cela sin cesar tu conducta y te da prudentes consejos, y dices que es tanta su fealdad que no le puedes mirar sin repugnancia, como si para puestos semejantes se requirieran objetos hermosos, y te afliges sin duda de que no se halle en su lugar el eunuco blanco que te deshonra.

¿Mas qué te ha hecho tu primera esclava? Haberte dicho que las llanezas que con la joven Zelinda tenías eran mal parecidas, y ese es el motivo de tu enemistad.

Debería ser yo un juez severo, Zachi, pero soy un esposo que anhela porque seas inocente. El cariño que a Roxara, mi nueva esposa, tengo,

## Cartas persas

me ha dejado todo el que te debo a ti, que no eres menos linda. Mi afecto es parte entre ambas, y no tiene Roxana más prerrogativa que la que la virtud añade a la hermosura.

*De Esmirna, a 12 de la luna  
de Zilcadé, 1711.*

### CARTA XXI

USBEK AL PRIMER EUNUCO BLANCO

Tiembla al abrir esta carta, o más antes debías de temblar cuando consentiste la alevosía de Nadir. ¡Tú, que no obstante tu helada y achacosa vejez no pudieras sin culpa alzar los ojos delante de los terribles objetos de mi cariño; tú, a quien nunca fue permitido poner tus sacrílegas plantas en el umbral del tremendo sitio que de todos los profanos ojos los esconde; tú aguantas que aquéllos cuya conducta te fue fiada tengan la temeridad de ejecutarlo, y no ves el rayo que a ellos contigo va a exterminaros! ¿Quién sois vosotros, más que unos viles instrumentos que puedo yo romper cuando se me antojare; que sólo en cuanto sabéis obedecer existís; que meramente para cumplir mis preceptos vivís en el mundo, o para morir cuando yo lo mande; que alentáis porque mis gustos, mi amor o mis celos necesitan de vuestra bajeza, y que finalmente ni podéis tener otra suerte que la humillación, ni otra alma que mi voluntad, ni más felicidad que mi esperanza?

## Cartas persas

Bien sé que algunas de mis mujeres se sujetan con dificultad a las austeras leyes de su obligación; que se aburren con la continua presencia de un eunuco negro; que las fatigan los horrorosos objetos que para que no pierdan la memoria de su marido tienen siempre delante: bien lo sé. Empero tú, que te allanas a estos desórdenes, sufrirás un castigo que haga temblar a cuantos de mi confianza abusaren.

Por todos los profetas del cielo y por Alí, el mayor de todos, te juro que si os desentendéis de vuestras obligaciones no tendré en más vuestra vida que la de los viles insectos que piso.

*De Esmirna, a 12 de la luna  
de Zilcadé, 1711.*

### CARTA XXII

#### JARON AL PRIMER EUNUCO

Al paso que se desvía Usbek del serrallo, vuelve la cabeza hacia sus sagradas mujeres, suspira, vierte llantos, se exaspera su dolor y crecen sus sospechas. Queriendo aumentar el número de sus centinelas, me envía al serrallo con todos los negros que me acompañan, y sin temor ninguno, por lo que hace a su persona, se asusta por lo que quiere mil veces más que su propia vida. Así, que voy a vivir bajo tus leyes y participar de tus afanes. ¡Gran Dios, cuántas cosas para hacer feliz a un hombre se necesitan!

## Cartas persas

Parece que la naturaleza, después de haber hecho dependientes las mujeres, las había puesto en libertad, y que resultaba el desorden entre ambos sexos de la reciprocidad de sus respectivas obligaciones. Nosotros hemos constituido parte del plan de una armonía nueva; entre nosotros y las mujeres hemos colocado el odio, y entre las mujeres y los hombres el amor.

Mi semblante se va a tornar severo; miraré siempre con aspereza y enfado; huirá el contento de mis labios, y tranquilo en la apariencia tendré lleno el pecho de zozobras, y no aguardaré las arrugas de la vejez para aparentar su austeridad.

Con gusto hubiera seguido a mi amo al Occidente; pero él es árbitro de mi voluntad. Quiere que guarde a sus mujeres, y las guardaré con fidelidad. Bien sé cómo me he de gobernar con este sexo, que si le dejan que sea vano se torna altivo, y que es más fácil destruir que desairar. Me postro ante tus ojos.

*De Esmirna, a 12 de la luna  
de Zilcadé, 1711.*

### CARTA XXIII

USBK A SU AMIGO IBEN, A ESMIRNA

A Liorna hemos llegado, después de cuarenta días de navegación. Esta ciudad es moderna y es la prueba de la habilidad de los duques de Toscana, que han convertido en el más flore-

## Cartas persas

ciente pueblo de Italia una aldehuela pantanosa.

Aquí disfrutan las mujeres mucha libertad; pueden ver a los hombres por entre ciertas ventanas que llaman celosías, salir todos los días con unas viejas que las acompañan, y no llevan más que un velo (1); las pueden visitar sus cuñados, sus tíos y sobrinos, y rara vez lo tienen a mal sus maridos.

Espectáculo que pasma mucho a un mahometano es el de una ciudad cristiana la vez primera que la ve. No hablo ahora de las cosas que saltan a los ojos a todos, como son la diferencia de trajes, de edificios y de los estilos principales; pero hasta en las más menudas frioleras hay cosas raras, que las siento yo y no sé explicarlas.

Mañana saldremos para Marsella, donde nos detendremos muy poco. Mi ánimo y el de Rica es llegar cuanto antes a París, que es el emporio del imperio europeo. Siempre los caminantes prefieren los pueblos grandes, que son especie de patria común de todos los forasteros. Adiós: está cierto de mi constante afecto.

*De Liorna, a 12 de la luna  
de Safar, 1712.*

### • CARTA XXIV

RICA A IBEN, A ESMIRNA

En París nos hallamos un mes hace, y siempre en continuo movimiento. Es mucha faena,

---

(1) Las persas llevan cuatro.

antes de tener alojamiento, de hallar los sujetos a quienes uno está recomendado, y abastecerse de las cosas necesarias, que todas faltan de consuno.

Tamaño es París como Ispahan, y las casas son tan altas, que parece que todos los moradores son astrólogos. Bien discurre que una ciudad edificada en los aires, con seis o siete casas, unas encima de otras, está poblada sobremanera, y que cuando baja todo el mundo a la calle hay una bonita confusión. Pero acaso no creerás que en un mes que hace que estoy aquí no he visto andar a nadie. Ninguno saca más provecho de su máquina que los franceses, que corren y vuelan; y los accidentarían los lentos carruajes del Asia y el paso a compás de nuestros camellos. Yo, por mí, que no estoy hecho a este trajino, y que muchas veces voy a pie sin mudar de paso, rabio a veces como un cristiano. Vaya con Dios cuando me salpican de pies a cabeza; pero lo que no puedo aguantar son los codazos que con regla y periódicamente me dan: uno que viene detrás de mí y pasa adelante me hace dar media vuelta, y otro que se me cruza por la otra parte me vuelve de repente al sitio donde me cogió el primero, y antes de dar cien pasos estoy más quebrantado que si hubiera andado diez leguas.

No te figures que pueda por ahora instruirte a fondo de los estilos y costumbres europeas, que yo propio no tengo hasta ahora más que una ligera idea de ellas, y apenas he tenido lugar más que para pasmarse.

El más poderoso príncipe de Europa es el rey de Francia. No tiene minas de oro, como su vecino el rey de España, pero es más ri-

co que él, porque saca su riqueza de la vanidad de sus vasallos, más inagotable que las minas. Le han visto acometer o sustentar porfiadas guerras, sin otros caudales que la venta de títulos honoríficos, y por un portento de la humana altivez se encontraban pagados sus ejércitos, fortificadas sus plazas y pertrechadas sus escuadras. Además, dicho rey es un gran mágico, que manda hasta en la inteligencia de sus vasallos, haciéndolos pensar como quiere. Si no hay más que un millón de pesos en su tesorería, y necesita dos, les persuade que uno vale tanto como dos, y se lo creen. Si tiene que sustentar una guerra ardua, y se encuentra sin dinero, les mete en la cabeza que un pedazo de papel es dinero, y al punto se convencen de ello. A tanto llega, que les hace creer que los sana de todo género de achaques con tocarlos: tanta es la fuerza y el poderío que en los ánimos tiene.

Y no te asombre lo que de este príncipe digo, que hay otro mágico mayor que él, el cual manda tanto en su entendimiento como él en el de los demás. Llámase este mágico el Papa; unas veces le hace creer que tres son uno; otras, que el pan que come no es pan, ni el vino que bebe vino, y otras mil lindezas de este jaez. Pues por no dejarle nunca en paz, y que no se le olvide la costumbre de creer, de cuando en cuando le da, para que se ejercite, ciertos artículos de creencia. Dos años hace que le envió un escrito muy abultado que llamó *constitución*, y quiso obligar con fuertes penas al príncipe y a sus vasallos a que creyeran todo cuanto contenía. Se salió con ello con el príncipe, que al punto se allanó a todo y dio ejemplo a sus vasallos;

pero muchos de éstos se rebelaron y dijeron que no querían creer ni una palabra de cuanto el tal escrito contenía. Los móviles de toda esta rebelión fueron las mujeres, y ha dividido el palacio, el reino entero y las familias todas. Esta constitución les veda que lean un libro que dicen todos los cristianos que ha venido del cielo, y que es justamente su Alcorán. Indignadas las mujeres con el agravio que a su sexo se hacía, se han amotinado contra la tal constitución, y declarándose en este lance los hombres partidarios suyos, no quieren gozar de privilegios. Empero ha de confesarse que no discurre mal este muftí, y a fe de Alí que sin duda está imbuído en los principios de nuestra sacrosanta ley. ¿Una vez que son las mujeres criaturas inferiores a nosotros, y que nos dicen nuestros profetas que no han de ir al paraíso, qué es del caso que lean un libro destinado sólo a enseñar el camino del paraíso?

Del rey he oído contar cosas que tocan en milagros, y no dudo que se te harán duras de creer. Dicen que mientras que tenía guerra con sus vecinos, que todos estaban coligados contra él, había dentro de su reino una innumerable muchedumbre de enemigos invisibles que en derredor de él andaban, y añaden que los ha estado buscando por espacio de más de treinta años, y que, no obstante el infatigable afán de ciertos dervises que gozan de su confianza, nunca ha podido topar con uno siquiera. Viven con él, se hallan en su palacio, en la corte, en la tropa, en los tribunales, y dicen, sin embargo, que se morirá con el desconsuelo de no haber dado con ellos. Parece que existen en general, y que nada son en particular; que son un cuer-

## Cartas persas

po, pero sin miembros. Sin duda quiere castigar el cielo a este príncipe por no haber sido moderado con los enemigos que ha vencido, suscitándole otros invisibles, cuyo ingenio y estrella son superiores a los suyos.

Seguiré escribiéndote, y te diré cosas muy desviadas de la índole y carácter persa. Bien es la misma tierra la que unos y otros pisamos; empero, las gentes del país donde vivo y las del país donde estás tú son gentes muy distintas'.

*De París, a 4 de la luna  
de Rebiab, 2, 1712.*

### CARTA XXV

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

He recibido una carta de tu sobrino Redi, en que me dice que se ausenta de Esmirna con ánimo de ver la Italia, siendo el único fin de su viaje instruirse y hacerse así más digno de ti. Doite el parabién de que tengas un sobrino que será un día el consuelo de tu vejez.

Rica te escribe una larga carta, y me ha dicho que te hablaba mucho de esta tierra. La viveza de su imaginación hace que todo lo comprenda con presteza; yo, que pienso con más pausa, no estoy aún en estado de decirte cosa ninguna.

El platillo de nuestras más afectuosas conversaciones eres tú: nunca nos cansamos de hablar del agasajo con que nos has tratado en

## Cartas persas

Esmirna y de los servicios que cada día a tu amistad debemos. ¡Ojalá, generoso Iben, que en todas partes encuentres con amigos tan fieles y agradecidos como nosotros! ¡Ojalá que en breve volvamos a vernos y a disfrutar otra vez de los felices días, que tan serenos corren entre sinceros amigos! Adiós.

*De París, a 4 de la luna  
de Rebiab, 2, 1712.*

### CARTA XXVI

USBEK A ROXANA, AL SERRALLO DE  
ISPAHAN

¡Qué dicha es la tuya, Roxana, de haber nacido en el delicioso país de Persia, y no en estos envenenados climas, donde ni virtud ni honor son conocidos! ¡Qué dicha la tuya! En mi serrallo vives, como en la mansión de la inocencia, inaccesible a todos los humanos; te encuentras con gusto en la feliz impotencia de delinquir; nunca te amancilló un hombre con sus torpes miradas; tu propio suegro, en la libertad de los banquetes, nunca vio tu hermosa boca, y nunca has dejado de ponerte un velo sagrado para cubrirla. ¡Dichosa Roxana! Cuando has ido a la quinta, siempre ha sido con eunucos que te precedían, para dar la muerte a cuantos temerarios no huían de tu vista. ¡Yo propio, a quien te dio el cielo para mi ventura,

cuánto trabajo me ha costado hacerme dueño de un tesoro que con tanto tesón defendías! ¡Qué sentimiento fue para mí el no verte los primeros días de nuestro matrimonio! ¡Qué impaciencia cuando te vi! Impaciencia que tú no satisfacías, antes la irritabas con las obstinadas repulsas del pudor sobresaltado, confundíendome con todos aquellos de quien sin cesar te escondías. ¿Te acuerdas de aquel día que te perdí en medio de tus esclavas, que me engañaron y te escondieron cuando yo te buscaba en balde? ¿Te acuerdas del otro que viendo que era ineficaz tu llanto, recurriste a la autoridad de tu madre para contener la furia de mi amor? ¿Te acuerdas del refugio que en tu mismo valor hallaste cuando te faltaron todos los demás? Cogiste un puñal, y me amenazaste que sacrificarías a tu esposo si seguía exigiendo de ti lo que más que a tu propio esposo querías. Dos meses duró esta contienda del amor con la virtud. Pasaron a demasía tus castos escrúpulos; no te rendiste ni aun después de vencida; defendiste hasta el último punto tu moribunda virginidad; me contemplaste como un enemigo que te había agraviado y no como un esposo que te había amado; más de tres meses estuviste que no te atrevías a mirarme sin sonrojarte, y parecía que con la confusión de tu rostro me echabas en cara el triunfo que había yo alcanzado. Ni me dejabas en quieta posesión de él, que me hurtabas cuanto de tus gracias y embelesos podías, y embriagado en los mayores favores todavía no había disfrutado los más pequeños.

Si te hubieras criado en este país, no te hubieras desasosegado tanto. Aquí han perdido

las mujeres todo miramiento; se presentan a los hombres con la cara descubierta, como si quisieran solicitar su propio vencimiento; los siguen con los ojos, los ven en las mezquitas, en los paseos y en sus propias casas, y no conocen el estilo de servirse de eunucos. En vez del noble candor y el pudor amable que entre vosotras reina, se ve en ellas un brutal descaro, a que no es posible acostumbrarse. Sí, Roxana, si aquí estuvieras te sentirías agraviada con la horrorosa ignominia a que ha descendido tu sexo; huirías de estos abominables sitios, y suspirarías por ese dulce retiro donde hallas la inocencia, donde estás segura de ti propia, donde no te asusta ningún riesgo, en fin, donde me puedes amar sin temor de perder nunca el afecto que me debes.

Cuando realzas las rosas de tus mejillas con los más preciosos afeites; cuando te sahumas todo el cuerpo con las esencias más fragantes; cuando con tus más ricos trajes te atavías; cuando procuras sobresalir entre tus compañeras con las gracias del baile y la suavidad de tu canto; cuando en graciosa contienda te esfuerzas a aventajarlas en embelesos, donaire y amenidad, no me puedo figurar que lleves otro fin que agradarme; y cuando te veo sonrojarte con modestia, cuando clavas tus ojos en los míos, cuando te insinúas en mi corazón con dulces y halagüeñas razones, no puedo, Roxana, dudar entonces de tu cariño.

¿Mas qué he de pensar de las mujeres europeas? El arte de afeitarse el rostro, los adornos con que se engalanan, el cuidado que de su belleza tienen, el continuo deseo de dar gusto en que se ocupan, todo en ellas es mancha de

## Cartas persas

su virtud y agravios que a sus maridos hacen. No creo yo, Roxana, que lleguen sus atentados al punto que de semejante conducta pudiera colegirse, ni que vaya su disolución al horrible exceso, que hace estremecer, de quebrantar completamente la fe conyugal. Pocas mujeres hay tan abandonadas que se precipiten en tamaño desorden; todas tienen en su corazón estampado cierto carácter de virtud que sacan de la naturaleza y que debilita la educación, pero no le destruye. Bien pueden desentenderse de las obligaciones exteriores que exige el pudor, pero en tratándose de dar el postrer paso lo resiste la naturaleza. De suerte que cuando con tanta estrechez os encerramos, cuando hacemos que os guarde tanto esclavo, cuando enfrenamos vuestros deseos, así que se descarrían, no consiste en que tememos la última infidelidad, sino en que sabemos que nunca raya en demasía la pureza, y que la afea la más leve mancilla.

Roxana, me compadece tu suerte; tu castidad, tanto tiempo puesta a prueba, era acreedora a un esposo que nunca te hubiese abandonado y que pudiese refrenar los deseos que tu virtud sola sabe sujetar.

*De París, a 7 de la luna  
de Rhegeb, 1712.*

## Cartas persas

### CARTA XXVII

USBEK A NESIR, A ISPAHAN

Ahora nos hallamos en París, émula altiva de la ciudad del sol (1).

Cuando salí de Esmirna encargué a mi amigo Iben que te remitiera una cajita que contenía una expresión para ti, y por el mismo conducto recibirás esta carta. Aunque estoy a quinientas o seiscientas leguas del pueblo de su residencia, con tanta facilidad le escribo y me responde, como si uno de nosotros estuviera en Ispahan y el otro en Com. Mis cartas las dirijo a Marsella, de donde salen todos los días embarcaciones para Esmirna, y desde allí envía él las que van encaminadas a Persia por las caravanas de armenios que cada día van a Ispahan.

Rica goza cabal salud; que la robustez de su constitución, su mocedad y su natural jovialidad son parte para que no haga mella en él la fatiga. Yo no me hallo tan bueno; que tengo el cuerpo y el ánimo abatido, entregándome a reflexiones cada día más melancólicas, y mi salud, que se va quebrantando, me hace suspirar por mi patria y aburrirme en esta tierra extraña. Ruégote, amado Nesir, que no sepan mis mujeres el estado en que me hallo, que si me aman, no quiero que viertan lágrimas, y si no, tampoco me curo de aumentar su atrevimiento. Si creyesen mis eunucos que corría riesgo mi salud, y pudiesen esperar la

---

(1) Ispahan.

## Cartas persas

impunidad de su villana condescendencia, en breve darían oídos a las halagüeñas voces de ese sexo que hechiza las mismas rocas y mueve hasta las cosas inanimadas.

Adiós, Nesir: mi mayor gusto es darte pruebas de mi confianza.

*De París, a 5 de la luna  
de Chalval, 1712.*

### CARTA XXVIII

RICA A...

Ayer vi una cosa muy extraña, pero que en París cada día se repite. Al caer de la tarde se junta la gente, y va a representar una especie de escena que, según he oído, la llaman comedia. El movimiento principal se ejecuta en un andamio, llamado tablado. A uno y otro lado hay unos nichos, que llaman aposentos, donde los hombres y las mujeres representan unas escenas mudas, como las que en Persia se estilan, con poca diferencia. Aquí, una amante afligida manifiesta su desconsuelo; más encendida otra no aparta los ojos de su cortejo, que con ojos no menos enamorados la contempla; en los semblantes se retratan todas las pasiones y se expresan con una elocuencia que, puesto que muda, no es menos viva. Allí no descubren las actrices más que la mitad del cuerpo, y por lo común llevan por modestia un manguito para tapar los brazos. Abajo hay una caterva de hombres en pie que se burlan de los que están arriba en el tablado, y

## Cartas persas

recíprocamente éstos se ríen de los que están abajo. Pero los que más se afanan son unos que para el caso escogen de poca edad, con el fin de que puedan aguantar la faena. Éstos están obligados a encontrarse en todas partes; pasan por sitios que ellos solos conocen, suben de piso en piso con una agilidad que pasma, están arriba, abajo, en todos los aposentos, se zambullen, por decirlo así, se pierden y vuelven a parecer, muchas veces dejan el sitio de la escena y se van a representar a otra parte. Algunos hay que por un portento, que nadie podía esperar al ver sus muletas, andan y corren como los demás hombres. Al fin se reúnen en unas salas donde representan otra comedia distinta, que se empieza haciéndose cortesías y sigue dándose abrazos; y dicen que con el menor conocimiento basta para que un hombre tenga facultad de ahogar a otro. Parece que el sitio inspira cariño; y, efectivamente, dicen que las princesas que aquí reinan no son zahareñas, y fuera de dos o tres horas al día, que son bastante ásperas de condición, todo lo demás del tiempo son muy humanas, y la manía del rigor las deja con facilidad.

Lo mismo que de este sitio te digo se repite, con poca diferencia, en otro que llaman la ópera, si no es que en éste hablan y en aquél cantan. El otro día me llevó uno de mis amigos al aposento donde se desnudaba una de las primeras actrices, y quedamos tan amigos que al día siguiente recibí de ella esta esquela:

«Muy señor mío: Soy la doncella más desgraciada de este mundo, y siempre he sido la más virtuosa cantarina de toda la ópera. Siete a ocho meses hace que, estando en el aposen-

## Cartas persas

to donde me vio usted ayer, mientras que me vestía de sacerdotisa de Diana, me vino a ver un abate mozo, y sin respetar ni mi traje blanco, ni mi velo, ni mi cendal, me robó mi inocencia. Vano es ponderarle el sacrificio que le hice, que se echa a reír, sustentándome que me ha encontrado muy profana. Con todo estoy tan gruesa que ya no me atrevo a salir a las tablas, que en punto de honra soy tan delicada que no es decible, y siempre mantendré que a una doncella bien criada más fácil es hacer que pierda su virtud que la modestia. Ya ve usted que siendo tan cosquillosa nunca hubiera salido con la suya el abate mozo si no me hubiera dado palabra de casamiento; motivo tan legítimo que me ha obligado a omitir esas frioleras de formalidades de estilo, y a empezar, como dicen, por la cola. Pero habiéndome deshonorado su infidelidad, abandono la vida de la ópera, donde, aquí para entre los dos, no gano lo suficiente para vivir, porque ahora que empiezan a venir los años, y se va mermando mi hermosura, mi pensión, puesto que siempre es la misma, no parece sino que se disminuye cada día. Por uno de la comitiva de usted he sabido que en su país hacían mucho aprecio de una buena bailarina, y que si estuviera yo en Ispahan, luego haría buen caudal. Si quiere usted otorgarme su protección y llevarme consigo a su tierra, tendrá la satisfacción de ser el bienhechor de una doncella que por su conducta y su virtud se hará acreedora a tanto favor. Quedo, etc.»

*De París, a 2 de la luna  
de Chalval, 1712.*

CARTA XXIX

RICA A IBEN, A ESMIRNA

La cabeza de los cristianos es el Papa, que es un ídolo viejo a quien, meramente por costumbre, tributan incienso. Antiguamente se hacía temer hasta de los monarcas, que los deponía con tanta facilidad como deponen nuestros magníficos sultanes a los reyes de Irimeta y Georgia; pero ahora nadie le teme. Se dice sucesor de uno de los primeros cristianos, que llaman San Pedro, y cierto que la herencia es muy pingüe, pues posee tesoros inmensos y es dueño de un dilatado país.

Los obispos son unos príncipes de la ley que están subordinados a él, y bajo su autoridad desempeñan dos cargos muy distintos. Cuando están congregados hacen, como él, artículos de fe, pero cuando están separados, casi no tienen otro ministerio que dispensar del cumplimiento de la ley. Porque has de saber que está la religión cristiana atestada de preceptos muy dificultosos de practicar, y habiendo visto que era más fácil tener obispos que dispensen de sus obligaciones que cumplir con ellas en beneficio de la pública utilidad, se han resuelto a lo primero. Así si uno no quiere hacer el rahmazán, si no se quiere sujetar a las formalidades de la celebración del matrimonio, si quiere quebrantar sus votos, si se quiere casar con aquella a quien se lo veda la ley, y a veces si quiere violar un juramento, se va al obispo, o al Papa, el cual le da al instante una dispensa.

Los obispos no hacen artículos de fe *de motu proprio*, y hay una infinidad de doctores, los más de ellos dervises, que suscitan mil nuevas cuestiones acerca de la religión; los dejan que disputen mucho tiempo, y dura la guerra hasta que se concluye con una decisión. También te aseguro que nunca hubo reino donde tantas guerras civiles haya habido como el de Cristo.

Los que publican una proposición nueva, al punto son calificados de herejes: cada herejía tiene su nombre, que es como el pendón de sus secuaces. Pero quien no quiere no es hereje; no tiene más que partir la diferencia por la mitad, y dar una distinción a los que le acusan de herejía; y sea ésta la que fuere, entiéndase o no, se queda un hombre más blanco que la nieve y puede obligar a que le tengan por ortodoxo. Verdad es, no obstante, que aunque sea así en Francia y en Alemania, he oído decir que en España y Portugal hay unos dervises que no entienden de chanzas, y queman a un hombre como coscoja. Si uno cae en sus garras, dichoso él, si ha hecho siempre oración a Dios con una sarta de cuentecitas de palo, si ha llevado siempre encima dos trapos atados con dos cintas, y si ha estado alguna vez en una provincia que llaman Galicia. Sin eso, mal está el pobre demonio. Aunque jure más que un carretero que es ortodoxo, harto será que crean que tiene los requisitos necesarios para serlo, y que no le quemén como hereje. Inútil es que dé distinciones; no hay distinción que valga, y antes que piensen siquiera en escucharle ya estará hecho pavesa.

Los demás jueces presumen que el acusado

## Cartas persas

está inocente; mas éstos presumen siempre lo contrario, y llevan por regla, en caso de duda, de fallar por el rigor, acaso porque creen malos a los hombres. Bien es verdad que por otro lado tan buena idea se forman de ellos, que los creen incapaces de decir una mentira, y así reciben la declaración de los enemigos capitales, de las ramerías públicas, de los que ejercitan oficios infames. En la sentencia hacen un cumplido a los que van vestidos de una camisa de azufre, diciéndoles que sienten mucho que lleven un traje tan indecente, que son muy benignos, que aborrecen la sangre y se duelen mucho de haberlos condenado: luego, por consolarse, confiscan en beneficio suyo los bienes de estos desventurados.

Dichosa la tierra donde moran los hijos de los profetas y donde no son conocidos tan funestos espectáculos (1). La sagrada religión que nos trajeron los ángeles se escuda con su propia verdad y no necesita para mantenerse de tan violentos medios.

*De París, a 4 de la luna  
de Chalval, 1712.*

### CARTA XXX

RICA AL MISMO, A ESMIRNA

Son los moradores de París tan curiosos, que rayan en locos. Cuando llegué aquí me

---

(1) Los más tolerantes de los mahometanos son los persas.

miraban como si fuera un enviado del cielo: viejos, mozos, mujeres, niños, todos me querían ver. Cuando salía, todo el mundo se ponía a la ventana; si iba a las Tullerías, se formaba al momento un remolino de gente en derredor de mí, y hasta las mujeres componían un arco iris matizado de mil colores que me rodeaba; si iba a la comedia, cien anteojos se encaraban a mi rostro al instante; por fin, nunca hubo hombre más visto y escudriñado que yo. Algunas veces me reía oyendo a personas que casi nunca habían salido de su cuarto decirse unas a otras: de veras que tiene toda la traza de persa. ¡Cosa rara!, en todas partes encontraba retratos míos; en todas las tiendas, en todas las chimeneas me veía multiplicado; tanto miedo tenían de no haberme visto bien.

Tantas honras no dejan de ser gravosas; no me figuraba yo ser tan curioso y extraño sujeto; y puesto que tenga una alta idea de mí propio, todavía jamás me habría figurado que turbaría el sosiego de una gran ciudad, donde nadie me conocía. Por esto me determiné a dejar el traje persa y a vestirme a la europea, por ver si quedaba aún en mi fisonomía algo maravilloso. Esta prueba me dio a conocer mi valor intrínseco, y horro de todo adorno extranjero vi que me avaluaban en lo que valía. Razón tuve sobrada para quejarme de mi sastre, que en un instante me hizo perder el aprecio y la atención del público, pues de repente caí en el horroroso abismo de la nada. Algunas veces estaba una hora entera en una concurrencia, sin que me mirasen ni me diesen pie para desplegar los labios; pero si por casualidad decía uno de la tertulia que era yo persa, al punto oía en

## Cartas persas

torno de mí un zumbido: ¡Ah, ah; el señor es persa! ¡Qué cosa tan rara! ¿Es posible que sea uno persa?

*De París, a 6 de la luna  
de Chalval, 1712.*

### CARTA XXXI

REDI A USBEK, A PARÍS

Ya estoy en Venecia, mi amado Usbek. Posible es haber visto todas las ciudades del mundo, y quedarse pasmado cuando uno llega a Venecia, porque siempre se maravillará quien vea un pueblo con sus torres y mezquitas que salen de debajo del agua, y quien halle un gentío innumerable en un sitio donde sólo debía haber peces. Carece, empero, esta ciudad profana del más precioso tesoro que hay en el mundo, quiero decir de agua corriente, y no es posible en ella cumplir siquiera con una ablución legal. Nuestro santo profeta la abomina, y nunca la contempla sin indignación desde el alto cielo. Si por eso no fuera, querido Usbek, viviría con gusto en un pueblo donde cada día se fortifica mi inteligencia. Me instruyo en los secretos del comercio, en los intereses de los príncipes, en la forma de los gobiernos; ni aun el conocimiento de las supersticiones europeas descuido; me aplico a la medicina, a la física y a la astronomía; estudio las artes; finalmente, me desprendo de la niebla que ofuscaba mis ojos en mi país natal.

*De Venecia, a 16 de la luna  
de Chalval, 1712.*

CARTA XXXII

RICA A...

El otro día fui a ver una casa donde mantienen cerca de trescientas personas con bastante escasez. Presto despaché, porque ni la iglesia ni el edificio merecen que uno se pare a examinarlos. Los habitantes de esta casa estaban alegres; muchos jugaban a los naipes o a otros juegos que yo no sé. Cuando salí yo, salió uno de ellos, y habiéndome oído preguntar por dónde se iba a la marisma, que es el barrio más distante de París: Allá voy yo, me dijo, y le llevaré a usted; sígame. Me guió muy bien, me sacó de todos los atolladeros y me libró con maña de los coches y carruajes. Cerca estábamos ya, cuando, movido de curiosidad, le dije: Amigo mío, ¿me querrá usted decir quién es? Señor, soy un ciego, me respondió. ¿Cómo que ciego?, le dije. ¿Pues por qué no rogó usted a aquel buen hombre que estaba jugando a los naipes con usted que nos guiara? También es ciego, me replicó; cuatrocientos años hace que somos trescientos ciegos en aquella casa donde usted me ha visto. Pero me tengo que ir; esta es la calle que usted preguntaba; me voy a meter entre la gente y a entrar-me en esa iglesia, donde le aseguro a usted que más estorbaré yo a los otros que ellos han de estorbarme a mí.

*De París, a 17 de la luna  
de Chalval, 1712.*

CARTA XXXIII

USBEK A REDI, A VENECIA

Tan caro está el vino en París con las contribuciones que le cargan, que parece que tienen ánimo de forzar a que ejecuten los preceptos del divino Alcorán, que veda este licor. Yo, cuanto más sus fatales efectos contemplo, más le miro como la más terrible dádiva que hizo naturaleza a los mortales; y si con algo se ha amancillado la vida y la gloria de nuestros monarcas, ha sido con su poca templanza, que es la más venenosa fuente de sus injusticias y crueldades.

En oprobio del género humano lo digo; la ley veda a nuestros príncipes el uso del vino, y le beben con un exceso que afrenta la humanidad, mientras que siendo permitido a los príncipes cristianos no se nota que les haga cometer culpa ninguna. El espíritu del hombre todo es contradicción. Nos amotinamos con furia en una horrible disolución contra los mandamientos y la ley que fue dictada para hacernos buenos y que muchas veces sólo para hacernos más culpados vale.

Mas cuando desapruuebo el uso de este licor que nos priva de la razón, no por eso proscribo el de las bebidas que infunden alegría. Efecto es de la sabiduría oriental buscar remedios contra la tristeza, con tanto afán como contra las más peligrosas dolencias. Cuando sucede una desgracia a un europeo, no tiene otro recurso que leer a un filósofo llamado Séneca; pero más cuerdos y mejores físicos en esta parte

## Cartas persas

los asiáticos, toman pócimas que alegran el ánimo y suavizan la memoria de los pesares.

No hay cosa más triste que los consuelos sacados de la naturaleza del mal, la inutilidad de los remedios, la fuerza del destino, el orden de la providencia y la desdicha de la humana condición. Pretender suavizar el mal por la contemplación de que nacimos miserables, es hacer burla: más vale sacar el ánimo fuera de sus propias reflexiones, y mirar al hombre como sensible, en vez de tratarle como racional. Mientras está el alma unida con el cuerpo, sin cesar la tiraniza éste. Si es muy tarde el movimiento de la sangre, si no están bien apurados los espíritus animales, si no hay la suficiente cantidad de ellos, nos entristecemos y nos apesadumbramos; mas si tomamos pócimas que puedan mudar la disposición de nuestro cuerpo, se torna de nuevo el alma capaz de recibir impresiones que la alegren, y goza una secreta satisfacción al ver su máquina que recobra, por decirlo así, el movimiento y la vida.

*De París, a 25 de la luna  
de Zilcadé, 1713.*

### CARTA XXXIV

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

Las mujeres de Persia son más hermosas que las de Francia; pero las francesas son más bonitas. Dificultoso es no enamorarse de las primeras y no gustar de las segundas; aquéllas

son más cariñosas y más modestas; éstas, más alegres y divertidas.

Lo que hace tan hermoso el sexo en Persia es la vida tan arreglada que tienen las mujeres; que ni juegan, ni velan, ni beben vino, ni se ponen casi nunca al aire. Confesemos que más contribuye el serrallo a la salud que a los gustos; la vida allí es uniforme y sin atractivo; en todo se descubre la subordinación y la obligación; hasta los deleites son graves, y severos los contentos, y casi siempre se disfrutan como muestras de autoridad y dependencia.

Tampoco los hombres son tan alegres en Persia como en Francia; ni tienen la libertad de ánimo, ni las trazas de jovialidad que aquí encuentro en todos los estados y condiciones.

Todavía es peor en Turquía, que se hallan familias donde de padres a hijos nadie se ha reído desde la fundación de la monarquía.

Proviene esta gravedad de los asiáticos de la poca comunicación que entre ellos hay, pues no se ven cuando no los fuerza la ceremonia. La amistad, este suave vínculo del corazón que aquí es la dulzura de la vida, casi no la conocen, y se encastillan en su casa, donde siempre hallan compañía que los guarda, de modo que está, digámoslo así, aislada cada familia.

Un día que hablaba yo de esto con uno de esta tierra, me dijo: Lo que más en vuestras costumbres me repugna, es que os veáis obligados a vivir con esclavos, cuyas inclinaciones y alcances siempre se resienten de la bajeza de su condición. Estos hombres viles debilitan en vosotros los afectos virtuosos que inspira la naturaleza, y los sofocan desde la cuna, que no se apartan de vuestro lado. Y al cabo, dejando

## Cartas persas

aparte toda preocupación, ¿qué hay que esperar de la educación que fían de un miserable que cifra su honor en guardar las mujeres ajenas y se ufana del empleo más soez que hay entre los hombres? Despreciable por su propia fidelidad, que es la única virtud suya, porque sus móviles son la envidia, los celos y la desesperación; ansiando por vengarse de ambos sexos, cuya escoria es, y aguantando que le tiranice el más fuerte a trueque de ser azote del más flaco; eso más apreciado que más digno es de menosprecio, y que funda su elevación en su fealdad, sus disformidades y su torpeza; remachado, en fin, al umbral de la puerta a que está atado, más duro que los candados y cerrojos que ésta la afianzan, y ensoberbeciéndose de cincuenta años de vida en el puesto deshonesto en que ha ejercitado toda su villanía, cargado de los celos de su amo.

*De París, a 14 de la luna  
de Zilhagé, 1713.*

### CARTA XXXV

USBEK A SU PRIMO GEMCHID, DERSIS DEL  
BRILLANTE MONASTERIO  
DE TAURIS

¿Qué piensas acerca de los cristianos, sublime dervis? ¿Crees que serán tratados el día del juicio lo mismo que los infieles turcos, que tienen que servir de cabalgadura a los judíos para llevarlos a trote al infierno? Bien sé que

no irán a la mansión de los profetas, y que no ha venido el grande Alí por ellos; pero ¿crees tú que hayan de ser condenados a penas eternas por no haber tenido la dicha de que hubiera mezquitas en su país, y que los castigue Dios por no haber practicado una religión que no les ha dado a conocer? Te puedo asegurar que varias veces he examinado a estos cristianos, que les he hecho preguntas por ver si tenían alguna idea del grande Alí, el más hermoso de los mortales, y he visto que ni siquiera le habían oído mentar. No se parecen a aquellos infieles que pasaban a cuchillo nuestros sagrados profetas porque se negaban a creer en los portentos del cielo; que más se asemejan a aquellos desventurados que vivían en las tinieblas de la idolatría, antes que los alumbrase la divina luz de nuestro sublime profeta.

Por otra parte, si atentamente examinamos su religión hallaremos en ella una semilla de nuestros dogmas. Muchas veces me he maravillado de los altos juicios de la providencia, que parece que los ha querido preparar así para la conversión general. Un libro de sus doctores he oído mentar, que se intitula *La Poligamia en triunfo*, que prueba que ésta obliga a los cristianos. Su bautismo es un trasunto de nuestros lavatorios legales, y sólo se equivocan en la eficacia que a este primer lavatorio atribuyen, creyendo que suple por todos los demás. Sus clérigos y sus frailes hacen oración, como nosotros, siete veces al día: esperan disfrutar de un paraíso donde han de gozar millares de deleites por medio de la resurrección del cuerpo; tienen, lo mismo que nosotros, días de ayuno señalados y mortificaciones con que esperan

aplacar la divina misericordia. Tributan culto a los ángeles buenos y temen a los malos; admiten con una santa credulidad los milagros que hace Dios por medio de sus siervos, y reconocen, como nosotros, la insuficiencia de sus propios méritos y la necesidad de un intercesor con Dios. En todas partes miro el mahometismo, sino veo a Mahoma. Así se muestra siempre la verdad y disipa las tinieblas que la ofuscan. Un día llegará que el Omnipotente sólo fieles creyentes contemple sobre la haz de la tierra. El tiempo, que todo lo consume, acabará también con el error; se maravillarán todos al verse reunidos bajo un mismo estandarte; todo, hasta la ley, volverá a la nada; los ejemplares divinos serán sacados de la tierra y llevados a los archivos celestiales.

*De París, a 20 de la luna  
de Zilhagé, 1713.*

CARTA XXXVI

USBEK A REDI, A VENECIA

En París estilan mucho el café, y hay una muchedumbre de sitios públicos donde le despachan; en unos se cuentan novedades, en otros juegan al ajedrez. Una de estas casas hay que hacen el café de manera que cuantos le toman adquieren agudeza de ingenio; a lo menos nadie en saliendo deja de tenerse por mucho más hábil que cuando entró.

Lo que más en estos ingenios me repugna

es que de nada sirvan a su patria y empleen en niñerías su habilidad. Por ejemplo, cuando llegué a París los hallé muy enardecidos en la más mezquina disputa que es dable imaginarse, tratándose de la reputación de un antiguo poeta griego, cuya patria, no menos que la época en que vivió, se ignora dos mil años hace. Confesaban ambos partidos que era excelente poeta, y sólo disentían acerca del más o menos mérito que se le debía atribuir. Unos y otros querían valuarle; pero unos de estos repartidores de reputación echaban más peso que otros, y de aquí procedía la contienda, que era muy reñida, diciéndose por ambas partes tan descorteses denuestos y echándose tan amargas pullas, que igualmente me pasmaba del modo de disputar que del asunto de la disputa. Si alguien, decía yo para mí, fuera tan osado que quisiera quitar la reputación a un ciudadano honrado delante de uno de estos defensores del poeta griego, no quedaría malparado. Bien presumo que su celo, tan cosquilloso acerca de la buena fama de los muertos, se inflamaría mucho más en defensa de los vivos. Sea como fuere, continuaba, líbreme Dios de hacerme enemigo de uno de los censores de este poeta, pues ni aun más de dos mil años después de su muerte se puede éste ver libre de su implacable ojeriza. ¿Si ahora dan tales estocadas al aire, qué fuera si se enardeciese su rabia con la presencia de un enemigo?

Los que te he dicho disputan en idioma vulgar, y no se han de confundir con argumentantes de otra especie, que se valen de un idioma bárbaro, el cual parece que aumenta la terquedad y el furor de los campeones. Barrios hay donde

se ve como una niebla densa y negra de entes de esta casta, que se mantienen con distinciones y viven con intrincados silogismos y falsas consecuencias. Este oficio no deja de ser lucrativo para los que le ejercitan, puesto que parece que se debían morir de hambre. Una nación entera desterrada de su país la hemos visto atravesar los mares y establecerse en Francia, sin más patrimonio para subvenir a sus necesidades que una habilidad terrible en la disputa. Adiós.

*De París, el postrero de la luna  
de Zilhagé, 1713.*

CARTA XXXVII

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

El rey de Francia es viejo, y no hay ejemplo en nuestros anales de monarca que tanto tiempo haya reinado. Dicen que posee en supremo grado el talento de hacer que le obedezcan; por las mismas reglas gobierna su familia, su palacio y su Estado; y muchas veces le han oído decir que el Gobierno que más le gusta en el mundo es el de los turcos o el de nuestro augusto sultán: en tanto aprecia la política oriental.

He estudiado su carácter, y he hallado en él contradicciones que no puedo conciliar; por ejemplo, tiene un ministro de dieciocho años y una dama de ochenta; es adicto a su religión,

y no puede sufrir a los que dicen que es necesario guardar sus mandamientos; huye del tráfago de las ciudades, se deja ver poco, y de la mañana a la noche sólo se ocupa en que hablen de él; le gustan los trofeos y las victorias, y le asusta tanto un buen general a la cabeza de sus ejércitos, como debiera temblar de verle a la de los enemigos. Creo que a él sólo le haya sucedido ser dueño de más riquezas que cuantas podía esperar un príncipe, y gemir agobiado de una pobreza que en un mero particular sería intolerable. Se complace en remunerar a sus servidores, pero con tanta largueza premia la oficiosidad, o más bien la ociosidad de los palaciegos, como las campañas más penosas de sus capitanes: a veces el que le desnuda o le da la servilleta cuando se sienta a la mesa, es preferido a quien le ha conquistado fortalezas enemigas o ganado batallas campales. Piensa que no debe ponerse coto a la grandeza de un soberano en la distribución de gracias, y sin averiguar si es sujeto de mérito el que llena de bienes, cree que lo será porque él le ha escogido, de suerte que le han visto señalar una corta pensión a uno que había huído dos leguas, y dar uno de sus principales gobiernos a otro que había huído cuatro.

Es magnífico, especialmente en sus edificios, y tiene más estatuas en los jardines de su palacio que vecinos en una ciudad populosa. Su guardia es tan crecida como la del príncipe a cuya presencia se humillan todos los tronos; tan numeroso su ejército, tan vastos sus medios y tan inagotable su erario.

*De París, a 7 de la luna  
de Maharram, 1713.*

## CARTA XXXVIII

RICA A IBEN, A ESMIRNA

Cuestión muy controvertida por los hombres es la de saber si es más conveniente privar a las mujeres de la libertad o dejársela, y me parece que hay razones muy fuertes en pro y en contra. Si alegan los europeos que no es de generosos pechos hacer infelices las personas que se quieren, replican nuestros asiáticos que es de hombres bajos renunciar del imperio que en las mujeres nos dio naturaleza. Si les dicen que la muchedumbre de mujeres encerradas es muy engorrosa, responden que menos dan que hacer diez mujeres obedientes que una que no lo es. Y si luego éstos oponen a los europeos que no es posible que vivan felices con mujeres que no les guardan fidelidad, dicen que esa fidelidad tan decantada no quita el hastío, que es hijo de la pasión satisfecha; que nuestras mujeres son propias nuestras en demasía; que tan pacífica posesión nos quita los temores como los deseos; que una migaja de retrechería es la sal que sazona y preserva de la putridez. Acaso titubearía en fallar sentencia otro más cuerdo que yo; que si tienen razón los asiáticos en valerse de medios aptos para calmar sus recelos, también la tienen los europeos en no recelar nada.

Al cabo, añaden los europeos, aun cuando fuéramos desgraciados en calidad de maridos, hallaríamos modo para resarcinos en calidad de amantes. Para que se pudiera uno quejar con justicia de la infidelidad de su mujer, no

había de haber más que tres personas en el mundo, porque siempre que haya cuatro tendrá desquite.

Distinta cuestión es saber si la naturaleza ha sujetado las mujeres a los hombres. No, me decía días pasados un filósofo muy obsequiante de las damas, nunca dictó naturaleza ley semejante: el imperio que en ellas nos arrogamos es una tiranía real y verdadera, y nos le han dejado ellas usurpar porque tienen más condescendencia que nosotros, y son, por tanto, más racionales y más humanas; prendas que debiendo darles la supremacía, si hubiéramos nosotros sido cuerdos, se la han quitado porque somos locos. Mas si es cierto que la potestad que en las mujeres tenemos es tiránica, también lo es que tienen ellas en nosotros un imperio natural, que es el de la beldad, a que nadie se resiste. Nuestra supremacía no está admitida en todo país; la de la hermosura es universal. ¿Y por qué hemos de tener privilegio? ¿Porque somos más fuertes? Entonces es injusticia manifiesta. De todo género de medios nos servimos para quitarles el valor. Iguales serían las fuerzas si también lo fuera la educación. Experimentémoslas en las habilidades que no ha disminuído la crianza, y veremos si es tanta nuestra fuerza.

Hemos de confesar, por más que a nuestras costumbres repugne, que en los pueblos más cultos han tenido siempre las mujeres autoridad en sus maridos. Así lo estableció una ley de los egipcios por honrar a Isis, y otra de los babilonios honrando a Semíramis. De los romanos decían que mandaban en todas las naciones y obedecían a sus mujeres. No cito a

## Cartas persas

los sauromatas, que eran realmente esclavos del otro sexo; ejemplo de un pueblo tan bárbaro no merece acotarse.

Ya ves, querido Iben, que he cogido el gusto de este país, donde se divierten en sustentar opiniones extrañas y reducirlo todo a paradojas. El profeta ha resuelto la cuestión arreglando los derechos de uno y otro sexo: las mujeres, dice, honrarán a sus maridos; los maridos honrarán a sus mujeres, pero tendrán un grado de superioridad en ellas.

*De París, a 26 de la luna  
de Gemadí, 2, 1713.*

### CARTA XXXIX

HAGI (1) IBI, AL JUDÍO BEN-JOSUÉ,  
CATECÚMENO MAHOMETANO,  
A ESMIRNA

Paréceme, Ben-Josué, que siempre hay señales patentes precursoras del nacimiento de los varones más ilustres, como si padeciese la naturaleza una especie de crisis y los produjera con cierto esfuerzo la celestial omnipotencia. Ningunas fueron, empero, tan portentosas como las que acompañaron el nacimiento de Mahoma. Dios, que por altos juicios de su providencia, había determinado *ab æterno* enviar a la tierra a este gran profeta para encadenar a Satanás, dos mil años antes de Adán crió una

---

(1) Hagi quiere decir uno que no ha ido en romería a la Meca.

luz, que transmitiéndose de uno en otro escogido y de uno en otro abuelo de Mahoma, se detuvo al cabo en él, en prueba auténtica de que era descendiente de los patriarcas. Por honrar a este profeta no permitió Dios que aquel día concibiera mujer ninguna, ni dejara de ser inmunda, ni que ningún varón fuese circuncidado. Vino al mundo ya con la circuncisión, y así que nació brilló en su semblante la alegría; tembló tres veces la tierra, como si le hubiera parido ella; se postraron todos los ídolos; cayeron por el suelo los tronos de los monarcas; fue despeñado Lucifer a lo hondo de la mar; no salió del abismo hasta después que hubo nadado por espacio de cuarenta días, y se huyó al monte Cabés, de donde llamó con voz tremenda a sus ángeles. Aquella noche puso Dios una valla entre el hombre y la mujer, que ninguno pudo romper; perdió su fuerza la mágica y la nigromancia, y se oyó una voz celestial que articuló estas palabras: he enviado al mundo a mi fiel amigo.

Cuenta Isben Aben, historiador árabe, que para criar a este niño se juntaron las generaciones de pájaros, de nubes y vientos y todos los escuadrones de ángeles, aspirando todos a tanto honor. Decían los pájaros en sus gorjeos que más conveniente era que le criaran ellos, porque con más facilidad podían reunir las frutas de países apartados. Los vientos, murmurando, replicaban: Mejores somos nosotros, que le podemos traer de todas partes los más gratos olores. No, no, decían las nubes; quédese a nuestro cargo, que a cada instante le refrescaremos con el fresco de las aguas. Enojados entonces los ángeles dijeron: ¿Y qué

nos quedará que hacer a nosotros? Oyóse en esto una voz del cielo que puso fin a la contienda, diciendo: No saldrá de manos de los mortales, porque bienaventurados los pechos que le dieren leche, y las manos que le tocaren, y la casa donde morare y el lecho donde durmiere.

Con tan palpables pruebas, amado Josué, fuerza es tener un pecho de hierro para no creer en su sagrada ley. ¿Qué más podía hacer el cielo para autorizar su misión, a menos de trastornar la naturaleza toda y acabar con los hombres cuando los quería convertir?

*De París, a 20 de la luna  
de Rhegeb, 1713.*

## CARTA XL

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

Luego que se muere un magnate se junta la gente en una mezquita y le hacen un sermón de honras, que es una arenga en alabanza suya, en virtud de la cual no sería fácil apreciar en lo que valía el mérito del difunto.

Yo quisiera abolir las pompas funerales. El nacimiento de un hombre se debía llorar, que no su muerte. ¿Qué valen las ceremonias y todo el lúgrube aparato que se ostenta a los ojos de un moribundo en sus postreros momentos? ¿Ni qué los llantos de su familia, ni el desconsuelo de sus amigos, como no sea para que se duela más de lo que va a perder?

Tan ciegos somos, que no sabemos cuándo

## Cartas persas

nos hemos de afligir o de regocijar; casi siempre son falaces nuestros pesares, falaces nuestros contentos. Cuando reflexiono que el Gran Mogol todos los años se va a colgar de una balanza y pesarse como si fuera un buey; cuando veo que se alegra el pueblo si se ha puesto el príncipe más obeso, esto es, más incapaz de gobernarle, me compadezco, Iben, de la humana locura.

*De París, a 20 de la luna  
de Rhegeb, 1713.*

### CARTA XLI

#### EL PRIMER EUNUCO NEGRO A USBEK

Magnífico señor: Ismael, uno de tus eunucos negros, acaba de morir, y no puedo menos de poner otro en su lugar. Como andan ahora los eunucos en extremo escasos, había pensado echar mano de un esclavo negro tuyo que trabaja en el campo; mas todavía no he podido recabar con él que se allane a consagrarse a este ministerio. Viendo que al cabo lo que pretendía yo era por su bien, quise el día pasado usar de alguna fuerza, y de acuerdo con tu primer jardinero mandé que a su despecho le pusieran en estado de que te sirviera en los ministerios que más aprecia tu corazón, y de que viviera, como yo, en estos tremendos sitios, donde ni siquiera se atreve a poner la vista; pero empezó a dar aullidos como si le hubieran querido desollar, y tanto forcejó que se nos escapó de entre las manos, librándose del

cuchillo fatal. Ahora he sabido que te quiere escribir pidiendo tu amparo, y manteniendo que he tomado mi determinación por sólo una insaciable ansia de venganza, en desquite de ciertas chanzonetas picantes que de mí ha dicho; mas por los cien mil profetas te juro que sólo tu servicio es el que me ha movido, el único que me anima, sin atender a otra ninguna cosa. Me postro a tus plantas.

*Del serrallo de Fátima, a 7 de la  
luna de Maharram, 1713.*

CARTA XLII

FARAN A USBEK, SU SOBERANO DUEÑO

Magnífico señor: Si te hallaras aquí me presentaría yo a ti vestido de pies a cabeza de papel blanco, y todo él no sería aún bastante para poner los agravios que desde que te has ido me ha hecho tu primer eunuco negro, el peor de los humanos. Con pretexto de algunas chanzas que supone que yo he dicho acerca de su desdichada suerte, me ha puesto mal con tu primer jardinero, y desde que no estás aquí me fuerza éste con suma crueldad a inaguantables faenas, en que mil veces me he visto a pique de perder la vida, sin perder el deseo de servirte. ¡Cuántas veces he dicho para mí: yo, que tengo un amo tan compasivo, soy, con todo, el esclavo más desdichado que hay en la tierra!

Confíesote, magnífico señor, que creía que

no podía llegar a más mi desventura; pero el traidor del eunuco ha querido echar el resto de su maldad. Pocos días hace que por su propia autoridad me destinó a guardar tus sagradas mujeres; esto es, a una operación para mí mil veces más cruel que la muerte. Los que han tenido la desgracia de que con tanta crueldad los traten sus padres en su cuna, se consuelan acaso, no habiendo en su vida conocido otro estado que el suyo; pero si a mí me apearan de la humanidad y me privaran de ser hombre, me caería muerto del pesar, si no me mataba una operación tan tremenda.

A tus plantas, sublime señor, me rindo con la más profunda humildad: haz que lleguen a mí los efectos de tu virtud tan acatada, y que no se diga que hay, por orden tuya, un desventurada más en la tierra.

*De los jardines de Fátima, a 7 de  
la luna de Maharram, 1713.*

CARTA XLIII

USBEK A FARAN, A LOS JARDINES DE  
FÁTIMA

Recibe el júbilo en tu corazón y reconoce estas sagradas letras; haz que las besen mi primer eunuco y mi jardinero mayor. Les vedo que hagan cosa alguna en tu daño; diles que compren el eunuco que me hace falta. Cumple con tu obligación, como si me tuvieras presente siempre, y sabe que cuanto mayor es mi bon-

## Cartas persas

dad con más severidad serás castigado si de ella abusares.

*De París, a 25 de la luna  
de Rhegeb, 1713.*

### CARTA XLIV

USBEK A REDJ, A VENECIA

En Francia hay tres estados distintos, que son el eclesiástico, el militar y los golillas; cada uno de ellos profesa un alto desprecio a los otros dos; y así, uno que debiera ser despreciado porque es un majadero, lo es muchas veces porque es un golilla.

Hasta los más ínfimos artesanos tienen tiendas entre ellos acerca de la excelencia del arte que han escogido; cada uno se sobrepone al que ha abrazado otra profesión, según la idea que de la superioridad de la suya se ha formado.

Todos, cuál más, cuál menos, nos parecemos a aquella mujer de la provincia de Erivan, que habiendo recibido una gracia de uno de nuestros monarcas, en las bendiciones que le echaba pidió mil veces al cielo que le hiciera gobernador de Erivan.

En no sé qué relación he leído que habiendo hecho aguada un navío francés en la costa de Guinea quisieron algunos de la tripulación saltar a tierra a comprar unos carneros. Llevaronlos al rey, que administraba justicia a sus vasallos debajo de un árbol, y que estaba sentado en su trono, quiero decir en un zoquete de

palo, tan arrogante como si fuera el del Gran Mogol. Tenía tres o cuatro guardas con sus picas de palo; un quitasol, a guisa de dosel, le resguardaba del calor del sol, y consistían todos sus arreos, y los de la reina su esposa, en su cutis de azabache y unas sortijas. Más altivo todavía que miserable, preguntó este príncipe a los extranjeros si hablaban mucho de él en Francia, creyendo que su fama iba de uno a otro polo; muy diferente de aquel conquistador, de quien decían que había infundido silencio al orbe entero, éste creía que en todo el universo no se trataba más que de él.

Cuando acaba de comer el kan de Tartaria, pregona un rey de armas que ya pueden irse a comer cuando quieran todos los príncipes de la tierra; y este bárbaro, que no come más que leche, que no tiene casa y vive de lo que roba, considera como esclavos suyos a todos los monarcas del mundo, y los insulta periódicamente dos veces al día.

*De París, a 28 de la luna  
de Rhegeb, 1713.*

CARTA XLV

RICA A USBEK, A...

Ayer por la mañana, antes de levantarme, oí dar tremendos porrazos a mi puerta, que en un punto abrió o descerrajó uno con quien había tenido algún trato, y que me pareció fuera de sí de gozo. Era su traje mucho más que modesto; su peluquín, puesto al revés, ni siquiera estaba peinado; no había tenido lugar para remen-

## Cartas persas

dar su chupín negro, y aquel día se había olvidado de las prudentes precauciones con que acostumbra a disfrazar lo derrotado de su pelaje.

Levántese usted, me dijo, que le necesito hoy por todo el día; tengo mil cosas que comprar, y quiero que venga usted conmigo. Es menester primero que vayamos a la calle de San Honorato, a hablar con un escribano encargado de la venta de una posesión de cien mil duros, y quiero que me la venda a mí. En camino me he parado un rato en el barrio de San Germán, donde he arrendado una casa grande en mil duros, y espero firmar hoy mismo la escritura.

Aun no me había acabado de vestir, cuando me sacó mi hombre a la calle a empellones. Compremos, antes de todo, me dijo, un coche, y no nos olvidemos de las guarniciones. Efectivamente, en menos de una hora compramos, no sólo el coche, sino géneros que valían veinte mil duros; todo esto se concluyó en un punto, porque mi compañero ni entraba en ajuste ni pagaba; verdad es que nada sacó de la tienda. Yo hacía mil cavilaciones sobre todo esto, y al examinar este hombre encontraba en él tan rara complicación de riquezas y pobreza, que no sabía qué pensar. Al fin rompí el silencio, y, llamándole aparte, le dije: Caballero, ¿quién ha de pagar todo esto? ¿Quién? yo, me respondió; venga usted a mi casa, y le enseñaré tesoros que pudieran envidiar los mayores monarcas; pero no los envidiará usted, que los partirá conmigo. Le sigo, nos encaramamos a un quinto piso, y colgados de una escala trepamos al sexto, que era un chiribitil abierto a los cuatro vientos,

en el cual no había otra cosa que dos o tres docenas de ollas de barro llenas de varios líquidos. Esta mañana me he levantado al amanecer, me dijo, y he hecho lo que hago todos los días, veinticinco años ha, que es ir a visitar mi obra, y he visto que era llegado el solemne día que ha de hacerme más rico que hombre ninguno en la tierra. ¿Ve usted ese licor encarnado? Pues tiene todas las dotes que piden los filósofos para la transmutación de los metales. De ahí he sacado estos granos que usted ve, que son de verdadero oro en cuanto al color, puesto que algo imperfectos aún en cuanto al peso. Este secreto, descubierto por Nicolás Flamel, y que Raimundo Lulio y otro millón de ellos se afanaron por buscar en balde, le acabo de hallar yo, y soy ahora un dichoso iniciado. Quiera el cielo que de tanta riqueza como me ha dado, sólo para su gloria me sirva.

Salí, y bajé, o, por mejor decir, me tiré por aquella escaleril'a abajo, bufando de cólera, y dejé en su hospital a este hombre tan opulento. Adiós, querido Usbek; mañana te iré a ver y, si quieres, nos volveremos juntos a París.

*De París, el postrer día de la  
luna de Rhegeb, 1713.*

CARTA XLVI

USBK A REDI, A VENECIA

Aquí hay muchos que disputan eternamente acerca de la religión; mas parece que al mismo

tiempo apuestan a quién peor ha de guardar sus mandamientos. Y no sólo no son buenos cristianos, mas tampoco son buenos ciudadanos, que es lo que más me incomoda; porque en esta religión, sea cual fuere, los actos religiosos más indispensables son la observancia de las leyes, el amor a los hombres y el afecto filial. Efectivamente, ¿no es el principal objeto del hombre religioso ser acepto a los ojos de la divinidad que estableció el culto que profesa? Pues el modo más cierto de conseguirlo es observar las reglas de la sociedad y las obligaciones de la humanidad; que en cualquiera religión que uno viva, suponiendo que haya una, menester es también suponer que ama Dios a los hombres, pues ha establecido una religión para labrar su felicidad. Y si ama a los hombres, es evidente que quien lo ama le ha de agradar; esto es, quien desempeña con su prójimo las obligaciones de humanidad y caridad, y no quebranta las leyes que los rigen. Así está uno más seguro de agradar a Dios que si observare esta o aquella ceremonia, porque las ceremonias no son buenas en sí propias, y sólo lo son en la suposición de que las ha prescrito Dios y en cuanto Él las manda. Esto, empero, es asunto de una reñida contienda, en que con facilidad nos podemos equivocar, porque entre dos mil religiones distintas es preciso escoger las ceremonias de una sola y desechar las de todas las demás.

Uno hacía todos los días la siguiente oración a Dios: Señor: yo no entiendo ni una palabra de las disputas que sin cesar acerca de vuestra ley se suscitan; bien quisiera serviros conforme a vuestra voluntad, mas cada uno de los

que consulto quiere que os sirva según la suya. Cuando me voy a poner en oración, no sé en qué idioma he de hablaros, ni tampoco sé en qué postura me he de poner; éste dice que os he de orar en pie; aquél sustenta que he de estar sentado; otro exige que apoye el cuerpo en las rodillas. Y no para aquí, que hay quien dice que me he de lavar todas las mañanas con agua fría; otros afirman que me miraréis con horror si no me corto un pedacito de carne. Días pasados sucedió que me comí un conejo en un caravarensaray; y tres hombres que a mi lado estaban me llenaron de susto, sustentándome todos tres que había cometido una grave ofensa contra Vos; uno, porque era un animal inmundo (1); otro, porque estaba ahogado (2), y el tercero, porque no era pescado (3). Un bracmán que estaba allí cerca, y que escogí por árbitro de la contienda, me dijo: ninguno tiene razón, que sin duda no quitasteis vos propio la vida a este animal. Sí tal, le respondí. ¡Ah! replicó con severa voz; habéis cometido un pecado abominable, que no puede tener perdón de Dios. ¿Quién sabe si era el alma de vuestro padre la que en este conejo alentaba? Señor: todas estas razones me ponen en inexplicable confusión; ni siquiera menear la cabeza puedo, sin que me metan miedo de ofenderos, puesto que quisiera agradecer y emplear en serviros la vida que me habéis dado. No sé si me equivoco; pero creo que el modo más seguro de conseguirlo es vi-

---

(1) Un judío.

(2) Un turco.

(3) Un armenio.

vir como buen ciudadano en la sociedad donde habéis querido que naciera, y como buen padre de familia en la que me habéis dado.

*De París, a 8 de la luna  
de Chaban, 1713.*

X

CARTA XLVII

ZACHI A USBEK, A PARÍS

Tengo que poner en tu noticia una novedad muy importante, y es que me he reconciliado con Cefisa, y que el serrallo, que estaba dividido entre nosotras dos, se ha reunido. Sólo tú nos haces falta en este país donde reina la paz; ven, pues, querido Usbek, ven, por que triunfe el amor.

He dado un magnífico banquete a Cefisa, al cual fueron invitadas tu madre, tus mujeres y tus principales concubinas: también estuvieron tus tías y algunas de tus primas, que vinieron a caballo, envueltas en la densa nube de sus velos y sus vestidos.

Al otro día fuímos al campo, donde esperábamos vivir con más libertad, montamos en nuestros camellos, y éramos cuatro en cada silla de manos. Como se había dispuesto el viaje repentinamente, no tuvimos lugar para dar aviso en las inmediaciones del *curuc* (1); pero el primer eunuco, siempre avisado, tomó

---

(1) Pregón que echa un eunuco que va delante de las mujeres de los magnates, para anunciar que se apartela gente cuando éstas salen a paseo.

la determinación de coser a la tela que estorbaba que nos vieran un cortinaje tan tupido, que a nadie absolutamente podíamos tampoco ver nosotras.

Cuando llegamos al río que hay que atravesar, se metió cada una, como es costumbre, en una silla de manos para que la llevaran al barco, porque nos dijeron que había en el río mucha gente. Un curioso, que estaba muy cerca del sitio por donde pasamos, recibió una herida mortal que le privó de la luz del día; otro que estaba bañándose desnudo, tuvo igual paradero, y sacrificaron tus fieles eunucos a tu honor y al nuestro estas dos desventuradas víctimas.

Escucha ahora lo que de nuestras aventuras falta por decirte. Cuando estábamos en medio del río se levantó una ventisca tan fuerte, y se encapotó el cielo en nubes tan pardas, que empezaron a perder el aliento los marineros. Asustadas con el riesgo, nos desmayamos casi todas, y me acuerdo de que oía las voces y las disputas de nuestros eunucos, que unos decían que era preciso avisarnos del peligro y sacarnos de nuestro encierro; pero el jefe declaró que primero perdería la vida que consentir en que deshonrasen así a su amo, y que pasaría el corazón con un puñal a quien fuese osado a proponer cosas tan escandalosas. Una de mis esclavas corrió desatentada a darme socorro; pero un eunuco negro la cogió con mucha brutalidad, y la hizo volver al sitio de donde había salido. Yo entonces me desmayé, y no volví en mí hasta que se había acabado el peligro.

¡Qué enredosos son los viajes para las mujeres! Sólo a los riesgos que amenazan su vida

están expuestos los hombres; y nosotras a cada instante corremos peligro de perder la vida o la virtud. Adiós, amado Usbek; tu Zachi te adora siempre.

*Del serrallo de Fátima, a 2 de  
la luna de Rahmazan, 1713.*

CARTA XLVIII .

USBEEK A REDI, A VENECIA

Nunca están ociosos los que quieren instruirse; así, aunque yo no tengo asunto ninguno importante, estoy continuamente ocupado. La vida la paso examinando; por la noche escribo lo que he visto y notado por el día; todo me interesa y de todo me maravillo, como una criatura en cuyos órganos, tiernos todavía, se graban los más mínimos objetos.

Acaso no lo creerás; pues nos reciben muy bien en todas las tertulias y concurrencias. Presumo que en mucha parte se lo debemos a la agudeza de ingenio y natural jovialidad de Rica, que es causa de que guste de tratar con todo el mundo, y todo el mundo de tratar con él. A nadie parece mal nuestra traza de extranjeros, y disfrutamos la satisfacción de dejar pasmada a la gente cuando nos mostramos bien criados, porque no se figuran los franceses que haya hombres en nuestro clima. Confieso, sin embargo, que bien merecen que nos tomemos el trabajo de desengañarlos.

He estado unos días en una quinta cerca de

## Cartas persas

París, de un sujeto muy estimado que gusta tener huéspedes. Su mujer, que es muy amable, con mucha decencia reúne la jovialidad, que quita a nuestras persas la soledad en que viven.

Siendo extranjero, lo mejor que podía hacer era estudiar la muchedumbre de personas que sin cesar se presentaban, y que todas me ofrecían alguna novedad. El primero en quien reparé era un sujeto que me petó por lo llano que era; híceme amigo suyo y él se hizo mío, de manera que siempre nos poníamos uno junto a otro.

Un día de mucha concurrencia que hablábamos aparte, sin escuchar la conversación general: A usted le parecerá, le dije, que soy yo más curioso que cortés; suplícole, empero, que me haga el favor de responder a algunas de mis preguntas, porque me aburro de no estar iniciado en cosa ninguna y vivir con gente que no puedo conocer. Dos días hace que se afana mi entendimiento; no hay uno siquiera de todos estos sujetos que no le haya puesto docientas veces a cuestión de tormento, y en mil años no adivinaría yo qué cosa eran, siendo más invisibles para mí que la mujeres del gran monarca. Pregunte usted cuanto quiera, me respondió, que le instruiré en todo cuanto guste; eso más que presumo que es hombre callado y no abusará de mi confianza.

¿Quién es ese, le dije, que tanto nos ha hablado de los convites que da a los grandes, que tan llano es con los duques y tanta cabida tiene con los ministros, que según me han dicho son muy poco accesibles? Preciso es que sea hombre de muy alta esfera, pero tiene tan villanas trazas que no honra a las personas de su

clase ni tampoco está bien criado. Yo soy extranjero, pero me parece que hay cierta buena crianza que es común de todas las naciones, y esa le falta; ¿o son acaso los sujetos de alta jerarquía de vuestro país más zafios que los demás? Ese, me respondió echándose e reír, es un asentista, que saca tanta ventaja a los otros en riquezas, cuanto es inferior a todo el mundo por su baja cuna. La mesa mejor de París fuera la suya, si hiciera voto de no sentarse nunca él a ella. Ya usted ve qué desatento es; pero se sobrepone a todos por la excelencia de su cocinero, y no es desagradecido, que, como usted ve, todo el día le está encareciendo.

¿Y aquel gordo vestido de negro, le dije, que ha sentado aquella señora a su lado, por qué lleva un traje tan lúgubre, con un semblante tan risueño y el color tan sonrosado? Ese es un predicador, me respondió, y además director de almas. Ahí donde usted le ve, sabe más que los maridos y conoce las flaquezas de las mujeres, que tampoco ignoran que tiene él las suyas. ¿Pues cómo así, repliqué yo, si está siempre hablando de una cosa que llama él la gracia? No siempre, me dijo, que al oído de las mujeres bonitas más les habla del pecado; en público echa rayos y centellas, pero a solas es más manso que un cordero. Paréceme, dije, que le ponen en buen lugar y hacen de él mucho aprecio... ¡Cómo en buen lugar! Pues si es un hombre esencial, el que dulcifica el retiro espiritual con sus consejitos, sus cuidados, sus visitas a sus horas; quita una jaqueca mejor que nadie; es sujeto muy cabal.

Si no es impertinencia, dígame usted quién

es aquél de enfrente; tan mal vestido, que hace tantos gestos y habla de distinto modo que los demás; que no dice agudeza ninguna y siempre que abre la boca es con ánimo de decir las. Ese, me dijo, es un poeta, uno de los juglares del linaje humano. Esos entes dicen que han nacido lo que son; y así es la verdad, y que lo serán mientras vivan, quiero decir, casi siempre los hombres más estrafalarios del mundo; por eso nadie gasta contemplaciones con ellos y les hacen mil desprecios a cada instante. El hambre ha metido a éste en esta casa, donde le reciben bien el amo y el ama, que a todos tratan con agrado y buena crianza: cuando se casaron compuso su epitalamio, y es la mejor cosa que ha hecho en toda su vida, porque ha dado la casualidad que haya sido el matrimonio tan dichoso como lo había él pronosticado. Acaso no lo querrá usted creer, añadió, estando tan imbuído en las preocupaciones del Oriente; pero hay en nuestro país casados muy felices, y mujeres que en su virtud tienen un custodio severo. Los de esta casa disfrutan de una paz nunca perturbada, todo el mundo los quiere y los estima; un sólo defecto tienen, y es su sobrada bondad natural, que es causa de que venga a su casa toda casta de pájaros, y de que se encuentre uno, a veces, con gente basta. Esto no lo desapruébo yo, que es menester vivir con los hombres como ellos son; los que llaman personas finas suelen ser los que más han acendrado el vicio, sucediendo acaso lo que con la ponzoña, que la más sutil es la más peligrosa.

¿Y ese viejo, le dije de quedo, que tan mal genio gasta? Al principio creí que era extranjero, porque no está vestido como los demás,

murmura de todo cuanto en Francia se hace y desapruera el gobierno. Ese es un militar viejo, me respondió, que se hace memorable entre todos sus oyentes por sus inacabables proezas. No puede aguantar que haya ganado la Francia una batalla donde él no se haya hallado, ni que alaben un sitio donde no haya estado en la trinchera; por tan indispensable en nuestros anales se tiene, que se figura que se concluyeron éstos donde él concluyó; algunas heridas que ha recibido las contempla como la disolución de la monarquía; y en contraposición con los filósofos que dicen que sólo lo presente se goza, y que lo pasado no es nada, éste, por lo contrario, sólo de lo pasado disfruta, sólo en las campañas donde peleó vive, y alienta en los tiempos que ya han sido como vivirán los héroes en los siglos venideros. ¿Pues por qué, repliqué, ha dejado el servicio? No ha dejado el servicio, me respondió, que el servicio le ha dejado a él. Le han dado un empleo en una plaza de poca importancia, donde contará sus hazañas el tiempo que de la vida le queda; pero nunca adelantará más, que le han cegado el camino de los puestos militares. ¿Y por qué?, le pregunté. Es máxima en Francia, me replicó, no dar nunca un mando superior a los oficiales que han consumido su paciencia en los empleos subalternos, porque los consideramos como hombres cuyo espíritu se ha apocado en menudencias, y que habituados a mezquindades no son capaces de grandes ideas. Presumimos que quien a los treinta años no posee las dotes de un general, nunca las poseerá; que quien no tiene aquella rápida perspicacia que en un abrir y cerrar de ojos descubre todas las situaciones de un terreno

de muchas leguas, aquella serenidad de espíritu que hace que en la victoria se aproveche de toda su ventaja y en la derrota de todos sus recursos, nunca tendrá el talento de capitán; por eso tenemos brillantes empleos para los altos y claros varones que dotó el cielo, no sólo de heroico pecho, mas también de peregrino ingenio, y otros empleos subalternos para los de inferior entendimiento, como son los que han llegado a viejos en una milicia oscura, los cuales siempre, cuando más, saben hacer lo que toda su vida han hecho, y no viene al caso aumentarles la carga cuando empiezan a perder el brío.

A poco rato se excitó otra vez mi curiosidad, y le dije: Doy a usted mi palabra de no hacerle más preguntas, si quiere satisfacerme ésta. ¿Quién es aquel mozo alto, bien peinado, tonto y muy insolente? ¿Por qué habla más recio que los demás, y está tan satisfecho con su persona? Ése es un cortejante, me respondió. Al decir esto se fueron unos, vinieron otros, se levantaron todos, y se llegó uno a hablar con mi vecino, de modo que me quedé tan en ayunas como antes: pero poco después, no sé por qué casualidad, se vino el mozo a mi lado, y encarándose conmigo me dijo: El día está hermoso: ¿quiere usted que vayamos a dar un paseo por el jardín? Agradéciselo cortésmente, y salimos juntos. He venido a esta quinta, me dijo, por dar gusto al ama de casa, que no me mira mal. Una dama anda por el mundo que rabiará un poco: ¿pero cómo lo hemos de hacer? Yo visito a todas las bonitas de París, pero con ninguna me comprometo, porque, aquí para entre los dos, soy muy malo. Sin

duda, caballero, le repliqué, que tiene usted algún cargo o empleo que no le consiente verlas más a menudo. ¡Qué! no señor, no tengo más empleo que incomodar a los maridos, y asustar a los padres de familias; mi mayor gusto se cifra en quitar el sosiego a una mujer que piensa que me ha cautivado, y ponerla a pique de que se pierda. En París somos unos cuantos que nos llevamos la atención de todos con la más leve friolera que hagamos. Según entiendo, le dije, mete usted más bulla que el más esforzado capitán, y es más acatado que el magistrado más íntegro. Si viviera usted en Persia no disfrutaría tanta satisfacción, y más apto sería para guardar nuestras damas que para obsequiarlas. Púseme colorado al decir esto, y creo que si hubiera seguido un poco más la conversación le hubiera hartado de denuestos.

¿Qué te parece de un país donde se toleran semejantes gentes y dejan vivir a un hombre que tiene este oficio; donde se consigue la estimación con la infidelidad, la traición, el rapto, la injusticia y la alevosía; donde aprecian a uno porque quita la hija a su padre, al marido su mujer, y destierra la paz de las más suaves y sagradas sociedades? ¡Venturosos los hijos de Alí, que resguardan a sus familias de la seducción y el oprobio! No es más pura la luz del día que el fuego que en los pechos de nuestras esposas arde: nunca contemplan sin susto nuestras hijas el día que las ha de privar de aquella virtud que las hace semejantes a los ángeles y a las sustancias incorpóreas. Tierra natal, tierra cara, donde lanza el sol sus primeros rayos; jamás fuiste tú amancillada con los horrendos delitos que obligan a este astro a que

se esconda, así que se asoma por el negro Occidente.

*De París, a 4 de la luna  
de Rahmazan, 1713.*

CARTA XLIX

RICA A USBEK, A...

En mi cuarto estaba el otro día, cuando entró un dervis vestido de un modo muy raro, con una barba que le llegaba hasta un cinto de sogas que traía, los pies descalzos, el vestido pardo, burdo, y puntiagudo hacia la cabeza. Parecióme el conjunto tan estrambótico que quise llamar a un pintor para que me le retratase. Hízome primero una cortesía, y me dijo luego que era sujeto de mérito, amén de capuchino. Me han informado, caballero, añadió, de que se vuelve usted muy presto a la corte de Persia, donde tiene un cargo muy principal; y vengo a implorar su protección, y rogarle que nos alcance del rey una casita cerca de Casbin, para dos o tres religiosos. ¿Conque usted, padre, le dije, quiere ir a Persia? ¡Yo, señor! respondió, ni por pienso. Yo soy provincial, y no trocaría mi suerte por la de todos los capuchinos de este mundo. ¿Pues qué diablos me pide usted? Vea usted, me replicó; si tuviéramos ese hospicio, enviarían allá nuestros padres de Italia a dos o tres de sus religiosos. ¿Esos religiosos serán conocidos de usted?, le dije. No, señor; no los conozco. ¿Pues, por vida mía, qué se le da a usted de que vayan a

Persia? Es una soberbia idea destinar a dos capuchinos a respirar el aire de Casbin, y cosa utilísima para Europa y Asia; será preciso que se empeñen en ello los monarcas; que eso se llama fundar buenas colonias. Vaya con Dios, padre, que ni usted ni sus semejantes valen nada para trasplantados, y lo mejor que hacer pueden es seguir arrastrándose por los suelos en los sitios que los han engendrado.

*De París, a 15 de la luna  
de Rahmazan, 1713.*

CARTA L

RICA A...

Personas he conocido en quien era tan natural la virtud, que ni siquiera se hacía notar, y adictos a sus obligaciones, sin sujetarse a ellas, las desempeñaban como por instinto, y lejos de alabarse de sus raras prendas, parecía que no sabían que las poseían. Esos son los hombres que yo quiero, y no aquellos virtuosos que como que se pasman de serlo, y una acción buena la reputan por un portento que debe maravillar al contarla.

Si es la modestia virtud indispensable en aquellos que dotó el cielo de un talento raro, ¿qué diremos de aquellos insectos que se atreven a manifestar una arrogancia que a los más eminentes varones afearía?

En todas partes veo hombres que sin cesar hablan de sí propios; son sus conversaciones un espejo que siempre retrata su impertinente

cara; hablan de las menores cosas que les han sucedido, y quieren que la eficacia con que las pintan les dé valor a los ojos ajenos; todo lo han hecho ellos, todo lo han visto, todo lo han dicho y todo lo han pensado; son dechado universal, materia inagotable de comparaciones, y manantial inexhausto de ejemplos. ¡Oh, qué insulsa cosa es el elogio que se refleja al sitio de donde sale!

Pocos días ha que nos estuvo aburriendo por espacio de dos horas uno de este jaez con su persona, su mérito y su habilidad; mas como no hay en este mundo movimiento perpetuo, al cabo paró de hablar, y nos tocó la conversación a los demás. Uno que tenía trazas de hombre muy adusto empezó a lamentarse de que se aburría en las conversaciones.—¡Qué! ¿Siempre se han de oír necios que sólo tratan de sí propios, y para todo se citan? Tiene usted razón—saltó nuestro parlanchín—; todas habían de hacer lo que yo, que nunca me alabo: soy rico, bien nacido, gastador, y dicen mis amigos que no me falta ingenio; mas nunca lo miento, y si alguna prenda tengo, la que más aprecio es la modestia. Yo estaba pasmado de tanto descaro, y decía en voz baja, mientras alzaba él la suya: bienaventurado el que tiene tanta vanidad que nunca se alaba a sí propio, porque teme a sus oyentes, y no compromete su mérito con la arrogancia ajena.

*De París, a 20 de la luna  
de Rahmazan, 1713.*

CARTA LI

NARGUM, ENVIADO DE PERSIA EN MOSCOVIA, A USBEK, A PARÍS

De Ispahan me han escrito que habías dejado la Persia, y que estabas actualmente en París. ¿Cómo es que recibo noticias tuyas por otro conducto que tú propio?

Cinco años ha que por orden del rey de reyes resido en este país, donde he llevado al cabo varias negociaciones importantes. Ya sabes que el Zar es el único de los príncipes cristianos que tienen intereses promiscuos con la Persia, por ser, como nosotros, enemigo de los turcos.

Este imperio es más vasto que el nuestro, y desde Moscou hasta el postrer pueblo que linda con la China hay mil leguas de distancia. El soberano es dueño absoluto de las vidas y haciendas de sus vasallos, que todos son esclavos, menos cuatro familias, y no hace uso más tremendo de su poder ni el mismo teniente de los profetas, el rey de reyes, a quien sirve de palio el cielo estrellado, y de alfombra el globo terráqueo.

Quien contemple el horroroso clima de la Moscovia nunca creará que sea un castigo el destierro; no obstante, cuando cae un magnate de la gracia le relegan a la Siberia.

Así como nos veda a nosotros la ley de nuestro profeta beber vino, se lo veda la del príncipe a los moscovitas.

El modo de recibir a sus huéspedes no se parece al de los persas. Cuando entra un foras-

tero en una casa, el amo le presenta su mujer, y le da el forastero un beso; cosa que se tiene aquí por un obsequio hecho a su esposo. Los padres en la escritura de casamiento suelen estipular que su yerno no ha de azotar a su hija, y no obstante no es creíble lo que gustan las mujeres moscovitas de que las aporreen (1); tanto que no se pueden figurar que las quieren bien sus maridos como no les den buenas zurras, y la conducta contraria es en ellos señal de un desamor que no se puede perdonar. Una de ellas escribía a su madre un día de éstos la siguiente carta:

«Mi querida madre: Soy la mujer más desgraciada de este mundo; no omito nada para que me quiera mi marido, y no le puedo conseguir. Ayer tenía mil cosas que hacer en casa; pues salí y estuve todo el día en la calle, creyendo que cuando volviese me daría buenos palos, pero ni siquiera despegó la boca para reñirme. De muy distinto modo trata su marido a mi hermana, que la pega todos los días, y no puede ni mirar a un hombre a la cara sin que la mate él a garrorazo; así se quieren ambos tanto, y viven en paz inalterable. Por eso está ella tan hueca; pero no le daré yo lugar para que haga mucho tiempo burla de mí, que estoy resuelta a que me quiera mi marido, a todo trance, y tanto le haré rabiar que él me dará al cabo pruebas de cariño. Al menor coscorrón que me diere, alborotaré la vecindad a gritos, para que se imaginen que va de veras, y creo que si viene algún vecino a poner paz le sacaré los ojos. Suplico a usted,

(1) Este estilo se ha quitado.

»querida madre, que represente a mi marido  
 »que no me trata como debe. No hacía así mi  
 »padre, que fue muy hombre de bien, y yo me  
 »acuerdo de que, cuando era chiquita, algunas  
 »veces me parecía que ya era demasiado el cari-  
 »ño que a usted tenía. Quedo de usted su  
 »afectísima hija, etc.»

Ni aun para viajar pueden salir los moscovitas del imperio. Separados así de las demás naciones por las leyes del país, han conservado sus estilos antiguos, con tanto más tesón, cuanto creían que era imposible que hubiera otros. Pero el príncipe que ahora reina ha querido variarlo todo; ha tenido con ellos porfiadas contiendas acerca de la barba, y el clero y los frailes se han declarado los adalides de la ignorancia.

El soberano actual se aplica a poner florecientes las artes, y nada omite para que se difunda en la Europa y el Asia la gloria de su nación, hasta ahora olvidada, y que casi era desconocida de los extranjeros. Inquieto y siempre desasosegado vaga por sus vastos dominios, estampando en todos ellos las huellas de su natural severidad; y como si no pudiera caber en ellos, los deja y se va a la Europa a buscar otras provincias y otros nuevos reinos.

Recibe, querido Usbek, un abrazo, y no te olvides de escribirme.

*De Moscou, a 2 de la luna  
 de Chalval, 1713.*

## CARTA LII.

RICA A USBEK, A...

Días pasados estuve en una tertulia, donde me divertí mucho. Había en ella señoras de todas edades: una de ochenta años, una de sesenta y otra de cuarenta, con una sobrina suya de veinte a veintidós. Cierta instinto hizo que me arrimase a esta última, la cual me dijo al oído: ¿Qué le parece a usted de mi tía, que con su edad quiere tener cortejos, y hace la niña? No tiene razón, le dije, que eso en quien cae bien es en usted. Poco después me puse junto a la tía, y me dijo ésta: ¿No ve usted esa vieja que, cuando menos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy más de una hora en tocarse? Pues pierde su tiempo; le respondí, menester sería que tuviera el mérito que usted para pensar así. Arrímome a la desventurada sesentona, doliéndome en el alma de su suerte, y me dice al oído: ¿Hase visto cosa más risible? Vea usted ese carcamal, con más de ochenta años, poniéndose cintitas encarnadas, y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto a la edad de los niños. ¡Ay, Dios mío!, dije para mí, ¿no veremos nunca más extravagancias que las del prójimo? Acaso es dicha, añadí luego, que nos consolemos con las flaquezas ajenas. Como estaba de buen humor, dije: Bastante hemos subido: bajemos ahora, y empecemos por la más vieja, que está en el testero del estrado. Señora, se parece usted tanto a esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me había figurado que era su hermana, y creo que

son ustedes de la misma edad con corta diferencia. Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando a la otra, porque presumo que no hay dos días de diferencia entre ambas. Oída esta decrépita, me llevo a la de sesenta, y le digo: Es menester, señora, que falle usted una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que usted y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían el mismo tiempo. A fe mía, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia. Bien va; continuemos. Fui más abajo, y acercándome a la de cuarenta: Hágame usted el favor, señora, de decirme si se chancea cuando llama sobrina a aquella señorita, que está en la otra mesa. Tan niña es usted como ella, y aun tiene ella en la cara un no sé qué aviejado que no hay en la de usted: luego esas mejillas color de escarlata tan vivo; ese... Oiga usted, me respondió: de veras que soy su tía; pero su madre tenía veinticinco años largos más que yo, porque no éramos de la misma madre, y he oído decir a mi hermana que había nacido su hija el mismo año que yo. Bien lo decía yo, señora, y no sin razón extrañaba tanto el parentesco.

Las mujeres, querido Usbek, que se ven morir poco a poco perdiendo su hermosura, querrían retroceder hacia su juventud. ¡Ah! ¿pues cómo no han de anhelar por engañar los años, cuando se afanan por engañarse a sí propias y zafarse de la más triste de todas las ideas?

*De París, a 3 de la luna  
de Chalval, 1713.*

## CARTA LIII

CELIS A USBEK, A PARÍS

Nunca se vio pasión más vehemente ni más constante que la que a mi esclava Celinda tiene el eunuco blanco Cosrú, y con tanta eficacia me ha pedido que se la dé por mujer que no he podido negársela. ¿Y cómo me había de resistir, cuando no se opone la madre de la novia, y Celinda misma se complace al parecer con la idea de este casamiento falaz, y con la vana sombra que le presenta? ¿Qué quiere hacer con un desventurado que no tendrá más de marido que los celos; que cuando pierda su frialdad ha de ser para desesperarse inútilmente; que nunca se acordará de lo que fue, sin traer a la memoria de su mujer lo que ha dejado de ser; que siempre a punto de satisfacerla, y no satisfaciéndola jamás, se engañará y la engañará a ella continuo, haciéndola padecer a cada instante toda la desdicha de su propia condición? ¡Qué! ¡estar siempre entre imágenes y vanas sombras; vivir para no más que imaginar; hal'arse sin cesar junto a los gustos, y nunca con ellos; y penar en brazos de un malhadado, correspondiendo al sentimiento de lo que ha perdido, en vez de corresponder a sus amorosos suspiros! ¡Cuán digno es de desprecio un hombre de esta especie, únicamente destinado a guardar, y jamás a poseer! Busco en él el amor, y no le encuentro.

Te hablo con libertad, porque te gusta mi ingenuidad, y prefieres a la fingida cortedad de mis compañeras mi genio libre, y mi pasión a

los deleites. Mil veces te he oído decir que gozaban los eunucos con las mujeres cierto género de gustos que no conocemos; que se resarce la naturaleza de lo que ha perdido, que hallan recursos para reparar la desgracia de su suerte, que puede el hombre dejar de serlo, mas no dejar de ser sensible; y que en este estado se halla como con un nuevo sentido, no haciendo más que variar, por decirlo así, de placeres. Si así fuera, me dolería menos de Celinda; que algo es vivir con hombres menos desdichados.

Dame tus órdenes sobre este casamiento, y dime si gustas que se celebren las bodas en el serrallo. Adiós.

*Del serrallo de Ispahan, a 5 de la luna de Chalval, 1713.*

CARTA LIV

RICA A USBEK, A...

Esta mañana estaba yo en mi cuarto, que, como ya sabes, no está separado del inmediato más que por un tabique muy delgado y agujereado en varias partes, de manera que se oye todo cuanto dicen en el cuarto del vecino. Paseábase uno dando paseos muy largos, y decía a otro: No sé qué se tiene, pero parece que todo está coligado contra mí: tres días largos ha que no me ha ocurrido agudeza ninguna que de notar sea, y me hallo confundido con todo

el mundo en las conversaciones, sin que nadie repare en mí ni me haya siquiera hecho un cumplido. Había preparado varios chistes para sazonar la conversación, y nunca me han dejado que los hiciera venir a pelo; tenía estudiado un cuento muy bonito, pero cuando iba rodeando traerle al caso, como si lo hicieran de intento, mudaban de asunto; tengo pensadas algunas agudezas que hace cuatro días que se me están pudriendo en la mollera, sin poder sacarlas a la plaza. Si sigue así, creo que vendré a hacerme un majadero; fuerza es que sea esa mi estrella y que no la pueda evitar. Ayer había esperado lucirlo en medio de tres o cuatro viejas, que cierto no me infunden miedo, y tenía mil lindezas que decir; pues más de un cuarto de hora me estuve afanando por entablar una conversación seguida; pero nunca quisieron ellas continuar, y a guisa de Parcas, cortaron el hilo de todas mis razones. Si te he de decir lo que siento, es muy penosa de conservar la reputación de ingenio, y yo no sé cómo haces tú para conseguirlo. Me viene una idea, replicó el otro: trabajemos de mancomún en darnos ingenio, y formemos una compañía. Cada día nos concertaremos sobre lo que hemos de decir, y nos auxiliaremos de manera que si viene alguien a interrumpirnos le traeremos nosotros a nuestro asunto, si no quiere venir de grado, por fuerza. Fijaremos de antemano dónde hemos de aprobar, dónde sonreírnos y dónde reírnos a carcajadas. Ya verás que somos los amos de la conversación, y que todos se van a maravillar de lo vivo de nuestro ingenio y lo agudo de nuestros chistes. Nos protegeremos recíprocamente, haciendo con la cabeza señas

de aprobación. Hoy lo lucirás tú, y mañana serás mi padrino. Entraré contigo en una casa, y diré: Les quiero contar a ustedes una cosa muy chistosa que ha dicho el señor ahora mismo a uno que hemos encontrado en la calle; y volviéndome a ti: ¡Cómo le cogió de susto y qué parado se quedó! Luego recitaré algunos versos míos, y dirás tú: Yo estaba allí cuando los hizo, que fue en un convite, y los compuso de repente. A veces nos echaremos pullas uno a otro, y dirá la gente: Mira cómo se acometen y cómo se defienden; a fe que se las tienen tiesas; veamos en qué para; bueno va; ¡qué presencia de ánimo!; ésta sí que es batalla reñida; pero nadie sabrá que nos habíamos ensayado el día antes. Compraremos ciertos libros, que son colecciones de agudezas; que sirven para los que quieren pasar plaza de agudos siendo unos porros; que todo pende de tener buenos modelos. Antes de medio año verás cómo somos capaces de seguir una conversación toda de agudezas y conceptos. Pero es preciso tener mucho cuidado con no desperdiciar nuestro caudal; que no basta decir un dicho agudo, es menester que se esparza y cunda por todas partes, que sin eso es cosa perdida, y te confieso que no hay mayor tormento que ver que una bonita agudeza se muere en los oídos de un majadero a quien se dijo. Verdad es que muchas veces hay compensación, y que también decimos no pocas sandeces que pasan de tapadilla; que es lo único que en estos lances nos puede servir de consuelo. Esta es, querido, la determinación que nos conviene. Haz lo que yo te digo, y antes de seis meses te prometo una plaza de académico del número; quiero decir

que no tendremos que trabajar mucho tiempo, porque en siendo académicos nos podremos echar a dormir, que seremos hombres de ingenio, mal que nos pese. En Francia se nota que así que hace uno parte de un gremio, al instante se empapa en lo que llaman el espíritu de la cofradía; lo mismo harás tú, y en todas partes te aburrirán a poder de aplausos.

*De París, a 6 de la luna  
de Zilcadé, 1714.*



CARTA LV

RICA A IBEN, A ESMIRNA

En las naciones de Europa todas las dificultades las allana el primer cuarto de hora de matrimonio, y los últimos favores siguen sin tardanza la bendición nupcial; que no son aquí las mujeres como nuestras persas, que a veces disputan el terreno meses enteros. En esta tierra todo lo otorgan al punto, y si no pierden nada es porque nada les quede que perder; pero ¡qué cosa tan vergonzosa!; siempre se sabe a punto fijo el instante de su vencimiento, y sin consultarlo con las estrellás se puede anunciar de antemano el día del nacimiento del primer chiquillo.

Casi nunca hablan los franceses de sus mujeres; y es porque se temen hablar de ellas delante de gentes que las tienen más bien conocidas que ellos propios.

Desventurados hay en este país a quien nadie compadece, y son los maridos celosos; sujetos

aborrecidos de todo el mundo, y son los maridos celosos; hombres despreciados de todos, y son también los maridos celosos: mas así tampoco hay tierra donde se vean menos que en Francia. No estriba aquí la serenidad de los maridos en la confianza que de sus mujeres hacen, sino en la mala idea que de ellas tienen. Todas las cuerdas precauciones de las asiáticas, los velos con que se tapan, las cárceles en que viven encerradas, la vigilancia de los eunucos les parecen medios que más aptos son para ejercitar la industria del otro sexo que para desalentarla. Los maridos aquí se resignan con paciencia, reputando la infidelidad a influjo de una estrella inevitable, y el marido que quisiera la posesión exclusiva de su mujer, sería tenido por un perturbador de la pública alegría y un demente que quería disfrutar de la luz del sol, privando de ella a los demás.

Aquí, el marido que a su mujer quiere es el que no tiene mérito suficiente para que otra le quiera. Éste abusa de la fuerza de la ley para suplir las dotes de que carece; se vale de todas sus prerrogativas en detrimento de la sociedad entera; se apropia aquello de que le habían hecho custodio y depositario, y se afana cuanto puede en destruir un pacto tácito en que se cifra la felicidad de uno y otro sexo. El título de marido de una hermosa, que tanto nos esforzamos a ocultar en Asia, aquí no infunde susto. Cada uno se reconoce capaz de hacer una excursión en el campo enemigo: un príncipe se consuela de la pérdida de una fortaleza ganando otra. ¿No quitamos nosotros al Mogol la plaza de Candahar, mientras que se apoderaba el turco de Bagdad?

En general, no es mal mirado uno que consiente los galanteos de su mujer; por lo contrario, alaban su prudencia, puesto que hay casos particulares que son deshonorosos. No por eso faltan señoras virtuosas que son muy apreciadas: mi conductor me las señalaba siempre; pero son todas tan feas, que es menester ser santo para no coger tirria a la virtud.

Con lo que te llevo dicho de las costumbres de este país, fácilmente te puedes figurar que no hacen los franceses ga a de constancia. Tan ridículo les parece jurar a una mujer que la han de querer siempre, como afirmar que nunca ha de caer uno malo, o que no ha de ser jamás infeliz. Cuando prometen a una amarla siempre, suponen que ella se obliga mutuamente a ser siempre amable, y cuando falta la mujer a su palabra, se creen los hombres libres de la suya.

*De París, a 7 de la luna  
de Zilcadé, 1714.*

CARTA LVI

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

En Europa estilan mucho el juego; la profesión de jugador es un oficio, y con sólo este título se suple caudal, cuna y hombría de bien; todo aquel que le tiene es admitido entre la gente fina sin más examen, y puesto que todos saben que se equivocan con frecuencia los que obran así, han hecho el convenio de no enmendarse. Las mujeres particularmente son muy afi-

cionadas al juego: bien es verdad que cuando son mozas, si son jugadoras es por encubrir otra pasión más amable; pero al paso que viene la vejez cobra bríos la afición del juego, y al cabo llena esta pasión el hueco de todas las demás. El fin de ellas es dejar pereciendo a sus maridos, y para conseguirlo tienen distintos medios en cada edad, desde la más florida juventud hasta la más caduca vejez: empiezan a malgastar su caudal en trenes y vestidos, sigue la disipación con la retrechería y le acaban de derrochar con el juego.

Muchas veces he visto nueve o diez mujeres, por no decir nueve o diez estantiguas, sentadas en derredor de una mesa; las he visto en sus esperanzas, sus temores, sus contentos, y sobre todo sus furias: te habrías figurado que nunca tendrían lugar de apaciguarse, y que antes que su desesperación se les acabaría la vida, y hubieras dudado si eran sus acreedores o sus legatarios los que pagaban.

Parece que el blanco principal de nuestro profeta fue privarnos de todo cuanto puede turbar nuestra razón. Así, nos ha vedado el vino que la aletarga, y por un mandamiento expreso nos ha prohibido los juegos de suerte, y cuando no ha podido quitar la causa de las pasiones las ha amortiguado. Entre nosotros no produce el amor ni furor ni agitación, que es una pasión dulce que deja el ánimo sosegado, librándonos del imperio del sexo la pluralidad de mujeres y calmando la vehemencia de nuestros apetitos.

*De París, a 10 de la luna  
de Zilhagé, 1714.*

CARTA LVII

USBK A REDI, A VENECIA

Aquí los libertinos mantienen una imponderable muchedumbre de cortesanas, y los devotos otra, no menos imponderable, de dervises. Hacen estos tres votos: de pobreza, castidad y obediencia. Dicen que el que mejor cumplen es el último; el primero, yo te aseguro que no le guardan; en cuanto al otro, ya te puedes figurar si le observan con rigor. Mas aunque sean riquísimos los tales dervises, nunca dejan la cualidad de pobres; primero renunciaría nuestro glorioso sultán de sus altos y magníficos títulos; y tienen mucha razón, porque el dictado de pobres les estorba que lo sean.

Aquí los médicos y ciertos dervises de estos que llaman confesores están siempre o muy estimados o muy despreciados, puesto que, según dicen, los herederos están más mal con los confesores que con los médicos.

El día pasado estuve en un convento de estos dervises, y me recibió con mucho agasajo uno de ellos, venerable por sus canas. Enseñóme toda la casa; fuimos a la huerta y empezamos a razonar. Padre, le dije, ¿qué cargo tiene usted en su comunidad? Caballero, me respondió muy satisfecho de mi pregunta, soy casuista. ¡Casuista!, repliqué; desde que estoy en Francia no he oído mentar semejante cargo.—¿Con que no sabe usted qué es casuista? Pues escúcheme, que yo se lo explicaré

de manera que no le quede nada que desear. Dos especies hay de pecados: los mortales, que absolutamente excluyen de la bienaventuranza, y los veniales, que a la verdad ofenden a Dios, pero no le enojan tanto que nos prive por ellos de la gloria. Todo nuestro arte se cifra en distinguir bien estas dos especies de pecados; porque, como no sea un puñado de libertinos, todos los cristianos se quieren ir al cielo, pero cada uno quiere seguir el camino más cómodo que sea dable. El que conoce bien los pecados mortales, procura no cometer éstos, y hace su negocio; porque pocos aspiran a la suma perfección, y no siendo ambiciosos no se curan de los primeros puestos, de modo que entran en el cielo por un si es no es; pero con eso tienen lo bastante, que su fin es no hacer una pizca más ni menos: hombres que más bien roban la bienaventuranza que la ganan, y que dicen a Dios: Señor: yo he cumplido con vuestros preceptos con rigor; con que Vos no podéis negaros a cumplir vuestras promesas; y como no he hecho más de lo que me habéis pedido, os dispenso de que me deis más de lo que habéis prometido. De suerte, caballero, que somos hombres indispensables. Y no para aquí; verá usted ahora otra cosa mejor. La acción no constituye el pecado, sino el conocimiento de quien la comete; el que obra mal, mientras puede creer que no hace cosa mala, tiene la conciencia serena; y habiendo infinidad de acciones equívocas, puede un casuista comunicarles un grado de bondad que en sí no tienen, si las califica de buenas, y en llegando a persuadir que no tienen ponzoña, se la quita toda entera. Digo a usted el secreto de

un oficio en que me han nacido canas, y le doy a conocer todas sus sutilezas; a todo se le puede dar vislumbre de bueno, hasta a lo que menos apariencia de serlo tiene. Padre, le dije, todo eso es excelente; ¿pero cómo se aviene usted con el cielo? Si hubiera en la corte del sofi uno que se portara con él como usted se porta con su dios, que señalase diferencias entre sus órdenes, que enseñase a sus vasallos en qué casos las deben cumplir y en cuáles las pueden violar, le haría empalar *incontinenti*. Hice entonces una cortesía a mi dervís, y le dejé sin esperar respuesta.

*De París, a 23 de la luna  
de Maharram, 1714.*

CARTA LVIII

RICA A REDI, A VENECIA

En París, querido Redi, hay muchos oficios. Aquí, un sujeto servicial por un poco de dinero te ofrece el secreto de hacer oro. Otro te promete hacer que duermas con los espíritus aéreos, con que te prives de hablar con mujeres no más que por espacio de treinta años. Toparás con adivinos tan inteligentes, que te contarán todos los sucesos de tu vida, con sólo un cuarto de hora que tengan de conversación con tus criados.

Mujeres muy diestras convierten la virginidad en una flor que todos los días muere y renace,

y a las cien veces se coge con más dolor que la primera. Otras hay que, deshaciendo a poder de su arte todos los agravios del tiempo, saben restablecer en una cara una hermosura decadente, y cogiendo a una mujer en el ápice de la vejez hacerla bajar hasta la más florida juventud.

Todo esto vive, o hace por vivir en una ciudad que es madre de la invención. Las rentas de sus vecinos no se arriendan, que sólo consisten en habilidad y maña, y cada uno tiene la suya a que da cuanto valor puede.

Quien pudiese contar todos los molahes que aquí andan a caza de las rentas de una mezquita, contaría las arenas del mar y los esclavos de nuestra comarca. Infinidad de maestros de lenguas, artes y ciencias enseñan lo que no saben; habilidad muy particular, porque poco ingenio se requiere para enseñar uno lo que sabe, pero es menester tenerla muy grande para enseñar lo que ignora.

Aquí es imposible morirse, como no sea de repente; de otro modo no puede asaltar a nadie la muerte, que a cada esquina hay quien vende antídotos infalibles contra todas las dolencias imaginables. Las tiendas están todas tendidas con invisibles redes, donde se prenden todos los compradores. No obstante, a algunas veces salen de ellas a poca costa; y una mercadera muchacha está halagando una hora a un hombre para que compre un mazo de mondadientes.

Todos cuantos se van de este pueblo son más cautos que cuando vinieron, que a puro dar su caudal a los demás aprenden a guar-

darle; y este es el único beneficio que sacan los forasteros de su residencia en esta encantadora ciudad.

*De París, a 10 de la luna  
de Safar, 1714.*

CARTA LIX

RICA A USBEK, A...

El otro día estuve en una casa donde había una concurrencia de todo género de gente, y hallé que regentaban la conversación dos viejas que se habían afanado en balde toda la mañana por remozarse. Confesemos, decía una, que son muy distintos los hombres de ahora de los que tratábamos cuando jóvenes: aquéllos eran corteses, amables, complacientes; pero ahora son de una grosería inaguantable. Todo ha mudado, dijo entonces uno que me pareció enfermo de gota; no es ahora el tiempo como antes era: cuarenta años ha, todo el mundo gozaba buena salud, corría, estaba alegre, sólo pensaba en bailes y diversiones, y ahora todo el mundo se muere de melancolía. De allí a un rato empezó a hablarse de política. Por vida mía, exclamó un señor anciano, que no hay ahora gobierno; denme un ministro que se parezca al señor Colbert; muy amigo mío era el señor Colbert; amigo de veras; todas mis pensiones me las pagaba antes que a ninguno: ¡qué bien arreglada que estaba la Real Hacienda! Todo el mundo estaba rico, y ahora no tengo yo un cuarto. Habla usted, caballero, dijo

entonces un eclesiástico, del tiempo más portentoso de nuestro invicto monarca. ¿Puede darse cosa más sublime que lo que en aquella época hizo por extirpar la herejía? ¿Y le parece a usted friolera la abolición de los duelos?, interrumpió muy satisfecho uno que hasta entonces no había despegado la boca. Muy prudente es la observación, me dijo otro al oído; ese está prendado del edicto, y con tanto escrúpulo le cumple, que hace medio año que aguantó cien palos por no violarle.

Se me figura, Usbek, que siempre juzgamos las cosas en virtud de cierto retroceso secreto en nosotros mismos, y no me maravillo de que pinten los negros al diablo de blanco como la nieve, y a sus dioses negros como azabache; de que lleve la Venus de ciertos pueblos las tetas colgando hasta los muslos, y, finalmente, de que representen todos los idólatras con semblante humano a sus dioses, haciéndolos participar de todas sus pasiones. Han dicho muy bien, que si hicieran los triángulos un dios, le darían tres lados.

Cuando veo, querido Usbek, entes que arrastrando por encima de un átomo (que no es la tierra otra cosa que un punto en el universo) se representan buenamente como dechados de la providencia, no sé cómo se puede conciliar tamaña locura con tanta pequeñez.

*De París, a 14 de la luna  
de Safar, 1714.*

## CARTA LX

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

Pregúntasme si hay judíos en Francia. Sábetes que en todas partes donde hay dinero hay judíos. Me preguntas qué hacen. Cabalmente lo propio que en Persia; que no hay cosa que más a un judío asiático se semeje que un judío europeo. Entre los cristianos, como en nuestro país, hacen alarde de una inalterable adhesión a su religión, que raya en locura.

Es la religión judía un tronco viejo que ha echado dos ramas, las cuales han cubierto la tierra entera, quiero decir el mahometismo y el cristianismo; o, por mejor decir, es una madre que ha parido dos hijas que la han cubierto de mil heridas, porque en materia de religión los parientes más cercanos son los más implacables enemigos. Pero no obstante lo mal que la han tratado, no deja de ufanarse de haberlas dado a luz, y se vale de una y otra para enlazar todo el universo, mientras que su venerable ancianidad enlaza, por otra parte, hasta los más remotos siglos.

Se contemplan los judíos como manantial de toda la santidad y origen de toda religión, y nos reputan por unos herejes que han invertido la ley, o más antes por unos judíos rebeldes.

Si se hubiera efectuado poco a poco esta mudanza, les parece que con facilidad los habrían seducido; mas habiéndose efectuado repentinamente y de un modo violento, y pudiendo señalar el día y la hora del nacimiento de una y otra religión, se escandalizan de que

saben nuestra edad, y se abrazan más estrechamente con una creencia coetánea con la cuna del mundo.

Nunca habían gozado en Europa de un sosiego como el que hoy disfrutan. Los cristianos empiezan a desprenderse del espíritu de intolerancia que los animaba; su expulsión ha sido muy perjudicial a los españoles, y no ha escocido menos a los franceses el haber perseguido a unos cristianos cuya creencia era algo diferente de la del príncipe. Todos se han convencido de que es muy distinto el fervor de convertir los que no creen en una religión de la observancia de sus preceptos, y que no es necesario aborrecer ni perseguir a los que no la siguen para observarla y amarla. De desear sería que en este punto pensarán nuestros musulmanes con tanta cordura como los cristianos; que pudiera establecerse una paz duradera entre Alí y Abubeker, y que dejásemos a Dios que fallase del mérito respectivo de estos dos sagrados profetas. Quisiera que los honrásemos con actos de veneración y respeto, y no con vanas preferencias, y que nos esforzáramos a merecer su patrocinio, sea cual fuere el sitio donde los haya Dios colocado; ora estén sentados a su diestra, ora a los pies de su trono.

*De París, a 18 de la luna  
de Sajar, 1714.*

CARTA LXI

USBEK A REDI, A VENECIA

El día pasado fui a una iglesia famosa que llaman de Nuestra Señora, y mientras que es-

taba pasmado de la hermosura de tan soberbio edificio, dio la casualidad de entablar conversación con un eclesiástico, a quien también había traído la curiosidad al mismo sitio. Tratóse de la serenidad de su profesión, y él me dijo: Las más de las gentes envidian la felicidad de nuestro estado, y tienen razón, puesto que no nos falten sinsabores y que no estemos tan separados del mundo que en millares de lances no nos encontremos en él, y entonces tenemos que representar un papel muy arduo.

Los mundanos son muy extraños; ni pueden aguantar que los aprobemos ni que los censuremos; si queremos reprenderlos se ríen de nosotros, y si los aprobamos dicen que desmentimos nuestro carácter. No hay cosa más afrentosa que pensar que ha escandalizado uno hasta a los impíos. Así, nos vemos precisados a conducirnos de un modo equívoco, poniendo silencio a los libertinos, no con nuestra entereza, sino con la duda en que los dejamos de si nos enojan o no sus palabras. Para esto es menester mucha prudencia, que esta neutralidad es muy dificultosa de mantener; los mundanos, que nada disimulan, que dicen cuanto les viene a la boca y siguen la conversación o la mudan, según ven que peta o no, están en situación muy más propicia.

Y no para aquí; que este estado tan dulce y tan sereno que tanto encomian, no le conservamos en un concurso. Así que nos presentamos nos azuzan a que disputemos; nos hacen, por ejemplo, que probemos la utilidad de la oración a uno que no cree en Dios; la necesidad del ayuno, a otro que toda su vida ha negado la inmortalidad del alma; empeño arduo ade-

más, y en que los que son socarrones se ríen de nosotros. Añádase a esto que continuo nos atormenta la manía de inculcar en los demás nuestras opiniones; manía inherente, digámoslo así, en nuestra profesión, y no menos risible que si en beneficio de la humana naturaleza se afarasen los europeos en blanquearles el rostro a los africanos. Perturbamos el estado y nos atormentamos nosotros propios, a fin de que se admitan puntos de doctrina que no son fundamentales; semejándonos a aquel conquistador de la Chira, que excitó la rebelión universal de sus vasallos porque los quiso precisar a que se cortaran los cabellos y las uñas. Hasta el celo que manifestamos para obligar a aquellos que a nuestro cargo tenemos a que desempeñen las obligaciones de nuestra sacrosanta religión, es muchas veces peligroso, nunca pecará por sobra de contenido. Un emperador llamado Teodosio hizo pasar a cuchillo a todos los moradores de una ciudad, hombres, mujeres y niños, y habiendo querido luego entrar en la iglesia, un obispo llamado Ambrosio le cerró las puertas como sacrílego y homicida, y en eso hizo una heroica acción. Habiendo hecho el emperador la penitencia que requería delito tan enorme, y siendo admitido en la iglesia, se fue a poner en el sitio de los sacerdotes y le sacó de allí el propio obispo, en lo cual obró como fanático; tan cierto es que ninguno se debe fiar de su celo. ¿Qué importaba a la religión ni al estado que se sentase o no este príncipe donde los sacerdotes?

*De París, a 1 de la luna  
de Rebiab, 1, 1714.*

CARTA LXII

CELIS A USBEK, A PARÍS

Habiendo cumplido tu hija siete años, he creído que ya era tiempo de meterla en los aposentos interiores del serrallo, sin esperar a que tuviera diez años para fiársela a los eunucos negros. Nunca es sobrado temprano para privar a una chica de las libertades de la infancia y darle una santa crianza en las sagradas paredes donde reside el pudor, que no me puedo avenir yo con el dictamen de aquellas madres que no encierran a sus hijas hasta que están para casarlas, y antes las condenan que las destinan al serrallo, precisándolas a que abracen por fuerza una vida a que deberían haberlas acostumbrado. ¿Pues qué, todo lo hemos de esperar de la razón y nada de la dulzura de un hábito contraído?

Inútil cosa es hablarnos de la subordinación a que nos sujetó la naturaleza, que no basta que la conozcamos, es fuerza que la ejercitemos para que nos defienda en el tiempo crítico que empiezan a tomar vuelo las pasiones que a la independencia nos excitan.

Si la obligación sola nos estrechara con vosotros, algunas veces nos podríamos olvidar de ella, y si la inclinación no más nos condujese, otra inclinación más fuerte pudiera acaso debilitarla. Mas cuando las leyes nos dan a un hombre, nos quitan a todos los demás, y nos desvían de ellos tanto como si viviéramos a cien mil leguas de distancia.

Industriosa naturaleza en beneficio de los

hombres no se ha ceñido a darles deseos, que ha querido que nosotras también los tuviésemos y fuésemos animados instrumentos de su felicidad. En nosotras ha encendido el fuego de las pasiones, para que vivieran ellos en sosiego, y si salen de su insensibilidad nos han destinado a que los tornemos a ella, sin poder nunca disfrutar nosotras del dichoso estado en que los ponemos.

No te imagines por eso, Usbek, que sea más envidiable tu suerte que la mía, que aquí he gozado yo mil deleites que tú no conoces. Sin cesar se ha afanado mi imaginación en darme a conocer su valor; yo he vivido, y tú no has hecho otra cosa que vegetar. En esta misma cárcel en que me retienes soy más libre que tú. Cuando más te afanas en guardarme, más me complazco yo en tu zozobra; y tus sospechas, tus celos y tus pesadumbres son otras tantas muestras de tu dependencia.

Sigue, amado Usbek, haciendo que me celen de día y de noche; no te fíes ni aun en las precauciones ordinarias; aumenta mi felicidad afianzando la tuya, y sábetete que no temo otra cosa que tu indiferencia.

*Del serrallo de Ispahan, a 2  
de la luna de Rebiab, I, 1714.*

### CARTA LXIII

RICA A USBEK, A...

Creo que tienes ánimo de pasar toda tu vida en el campo. Al principio sólo por dos o tres días te ausentabas, y ahora ya hace quince que

no te he visto. Verdad es que estás en una casa de campo hermosa, que encuentras en ella una compañía que te gusta y que discurre a tu sabor, y no se necesita más para que te olvides del mundo entero.

Yo, por mí, casi la misma vida tengo que cuando estabas aquí; trato con mucha gente y procuro conocerla; mi espíritu poco a poco se va desprendiendo de sus resabios asiáticos, y se dobllega sin dificultad a las costumbres europeas. Ya no me pasmo de ver en una concurrencia cinco o seis mujeres con otros tantos hombres, y se me figura que no es este estilo tan mal pensado.

Puedo afirmar que sólo desde que estoy aquí conozco a las mujeres, y que más sé de ellas en un mes que hubiera sabido en treinta años en un serrallo. En nuestro país son uniformes todos los caracteres, porque están violentados, y no se ven las personas como ellas son, sino como las obligan a que sean; en esta esclavitud del corazón y el entendimiento, sólo el miedo habla, que no sabe más que un idioma; nunca la naturaleza, que de tan distintos modos se explica y bajo tantos semblantes se presenta. El disimulo, entre nosotros arte tan usado y tan indispensable, aquí no es conocido; todo habla, todo se ve, todo se oye, se descubre el pecho como la cara, y hay en las costumbres, en las virtudes y hasta en los vicios no sé qué de ingenuo.

Para gustar a las mujeres se necesita un talento distinto, del que más que todos les gusta, el cual consiste en cierta especie de festividad de ingenio que las divierte, porque cada instante parece que les promete lo que sólo en

ciertos intervalos a larga distancia les puede dar, y esta festividad, que al parecer había destinado la naturaleza para los retretes, ha formado la índole general de esta nación. Aquí se chancean en el consejo, se chancean al frente de un ejército, y se chancean con un embajador. Las profesiones parecen ridículas a proporción de la seriedad de los que las ejercitan, y dejarían los médicos de hacer reír si abandonaran su lúgubre traje y si mataran a sus enfermos diciendo chistes.

*De París, a 10 de la luna  
de Rebiab, 1, 1714.*

CARTA LXIV

EL JEFE DE LOS EUNUCOS NEGROS A  
USBK, A PARÍS

Magnífico señor: Me encuentro en un apuro, cual no te lo puedo explicar; el serrallo se halla en un desorden y una confusión horrorosa; reina la discordia entre tus mujeres; están divididos tus eunucos; sólo murmuraciones y quejas se oyen; son desatendidas mis reconvencciones; parece que todo es permitido en este tiempo de desacato, y sólo un título vano tengo yo en el serrallo.

Ninguna de tus mujeres hay que no se crea superior a las demás, por su cuna, su hermosura, sus riquezas, su entendimiento y tu cariño, y que no alegue todos estos títulos para alcanzar todas las prerrogativas. A cada instante se me apura mi sobrada paciencia, que sólo

me ha servido para disgustarlas a todas, no habiendo adelantado nada con mi prudencia y mi mucha condescendencia, prenda tan rara en el puesto que ocupo.

¿Quieres, magnífico señor, que te diga el motivo de todos estos desórdenes? Pues no es otro que tu corazón y las tiernas finezas con que a tus mujeres las tratas. Si no me tuvieras de la mano; si en vez de reconvenciones me permitieras hacer castigos; si no dejándote enternecer con sus lágrimas y suspiros me las enviaras a mí, que no me enternezco nunca, en breve las acostumbiaría yo al yugo a que se han de sujetar y domaría su genio imperioso a altivo.

Sacado de edad de quince años de lo interior de la África, patria mía, me vendieron a un amo que tenía más de veinte mujeres o concubinas. Mi adusto y taciturno semblante le persuadió que sería bueno para el serrallo, y mandó que me pusieran en aptitud de desempeñar este ministerio, haciéndome una operación penosa al principio, pero que me fue muy provechosa luego, pues por ella pude granjear la confianza y la intimidad de mis amos. Entré en el serrallo, que para mí era un mundo nuevo. El primer eunuco, el hombre más severo que he conocido en mi vida, le gobernaba con imperio absoluto: nunca se oían mentar disturbios ni contiendas; reinaba en todo él un profundo silencio; todos los días del año se acostaban y se levantaban todas las mujeres a una misma hora; en el baño entraban por su turno, y salían a la menor seña que les hacíamos; lo demás del día casi siempre estaban encerradas en su cuarto. Llevaba la regla de que todo estuviese con el mayor aseo, y ponía en esto un cuidado indecible; la más leve

inobediencia la castigaba sin misericordia. Yo soy esclavo, decía, pero lo soy de uno que es amo vuestro y mío, y cuando hago uso de la potestad que en vosotras me ha dado, no soy yo quien os castiga, que es él, prestándole yo mi brazo. Nunca entraban las mujeres en el cuarto de mi amo sin que él las llamase; y esta gracia la recibían con júbilo, y no se quejaban cuando de ella se veían privadas. Finalmente, yo, que era el postrero de los negros en este tranquilo serrallo, era más acatado que lo soy en el tuyo, donde mando en todos.

Así que conoció este grande eunuco mi condición, puso los ojos en mí, y me pintó a mi amo como capaz de desempeñar sus ideas y ser sucesor suyo en el cargo que ocupaba; y no le arredró mi mucha juventud, creyendo que supliría mi esmero por la experiencia. ¿Qué más te he de decir?; de tal modo granjeé su confianza, que sin reparo ninguno fiaba de mí las llaves de los tremendos lugares que guardaba tantos años hacía. Bajo tan ilustre maestro aprendí el arte dificultoso de mandar, y me instruí en las máximas de un régimen inflexible; con él estudié el corazón de las mujeres, y me enseñó a aprovecharme de sus flaquezas y no temer su arrogancia. A veces se complacía en ver cómo yo las llevaba hasta los últimos atrincheramientos de la obediencia; luego las traía poco a poco, y quería que por un rato fingiera yo que cedía. Pero lo que había que ver era cuando las ponía a dos dedos de la desesperación, entre ruegos y baldones; sus lágrimas las resistía sin ablandarse, y sentía contento con esta especie de triunfo. Así se han de gobernar las mujeres, decía muy satisfecho;

su muchedumbre no me causa estorbo, que lo mismo gobernaría a todas las de nuestro gran monarca. ¿Cómo puede esperar un hombre que ha de cautivar su corazón, si unos fieles eunucos no cautivan primero su ánimo?

No sólo tenía entereza, mas también penetración; calaba sus pensamientos y sus astucias; ni sus acciones estudiadas, ni su semblante fingido le escondían nada. Conocía sus más secretas palabras y sus obras más ocultas. Unas le daban cuenta de lo que hacían otras, y remuneraba con gusto la más mínima delación. Como sólo cuando las avisaban entraban en el cuarto de su marido, llamaba el eunuco a la que le parecía y hacía que pusiera su amo los ojos en las que él protegía; prerrogativa que era la recompensa de algún secreto que le habían revelado. Había convencido a su amo de que para el buen orden era indispensable que le fiase esta elección, para que tuviera más autoridad. Así se gobernaba, magnífico señor, un serrallo que, según yo pienso, era el más bien arreglado de la Persia entera. No me ates las manos, permíteme que me haga obedecer, y en ocho días renacerá el orden en el centro de la confusión, que esto es lo que pide tu gloria y requiere tu seguridad.

*De tu serrallo de Ispahan, a 9  
de la luna de Rebiab, 1, 1714.*

## CARTA LXV

USBEEK A SUS MUJERES, AL SERRALLO  
DE ISPAHAN

Sé que está el serrallo en confusión, lleno de contiendas y disturbios intestinos. ¡Cuánto no os encomendé, al despedirme, la paz y la buena armonía! Todas me lo prometisteis: ¿fue por engañarme? Vosotras fuerais las engañadas, si quisiera yo dar oídos a los consejos del primer eunuco y hacer uso de mi autoridad, para que vivierais como tan encarecidamente os lo tengo pedido; pero no sé valerme de medios violentos hasta que he probado los suaves. Así, haced por amor de vosotras propias lo que no habéis querido hacer por el mío.

Con mucha razón se queja el primer eunuco, diciendo que no hacéis caso ninguno de él. ¿Cómo se compadece semejante conducta con la modestia de vuestra condición? ¿No he fiado de él vuestra virtud, mientras yo estuviere ausente? ¿No es depositario de tan sagrado tesoro? El poco aprecio que de él hacéis manifiesta que os son gravosos aquellos que os celan porque viváis sin apartaros de las leyes del honor.

Ruégooos que mudéis de conducta, y os portéis de manera que pueda otra vez desechar las propuestas que en daño de vuestra libertad y sosiego me hacen. Yo quisiera que os olvidarais de que soy vuestro amo, y solamente os acordarais de que soy vuestro esposo.

*De París, a 5 de la luna  
de Chaban, 1714.*

## CARTA LXVI

RICA A...

Aquí la gente se aplica a las ciencias; no sé, empero, si son doctos. El que de todo duda como filósofo, nada se atreve a negar como teólogo; y este sujeto contradictorio siempre está contento consigo mismo, con tal que le permitan ambas cualidades.

Es la manía de los franceses presumir de ingenios, y la manía de los que de ingenios presumen, componer libros. No hay, sin embargo, cosa peor imaginada; cuerda naturaleza había dispuesto que fueran transitorias las locuras de los hombres, y los libros las inmortalizan. Debiera un majadero contentarse con haber aburrido a todos cuantos han vivido con él, y todavía quiere hacer penar las generaciones venideras; quiere que triunfe su necedad del olvido, que hubiera podido disfrutar como el sepulcro; quiere, en fin, que sepa la posteridad que vivió y que no ignore que fue un tonto.

Los escritores que yo más desprecio son los recopiladores, que por todas partes van buscando arrapiezos de obras ajenas, que en las suyas embuten como cuadros de flores en un jardín, no sacando ventaja ninguna a los oficiales de impresor que coordinan letras, las cuales combinadas forman un libro en que no han puesto ellos más que las manos. Quisiera que respetaran los libros originales; que se me figura especie de profanación sacar las piezas de que

se componen del sagrario donde están, exponiéndolas a un desaire que no merecen.

Cuando no tiene uno nada que decir, ¿por qué no se calla, y nos ahorra estos empleos dobles?—Quiero coordinarlo de otro modo.—Es usted sujeto de mucha habilidad. Viene a mi biblioteca, y pone abajo los libros que estaban arriba, y arriba los que estaban abajo: cierto que ha hecho una obra maestra.

Te escribo acerca de esto, porque estoy reventando de cólera con un libro que acabo de hojear, tan abultado que me pareció que contenía la ciencia universal; pero me he quebrado la cabeza, leyéndole, y no he aprendido mal-dita la cosa.

*De París, a 8 de la luna  
de Chaban, 1714.*

## CARTA LXVII

IBEN A USBEK, A PARÍS

Tres embarcaciones han llegado sin traerme carta tuya. ¿Estás malo, o te complaces en darme sustos? Si en un país donde no te estrecha vínculo ninguno te olvidas de mí, ¿qué harás en la Persia, y en el seno de tu familia? Pero me equivoco acaso, que eres tan amable que en todas partes hallarás amigos; el corazón es de todas las naciones, ni un pecho sensible puede menos de contraer vínculos nuevos. Yo te confieso que respeto las amistades antiguas, pero no siento entablarlas nuevas. En

todas las tierras donde me he detenido he vivido como si hubiera de pasar toda mi vida en ellas; siempre he ansiado por el trato con los hombres de bien, siempre he mirado con la misma compasión, por mejor decir con el mismo cariño, a los desgraciados, y he hecho igual aprecio de los que no se han cegado con la prosperidad. Este es mi genio, Usbek; en todas partes encontraré hombres, y me haré amigos.

Aquí hay un gauro que después de ti creo que ocupa el primer lugar en mi corazón; es el alma misma de la hombría de bien. Ciertos motivos particulares le han obligado a refugiarse a este pueblo, donde vive satisfecho con el fruto de un honrado comercio, en compañía de una mujer a quien ama. Toda su vida está esmaltada con generosas acciones, y puesto que la esconde en la oscuridad, más heroísmo alienta en su pecho que en el de los mayores monarcas. Mil veces le he hablado de ti; le enseñé todas tus cartas, reparo que le gustan mucho, y veo que tienes un amigo que no conoces.

Aquí verás sus principales aventuras, que aunque le haya repugnado mucho el escribirlas, no las ha podido negar a mi amistad, y yo las fío de la tuya.

#### HISTORIA DE AFERIDON Y ASTARTE

Soy nacido entre los gauros, en una religión que acaso es la más antigua del mundo. Fui tan desdichado que primero tuve amor que uso de razón. Apenas tenía seis años cuando ya sólo con mi hermana podía vivir; clavábanse mis

ojos en ella; cuando me dejaba un punto los encontraba bañados en llanto, y cada día que iba creciendo en edad crecía mi amor. Pasmado mi padre de tan violenta simpatía hubiera deseado casarnos, como era costumbre de los antiguos gauros, introducida por Cambises; pero el temor de los mahometanos, bajo cuyo yugo vivimos, impide que piensen los de nuestra nación en estas sagradas alianzas, que más bien que permitidas están mandadas por nuestra religión, y que imágenes tan vivas son de la unión que ya ha formado la naturaleza.

Viendo, pues, mi padre el riesgo que había en seguir mi inclinación y la suya, se resolvió a apagar una llama que presumía naciente, pero que estaba ya en su mayor auge. Pretextó un viaje, y llevándome consigo, dejó a mi hermana en poder de una de sus parientas, porque mi madre era muerta dos años hacía. No diré aquí cuál fue la desesperación de esta partida; abracé a mi hermana, anegada en llanto; pero yo no le vertí, porque me había dejado como sin sentido el pesar. Llegamos a Teflis, y habiendo fiado mi padre de uno de nuestros parientes mi educación, me dejó con él, y se volvió a su tierra: de allí a poco supe que por empeño de uno de sus amigos había conseguido que entrara mi hermana en el beirán del rey, donde estaba sirviendo a una sultana. Si me hubieran dicho su muerte no lo hubiera sentido más, porque sin contar que ya no esperaba volverla a ver, para entrar en el beirán se había vuelto mahometana, y según las preocupaciones de esta religión no podía menos de mirarme con horror. No pudiendo empero vivir en Teflis, aburrido de la vida y de mí propio,

me volví a Ispahan. Las primeras razones que a mi padre dije fueron muy acerbas, afeándole que hubiese metido a su hija en un sitio donde no había podido entrar sin mudar de religión. Habéis irritado contra vuestra familia, le dije, el enojo de Dios y del sol que nos alumbrá, y habéis cometido un pecado más grave que si hubierais amancillado los elementos, que habéis amancillado el alma de vuestra hija, que no era menos pura. Yo voy a perder la vida de pesar y de amor; ¡y ojalá que sea mi muerte el único castigo que Dios os tenga reservado! Fuime de casa habiendo dicho esto, y por espacio de dos años pasé mi vida mirando las paredes del beirán, y contemplando el sitio donde podía estar mi hermana, a peligro mil veces al día de que me degollaran los eunucos que en torno de estos tremendos lugares rondaban.

Al fin se murió mi padre, y viendo la sultana a quien mi hermana servía que de día en día crecía su hermosura, celosa de ella la casó con un eunuco que la quería con pasión. De este modo salió del serrallo, y tomó con su eunuco casa en Ispahan.

Más de tres meses pasaron sin que pudiese hablar con ella, dando largas con diferentes pretextos todos los días el eunuco, que era el más celoso de los mortales. Al cabo entré en su beirán, y me permitió hablar con ella por entre una celosía. Con ojos de lince no hubiera podido verla, tan envuelta estaba en sus vestidos y sus velos, y sólo por el metal de la voz pude conocerla. ¡Cuánta fue mi agitación al verme tan cerca y tan apartado de ella! Contúveme, no obstante, porque me examinaban con atención: ella me pareció que vertía algunas lá-

grimas. Su marido se esforzó a articular algunas vanas disculpas, pero yo le traté como al último de los esclavos. Púsose muy confuso cuando vio que hablaba con mi hermana en una lengua que él no sabía; que era el antiguo persa, nuestro idioma sagrado. ¿Con que es cierto, hermana, le dije, que has abandonado la religión de nuestros padres? Bien sé que para entrar en el beirán tuviste que hacer profesión del mahometismo: mas dime si pudo consentir tu corazón, como consintió tu boca, en dejar una religión que me permite amarte. ¿Y por quién la dejas, esa religión que tan preciosa debe sernos? Por un miserable marcado todavía con los grillos que le aprisionaron, y que sería el postrero de los hombres, si hombre fuera. Hermano, me respondió, ese hombre de quien hablas es mi marido; yo le debo honrar, aunque tan indigno te parece de honra, y sería la postrera de las mujeres, si... ¡Ah, hermana!, le dije, tú eres gaura, y ese hombre ni es esposo tuyo, ni puede serlo, y si eres fiel como tus padres, le debes mirar como un monstruo. ¡Ay! replicó, ¡cuán de lejos aparece a mi vista esa religión! Apenas sabía yo sus preceptos cuando tuve que olvidarlos. Ya ves que esta lengua en que te hablo me cuesta trabajo explicarme en ella, pero está cierto de que la memoria de mi niñez siempre es para mí grata, que desde entonces sólo falaces gustos he tenido, que no se ha pasado día que no haya pensado en ti, que has tenido más parte de lo que presumes en mi casamiento, y que si me he resuelto a él ha sido con la esperanza de verte. Mas ¡cuánto va a costarme este día que ya tanto me ha costado! Te miro fuera de ti,

mi marido brama de rabia y de celos; ya no te veré más; esta es, sin duda, la vez postrera que te hablaré en mi vida, y si así fuere no será larga. Enterneci6se al decir estas palabras, y viéndose imposibilitada a seguir la conversaci6n, me dej6 el m6s desconsolado de los mortales.

Pasados tres o cuatro d6as solicité otra conversaci6n con mi hermana: bien me lo hubiera querido impedir el inhumano eunuco, pero sin contar con que no tiene esta especie de maridos las mismas facultades en sus mujeres que los dem6s, estaba 6l tan perdido de amores de mi hermana que no era poderoso para negarle nada. La vi otra vez en el mismo sitio, y cubierta de los propios velos, acompa6ada de dos esclavos, por lo cual tuve que explicarme en nuestro idioma peculiar. Hermana, le dije, ¿de qu6 proviene que no te puedo ver sin hallarme en una horrorosa situaci6n? Todo me enfurece; las paredes donde vives encerrada, esos cerrojos y esas rejas, esos miserables guardas que te custodian. ¿C6mo has perdido la dulce libertad que disfrutaban nuestros antepasados? Tu madre, que tan casta era, no ten6a con su marido otro fiador de su virtud que su virtud propia; uno y otro viv6a feliz en una rec6proca confianza, y era la sencillez de sus costumbres riqueza mil veces m6s preciosa para ellos que ese brillo falaz que al parecer disfrutas en esta suntuosa casa. Con la p6rdida de tu religi6n has perdido tu libertad, tu dicha, y aquella preciosa igualdad que honra tu sexo. Y lo peor es que eres, no la mujer, que eso no lo puedes ser, sino la esclava de un esclavo degradado de la humanidad. ¡Ah, hermano!, dijo,

respeta a mi esposo, respeta la religión que he abrazado: según esta religión no he podido ni oírte ni hablarte sin pecar. ¿Conque crees verdadera, hermana, le dije fuera de mí, esa religión? ¡Ah, dijo, qué fortuna la mía si no lo fuera! Es muy grande el sacrificio que le hago, mira si creeré en ella, y si mis dudas... Aquí se calló. Sí, hermana, tus dudas, sean las que fueren, son fundadas. ¿Qué aguardas de una religión que te hace desventurada en este mundo, y no te da esperanzas en el otro? Contempla que es la nuestra la más antigua que hay en el orbe; que siempre ha florecido en la Persia, y no tiene otra cuna que este imperio, cuyo origen se ignora; que un mero acaso nos ha traído el mahometismo, y que no se ha establecido esta secta por la persuasión, sino por la conquista. Si no hubiera sido por la flaqueza de nuestros príncipes naturales, todavía verías reinar el culto de los antiguos magos. Considérate en los pasados remotos siglos, en todas partes encuentras el magismo, en ninguna la secta mahometana, que muchos miles de años después no era aún nacida. Pero aun cuando sea mi religión más moderna que la tuya, respondió ella, a lo menos es más pura, pues no adoramos más que un Dios, y vosotros tributáis cultos al sol, a las estrellas, al fuego y hasta a los elementos. Ya veo, hermana, que te han enseñado los musulmanes a calumniar nuestra sagrada religión. Ni adoramos los elementos ni los astros, ni los adoraron nunca nuestros padres; nunca les erigieron templos; nunca les ofrecieron sacrificios; tributáronles, sí, culto religioso, pero inferior, como a obras y manifestación de la divinidad. En nombre de este

Dios que nos ilumina, toma, hermana, este sagrado libro que te traigo, que es el de nuestro legislador Zoroastro; léele sin preocupación; recibe en tu corazón los rayos de luz que te alumbrarán cuando le leas; acuérdate de tus padres, que tantos siglos reverenciaron al sol en la santa ciudad de Balk, y finalmente, acuérdate de mí, que de tu conversión sola espero sosiego, felicidad y vida. Con esto la dejé arrebatado, encomendando de ella sola la decisión de lo que más en la vida me podía importar.

Dos días después volví. No la hablé, y esperé callando mi sentencia de vida o muerte. Eres amado, hermano, me dijo, y amado por una gaura. Largo rato he lidiado; pero ¡oh, dioses, cuántas dificultades vence el amor! ¡Qué aliviada me siento! Ya no temo quererte en demasía; ya puedo no poner coto a mi amor, que hasta su exceso es legítimo. ¡Ah, qué bien se aviene este estado con el de mi corazón! Empero, ya que has sabido romper los grillos que se había fraguado mi entendimiento, ¿cuándo romperás los que me tienen atadas las manos? Desde este instante me entrego a ti; haz ver por la prontitud con que me aceptes en cuánto aprecias esta dádiva. Hermano, la vez primera que abrazarte pueda creo que expiraré en tus brazos. Nunca podré ponderar el gozo que con estas razones sentí; me creí, y lo fui efectivamente en aquel momento, el más dichoso de todos los mortales; vi casi a punto de cumplirse cuantos deseos en veinticinco años de vida había formado, y desvanecerse cuantos pesares tan trabajosa me la habían tornado. Empero, cuando hube pala-

deado tan sabrosas ideas, reconocí que no estaba tan cerca de mi ventura como al principio me había figurado, puesto que había superado el mayor de todos los estorbos. Era forzado frustrar la vigilancia de sus guardas; de nadie me atrevía a fiar el secreto de mi vida; yo no tenía más que a mi hermana en el mundo, ella no tenía más que a mí; si erraba el tiro corría riesgo de que me empalaran; pero la pena más cruel era para mí errarle. Quedamos acordados en que me enviase a pedir un reloj que le había dejado su padre, que metería yo dentro una lima, para aserrar las celosías de una reja que caía a la calle, y una sogá atada para bajar, y que no la volvería a ver, pero que me pondría todas las noches debajo de la reja hasta que pudiera ella salir con su intento. Quince enteras noches pasé sin ver a nadie, porque no había encontrado mi hermana ocasión propicia: al fin la décimosexta oí una sierra trabajar; de cuando en cuando se interrumpía el ruido, y en estos intervalos era imponderable mi susto. Después de una hora de faena la vi que ataba la sogá; se descolgó y se dejó caer en mis brazos. Entonces ya no conocí peligros, y estuve mucho rato sin menearme; luego la conduje fuera del pueblo, donde tenía un caballo ensillado; la puse a las ancas, y con cuanta ligereza es imaginable me fui huyendo de un sitio que tan fatal podía sernos. Antes de amanecer llegamos a casa de un gauro, que vivía parcamente del trabajo de sus manos en un yermo adonde se había refugiado. No nos pareció acertado quedarnos con él, y por dictamen suyo nos metimos en una enmarañada selva, y nos albergamos en el hueco de una encina vieja

y carcomida, hasta que se desvaneciese el rumor de nuestra fuga. Ambos vivíamos en esta solitaria morada, sin testigo, diciéndonos continuo que siempre nos amaríamos, y esperando ocasión de que solemnizase un sacerdote gauro la ceremonia de nuestro matrimonio, como la prescriben nuestros sagrados libros. ¡Cuán santa es esta unión, hermana!, le dije un día; unidos por la naturaleza, va nuestra sacrosanta ley a estrechar esta unión. Al fin vino un sacerdote a calmar la impaciencia de nuestro amor. Hizo en la choza de un labrador las ceremonias de nuestro enlace, nos echó la bendición, y mil veces rogó al cielo que nos diese el vigor de Gustaspes y la santidad del Hohoraspes. De allí a poco salimos de Persia, donde no estábamos seguros, y nos refugiamos a la Georgia, donde vivimos un año, más prendados cada día uno de otro. Mas como se iba acabando el dinero, y temía no el caer yo en la miseria, sino que cayera en ella mi hermana, la dejé para pedir socorro a mis parientes. Nunca hubo despedida más tierna. Empero, no sólo fue inútil mi viaje, mas también funesto, porque encontré mis bienes confiscados y mis parientes casi imposibilitados a socorrerme, y sólo traje cabalmente el dinero preciso para mantenerme mientras volvía a mi casa. ¡Mas cuál fue mi desesperación cuando me encontré en ella sin mi hermana! Pocos días antes de mi llegada habían hecho los tártaros una incursión en el pueblo donde residía, y pareciéndoles hermosa la cogieron y se la vendieron a unos judíos que iban a Turquía, no dejando más que una niña que había parido unos meses antes. Fui tras estos judíos y los alcancé tres leguas

de allí; pero fue en balde mi llanto y mis ruegos, que me pidieron por ella treinta tomanes, sin querer bajar un maravedí. Habiendo llamado a las puertas de todo el mundo, implorando sin fruto la compasión de los sacerdotes turcos y cristianos, traté con un mercader armenio, y le vendí a mi hija y a mí propio en treinta y cinco tomanes. Volví a los judíos, les di treinta, y los otros cinco se los llevé a mi hermana, a quien no había visto aún. Ya eres libre, hermana, le dije, y te puedo abrazar; ahí tienes cinco tomanes; lo que siento es que no me hayan comprado más caro. ¿Pues qué, me dijo, te has vendido? Sí, le respondí. ¡Ah! ¿qué has hecho, desventurado? ¿No era harto desdichada yo, sin que te afanaras tú en aumentar mi desdicha? Me consolaba con que eras libre, y el verte esclavo me va costar la vida. ¡Ay, hermano, qué cruel es tu cariño! ¿Y mi hija, que no la veo? También la he vendido, repliqué. Deshechos ambos en llanto no tuvimos fuerza para articular más palabra. Finalmente me volví con mi amo; mas llegó mi hermana casi cuando yo, y postrándose a sus plantas le dijo: Imploro de vos la esclavitud, como otros la libertad; llevadme con vos, y me venderéis más cara que a mi marido. Entonces se suscitó un debate que arrasó en lágrimas los ojos de mi amo. ¡Desventurado!, decía mi hermana. ¿Pensabas que había de admitir yo mi libertad a costa de la tuya? Señor, aquí tenéis dos infelices, que perderemos la vida, si nos separáis. Interés vuestro es no separarnos; sabed que yo soy árbitro de su vida. Era el armenio hombre piadoso, y le enternecieron nuestras desdichas. Servidme uno

## Cartas persas

y otro, dijo, con celo y fidelidad, y os prometo que dentro de un año os pondré en libertad. Bien veo que no merecéis uno ni otra vuestra fatal suerte. Si cuando seáis libres sois dichosos a proporción de vuestro mérito; si se os muestra propicia la fortuna, estoy cierto de que me resarciréis de mi pérdida. Ambos estrechamos sus rodillas, y le seguimos en su viaje. Nos aliviábamos mutuamente en las faenas de la esclavitud; y mi mayor satisfacción era hacer yo las haciendas que habían encargado a mi hermana.

Concluyóse en fin el año, y cumplió nuestro amo su palabra dándonos libertad. Nos volvimos a Teflis, donde encontré a un amigo antiguo de mi padre, que ejercitaba con fruto la medicina en la ciudad; éste me prestó algún dinero, y empecé a comerciar. Luego mis negocios me trajeron a Esmirna, donde he tomado residencia. Aquí vivo seis años hace, disfrutando de la más grata y más amable compañía que hay en el mundo; en mi familia reina la unión, y no cambiaría mi suerte con la de ningún monarca del orbe. He tenido la fortuna de topar con el mercader armenio a quien se lo debo todo, y de hacerle servicios muy importantes.

*De Esmirna, a 27 de la luna  
de Gemadí, 2, 1714.*

CARTA LXVIII

RICA A USBEK, A...

El otro día fui a comer a casa de un golilla, que varias veces me había convidado, y después de haber hablado de varias cosas le dije: Me parece, caballero, que su ministerio de usted es muy penoso. No tanto como usted se le figura, me respondió, y como nosotros le desempeñamos es una diversión.—¿Pues qué; no tienen ustedes siempre atestada la cabeza de asuntos ajenos? ¿Y no están continuamente ocupados en cosas nada interesantes?—Razón tiene usted en decir que no son interesantes, porque a nosotros no nos interesan un bledo, y eso mismo hace que sea nuestro oficio tan poco trabajoso. Cuando vi que se explicaba con tanto desenfado, seguí diciéndole: No he visto su estudio de usted.—¿Cómo le ha de ver usted si no le tengo? Cuando tomé este cargo, necesité dinero para pagarle; vendí, pues, mi biblioteca, y el librero que me la compró, de tantos tomos como en ella había, no me dejó más que mi libro de cuentas. No es esto decir que lo siento, porque nosotros los jueces no hacemos alarde de una ciencia vana. ¿De qué nos sirven todos esos librotos de leyes? Casi todos los casos son hipotéticos, y se apartan de la regla general. ¿Y es imposible, caballero, le dije, que sea usted quien los saque de ella? Porque al cabo, ¿para qué querían todos los pueblos del mundo leyes, si nunca se han de aplicar? ¿Y cómo las puede aplicar el que no las sabe? Si conociera usted

la práctica, replicó el magistrado, no hablaría como habla: nosotros tenemos comentarios vivos, que son los abogados; éstos trabajan en vez de nosotros, y toman a su cargo el instruirnos. ¿Y a veces no toman también a su cargo el engañar a ustedes?, le respondí. Están armados para dar al traste con su justicia; bueno fuera que lo estuvieran ustedes para defenderla, y que no salieran al palenque con armas desiguales, contra hombres armados de punta en blanco.

*De París, a 15 de la luna  
de Chaban, 1714.*

CARTA LXIX

USBEK A REDI, A VENECIA

Nunca te hubieras figurado que me había de hacer yo más metafísico aun de lo que era: pues así ha sido, y lo verás cuando hayas aguantado este chaparrón de filosofía.

Los filósofos más cuerdos que acerca de la naturaleza divina han meditado han dicho que era Dios un ser sumamente perfecto, pero han abusado portentosamente de esta definición, haciendo una reseña de cuantas perfecciones diversas puede poseer o imaginar el hombre, y hacinándolas con la idea de la divinidad, sin considerar que muchas veces eran contradictorios estos atributos, y no podían coexistir en un mismo sujeto sin destruirse.

Dicen los poetas de Occidente que un pintor, queriendo retratar la diosa de la hermosura, jun-

tó las más hermosas griegas, y escogió lo más perfecto de cada una de ellas, para formar un todo que a la más hermosa de las diosas se pareciese. Si de esto hubiese alguien colegido que era en uno rubia y pelinegra, que tenía los ojos negros y azules, el mirar apacible y altivo, se hubieran burlado de él todos.

Muchas veces falta en Dios una perfección que supone una imperfección mayor; puesto que siempre sea él propio su único límite, y su única necesidad. De suerte que aunque Dios es todo poderoso, ni puede faltar a sus promesas, ni engañar a los hombres. Otras veces no consiste su impotencia en él, sino en las cosas relativas; y por esta razón no puede mudar la esencia de los seres. Por tanto no es de extrañar que se hayan atrevido varios doctores nuestros a negar la presciencia infinita de Dios, fundándose en que no es compatible con su justicia. La metafísica corrobora mucho esta idea que tan atrevida parece, porque no es posible, según sus principios, que prevea Dios las cosas que de la determinación de causas libres dependen, porque lo que no ha sucedido no existe, ni puede preverse por consiguiente; que la nada, careciendo de propiedades, no puede ser objeto de intuición. Dios no puede conocer una voluntad que no hay, ni ver en el alma una cosa que no está en ella, porque antes de haberse determinado no existe en ella la acción determinante.

El alma es artífice de su propia determinación; pero casos hay que está tan indeterminada, que no sabe adónde se determinará. Muchas veces se resuelve meramente por usar de su libertad; de suerte que no puede Dios ver de

antemano su determinación, ni en su propia acción, ni en la que ejercen en ella los objetos externos.

¿Cómo ha de prever Dios las cosas que penden de la determinación de las causas libres? De dos maneras sólo pudiera verlas; por conjetura, cosa contradictoria con la presciencia infinita; o como efectos necesarios que infaliblemente habían de seguirse de una causa que forzosamente los produjese; contradicción todavía más fuerte, pues hemos supuesto que el alma es libre, y entonces en la realidad obraría tan forzada como una bola de trucos, que empujada por otra se mueve.

No creas, empero, que quiera yo ceñir la ciencia divina. Dios, que hace obrar las criaturas como es su voluntad, conoce cuanto quiere conocer. Mas aunque puede verlo todo, no siempre se sirve de esta facultad, y las más veces deja a la criatura la de obrar o no obrar, para dejarle el mérito o el demérito, renunciando entonces del derecho que de obrar en ella y determinarla tiene. Pero cuando quiere Dios saber una cosa siempre la sabe, porque le basta con querer que suceda como la ve, y determinar las criaturas según su voluntad. Así lo que es fuerza que suceda lo saca de la categoría de las cosas meramente posibles, prescribiendo por sus altos juicios las determinaciones futuras de los espíritus, y privándolos de la facultad que de obrar o no obrar les ha dado.

Si es dable valerse de una comparación en cosas tan superiores a toda comparación, un monarca no sabe qué ha de hacer su embajador en un asunto importante; si quiere saberlo

no tiene más que mandarle que ejecute esto o aquello, y podrá estar cierto de que ha de hacer lo que él determinare.

Sin cesar hablan contra la presciencia absoluta el Alcorán y la ley judaica; vemos siempre en ambos que ignora Dios la determinación futura de las voluntades, y parece que esta es la primera verdad enseñada por Moisés a los hombres. Establece en el paraíso terrenal a Adán, con la condición de que no coma cierto fruto; mandamiento absurdo de parte de un ser que conociera las futuras determinaciones de las almas; porque ¿cómo puede este ser otorgar bajo condición una gracia, sin hacer escarnio de aquel a quien se la otorga? Lo mismo es eso que si uno que hubiese sabido la toma de Bagdad hubiera dicho a otro: Cien tomanes te doy si no está Bagdad tomado. ¿No sería esta una burla muy necia?

¿De qué sirve, amado Redi, tanta filosofía? Tan alto está Dios, que ni siquiera las nubes que le encubren vemos, y sólo por sus preceptos le conocemos. Es inmenso, espiritual, infinito. Midamos por su grandeza toda la flaqueza nuestra. La humildad es el culto que debemos tributarle.

*De París, el postrero de  
la luna de Chaban, 1714.*

CARTA LXX

CELIS A USBEK, A PARÍS

Tu amigo Solimán está desesperado con un agravio que le acaban de hacer. Un mozo ato-

londrado, llamado Sufis, pretendía, tres meses hace, casarse con su hija; parecía muy satisfecho con la figura de la novia por los informes y el retrato que de ella le habían hecho las mujeres que la habían visto cuando niña; ya estaban acordes acerca de la dote, y no había habido tropiezo ninguno. Ayer, después de las primeras ceremonias, salió a caballo la novia, en compañía de su eunuco, y tapada, como es costumbre, de pies a cabeza; pero así que llegó junto a casa del novio, le cerró éste la puerta, jurando que no la admitiría si no le daban más dote. Acudieron los parientes de ambas partes para componer el asunto, y Solimán, después de haberlo resistido largo rato, se allanó a hacer un corto regalo a su yerno. Concluidas las ceremonias del matrimonio llevaron la muchacha a la cama con no poca violencia, pero al cabo de una hora se levantó mi atolondrado muy alborotado, hizo tajadas el rostro de la novia, y se la envió a su padre, sustentando que no estaba doncella. No te puedo pintar la impresión que ha hecho en Solimán tamaño agravio. Muchas gentes piensan que está la muchacha inocente. ¡Qué desdicha la de los padres que están expuestos a semejantes desaires! Creo que si trataran a mi hija del mismo modo, me caería muerta de la pesadumbre. Adiós.

*Del serrallo de Fátima, a 9 de la luna de Gemadí, I, 1714.*

CARTA LXXI

USBEK A CELIS

Mucho me compadezco de Solimán; eso más que no tiene remedio su desgracia, y que no ha

hecho más su yerno que usar de la facultad que le da la ley; ley que me parece muy dura, pues expone la honra de una familia a la manía de un loco. En balde alegan que hay seguros indicios para conocer la verdad; ese es un error antiguo de que ya estamos desengañados, y los médicos demuestran con razones sin réplica que son falaces todas las señales. Hasta los propios cristianos las tienen por paparruchas, puesto que las asientan con la mayor claridad sus libros sagrados, y que funda en ellas su antiguo legislador la inocencia o la condenación de las solteras todas.

Con mucha satisfacción he sabido el esmero con que atiendes a la educación de tu hija. Plega a Dios que la encuentre su marido tan pura y tan hermosa como Fátima; que tenga diez eunucos que la guarden; que sea la flor y la honra del serrallo donde viva; que resida bajo dorados techos, y pisen sus plantas soberbias alfombras. ¡Y ojalá que por cúmulo de felicidad la vean mis ojos en toda su gloria!

*De París, a 5 de la luna  
de Chalval, 1714.*

CARTA LXXII.

RICA A USBEK, A...

El día pasado estuve en una concurrencia, donde encontré con uno muy satisfecho de sí propio. En quince minutos falló tres cuestiones de moral, cuatro problemas de historia y cinco puntos de física. Nunca vi calificador más universal; nunca se paró su entendimiento ni con la más leve duda. Dejaron las ciencias,

hablaron de noticias, y decidió magistralmente acerca de noticias. Quise jugarle una pieza y dije para mí: me voy a poner en paraje seguro, hablándole de mi tierra. Mas no bien hube dicho cuatro palabras sobre la Persia, cuando me desmintió por dos veces, fundándose en la autoridad de los señores Tavernier y Chardin. ¡Dios mío!, decía yo en voz baja, ¡qué hombre este! Apuesto a que sabe las calles de Ispahan más bien que yo. Resignéme, pues, me callé, le dejé que charlase, y todavía está echando fallos.

*De París, a 8 de la luna  
de Zilcadé, 1715.*

CARTA LXXIII

RICA A...

He oído mentar una especie de tribunal que llaman la Academia Francesa, que es el menos respetado de cuantos tribunales hay en el mundo, porque dicen que así que ha fallado reforma el público sus sentencias, y le impone leyes que se ve obligado él a seguir. Poco tiempo ha que para asentar su autoridad publicó el código de sus fallos; código hijo de muchos padres que cuando nació ya era casi viejo, y bien que legítimo, un bastardo que le había precedido casi le había sofocado en la cuna.

Los miembros de este tribunal no tienen más ocupación que charlar continuamente; el elogio se introduce como naturalmente en su perdurable parladoría, y luego que están iniciados en sus misterios les entra la manía del panegírico, y nunca los abandona. Tiene este cuerpo cuarenta cabezas, llenas todas de figuras, metáforas y

antítesis; sus cuarenta bocas no articulan más que exclamaciones; y sus oídos quieren que siempre resuene en ellos la cadencia y la armonía. De los ojos no se trate, porque al parecer su oficio es hablar y no ver. No se tiene bien en pie; que el tiempo, que es su azote, le embate a cada instante, y destruye todo cuanto ha hecho. Dicen que antiguamente tenía muy codiciosas las manos; no te diré si es verdad, y dejo que lo decidan los que están más bien informados que yo.

Extravagancias son éstas que nunca se ven en Persia. No se aviene nuestro genio con estos raros y extraños establecimientos, y la sencillez de nuestras costumbres y lo poco estudiado de nuestros estilos sólo se complace en lo que es natural.

*De París, a 7 de la luna  
de Zilhagé, 1715.*

CARTA LXXIV

USBEK A RICA, A...

Pocos días ha que me dijo un conocido mío: Le he dado a usted palabra de presentarle en las principales casas de París, y le quiero llevar hoy a la de un magnate que es uno de los primeros papeles de la monarquía.—¿Qué es eso de primer papel? ¿Es más cortés y más afable que los demás? No por cierto, me respondió.—Ah, ya entiendo: a cada instante acuerda a los otros la superioridad que en ellos tiene: si es así, excusada es la visita, que yo se la dejo disfrutar a sus anchuras, y desde aquí me reconozco por su inferior.

Tuve, no obstante, que ir a verle, y me encontré con un hombrecito tan tieso, tomó un

polvo con tanta arrogancia, se sonó las narices con tanto desenfado, escupió con tanta flema, y halagó a sus perros de un modo tan chocante para la gente, que no podía hartarme de hacer cruces. ¡Dios mío!, decía para mí, si era este el papel que hacía yo en la corte de Persia, cierto que era el papel de un solemne majadero. Fuerza hubiera sido, Rica, que fuéramos del más perverso natural, si hubiéramos hecho cien desaires a los que iban todos los días a nuestra casa a darnos pruebas de afecto. Como no teníamos que esforzarnos para que nos respetaran, nos esforzábamos a ser amables; nos comunicábamos a los más menudos, y en medio de la opulencia que siempre endurece el corazón, nos hallaban compasivos; sólo la superioridad de nuestro corazón veían, y nos abajábamos a conocer sus necesidades. Mas cuando en las solemnidades públicas había que sustentar la majestad del príncipe; cuando teníamos que hacer que los extranjeros respetaran la nación; en fin, cuando en los lances peligrosos era menester alentar a los soldados, subíamos cien grados más de lo que habíamos bajado, se revestía de dignidad nuestro semblante, y decían a veces que no desempeñábamos tan mal nuestro papel.

*De París, a 20 de la luna  
de Safar, 1715.*

CARTA LXXV

USBEEK A REDI, A VENECIA

Menester es que te confiese que no he notado entre los cristianos aquella vehemente persuasión de su religión que vemos entre los musulmanes. En los primeros hay mucha dis-

## Cartas persas

tancia de la profesión a la creencia, de la creencia al convencimiento, y del convencimiento a la práctica, y no es tanto la religión un manantial de santificación, como de contiendas en que se ingiere todo el mundo. Cortesanos, militares, y hasta las mujeres disputan con los eclesiásticos, y exigen de ellos que les prueben lo que están resueltos a no creer, y no porque tengan para su incredulidad razón ninguna, ni porque hayan examinado la verdad o falsedad de la religión que desechan, que son rebeldes que se han resentido del yugo, y le han sacudido antes de conocerle. Por eso no son más constantes en su incredulidad que en su fe, y viven en un flujo y reflujo que los lleva y los trae sin cesar de una a otra. Uno me decía un día: Yo creo en la inmortalidad del alma por medios años; mis opiniones penden absolutamente de la constitución de mi cuerpo: según que tengo más o menos espíritu animales, que digiere bien o mal mi estómago, que es pesado o sutil el aire que respiro, que son ligeros o fuertes los alimentos que como, soy espinosista, sociniano, católico, impío o devoto. Cuando está el médico junto a la cama, me encuentra muy dócil el confesor. Bien sé estorbar que me atormente la religión cuando tengo salud, pero la dejo que me consuele cuando estoy malo; cuando nada tengo que esperar del mundo se presenta la religión, y con sus promesas se granjea mi ánimo, y consiento en entregarme en sus manos, y morir con la esperanza.

Siglos hace que libertaron los príncipes cristianos a todos los esclavos de sus dominios, alegando que el cristianismo hace iguales a to-

dos los hombres. Verdad es que fue muy provechoso para ellos este acto de religión, que con él abatían a los grandes, de cuyo poder sacaban la plebe. Después han conquistado países, donde han visto que les era útil tener esclavos, y han permitido comprarlos y venderlos, sin curarse del principio de religión que tanto habían alegado. ¿Qué quieres que te diga? Verdad en este tiempo, mentira en aquél. ¿Por qué no hacemos como los cristianos? Muy necios somos en no hacer fáciles conquistas y establecimientos en felices climas (1), porque no es bastante pura el agua para nuestras abluciones, según los principios del sagrado Alcorán.

Gracias a Dios omnipotente que envió a Alí su gran profeta, el cual me ha enseñado una religión que se sobrepone a todos los humanos intereses, y es pura como el cielo de donde ha bajado. *De París, a 13 de la luna de Safar, 1715.*

CARTA LXXVI

USBEBK A SU AMIGO IBEN, A ESMIRNA

Las leyes de Europa son terribles contra los que se dan la muerte a sí propios; les quitan, por decirlo así, segunda vez la vida, los arrastran con ignominia por las calles, los declaran infames, y les confiscan los bienes. Parece, Iben, que son contrarias a la Justicia las tales leyes. Cuando vivo abrumado de dolor, de miseria, y de afrentas, ¿por qué me quieren estorbar que dé fin a mis pesares, y privarme con

(1) Los mahometanos no quieren apoderarse de Venecia, porque no encontrarían agua en ella para sus purificaciones.

inhumanidad de un remedio que tengo en mi mano?

¿Por qué quieren que me afane yo en beneficio de una sociedad que me resuelvo a abandonar, y que cumpla con las condiciones de un convenio que no he pactado? La sociedad se funda en la utilidad recíproca; pero cuando se me hace gravosa, ¿quién me quita que renuncie de ella? La vida se me ha concedido como un beneficio; luego la puedo restituir, cuando deja de serlo; que cesando la causa, también debe cesar el efecto.

¿Quiere el príncipe que sea yo su vasallo cuando no saco utilidad ninguna de mi sumisión? ¿Pueden exigir mis conciudadanos la inicua permuta de la utilidad suya con mi desesperación propia? ¿A diferencia de todos los bienhechores me quiere condenar Dios a que admita gracias que me apenen? Tengo obligación de cumplir con las leyes mientras vivo bajo las leyes, pero cuando ya no vivo, ¿cómo me pueden obligar? Me dicen: perturbas el orden de la providencia. Dios unió tu alma a tu cuerpo, y tú los separas; con que te opones a sus juicios, y les haces resistencia.

¿Qué significa esto? ¿Perturbo acaso el orden de la providencia cuando mudo las modificaciones de la materia, cuadrando una bola que habían hecho redonda las leyes primordiales del movimiento, esto es, las de la creación y la conservación? Sin duda que no, pues me ciño a usar de la facultad que me fue dada, y en este sentido soy árbitro de perturbar a mi antojo la naturaleza entera, sin que pueda decir nadie que me opongo a la providencia.

Cuando se haya separado mi alma de mi

cuerpo, ¿habrá menos orden o menos armonía en el universo? ¿Es de presumir que sea esta combinación menos perfecta, y menos dependiente de las leyes generales, que el mundo pierda algo con ella, y que sean las obras de Dios menos sublimes, o por mejor decir, menos inmensas? Convertido mi cuerpo en una espiga de trigo, en un gusano, o en una hierba, ¿será entonces obra menos digna de la naturaleza, y desprendida mi alma de cuanto terrenal en ella había será por eso menos noble?

Semejantes ideas, querido Iben, no tienen otro principio que nuestra loca vanidad. No conocemos nuestra nada, y queremos contra toda razón hacer raya en el universo, representar un papel, y ser de mucha importancia; nos figuramos que la naturaleza baja de quilates cuando se aniquila un ser tan perfecto como nosotros, y nos convencemos de que un hombre más o menos en el mundo, ¿qué digo?, todos los mortales juntos, cien millones de personas como nosotros no son más que un sutil átomo imperceptible, que distingue Dios sólo porque son inmensos sus conocimientos.

*De París, a 15 de la luna  
de Safar, 1715.*

CARTA LXXVII  
IBEN A USBEK, A PARÍS

Me parece, amado Usbek, que para un fiel musulmán menos que castigos son amonestaciones las desdichas. Muy preciosos días son los que nos proporcionan la expiación de nuestras culpas. El tiempo de la prosperidad es el que debiéramos acortar. ¿A qué vale toda nues-

tra impaciencia, sino a manifestar que anhelamos ser felices, sin depender del que dispone de todas las felicidades, porque es la felicidad misma?

Si nuestro ser consta de dos seres, y si la necesidad de conservar esta unión indica la sumisión a las órdenes del criador, razón ha habido para prescribirla como ley religiosa, y si es un buen fiador de las acciones humanas esta misma necesidad de conservar la unión, también la han debido hacer ley civil.

*De Esmirna, el postrero de la luna  
de Safar, 1715.*

CARTA LXXVIII

RICA A USBEK, A...

Te envío copia de una carta escrita por un francés que se halla en España y creo que gustarás de verla.

«Seis meses hace que viajo por España y Portugal, y vivo en pueblos que desprecian a todos los demás, haciendo únicamente a los franceses la honra de aborrecerlos.

Es la gravedad el carácter distintivo de ambas naciones, y se manifiesta de dos modos principalmente: por los anteojos y los bigotes. Los anteojos son prueba demostrativa de que el que los gasta es sujeto consumado en las ciencias y se ha engolfado en profundos estudios, tanto que se le ha cansado la vista; de suerte que toda nariz ornada o cargada de anteojos se reputa, sin contradicción, una nariz doctísima. El bigote es respetable por sí propio y no respecto a sus consecuencias, puesto que no pocas veces acarrea mucha utilidad al

## Cartas persas

servicio del príncipe, y en provecho de la nación, como lo mostró un célebre general portugués en la India (1), que encontrándose falto de dinero se cortó uno de sus bigotes y envió a pedir veinte mil doblones sobre esta prenda a los vecinos de Goa, que inmediatamente se los prestaron, y luego desempeñó honradamente su bigote.

Bien se echa de ver que unos pueblos tan flemáticos y graves como éstos, han de ser altivos, y efectivamente lo son, fundando su arrogancia en dos cosas de no poca entidad. Los que viven en el continente de España y Portugal tienen mucha vanidad, cuando son lo que llaman cristianos rancios; esto es, cuando no son oriundos de aquellos a quienes ha persuadido la Inquisición en los postreros siglos a que abracen la religión cristiana. Los que viven en Indias no tienen menos arrogancia cuando contemplan que les asiste el mérito sublime de ser, como dicen, hombres de casta blanca. Nunca hubo en el serrallo del Gran Señor sultana más ufana con su hermosura que lo está el jimio más viejo y más feo con la blancura de su cutis color de aceituna, cuando en un pueblo de la Nueva España se sienta con sus manos cruzadas a la puerta de la calle; sujeto de tamaña importancia, criatura tan perfecta no trabajará por todos los tesoros del orbe, ni se resolverá nunca a comprometer con una soez y mecánica industria la dignidad y la nobleza de su cutis. Porque se ha de saber que cuando goza uno cierta prerrogativa en España, por ejemplo, cuando con las prendas que acabo de circunstanciar junta la de ser po-

---

(1) Juan de Castro.

sesor de una espada ancha, o haber aprendido de su padre la habilidad de rascar una disonante vihuela, ya no trabaja, interesándose su pundonor en el sosiego de sus miembros. Quien se está sentado diez horas al día consigue cabalmente doble aprecio que quien no lo está más que cinco, porque se granjea la nobleza repantigándose en una silla.

Mas si bien hacen alarde todos estos enemigos del trabajo de una tranquilidad filosófica, no la tienen en el pecho, porque siempre están enamorados, y son los hombres más dispuestos que hay en el mundo a morirse de puro derretidos bajo las rejas de sus damas, de manera que todo español que no está acatarrado no es tenido por afición al bello sexo.

Primero son devotos, y después celosos. Se guardarán muy bien de exponer a sus mujeres a los embates de un militar acribillado de heridas, o de un magistrado decrepito; pero las encerrarán con un fervoroso novicio que baje los ojos, o con un franciscano robusto que los levante. Permiten que salgan sus mujeres a la calle con los pechos al aire, pero no que enseñen el talón, o que descubran la punta del pie.

Dicen que en todas partes son crueles los rigores del amor, pero en España lo son más que en cualquiera otra. Las mujeres sanan a los españoles de sus quebrantos, pero es para darles otros, y muchas veces les queda una penosa y duradera memoria de una pasión ya muerta.

Usan de ciertas ceremonias corteses que parecerían muy impertinentes en Francia; así nunca apalea un capitán a un soldado, sin pedir

que le dé licencia, ni quema la Inquisición a un judío, sin rogarle que la perdone.

Los españoles que no son quemados son tan adictos a la Inquisición que fuera cargo de conciencia el quitársela. Yo quisiera que estableciesen otra, no contra los herejes, sino contra los heresiarcas que atribuyen a frívolas ceremonias frailerías la propia eficacia que a los siete sacramentos, adoran todo cuanto veneran, y es tanta su devoción que no tienen cristiandad.

Entendimiento claro y sana razón se encuentran en los españoles, mas no se busque en sus libros. Véase una de sus bibliotecas; novelas a un lado, y escolásticos a otro; cualquiera diría que ha hecho ambas partes y reunido el todo un enemigo secreto de la razón humana. El único buen libro que tienen es el que ha hecho ver lo ridículos que eran todos los demás.

Han hecho inmensos descubrimientos en el Nuevo Mundo, y aun no conocen su propio continente; en sus ríos hay puentes que todavía no están descubiertos, y en sus montañas pueblos que no conocen.» (1)

Mucho celebraríá, Usbek, de ver una carta escrita a Madrid, por un español que viajase por la Francia, que bien creo que vengaría su nación. ¡Qué campo tan vasto para un sujeto flemático y contemplativo! Se me figura que empezaría la descripción de París del modo siguiente: «Aquí hay una casa donde encierran a los locos: era de presumir que fuese la más espaciosa del pueblo; mas no, que sería mezquino remedio para tanta enfermedad. Sin duda los franceses, que están reputados por tan de poco seso entre sus vecinos, meten al-

(1) Las Batuecas.

gunos locos en una casa, para que crean que están en su juicio los que viven fuera.» Pero dejemos a mi español. Adiós, amado Usbek.

*De París, a 17 de la luna  
de Safar, 1715 (1).*

CARTA LXXIX

EL PRINCIPAL EUNUCO NEGRO A USBEK,  
A PARÍS

Ayer trajeron al serrallo unos armenios a una esclava joven de Circasia a venderla. Yo la metí en los aposentos secretos, la desnudé y la examiné con la escrupulosidad de un juez, y cuanto más la examinaba más perfecciones en ella descubría. Parecía que un pudor virginal las quería esconder de mi vista; veía yo con cuánto pesar me obedecía, y cómo se sonrojaba de mirarse sin vestidos aun delante de mí, que libre de las pasiones que pudieran infundir susto al pudor soy como inanimado bajo el imperio de este sexo, y ministro de la modestia contemplo con castos ojos hasta las acciones más libres, y sólo la inocencia puedo inspirar.

Así que la creí digna de ti bajé los ojos, le puse un mantón de grana y una sortija de oro al dedo, me postré a sus plantas y la adoré como reina de tu corazón: pagué luego a los armenios y la escondí de los ojos de todos.

---

(1) *Nota del traductor.* Tales eran, en efecto, las costumbres de los españoles a principios del siglo décimooctavo; en estos cien años han dado una vuelta entera. Ha quedado, sin embargo, en toda su robustez la superstición, la ignorancia su compañera; ha crecido concentrándose el despotismo, se han estragado más y más las costumbres; se ha aumentado la general miseria, y no se sabe en qué parará esta horrorosa progresión, si no lo detiene una mudanza radical en la forma de gobierno como no sea en la extinción de la nación entera.

¡Venturoso Usbek! ¡más beldades posees tú sólo, que cuantas encierran todos los palacios de Oriente! Qué gusto para ti encontrar cuando vuelvas los mayores embelesos que tiene la Persia, y ver renacer en tu serrallo las gracias, al paso que se esfuerzan la posesión y el tiempo a destruirlas.

*Del serrallo de Fátima, a 1 de la luna de Rebiab, 1, 1715.*

CARTA LXXX

USBEEK A REDI, A VENECIA

Muchos gobiernos diferentes he visto, amado Redi, desde que estoy en Europa; que no es aquí como en Asia, donde en todas partes son unas mismas las reglas de la política.

Varias veces me he afanado por averiguar qué gobierno era más conforme a la razón, y me parece que aquel es el más perfecto que consigue sus fines con menor dificultad, de suerte que es más perfecto el que conduce a los hombres del modo que más con sus gustos y sus inclinaciones se aviene. Está cierto, querido Redi, de que en un Estado no son los castigos, más o menos crueles, los que hacen que sean las leyes obedecidas. En los países donde son moderadas las penas, las temen tanto como en aquellos donde son tremendas y tiránicas.

Tanto en los gobiernos suaves como en los crueles siempre son los castigos graduales, y más blandos o más rigurosos, según son más graves o más leves los delitos. La imaginación se adapta naturalmente a las costumbres del país donde uno vive; ocho días de cárcel, o una pequeña multa hacen tanta impresión en

el ánimo de un europeo criado en un país de clemencia, como asusta la pérdida de un brazo a un asiático. Cierta grado de pena le miran con cierto grado de temor y cada uno toma una parte de él a su modo; la desesperación de la afrenta sume en el más hondo dolor a un francés condenado a una pena que a un turco no le quitaría un cuarto de hora de sueño.

No noto, por otra parte, que en Turquía, en Persia y el Mogol, se observe más bien la policía, la justicia y la equidad que en las Repúblicas de Holanda y Venecia, y aun en Inglaterra, ni que se cometan menos delitos, o que asustados los hombres por el rigor de los castigos obedezcan más bien las leyes.

Por lo contrario, contemplo en estos estados un manantial perenne de injusticias y vejaciones. Encuentro al príncipe, que es la ley misma, menos árbitro que en parte ninguna. Veo que en las épocas de rigor se excitan continuamente revueltas y motines que no tienen caudillo, y que cuando es una vez menospreciada la autoridad violenta, nadie conserva la suficiente para restituirle su vigor: que la misma desesperación de la impunidad fortifica el desorden y le aumenta: que en estos estados no hay revueltas poco importantes, ni media intervalo entre la murmuración y el levantamiento: que no es necesario que procedan los sucesos más importantes de causas mayores; por lo contrario que produce el más leve acaso una gran revolución, tan poco prevista las más veces de los que la hacen como de los que son sus víctimas.

Cuando fue depuesto Omán, emperador de

los turcos, no tenía ánimo de cometer este atentado ninguno de cuantos le cometieron; solamente pedían con ruegos que les hiciesen justicia de algunos agravios: se oyó casualmente en la muchedumbre una voz, que nunca se ha sabido de quién fue, que nombró a Mustafá, y de improviso fue Mustafá aclamado emperador.

*De París, a 2 de la luna  
de Rebiab, 1, 1715.*

CARTA LXXXI

NARGUM, ENVIADO DE PERSIA EN MOSCOVIA, A USBEK, A PARÍS

No hay en todas las naciones del mundo, querido Usbek, ninguna que a los tártaros se haya aventajado en la gloria y la extensión de sus conquistas. Este pueblo es el verdadero dominador del universo, todos los demás parecen destinados a ser esclavos; es en uno el fundador y el destructor de los imperios; en todos tiempos ha dado en la tierra pruebas de su poder, y ha sido en todos los siglos azote de las naciones.

Dos veces han conquistado los tártaros la China, y todavía la retienen bajo su dominio, mientras que son señores de los vastos países que forman el imperio del Mogol. Dueños de la Persia, ocupan el trono de Cyro y Gustaspes. Han avasallado la Moscovia; con nombre de turcos han hecho inmensas conquistas en Asia, Europa y África, y dominan en estas tres partes del mundo.

Y si pasamos a siglos más remotos, de ellos salieron algunos de los pueblos que derribaron el imperio romano.

¿Qué son las conquistas de Alejandro comparadas con las de Gengis Kan?

A esta nación tan esforzada sólo le han faltado historiadores que celebraran la memoria de sus portentosas hazañas.

¡Cuántas acciones dignas de la inmortalidad yacen sepultadas en el olvido! ¡Cuántos imperios han fundado, que ni sus nombres siquiera sabemos! Únicamente ocupada esta nación belicosa en su gloria presente, y cierta de vencer en todos tiempos, no ha pensado en vincular en los siglos venideros la memoria de sus pasadas conquistas.

*De Moscou, a 4 de la luna  
de Rebiab, 1, 1715.*



CARTA LXXXII

RICA A IBEN, A ESMIRNA

Puesto que sean tan habladores los franceses hay entre ellos una especie de dervises taciturnos, que llaman cartujos. Dicen que cuando entran en el convento se cortan la lengua; ¡y ojalá que se quitaran todos los demás dervises todo cuanto por su profesión no les sirve de nada!

Y pues que tratamos de gentes taciturnas, te diré que hay otros más extraños que los primeros, y que poseen una muy rara habilidad, y son unos que saben hablar sin decir nada, y entretienen una conversación dos horas de tiempo, sin ser posible descifrarlos, ser su plagiarío, ni acordarse de una palabra de cuanto han dicho. Estos tales son idolatrados de las mujeres, pero no tanto como otros a quien dotó la naturaleza del arte amable de sonreírse

al caso, esto es, a cada instante, y aprueban con festiva gracia todo cuanto las damas dicen. Pero el cúmulo del ingenio es encontrar agudeza en todo, y hallar mucho chiste en los dichos más comunes.

Otros conozco a quien les ha ido bien metiendo en las conversaciones cosas inanimadas, y haciendo que hable su casaca bordada, su peluquín, su caja, su bastón y sus guantes. Conviene empezar metiendo ruido con su coche en la calle, y dando recios aldabonazos a la puerta, que estos anuncios captan la benevolencia del auditorio, y en siendo bueno el exordio se hacen tolerables las sandeces que luego se dicen, y que por fortuna vienen ya tarde.

Júrote que estas menudas habilidades, de que no se hace aprecio en nuestro país, valen aquí mucho a los que tienen la dicha de poseerlas, y que un sujeto de sana razón luce muy poco en presencia de aquellos a quienes acompañan estas prendas. *De París, a 6 de la luna de Rebiab, 2, 1715.*

CARTA LXXXIII

USBEK A REDI, A VENECIA

Si hay un Dios, amado Redi, es fuerza que sea necesariamente justo, porque a no serlo fuera el más perverso y más imperfecto de todos los seres.

Es la justicia una relación de congruidad que realmente existe entre dos cosas; relación que siempre es la misma, sea cual fuere el ser que la considere, ora sea Dios, ora un ángel, ora finalmente un hombre.

Verdad es que no siempre ven los hombres

estas relaciones, que muchas veces las ven y se apartan de ellas, y que lo que mejor ven siempre es su propio interés. La justicia alza el grito, pero apenas se oye con el alboroto de las pasiones.

Los hombres pueden cometer injusticias, porque tienen interés en ser injustos, y prefieren su propia satisfacción a la ajena. Siempre obran en virtud de un retroceso en sí propios; que ninguno es malo sin motivos; menester es que haya una razón determinante, y ésta siempre es razón de interés. Mas es imposible que cometa nunca Dios injusticia ninguna; una vez que ve la justicia es fuerza que necesariamente la siga, porque no necesitando de nada, y bastándose a sí propio, fuera el más perverso de todos los seres, pues sería injusto sin interés.

De suerte que aun cuando no hubiera Dios, siempre debiéramos amar la justicia; quiero decir afanar por hacernos semejantes a este ser de que nos formamos tan sublime idea, y que, si existiera, sería necesariamente justo; y exentos del yugo de la religión no lo debiéramos estar del de la equidad.

Esto me hace creer, Redi, que es eterna la justicia, y no pende de los pactos humanos. Y si de ellos pendiese, fuera esta una verdad tremenda que deberíamos esconder de nosotros propios. Cercados vivimos de hombres más fuertes que nosotros que nos pueden perjudicar en mil maneras diversas, y las tres cuartas partes de la vida impunemente; pues ¡con cuánto descanso sabemos que en el corazón de todos ellos hay un principio interno que milita en nuestro favor, y nos preserva de que nos asesten sus tiros! Sin eso deberíamos vivir en

continuo susto; pasaríamos junto a los hombres como junto a los leones, y no estaríamos ni un punto seguros de nuestro caudal, nuestra honra y nuestra vida.

Todas estas meditaciones me irritan contra los doctores que retratan a Dios como a un ser que ejercita con tiranía su poder; que afirman que obra como no quisiéramos obrar nosotros mismos por temor de ofenderle; que le achacan todas cuantas imperfecciones castiga con nosotros, y en sus contradictorias opiniones le figuran ora como un ser perverso, ora como uno que aborrece el mal y le castiga.

¡Qué satisfacción es para un hombre, cuando se examina, ver que es justo su corazón! Aunque tan severo sea este contento, le debe colmar de júbilo; que se mira tan superior a los que no le disfrutan como lo es a los tigres y a los osos. Sí, Redi; si estuviera cierto de seguir inviolablemente la equidad cuya idea arquetipa tengo presente, me reputaría el mayor de los humanos.

*De París, a 1 de la luna  
de Gemadí, 1715.*

CARTA LXXXIV

RICA, A...

Ayer fui al cuartel de inválidos, y si fuera príncipe más quisiera ser autor de este establecimiento que haber ganado tres batallas. En todas partes se descubre aquí la mano de un gran monarca, y creo que es el más respetable sitio de la tierra.

¡Qué espectáculo es contemplar reunidas en un lugar mismo todas estas víctimas de la patria que sólo por defenderla alientan, y que

habiendo perdido la fuerza, sin perder los bríos, sólo se quejan de que no se pueden volver a sacrificar por ella!

¿Qué cosa hay más portentosa que ver estos guerreros quebrantados observar en este albergue una disciplina tan rigurosa, como si se hallaran en presencia del enemigo, buscar su satisfacción postrera en este simulacro de la guerra, y partir su inteligencia y su corazón entre las obligaciones de la religión y del arte militar?

Quisiera yo que se conservaran en los templos los nombres de los que pierden la vida por la patria, y se escribieran en archivos que fuesen como el manantial de la nobleza y la gloria.

*De París, a 15 de la luna  
de Gemadí, 1, 1715.*

CARTA LXXXV

USBEK A MIRZA, A ISPAHAN

Ya sabes, Mirza, que varios ministros de Cha-Solimán habían proyectado obligar a todos los armenios de Persia a salir del reino, o que se hicieran mahometanos, creyendo que siempre estaría profanado nuestro imperio mientras conservase estos infieles en su seno.

Allí hubiera dado fin la grandeza de la Persia, si se hubieran escuchado en este lance los consejos de una ciega devoción. No sabemos cómo no se llevó el plan a efecto; que ni los que hicieron la propuesta, ni los que la desecharon conocieron las consecuencias que acarrearía; valió el acaso por la razón y la política, y se libró el imperio de más grave riesgo que

el que con la pérdida de una batalla y de dos ciudades hubiera corrido.

La proscripción de los armenios hubiera destruído en solo un día a todos los negociantes y casi todos los artesanos del reino. Cierto estoy de que más hubiera querido el gran Chabab cortarse ambos brazos que firmar semejante decreto, y que hubiera creído que cedía la mitad de sus dominios al Mogol y a los demás soberanos de la India, enviándole sus más industriosos vasallos.

Las persecuciones que a los gauros han suscitado nuestros más fervorosos mahometanos han precisado a aquéllos a que pasaran en ejércitos a la India, privando la Persia de un pueblo tan dado a la labranza, y que a esfuerzos de su ímprobo trabajo podía él solo triunfar de la esterilidad de nuestro suelo. Otro golpe más quería darnos la devoción, que era acabar con la industria: así se desplomaba el imperio por su propio peso, y con él, por consecuencia necesaria, se venía a tierra esa misma religión que querían que floreciera.

Discurriendo, Mirza, sin preocupación, no sé si no fuera útil que hubiese en un estado muchas religiones. Los sectarios de las religiones toleradas se nota que por lo común son más útiles a su patria que los que profesan la dominante, porque lejos de los cargos, y no pudiendo hacerse lugar, como no sea por su opulencia y riquezas, se esfuerzan a granjearlas con el sudor de su frente, y abrazan las más duras profesiones de la sociedad.

Como por otra parte contienen todas las religiones preceptos provechosos para la sociedad, conviene que sean puntualmente obser-

vadas. ¿Pues qué cosa hay más propicia para animar su fervor que su muchedumbre? Unas competidoras son que nada se perdonan; descienden los celos hasta los particulares; cada uno está alerta, temeroso de hacer cosas que redunden en desdoro de su partido y le expongan a los denuestos y a la aspereza de los baldones del contrario. Por eso siempre se ha notado que la introducción de una nueva secta en un país era el medio más eficaz de enmendar todos los abusos de la antigua.

Vano es alegar que tiene interés el príncipe en no consentir muchas religiones en sus dominios; que cuando se reunieran en ellos todas las sectas del mundo, no le traerían perjuicio ninguno, porque ninguna hay que no mande la obediencia y predique la sumisión.

Confieso que están llenas las historias de guerras de religión, pero mirándolo bien, no ha sido la muchedumbre de religiones la que estas guerras ha ocasionado, sino el espíritu de intolerancia que animaba la que se creía dominante.

Las ha ocasionado el espíritu de proselitismo que se pegó a los judíos de los egipcios, y que de aquéllos, como una enfermedad epidémica y popular, ha cundido a los mahometanos y a los cristianos.

Las ha ocasionado, en fin, aquel espíritu de demencia, cuyos progresos sólo a un eclipse total de la humana razón se pueden atribuir. Porque finalmente, aun cuando no fuera cosa inhumana atormentar la conciencia ajena, aun cuando no resultase de aquí ninguno de los fatales efectos que a millares acarrear, menester fuera estar loco para obrar así. El que quiere

que mude yo de religión sin duda lo quiere así porque no dejaría él la suya, si pretendieran violentarle a ello: ¿pues por qué extraña que no haga yo lo que acaso no hiciera él, si le dieran el imperio del mundo?

*De París, a 26 de la luna  
de Gemadí, 1, 1715.*

CARTA LXXXVI

RICA A...

Aquí parece que se gobiernan las familias por sí solas. El marido sólo un mero simulacro de autoridad tiene en su mujer, el padre en sus hijos, el amo en sus esclavos. En todas sus contiendas toma parte la justicia, y estoy cierto de que siempre falla contra el marido celoso, el padre displicente y el amo incómodo.

Pocos días hace que fui al sitio donde se administra la justicia. Antes de llegar es menester pasar por las armas de una infinidad de tenderas jóvenes que llaman a uno con voz halagüeña. Esta escena es bastante risueña, pero luego se torna lúgubre, así que se entra en unos salones, donde se ven gentes que llevan un traje más lúgubre todavía que el semblante. Al cabo penetra el curioso en el sitio sagrado donde se revelan todos los secretos de las familias y se ponen patentes las más escondidas acciones.

Aquí viene una modesta doncella a confesar los tormentos de una virginidad que ha guardado sobrado tiempo, sus combates, y su penosa resistencia; y lejos de ufanarse con su triunfo, amenaza de que va a dejarse vencer, y para que no ignore su padre sus necesidades, las dice delante de todo el mundo.

Luego viene una mujer descarada circunstando los agravios que a su esposo ha hecho, como motivos de separarse de él; y con igual modestia dice otra que está aburrída de que la tengan por casada, sin disfrutar los contentos del matrimonio; revela los misterios escondidos en la noche del himeneo; quiere que la escudriñen las miradas de los peritos más lince, y que la reponga una sentencia en todos los derechos de la virginidad. No faltan otras que se atreven a retar a sus maridos, desafiándolos a una lid en pública palestra, que es tan ardua en presencia de testigos; prueba no menos infamante para la mujer que la sustenta que para el marido que en ella es vencido.

Infinitas doncellas robadas o seducidas pintan a los hombres mucho peores de lo que ellos son. El amor litiga sin cesar en este tribunal; y sólo se habla en él de padres enojados, de doncellas engañadas, de amantes sin fe y de maridos desgraciados.

Según la ley que en él se sigue, todo hijo que nace mientras el matrimonio, se reputa del marido, y por más razones que éste alegue para creer lo contrario la ley lo cree por él, y le ahorra el trabajo de tomar informes y formar escrúpulos.

En este tribunal se falla a pluralidad de votos, pero dicen que ha probado la experiencia que valiera más seguir el dictamen del menor número; y es cosa muy natural, porque hay pocos que tengan recta la razón, y todo el mundo confiesa que hay infinitos que ven las cosas al revés de lo que son.

*De París, a 1 de la luna de Gemadí, 2, 1715.*

CARTA LXXXVII •

RICA A...

Dicen que es el hombre animal sociable, y si es la verdad me parece que un francés es más hombre que ningún otro, y que es el hombre por antonomasia, pues parece únicamente destinado a la sociedad. Pero entre ellos he notado algunos que no sólo son sociables, mas también la sociedad universal. En todos los parajes se multiplican; en un momento pueblan los cuatro ángulos de una ciudad; cien hombres de esta especie hacen más bulto que dos mil ciudadanos, y a vista de los extranjeros pudieran reparar los estragos del hambre y la peste. Preguntan los escolásticos si se puede hallar un cuerpo en muchos sitios en un mismo instante, y éstos son una prueba de lo que ponen en duda los filósofos.

Siempre están de prisa, porque tienen el quehacer importante de preguntar a cuantos ven de dónde vienen, y adónde van. Nadie les quitará de la cabeza que requiere la política hacer una visita diaria al público en particular, sin contar las que hacen en globo en los sitios donde concurre la gente; pero como esto es echar por el atajo, en las reglas de su etiqueta no se cuenta.

Más gastan las puertas de calle a aldabazos que el viento y el granizo. Si se examinaran las listas de todos los porteros, cada día se encontraría en ellas su nombre desfigurado de mil modos en los garabatos que aquéllos escriben. La vida la pasan acompañando entierros, dando pésames de duelo, o enhorabuenas de casamiento. No hace el rey una promoción

en ninguno de sus vasallos, sin que le cueste a ellos una visita para manifestarle su júbilo. A la noche se recogen a su casa abrumados de cansancio, y se acuestan para volver al otro día a su acostumbrada tarea.

El día pasado se murió de fatiga uno de ellos, y grabaron este epitafio en su sepulcro: «Aquí descansa el que nunca tuvo descanso. Acompañó quinientos y treinta entierros. Asistió al bautismo de dos mil seiscientas y ochenta criaturas. Las pensiones de que dio la enhorabuena a sus amigos, siempre en términos distintos, ascienden a diez millones seiscientos ochenta y cuatro mil reales; el camino que por las calles anduvo a nueve mil seiscientos estadios, y a treinta y seis el que anduvo por el campo. Era muy amena su conversación; tenía un caudal hecho de trescientos sesenta y cinco cuentos, y sin eso poseía desde mozo ciento diez y ocho apotegmas sacados de los antiguos que empleaba en los lancés importantes. Murió a los sesenta años de edad. Aquí me callo, caminante, que no es posible decirte menudamente todo cuanto vio y todo cuanto hizo.»

*De París, a 3 de la luna  
de Gemadí, 2, 1715.*

• CARTA LXXXVIII

USBEK A REDI, A VENECIA

En París reina la libertad y la igualdad. Ni la cuna, ni la virtud, ni aun las más brillantes proezas marciales eximen a un hombre de la muchedumbre donde se halla confundido. Los celos de jerarquía no se conocen, y dicen

que el primero de París es el que mejores caballos pone a su coche.

Un magnate es uno que ve al rey, que habla con los ministros, y tiene nobles ascendientes, deudas y pensiones: si con esto puede disfrazar su ociosidad con máscara de hombre ocupado, o fingiéndose apasionado a diversiones, se presume el más feliz de los humanos.

No hay en Persia otros magnates que aquellos a quienes encomienda el monarca parte del gobierno; aquí los hay por su nacimiento; pero no gozan de crédito ninguno. Los reyes son como aquellos hábiles artífices que para ejecutar sus labores siempre se valen de las máquinas más sencillas.

La principal divinidad de los franceses es la privanza, y su sumo sacerdote que le sacrifica infinitas víctimas el ministro. Los que en torno de él están no llevan vestidos blancos, y ora sacrificadores, ora sacrificados, se ofrecen espontáneamente a su ídolo con el pueblo entero.

*De París, a 9 de la luna  
de Gemadí, 2, 1715.*

## CARTA LXXXIX

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

No se diferencia la sed de gloria de aquel instinto que tienen de conservarse todas las criaturas. Parece que aumentamos nuestro ser cuando le grabamos en la memoria de los demás, y que granjeamos una vida nueva, que no menos preciosa es para nosotros que la que recibimos del cielo. Pero así como no todos tienen igual apego a la vida, tampoco ansían

igualmente por la gloria. Siempre está tan hidalga pasión estampada en los pechos de todos; empero la modifican de mil maneras la imaginación y la crianza.

Esta diferencia que entre un hombre y otro media, se nota más todavía de pueblo a pueblo.

Podemos sentar por máxima inconcusa que en cada estado crece el ansia de gloria con la libertad de sus moradores, y disminuye con ella, que nunca fue compañera la gloria de la esclavitud.

Decíame días pasados un sujeto de razón: En Francia somos bajo muchos respetos más libres que en Persia; por eso somos más amantes de la gloria. Esta manía feliz hace que ejecuten los franceses con gusto y satisfacción lo que de sus vasallos no puede recabar el Sofí sin ponerles continuamente delante el castigo y el premio. Por eso entre nosotros el príncipe patrocina el honor del postrero de sus vasallos. Para mantenerle hay tribunales respetables, que es el sagrado tesoro de la nación el único de que no es árbitro el soberano, porque no puede serlo sin perjudicar a su propio interés. De suerte que si se encuentra un vasallo ofendido en su honor por su príncipe, ora sea por una repulsa injusta, ora por el más leve desaire, al momento deja el palacio, el cargo, el servicio, y se retira a su casa.

La diferencia de la tropa francesa y la de los otros pueblos estriba en que la de éstos, constando de esclavos naturalmente cobardes, sólo por temor del castigo arrostran la muerte, cosa que produce en los ánimos una nueva especie de terror que los deja como estúpidos, mientras que la primera se presenta contenta a

los tiros, y pierde el miedo con una satisfacción superior a los riesgos.

Pero donde parece que reside el sagrario del honor, la reputación y la virtud es en las repúblicas, y en los pueblos donde se puede articular el nombre de patria. En Roma, en Atenas y en Lacedemonia remuneraba el honor sólo los más señalados servicios. Era imponderable recompensa de la ganancia de una batalla o la conquista de una ciudad una corona de roble o de laurel, una estatua o un elogio. Allí al que había hecho una noble acción su misma acción le servía de recompensa. Nunca podía mirar a uno de sus conciudadanos sin sentir la satisfacción de ser un bienhechor suyo; y por el número de ellos valuaba el de sus servicios. Todo hombre es capaz de hacer un beneficio a otro hombre; empero aquél es semejante a los dioses que contribuye a la felicidad de un pueblo entero.

¿Mas no ha de estar totalmente apagada tan hidalga emulación en los pechos de los persas donde son todos los empleos y dignidades atributos del antojo del soberano? Allí se tienen por seres fantásticos la virtud y la reputación, si no las acompaña la privanza del príncipe; que con ella nacen y con ella mueren. Uno que disfruta la estimación pública hoy nunca está cierto de no verse mañana deshonorado. Hoy le tenemos general del ejército, y no sabemos si va el príncipe a hacerle su cocinero, sin que le quede esperanza de otro elogio que el de haber aderezado bien un plato.

*De París, a 11 de la luna  
de Gemadí, 2, 1715.*

CARTA XC

USBEBK AL MISMO, A ESMIRNA

De esta general pasión de gloria que tienen los franceses se ha formado en el espíritu de los particulares un no sé qué que llaman pundonor, que propiamente es el carácter distintivo de cada profesión, pero más notable en los militares, en quien es el pundonor por antonomasia. Muy difícil fuera darte a entender qué cosa es, porque no tenemos nosotros idea exacta de él.

Antiguamente los franceses, con especialidad los nobles, no seguían otras leyes que las del pundonor; por ellas arreglaban la conducta de su vida, y tan severas eran, que sin un castigo más cruel que la muerte no era posible, no digo yo violarlas, mas tampoco eludir sus más leves preceptos.

Siempre que se trataba de terminar una contienda no prescribían casi más que una sola manera de fallar, que era el duelo, el cual cortaba todas las dificultades. Y era lo peor que muchas veces se terminaba la contestación por otras partes que las interesadas. Con poco que conociese uno a otro, era fuerza que se metiera en la contienda, y aventurase su persona, como si él propio fuese el enojado. Siempre se tenía por honrado con esta elección, y con preferencia tan halagüeña; y uno que no hubiera querido dar cuatro cuartos por librar a un tal de la horca, con toda su familia, no ponía reparo ninguno en aventurar por él mil veces la vida.

Este modo de fallar estaba muy mal imaginado, porque no se colegía de que fuese uno más diestro o más fuerte que otro que le asistiera más razón. Por eso le han vedado

los reyes bajo las más severas penas, pero en balde, porque el honor, que siempre quiere ser el árbitro, se amotina y desobedece a la ley. De suerte que se encuentran los franceses en un estado violento, porque las mismas leyes del honor obligan a que se venga un hombre que le tiene, y por otra parte cuando se venga le castiga la justicia con las más rigurosas penas. Quien sigue las leyes del honor pierde la vida en un patíbulo; quien las de la justicia, queda perpetuamente excluido de la sociedad de los hombres, sin que haya otra alternativa que morir, o vivir sin ser digno de la vida.

*De París, a 18 de la luna  
de Gemadí, 2, 1715.*

## CARTA XCI

USBEK A RUSTAN, A ISPAHAN

Aquí anda un hombre disfrazado de embajador de Persia, que se burla con descaro de los dos mayores monarcas del orbe. Al rey de los franceses le trae regalos que no enviaría el nuestro a un reyezuelo de Irimeta o Georgia, y con su villana avaricia ha empañado la majestad de ambos imperios. Se ha hecho risible a los ojos de un pueblo que se precia del más culto de Europa, y dado pie para que digan en el Occidente que el rey de reyes manda en bárbaros. Las honras que le han tributado parece que quería él que le fuesen negadas, y como si hubiera la corte de Francia hecho más aprecio de la grandeza persa que él, le ha presentado con dignidad a un pueblo que le desprecia.

No publiques esto en Ispahán, y no compro-

metas la vida de un desdichado, que no quiero que le castiguen los ministros por la imprudencia de ellos propios, y por la indigna elección que de él han hecho.

*De París, el postrer día de la luna de Gemadí, 2, 1715.*

CARTA XCII

USBEBK A REDI, A VENECIA

El monarca que tanto tiempo ha reinado en Francia ha cesado de vivir (1). Mucho ha dado que hablar en vida, y todo el mundo se ha callado así que ha muerto. Entero y animoso en sus últimos instantes, parece que sólo al destino ha cedido. Lo mismo murió el gran Cha-Abas, después de haber llenado la tierra entera de su fama.

No pienses que este grande acontecimiento sólo a reflexiones morales haya dado aquí motivo. Cada uno ha pensado en hacer su negocio, y sacar ventaja de esta mudanza. Como el rey, bisnieto del difunto monarca, no tiene más que cinco años, un príncipe, tío suyo, ha sido nombrado regente del reino.

El rey difunto había otorgado un testamento que limitaba las facultades del regente, pero este hábil príncipe ha ido al parlamento, y habiendo alegado los derechos de su nacimiento ha hecho anular las disposiciones del monarca, que aspirando a sobrevivirse a sí propio parece que pretendía reinar hasta después de su muerte.

Parécense los parlamentos a aquellas ruinas que hollamos bajo las plantas, pero que nos

(1) Luis XIV murió el día 1 de septiembre de 1715.

recuerdan la idea de algún célebre templo. La administración de la justicia es casi la única función que ahora desempeñan, y es siempre flaco su poder, hasta que una coyuntura impensada les restituye vigor y vida. Estos vastos cuerpos han seguido la vicisitud de las cosas humanas, rindiéndose al tiempo que todo lo destruye, a la corrupción de costumbres que todo lo ha enflaquecido, a la potestad soberana que todo lo ha derribado. Pero el regente, que se ha querido congradar con el pueblo, ha dado al principio muestras de respeto a estos simulacros de la libertad pública, y como si fuera su ánimo restaurar el templo y el ídolo, ha querido que fuesen mirados como apoyo de la monarquía y cimiento de toda legítima autoridad.

*De París, a 4 de la luna  
de Rhegeb, 1715.*

### CARTA XCIII

USBEK A SU HERMANO, SANTÓN DEL  
MONASTERIO DE CASBIN

Me humillo y me postro ante ti, Santón sagrado, y contemplo las huellas de tus pies, como las niñas de mis ojos. Tanta es tu santidad que se me figura que tienes el corazón de nuestro santo profeta; al mismo cielo asombran tus penitencias; los ángeles contemplándote desde lo alto de la gloria dicen: ¿pues cómo está todavía en la tierra, cuando mora su espíritu con nosotros, y vuela en derredor del trono asentado en las nubes?

¿Cómo no te he de honrar yo, que de nuestros doctores he sabido que hasta entre los infieles tienen los dervises cierto carácter de santidad

que los hace respetar de los verdaderos creyentes, y que ha escogido Dios en todos los ángulos de la tierra almas más puras que las otras, separándolas del mundo impío, para que con mortificaciones y fervientes oraciones suspendieran su enojo que a tantos pueblos rebeldes amenaza?

Cuentan los cristianos muchos milagros de sus primeros santones que se refugiaron a los horrorosos desiertos de la Tebayda, y cuyos caudillos fueron Pablo, Antonio y Pacomio. Si es verdad lo que dicen, tan llenas están de portentos sus vidas como las de nuestros más santos imanes. A veces vivían diez años enteros sin ver a hombre ninguno, pero de noche y de día habitaban con demonios; sin cesar los atormentaban estos espíritus malos; los embesaban en su cama, los acometían en la mesa; nunca hallaban refugio contra ellos. Si todo esto es cierto, venerable Santón, menester es confesar que nadie ha vivido tan mal acompañado.

Los cristianos cuerdos miran todas estas historias como una ingeniosa alegoría, para darnos a entender la miseria de la humana condición. En balde buscamos en el yermo el sosiego; que hasta allá nos siguen las tentaciones; y no nos dejan nuestras pasiones figuradas por los demonios: monstruos del corazón, ilusiones del entendimiento, vanos simulacros del error y la mentira, que siempre se nos ponen delante para engañarnos, y hasta en medio de los ayunos y los cilicios nos acometen, quiero decir en nuestra fuerza propia. Yo por mí, Santón venerable, no ignoro que el enviado de Dios encadenó a Satanás, y le precipitó en el

abismo, que purificó la tierra, antes sujeta a su imperio, y que la hizo digna mansión de los ángeles y los profetas.

*De París, a 9 de la luna  
de Chaban, 1715.*

CARTA XCIV

USBEBK A REDI, A VENECIA

Siempre que he oído hablar de derecho público, he visto que comenzaban investigando atentamente cuál era el origen de las sociedades, cosa que me parece ridícula. Si no se asociaran los hombres, si se desviarán y huyeran unos de otros, entonces sí que fuera necesario la causa, indagando por qué vivían apartados; pero todos nacen conexos unos con otros; un hijo nace al lado de su padre, y se queda con él: eso es la sociedad y el origen de la sociedad.

Más bien saben el derecho público en Europa que en Asia, puesto que se puede asegurar que las pasiones de los príncipes, la paciencia de los pueblos y la bajeza de los escritores han estragado todos sus principios. Este derecho, como es hoy, es la ciencia que enseña a los príncipes hasta qué punto pueden violar la justicia sin comprometer sus intereses. ¡Qué proyecto, Redi; para endurecer su conciencia querer erigir la iniquidad en sistema, dar sus reglas, asentar sus principios y sacar las consecuencias!

El ilimitado poder de nuestros excelsos sultanes, que no conoce otra regla que él propio, no engendra más monstruos que esta arte indigna, que se esfuerza a doblegar la justicia,

que es tan inflexible. Diría uno, Redi, que hay dos justicias totalmente distintas: una que regula los asuntos de los particulares, y reina en el derecho civil; otra que arregla las contiendas que de pueblo a pueblo median, y tiraniza en el derecho público: como si no fuese el derecho público también derecho civil, no, cierto, de un reino particular, sino del orbe entero.

En otra carta te explicaré mis ideas acerca de esta materia.

*De París, a 1 de la luna  
de Zilhagé, 1716.*

CARTA XCV

USBK AL MISMO

Deben los magistrados administrar justicia entre un ciudadano y otro; y cada pueblo la debe administrar entre él propio y otro pueblo, y en esta otra distribución de la justicia no se pueden seguir otras leyes que en la primera.

De un pueblo a otro rara vez se necesita de un tercero para fallar, porque siempre los puntos de la controversia son fáciles y claros. Por lo común, los intereses de dos naciones son tan distintos que con el amor de la justicia basta para atinar con ella, y pocas veces se equivoca aquí uno en su propia causa. No sucede así en las contiendas entre particulares. Como viven en la misma sociedad están tan enredados y complicados sus intereses, y son de tan distintos géneros, que es menester que desenmarañe un tercero lo que procura oscurecer la codicia de las partes contrarias.

Sólo dos especies de guerra hay justas: una

que se hace por repeler a un enemigo que acomete, y otra por socorrer a un aliado acometido. No fuera justo hacer la guerra por insultos peculiares del príncipe, a menos que fuese tan grave el caso que mereciese la muerte del príncipe o del pueblo que le ha cometido. De suerte que no es lícito a un príncipe declarar la guerra porque le han negado una prerrogativa que se le debe, o porque han tratado con poco decoro a sus embajadores, o por otras causas semejantes, como no es lícito a un particular matar a quien le niega el puesto preferente, y es la razón que como deba ser la declaración de guerra un acto de justicia, conforme a la cual ha de ser proporcionada la pena al delito, es preciso ver si aquel a quien declaran la guerra es acreedor a la muerte, porque hacer a uno la guerra es querer castigarle con pena de muerte.

El acto más severo de justicia en derecho público es la guerra, porque puede resultar de ella la destrucción de la sociedad.

Las represalias son de otra especie, que es una ley que no han podido menos de aplicar los tribunales: medir por el delito el castigo.

El tercer acto de justicia es privar a un príncipe de las utilidades que de nosotros pudiera sacar, proporcionando siempre la pena con el agravio.

El cuarto acto de justicia que debe ser más frecuente es renunciar de la alianza del pueblo que nos ha hecho un agravio; pena que corresponde a la del destierro establecida por los tribunales para sacar de la sociedad a los delincuentes. De suerte que un príncipe de cuya alianza renunciamos le separamos de nuestra

sociedad y deja de ser uno de los miembros que la componen. No es posible hacer mayor agravio a un príncipe que renunciar de su alianza, ni mayor honra que contraerla con él. No hay cosa que más gloriosa y más útil para los hombres sea que ver otros siempre atentos a su conservación.

Pero es fuerza que sea justa la alianza para que nos obligue, de modo que una alianza de dos naciones contraída para oprimir a otra es ilegítima, y puede faltarse a ella sin delito. Tampoco es honroso ni propio de la dignidad de un príncipe hacer alianza con un tirano. Dicen que amonestó un monarca de Egipto al rey de Samos, tirano y cruel, exhortándole a que se enmendase, y no habiéndolo éste hecho le envió a decir que renunciaba de su amistad y su alianza.

La conquista no da derecho ninguno por sí propia. Cuando subsiste el pueblo conquistado es prenda de la paz y del resarcimiento del agravio, y si queda destruído o disperso es monumento de tiranía.

Tan sacrosantos son los tratados de paz entre los hombres, que parecen la voz de la naturaleza que reclama sus derechos. Todos son legítimos cuando son tales sus condiciones que se pueden conservar ambos pueblos, sin lo cual aquella de las dos sociedades que ha de perecer, privada de su natural defensa por la paz, la puede buscar en la guerra; porque la naturaleza, que ha repartido los diversos grados de fuerza y flaqueza entre los humanos, no pocas veces ha igualado ésta con aquélla por medio de la desesperación.

Esto es, amado Redi, lo que llamo yo derecho

público: éste el derecho de gentes, o más antes el de la razón.

*De París, a 4 de la luna  
de Zilhagé, 1716.*

CARTA, XCVI

EL PRIMER EUNUCO A USBEK, A PARÍS

Aquí han venido muchas mujeres pardas del reino de Visapor, y he comprado una para tu hermano, el gobernador de Mazanderán, que me envió dos meses hace su excelso encargo con cien tomanes.

Yo entiendo de mujeres, eso más que no hacen en mí efecto y que los movimientos de mi corazón no me perturban los ojos. Pues nunca vi beldad más regular y perfecta; sus brillantes ojos animan su semblante, y realzan la viveza de un color que puede eclipsar toda la blancura de la más hermosa circasiana.

El primer eunuco de un traficante de Ispahan la quería comprar también; pero se ocultaba ella con desdén de su vista, y parecía que ansiaba por verme, como si hubiera querido dar a entender que un vil mercader era indigno de ella, y que estaba destinada a más ilustre esposo.

Te confieso que siento en mi pecho un secreto júbilo pensando en los embelesos de esta preciosa criatura; me parece que la veo entrar en el serrallo de tu hermano; me huelgo de prever el pasmo de todas sus mujeres, el impetuoso sentimiento de unas, la aflicción silenciosa, pero más reconcentrada, de otras, el malicioso contento de las que ya nada esperan, y la sañuda ambición de las que todavía esperan algo.

De un extremo a otro del reino voy a hacer que mude de aspecto un serrallo entero. ¡Cuántas pasiones voy a suscitar! ¡Cuántos sustos y cuántos pesares! Pero en medio de la turbación interior, no estará menos sereno lo exterior; se ocultarán en lo más recóndito del pecho las grandes revoluciones, se disimularán los pesares, y se contendrán las alegrías; no será menos puntual la obediencia, ni menos inflexible la regla, y forzada la serenidad a manifestarse en la apariencia será el disfraz de la desesperación misma.

Notamos que cuanto más mujeres tenemos a nuestro cargo, menos que hacer nos dan. Con más necesidad de agradar, menos facilidad de unirse y más ejemplos de sumisión, se fraguan ellas nuevos grillos. Las unas vigilan sin cesar en las acciones de las otras; parece que conspiran con nosotros a hacerse más dependientes; desempeñan una parte de nuestra obligación; y nos abren los ojos cuando los cerramos nosotros. ¿Qué digo? Continuamente irritan a su amo contra sus émulas, sin advertir cuán cerca está de ellas la que es castigada.

Mas todo esto, magnífico señor, es nada donde falta la presencia del amo. ¿Qué podemos hacer con el vano simulacro de una autoridad que nunca se comunica toda entera? Somos un débil trasunto de la mitad de ti propio, y solamente podemos manifestarles una odiosa severidad. Tú calmas el miedo con la esperanza; todavía más absoluto cuando halagas que cuando amenazas. Vuelve, pues, magnífico señor, vuelve a imprimir en este sitio por todas partes los vestigios de tu dominación. Ven a calmar desesperadas pasiones; ven a quitar todo pre-

texto de tropezar; ven a serenar el amor que murmura, y a hacer amable la obligación; en fin, ven a aliviar a tus fieles eunucos de una carga que cada día se hace más gravosa.

*De París, a 8 de la luna de Zilhagé, 1716.*

CARTA XCVII

USBEK A HACEN, DERSIS DE LA  
MONTAÑA DE JARON

Oh, tú, sabio dervis, cuyo curioso ingenio de tantos conocimientos está ornado, escucha lo que te voy a decir.

En este país hay filósofos que no se han encumbrado a la verdad al más alto ápice de la sabiduría oriental, no han sido arrobados hasta el trono luminoso, ni han oído las inefables palabras que en los conciertos de los ángeles resuenan, ni han sentido los formidables accesos de un estro divino; mas abandonados a sí solos, privados de las sagradas maravillas, siguen en silencio las huellas de la humana razón, y no puedes creer hasta dónde los ha llevado este norte. Han desenredado el caos, y por un sencillo mecanismo han explicado el orden de la arquitectura divina. Comunicó el autor de la naturaleza movimiento a la materia, y con esto ha bastado para producir la portentosa variedad de efectos que en el universo vemos.

Dejando a los legisladores vulgares que propongan leyes para regir las sociedades humanas, leyes tan sujetas a mudanza como el espíritu de los que las proponen y de los pueblos que las observan, éstos sólo tratan de leyes generales, invariables, eternas, que sin excepción

ninguna se cumplen, con infinito orden, infinita regularidad y prontitud infinita en la inmensidad del espacio.

¿Y qué piensas, varón divino, que son estas leyes? Acaso te presumes que llamado al consejo del Eterno te vas a pasmar con lo sublime de tan altos misterios, y renunciando de antemano entenderlas sólo te propones contemplarlas absorto. Pues muy presto saldrás de tu equivocación, que no deslumbran con un engañoso respeto; su misma sencillez ha sido causa de que se ignoraran largos siglos, y al cabo de muchas y profundas meditaciones se ha conocido toda su fecundidad y extensión.

Es la primera que todo cuerpo tira a describir una línea recta, a menos que encuentre un estorbo que de ella le desvíe, y la segunda, que es consecuencia de la otra, que todo cuerpo que gira en torno de un centro tira a desviarse de él, porque cuanto más apartado está, más se aproxima a la recta la línea que describe.

Ésta es, sublime dervis, la llave de la naturaleza, y éstos los fecundos principios de los cuales se sacan las consecuencias más ciertas, más vastas y más remotas.

El conocimiento de cinco o seis verdades ha llenado de milagros su filosofía, y les ha hecho ejecutar tantas maravillas y prodigios como de nuestros sagrados profetas se cuentan. Porque al cabo estoy muy persuadido a que cualquiera de nuestros doctores se hubiera visto muy confuso si le hubieran dicho que pesara en una balanza todo el aire que hay en derredor de la tierra, o que midiera toda el agua que al año cae encima de su superficie; que no se hubiera quedado parado más de cuatro horas,

antes de decir cuántas leguas anda el sonido en una; cuánto tiempo gasta un rayo de luz en venir desde el sol hasta nosotros; cuántas varas hay de aquí a Saturno; cuál es la curva que ha de seguirse en el corte de un navío para que sea el mejor velero que fuere dable.

Acaso si un varón divino hubiera ornado las obras de estos filósofos con altos y sublimes períodos, si las hubiera llenado de atrevidas figuras y misteriosas alegorías, hubiera compuesto un libro magnífico, que sólo al sagrado Alcorán hubiera sido inferior; puesto que si he de decirte lo que pienso, no me satisface mucho el estilo figurado. En nuestro Alcorán hay un montón de cosas mezquinas que me parecen siempre ruines, por más que les den realce la vida y la energía de la expresión. Era de creer que fuesen los libros inspirados las ideas divinas explicadas en idioma humano, y por lo contrario, en nuestro Alcorán muchas veces hallamos el idioma divino y las ideas humanas, como si por una rara manía hubiera Dios dictado las frases, y puesto el hombre los pensamientos.

Acaso dirás que me explico con sobrada libertad acerca de lo más sagrado que tenemos, creerás que es éste el fruto de la independencía con que en este país viven. No, que gracias al cielo, mi razón no ha estragado mi corazón, y mientras yo viva siempre Allí será mi profeta.  
*De París, a 15 de la luna de Chaban, 1716.*

• CARTA XCVIII

RICA A IBEN, A ESMIRNA

No hay tierra en el mundo donde sea tan mudable la fortuna como en ésta. Cada diez

años suceden revoluciones que despeñan al rico en la miseria, y al pobre le encumbran en raudo vuelo al cúmulo de las riquezas. Uno está pasmado con su pobreza, otro con su abundancia. Se maravilla el nuevo rico de la sabiduría de la providencia, y el recién pobre de la ceguedad del destino.

Los que recaudan los tributos están engolfados en tesoros, pero entre ellos son muy contados los Tántalos, puesto que empiezan el oficio en la mayor miseria. Los desprecian como el polvo de la tierra mientras son pobres; cuando son ricos los aprecian en mucho, y por eso no omiten nada para granjearse la estimación. Ahora se encuentran en una terrible situación: que se acaba de establecer una sala que llaman de justicia, porque les va a quitar todo su caudal. No pueden ocultar sus bienes, ni hacer enajenaciones ficticias, porque los obligan a que los declaren puntualmente so pena de la vida, de suerte que los hacen pasar por un desfiladero muy angosto, quiero decir entre la vida y el dinero. Por cúmulo de desgracia hay un ministro célebre por su agudeza que los honra con sus donaires, y dice chistes acerca de todas las deliberaciones del consejo. No se hallan todos los días ministros que gusten de hacer reír la gente, y debe agradecérsele a éste que haya acometido esta empresa.

El cuerpo de lacayos es más respetable en Francia que en otros países, que es una almá-ciga de señores principales que llena el hueco de los demás estados. Los que le forman ocupan el puesto de los magnates desgraciados, de los magistrados que han perdido su caudal, de los nobles muertos en los furores de la guerra,

y cuando por sí propios no los pueden sustituir, realzan todas las casas principales por medio de sus hijas, que son como una especie de estiércol que abona las tierras áridas y montuosas.

Portentosa me parece la providencia, Iben, en el modo como ha repartido las riquezas. Si sólo a los hombres de bien se las hubiera otorgado no las hubiéramos distinguido lo bastante de la virtud, ni hubiéramos conocido toda su vaciedad. Pero cuando uno examina los sujetos que más cargados están de ellas, a poder de despreciar a los ricos llega a despreciar las riquezas.

*De París, a 26 de la luna  
de Maharram, 1716.*

CARTA XCIX •

RICA A REDI, A VENECIA

Los antojos de la moda entre los franceses me llenan de pasmo. Se han olvidado de cómo estaban vestidos este verano, y todavía no saben cómo se vestirán este invierno, pero es más que todo indecible lo que a un marido cuesta que se ponga su mujer a la moda.

¿Para qué serviría que te hiciese una exacta descripción de su traje y sus arreos? Una nueva moda destruiría mi trabajo todo, como el de sus artesanos, y todo habría variado antes que recibieses mi carta.

Una mujer que sale de París para estar seis meses en el campo, vuelve tan a lo antiguo como si hubiera vivido en un lugar treinta años. Un hijo no conoce el retrato de su madre: tan extraño le parece el traje con que la han pintado; y se figura que es una americana,

o que ha querido representar el pintor alguno de sus caprichos. A veces suben poco a poco los peinados, y luego una revolución los hace bajar de repente. Tiempo hubo que su inmensa elevación colocaba el rostro de una mujer en medio de su persona; otro que ocupaban los pies este sitio, formando los tacones un pedestal que las mantenía en el aire. ¿Quién podría creer que se han visto muchas veces los arquitectos precisados a levantar, bajar y ensanchar las puertas, según requerían esta mudanza los adornos de sus mujeres, y se han sujetado las reglas de su arte a estos antojos? A veces se ve en una cara portentosa cantidad de lunares, y al otro día ya se han desaparecido. En otro tiempo tenían las mujeres dentadura y cuerpo, y hoy no se trata de eso. En esta nación tan mudable, digan lo que quieran los burlones, las hijas tienen distinta figura que las madres.

Lo que con las modas sucede con los estilos y método de vida, que mudan los franceses de costumbres con la edad de su rey, y si a un monarca se le pusiera en la cabeza conseguiría infundir gravedad a la nación. El príncipe imprime el carácter de su genio a los palaciegos, éstos a toda la corte, y la corte a las provincias, y es el alma del soberano el molde donde se vacían todos los demás.

*De París, a 11 de la luna de Safar, 1717.*

## CARTA C

### RICA AL MISMO

En mi última te hablé de la portentosa inconstancia de los franceses en sus modas, mas

no es decible hasta qué punto les tienen pasión. Todo lo refieren a la moda; es la regla por donde fallan de cuanto hacen las demás naciones: lo extranjero siempre se les figura ridículo. Confiésote que no puedo concertar esta pasión a sus estilos con la inconstancia con que los cambian cada día.

Cuando te digo que desprecian lo extranjero, sólo hablo de fruslerías, porque en las cosas importantes parece que se desconfían tanto de sí propios que se envilecen. Sin rebozo confiesan que son más cuerdos los otros pueblos, con tal que no les nieguen que visten ellos mejor; consienten en sujetarse a las leyes de una nación émula de la suya, como decidan los peluqueros franceses de la forma de las pelucas extranjeras. Cosa ninguna les parece más envidiable que ver reinar el gusto fino de sus cocineros de norte a mediodía, y las pragmáticas de sus modistas obedecidas en todos los estrados de Europa. ¿Con tan nobles prerrogativas qué les importa que les venga la sana razón de otras partes, y que hayan debido a sus vecinos cuanto con el gobierno político y civil tiene conexión?

¿Quién creería que el más antiguo y poderoso reino de Europa esté regido, más de diez siglos hace, por leyes que no se hicieron para él? Si hubieran sido conquistados los franceses, no fuera difícil explicar este fenómeno, pero han sido ellos los conquistadores.

Han abandonado las leyes antiguas que hicieron sus primeros monarcas en las asambleas generales de la nación, y lo singular es que las romanas que en vez de aquéllas han sustituido fueron parte hechas y parte recopiladas.

das por emperadores coetáneos de sus legisladores. Y para que fuese más cabal la ganancia, y que les viniese toda la sana razón de fuera, han adoptado todas las constituciones de los papas, componiendo con ellas una nueva parte de su derecho, que es nuevo género de esclavitud.

Verdad es que en estos últimos tiempos han recopilado algunos estatutos de ciudades y provincias, pero casi todos están sacados del derecho romano. En fin, es tanta la abundancia de leyes adoptadas, y naturalizadas por decirlo así, que por igual abruman a la justicia y a los jueces. Aunque nada quieren decir estos tomos de leyes comparados con el tremendo ejército de glosantes, comentadores y recopiladores; personajes no menos flacos por su falta de razón que fuertes por la sobra de sus escritos. Y no para aquí, que con estas leyes extranjeras se han introducido formularios cuyo exceso es el oprobio de la razón humana. Dificultoso sería decidir si han sido más perniciosas las formalidades cuando se han metido en la medicina, y si han causado más estragos bajo la golilla de un legista, que bajo la peluca de un doctor, o si han empobrecido a más gente bajo la primera que vidas han quitado debajo de la segunda.

*De París, a 17 de la luna  
de Safar, 1717.*

## CARTA CI

USBEK A...

Aquí hablan sin cesar de la constitución. El otro día fui a una casa donde vi a un hombre muy gordo, con los carrillos muy colorados,

que con un vozarrón muy recio decía: Yo ya he publicado mi pastoral, y así excuso de responder a lo que usted me dice; léala, y verá que todos esos argumentos están en ella rebatidos. Algunos trasudores me ha costado, añadía poniéndose la mano en la frente; toda mi doctrina la he necesitado, y he tenido que hojear no pocos autores latinos. Bien lo creo, dijo uno que presente estaba, que es obra soberbia, y ya apostarí a yo con el jesuíta que viene tan a menudo a ver a usted a que no compone él otra tal. Eso es, replicó mi hombre, léala usted, y en un cuarto de hora sabrá más en la materia, que si le hablara yo todo el día. De esta manera se zafaba de la conversación, y de comprometer su ciencia; pero viéndose apurado fue forzoso que saliera de su atrincheramiento, y empezó a echar por la boca sendos disparates teológicos, apoyado de un dervis que le correspondía con otros con mucho respeto, y cuando dos sujetos que allí había le negaban un principio decía muy alborotado: es cosa inconcusa, que así lo hemos fallado, y somos jueces infalibles. ¿Pues cómo son ustedes, les dije yo, jueces infalibles? ¿Qué, no ve usted, respondió, que nos ilumina el Espíritu Santo? No es poca fortuna, le repliqué, porque del modo que usted se ha explicado muchas horas hace, harta necesidad tiene de que el Espíritu Santo le ilumine.

*De París, a 18 de la luna de Rebiab, 1, 1717.*

CARTA CII

USBEK A IBEN, A ESMIRNA

Los más poderosos potentados de Europa son el emperador y los reyes de Francia, Ingla-

terra y España. La Italia y mucha parte de la Alemania están divididas en infinitos estados chicos, cuyos príncipes, hablando en puridad, son mártires de la soberanía. Más mujeres tienen nuestros excelsos sultanes que vasallos algunos de estos príncipes. Los más dignos de compasión son los de Italia, que estando menos unidos, están sus estados tan abiertos como caravanserais, y se ven obligados a aposentar a los primeros que llegan; de suerte que tienen que coligarse con los monarcas poderosos, y partir con ellos antes sus temores que su amistad.

Los gobiernos de Europa son la mayor parte monárquicos, o más bien los llaman así, pues no sé que haya habido ninguno que sea realmente tal; a lo menos difícil es que subsista mucho tiempo puro, porque es un estado violento que al cabo degenera en despotismo o república. Nunca se puede repartir con igualdad el poder entre el pueblo y el príncipe; es muy dificultoso mantener el equilibrio; que es fuerza que se disminuya la potencia en una parte, mientras crece en la otra, puesto que por lo común sale ganancioso el príncipe que está al frente de los ejércitos. Por eso es mucho el poder de los reyes de Europa, y puede decirse que tienen todo el que quieren, pero no le ejercitan con tan poco miramiento como nuestros sultanes; lo primero porque no quieren chocar con las costumbres y la religión de sus pueblos, y lo segundo porque no les conviene aumentarle tanto.

Lo que hace que medie menos distancia de la condición de nuestros príncipes a la de sus súbditos es la potestad inmensa que en éstos

tienen, y lo que más también los sujeta a los antojos y mudanza de la fortuna.

La costumbre que hay de privar de la vida a cuantos incurren en su desgracia, a la más leve seña que hacen, trastorna la proporción entre los delitos y las penas, que es como la condición y armonía de los imperios; y esta proporción, que observan con escrupulosidad los príncipes cristianos, es causa de que saquen infinitas ventajas a nuestros sultanes.

Un persa que por imprudencia o por desdicha se graniea la desgracia del príncipe está cierto de perder la vida, y la más leve falta, o la más ligera manía le pone en semejante precisión. Pues si se hubiera conjurado contra la vida de su soberano, si hubiera querido entregar al enemigo sus plazas fuertes, hubiera pagado también con la vida, de suerte que el mismo riesgo corre en ambos casos. Por eso a la más ligera desgracia, viendo cierta la muerte, y no conociendo cosa peor, naturalmente se resuelve a turbar el estado y conjurarse contra el soberano, único recurso que le queda.

No sucede lo mismo con los grandes de Europa, que con la desgracia sólo el valimiento y la privanza pierden. Se retiran de palacio, y no piensan más que en gozar una vida sosegada, y las prerrogativas de su cuna. Como solamente por delito de lesa majestad les quitan la vida, temen cometerle, contemplando lo mucho que perderían y lo poco que con él ganan; por consecuencia, se ven poquísimas rebeliones, y muy pocos príncipes que mueran violentamente.

Si con la potestad sin límite que tienen nuestros príncipes no se esmerasen tanto en

poner en salvo su vida, no vivirían veinticuatro horas, y si no asalarían una innumerable muchedumbre de tropa para tiranizar a sus vasallos, no duraría un mes su imperio.

No hace arriba de cuatro o cinco siglos que tomó guardas un rey de Francia, contra lo que entonces se estilaba, y fue para preservarse de los asesinos que había enviado para matarle un príncipe asiático: hasta entonces habían vivido los reyes en medio de sus vasallos, como viven los padres en medio de sus hijos.

Lejos de que puedan los reyes de Francia quitar por su antojo la vida a uno de sus vasallos, como hacen nuestros sultanes, los acompaña siempre el perdón de todos los reos, y basta con que tenga uno la dicha de ver el rostro augusto de su príncipe, para que deje de ser indigno de vivir. Estos monarcas se parecen al sol, que todo lo deshíela y lo vivifica.

*De París, a 8 de la luna  
de Rebiab, 2, 1717.*

### CARTA CIII

USBEB AL MISMO

Siguiendo la idea de mi postrera carta, te contaré que me decía así el día pasado un europeo muy racional:

«La peor resolución que han podido tomar los príncipes del Asia es esconderse como hacen. Se quieren hacer más respetables, pero hacen respetar la monarquía y no el monarca, y el espíritu de los vasallos se adhiere a cierto y determinado trono, y no a cierta y determinada persona.

Esta invisible potestad que gobierna, siempre es la misma para el pueblo. Bien que diez reyes que sólo por sus nombres se conocen se han degollado uno tras de otro, no ve diferencia ninguna, que es para él como si le hubieran sucesivamente gobernado espíritus del otro mundo.

Si hubiera el detestable parricida de nuestro excelente rey Enrique IV dado este golpe a un rey de la India, dueño del sello real, y del inmenso tesoro que parecía que para él se había amontonado, se hubiera enseñoreado tranquilamente de las riendas del imperio, sin que hubiera pensado ninguno en reclamar el monarca, su familia y sus hijos.

Nos pasmamos de que casi nunca haya mudanzas en el gobierno de los príncipes de Oriente: ¿pues de dónde proviene esto, sino de de que es tiránico y horrendo? Sólo el príncipe o el pueblo es quien puede hacer una mudanza; pero aquí los príncipes se guardan de efectuarla, porque en tan alto grado de poder, gozan todo el que pueden gozar, y si algo cambiasen sería siempre en perjuicio propio.

En cuanto a los vasallos, si concibe uno de ellos un plan, no le puede llevar a efecto contra el estado, pues fuera indispensable que de repente contrapesase un poder tremendo y siempre único; y faltándole para eso el tiempo con los medios, no le queda más que hacer que ir al manantial del poder, para lo cual le basta un brazo y un momento. El asesino sube al trono, mientras el monarca baja, cae y va a morir a sus plantas.

En Europa un malcontento piensa en man-

tener secretas correspondencias, en reunirse con los enemigos, en hacerse dueño de alguna fortaleza, y excitar murmuraciones vanas en los vasallos. En Asia se va en derechura al príncipe, le asusta, le hiere, le derriba, borra hasta su idea; esclavo y señor en un punto, usurpador y legítimo.

¡Ay del rey que no tiene más que una cabeza! Si en la apariencia reúne en sí todo el poder es para señalar al primer ambicioso dónde le ha de hallar todo entero.

*De París, a 17 de la luna  
de Rebiab, 2, 1717.*

## CARTA CIV

### USBEEK AL MISMO

No todos los pueblos de Europa están igualmente avasallados a sus príncipes; por ejemplo, la impaciente condición de los ingleses no deja lugar a sus reyes para que aumenten su poder. Las virtudes que menos aprecian estos isleños son la obediencia y el rendimiento, y en la materia dicen cosas extrañas. Según ellos, un solo vínculo puede estrechar a los hombres, que es el de la gratitud: un marido, una mujer, un padre y un hijo están conexos entre sí sólo por el cariño que se tienen, o las ventajas que se proporcionan, y estos varios motivos de gratitud son origen de todos los reinos y todas las sociedades.

Pero si lejos un príncipe de hacer que vivan felices sus vasallos los quiere abrumar y destruir cesa el fundamento de su obediencia; nada los obliga ni los estrecha con él, y tornan a su natural libertad. Sustentan que

ninguna potestad ilimitada puede ser legítima, porque nunca pudo tener legítimo origen. No podemos dar a otro más potestad en nosotros que la que a nosotros mismos compete; ora, no tenemos en nosotros mismos un poder ilimitado; por ejemplo, no nos podemos quitar la vida; con que nadie en la tierra, concluyen, tiene semejante facultad.

Según ellos, el delito de lesa majestad no es otro que el que comete el más flaco contra el más fuerte desobedeciéndole, sea cual fuere su inobediencia. Por tanto, el pueblo de Inglaterra, viéndose más fuerte que uno de sus reyes, declaró que era delito de lesa majestad en un príncipe hacer guerra a sus vasallos. Dicen, pues, con mucha razón que no es difícil cumplir con el precepto de su Alcorán que les manda sujetarse a las potestades, porque es imposible no observarle; eso más que no obliga a sujetarse al que es más virtuoso, sino al que es más fuerte. Añaden los ingleses que habiendo uno de sus reyes vencido y preso a un príncipe que aspiraba al solio le baldonó por su traición y alevosía: Un momento ha, replicó el desventurado príncipe, acaba de fallar la suerte cuál de nosotros dos es el alevoso.

Un usurpador declara rebeldes a todos cuantos no han oprimido, como él, la patria, y figurándose que no hay leyes donde no ve jueces, hace que sean acatados como decretos de la providencia los antojos del acaso y la fortuna.

*De París, a 20 de la luna  
de Rebiab, 2, 1717.*

## CARTA CV

REDI A USBEK, A PARÍS

En una de tus cartas me has hablado muy por extenso de las letras, las ciencias y las artes que en el Occidente se cultivan. Me vas a tener por un bárbaro cuando te diga que no sé si las utilidades que de ellas se sacan resarcen a los hombres del continuo abuso que de estos conocimientos hacen.

He oído decir que la invención sola de las bombas había privado de libertad a todos los pueblos de Europa. No pudiendo los príncipes fiar la custodia de las plazas de los vecinos, que a la primera bomba que les disparasen se rendirían, han tenido pretexto para mantener numerosos cuerpos de tropa de línea, con los cuales han oprimido luego a sus vasallos.

Ya sabes que desde la invención de la pólvora no hay fortaleza inexpugnable; esto es, que no queda en la tierra, Usbek amigo, refugio contra la violencia y la injusticia.

Siempre estoy con recelo de que consigan al cabo descubrir un secreto que enseñe un medio más breve de matar hombres y destruir pueblos y naciones enteras.

Considéralo bien tú, que has leído los historiadores: casi todas las monarquías se han fundado por hombres que ignoraban las artes, y han caído por cultivarlas en demasía. El antiguo imperio de Persia nos ofrece un ejemplo palpable de esta verdad en nuestra propia casa.

No hace mucho que estoy en Europa, y he oído ya hablar a sujetos de juicio de los estragos que causa la química, que parece que

es el cuarto azote que pierde a los hombres y los destruye poco a poco, pero sin cesar, mientras que los otros tres, la guerra, la peste y el hambre, los destruyen por mayor, pero con intervalos. ¿Para qué nos ha servido la invención de la brújula y el haber descubierto tantos pueblos, como no sea para que nos comunicaran sus dolencias antes que sus riquezas? Por un convenio general se había establecido la plata y el oro para que fuesen precio de todas las mercaderías y prenda de su valor, por razón de ser estos metales raros y no servir para otro uso: ¿pues qué nos importaba que se hiciesen más comunes, y que para señalar el valor de una cosa se necesitasen dos o tres signos en vez de uno? Con esto se aumentaba la incomodidad.

Empero, por otra parte ha sido muy perniciosa esta invención a los países recién descubiertos. Naciones enteras han sido destruídas, y los habitantes que se han librado de la muerte reducidos a tan dura esclavitud, que sólo el oírlo contar hace estremecer a los musulmanes.

¡Venturosa ignorancia la de los hijos de Mahoma! Simplicidad amable tan apreciada de nuestro santo profeta; sin cesar me acuerdas tú el candor de los antiguos siglos y la serenidad que en los pechos de nuestros primeros padres reinaba. *De Venecia, a 5 de la luna de Rahmazan, 1717.*

∟ CARTA CVI

USBEK A REDI, A VENECIA

O no crees lo que dices, o son tus obras mejores que tu creencia. ¡Has dejado tu pa-

tria por instruirte, y desprecias toda instrucción; te vienes a educar a un país donde se cultivan las artes, y las miras como perniciosas! Si te he de decir la verdad, Redi, más acorde estoy yo contigo que tú propio.

¿Has contemplado atentamente el bárbaro y calamitoso estado a que nos traería la pérdida de las artes? No es necesario imaginársele, que cualquiera le puede ver. Todavía hay pueblos en el mundo donde un jimio instruído medianamente pudiera vivir sin desdoro, que se encontraría casi a nivel de los demás moradores; ni les parecería raro su entendimiento, ni extravagante su genio; sería lo mismo que otro cualquiera, y aun le apreciarían por su chiste.

Dices que casi todos los fundadores de imperios han ignorado las artes. No te niego que bien han-podido unos pueblos bárbaros, cual impetuosos torrentes, desparramarse por la tierra, y cubrir con sus feroces ejércitos los reinos más civilizados; pero atiende bien a que o han aprendido ellos las artes, o han hecho que las cultivaran los pueblos vencidos; que sin eso se hubiera desvanecido su poder, como el estrépito del trueno y la tormenta.

Te recelas, dices, que se invente algún modo de destrucción más cruel que el que hoy se usa. No: si se llegara a descubrir tan fatal invento, en breve le vedaría el derecho de gentes, y se sepultaría en el olvido semejante invención por unánime convenio de las naciones. No tienen los príncipes interés en hacer conquistas por esos medios; que buscan vasallos y no tierras.

Te quejas de la invención de la pólvora y las

bombas, y extrañas que no haya plaza inexpugnable; esto es que extrañas que se concluyan hoy las guerras más pronto que antiguamente.

Cuando has leído las historias has podido reparar que desde la invención de la pólvora son mucho menos sangrientas las batallas que en otro tiempo, porque casi nunca se llegan los combatientes a las manos.

¿Suponiendo que en algunos casos particulares hubiese sido perjudicial un arte, se había de proscribir por eso? ¿Piensas, Redi, que sea perniciosa la religión que nos trajo del cielo nuestro sagrado profeta, porque ha de servir un día de confusión a los pérfidos cristianos?

Crees que afeminan las artes a los pueblos, siendo así causa de la ruina de los imperios, y hablas de la caída del de los antiguos persas, que fue efecto de su molicie; mas tan lejos está de ser decisivo este ejemplo, que los griegos que tantas veces los vencieron y los avasallaron cultivaban con infinito mayor esmero que ellos las artes. Cuando dicen que afeminan éstas a los hombres, sin duda exceptúan por lo menos a los que las cultivan, que no viven en la ociosidad, vicio que más que ninguno acobarda los ánimos. De suerte que sólo se trata de los que las disfrutan; mas como en un país civilizado los que gozan las comodidades de un arte están obligados a cultivar otra, si no quieren verse reducidos a ignominiosa miseria, se infiere que son incompatibles con las artes el ocio y la molicie.

Acaso es París el pueblo más sensual del mundo, y donde más se ha apurado el arte

de gozar, y también acaso es aquel donde la vida es más dura. Para que viva un hombre con delicias, es forzoso que trabajen sin descansar otros ciento. Si a una mujer se le pone en la cabeza presentarse en una concurrencia con este o aquel traje, ya es menester que no duerman cincuenta menestrales, ni tengan tiempo para comer ni beber; ella manda, y es obedecida con más prontitud que lo sería nuestro monarca, porque el monarca más poderoso de la tierra es el interés.

Este afán de atraerse, esta pasión de enriquecerse, de clase en clase cunde desde el menestral hasta el magnate. Nadie quiere ser más pobre que el que ve en un grado inmediatamente inferior al suyo. En París vemos uno que tiene con qué vivir hasta el día del juicio final, trabajar sin cesar, y acortarse la vida por ganar, según él dice, con qué vivir. El mismo espíritu anima toda la nación; sólo industria y trabajo se ve en ella. ¿Pues dónde está ese afeminado pueblo de que tú hablas?

Supongamos, Redi, que en un reino no se toleraran más artes que las que son absolutamente indispensables para el cultivo de la tierra, puesto que son éstas todavía muy numerosas, y que se desterrasen todas las que meramente para el gusto o la moda sirven: pues sustento que sería este estado uno de los más infelices que en el mundo habría. Aun cuando tuviesen sus moradores valor bastante para privarse de tantas cosas como les faltarían y les serían necesarias, se disminuiría cada día la población, y vendría el estado a quedar tan flaco que la más pequeña potencia le pudiera conquistar.

Fácil cosa fuera circunstanciar lo que digo, manifestándote que cesaría casi totalmente la renta de los particulares, y por consecuencia la del príncipe. Casi no mediaría relación de facultades entre los ciudadanos; se vería parar la circulación de riquezas, y la progresión de rentas que procede de la conexión y dependencia recíproca de las artes; viviría cada particular con los frutos de sus tierras, y sólo labraría lo preciso para no morir de hambre. Pero como esto no compone muchas veces ni la vigésima parte de la renta de un estado, sería forzoso que se disminuyera en la misma proporción el número de sus moradores, no quedando más que una vigésima parte.

Considera bien a cuánto suben las rentas de la industria. Una tierra rinde anualmente a su dueño la vigésima parte de su valor; pero con veinte reales de colores hará un pintor un cuadro que venderá en mil. Lo mismo podemos decir de los plateros, de los tejedores de lana, de seda, y de los menestrales de todas clases.

De todo esto se infiere, Redi, que para que sea poderoso un príncipe es menester que vivan sus vasallos en las delicias, y que se afane él por granjearles todo género de superfluidades con tanto afán como las cosas más necesarias para la vida.

*De París, a 14 de la luna  
de Chalval, 1717.*

## CARTA CVII

RICA A IBEN, A ESMIRNA

He visto al monarca niño: su vida es muy preciosa para sus vasallos, y no menos para la Europa entera, por los grandes disturbios que

podiera acarrear su muerte. Pero los reyes son parecidos a los dioses, y mientras viven deben ser mirados como inmortales. Su semblante, aunque hermoso, es majestuoso, y parece que una excelente educación conspira con su buena índole, y ya promete un príncipe cabal.

Dicen que nadie puede conocer la índole de los reyes de Occidente, hasta que se hayan visto en las dos grandes pruebas de su dama y su confesor. En breve los veremos ambos afanados en hacerse dueños del espíritu de éste, y para ello se darán tremendos combates, porque cuando reina un príncipe mozo siempre son émulas estas dos potencias, pero cuando es viejo se reconcilian y se reúnen. Cuando es mozo es muy arduo de representar el papel del dervis, que la fuerza del rey redunde en flaqueza del otro, pero la dama triunfa por igual de su flaqueza y de su fuerza.

Cuando llegué yo a Francia encontré al rey difunto enteramente gobernado por las mujeres, puesto que de su edad creo que fuese el monarca que menos en este mundo las necesitaba. Un día oí a una que decía: menester es hacer algo por ese coronel joven; yo sé que es valiente, y le hablaré al ministro. Otra decía: extraña cosa es que no se hayan acordado de aquel abate mozo; es preciso que le hagan obispo, que es de buena cuna, y me consta que es muy timorato. Pues no te figures que las que así hablaban fuesen validas del príncipe, que acaso no le habían hablado dos veces en su vida, aunque sea una cosa tan fácil entre los príncipes europeos. La razón de esto es que nadie de cuantos tienen un cargo en palacio, en París, o en las pro-

vincias está sin una mujer por cuyas manos se reparten todas las gracias, y a veces todas las injusticias que él puede hacer. Todas estas mujeres tienen conexiones unas con otras, y forman una especie de república, cuyos miembros, siempre activos, se ayudan y se sirven recíprocamente, como un nuevo estado dentro del estado, y el que estando en palacio, en París y en las provincias ve lo que hacen los ministros, los magistrados y los prelados, y no conoce a las mujeres que los gobiernan, está lo mismo que el que ve el movimiento de una máquina, sin saber los muelles que la hacen andar.

¿Te imaginas que sea una mujer la dama de un ministro por dormir con él? ¡Qué disparate! No señor, que lo es para presentarle cada mañana seis o siete memoriales, y se echa de ver su mucha bondad en el ardor con que sirve a infinitos desgraciados que le dan medio millón de reales al año.

En Persia nos quejamos de que gobiernan el reino dos o tres mujeres; pues mucho peor es en Francia, que gobiernan las mujeres en general, y no sólo usurpan el poder mayor, sino que se le distribuyen entre sí por menor hasta la última chispa.

*De París, el postrero de la luna  
de Chalval, 1717.*

## CARTA CVIII

USBK A...

Una especie de libros hay aquí que no tenemos en Persia, y en este país son muy de mo-

da, que son los periódicos literarios. La pereza se complace leyéndolos, y queda hechizada con poder repasar treinta tomos en un cuarto de hora. En los más de los libros no bien ha concluído el autor los cumplidos de estilo, cuando ya están aburridos los lectores, y entran medio muertos de fatiga en la materia anegada en un mar de palabras. Éste se quiere immortalizar con un libro en dozavo; aquél con uno en cuarto; el otro, que es más ambicioso, aspira a uno en folio; fuerza es que dé a proporción ensanche al asunto, y así lo hace sin compasión del trabajo de sus desventurados lectores, que se matan por acortar lo que tanto se ha afanado el autor en alargar.

No sé qué mérito tienen obras semejantes, y también las haría yo si quisiera dar al traste con mi salud y mi librero.

El defecto capital de los periodistas es que solamente de los libros nuevos hablan, como si fuera nunca nueva la verdad. Me parece que hasta haber leído uno todos los libros antiguos, no tiene motivo para preferir los nuevos.

Pero cuando se imponen la obligación de no hablar más que de las obras que salen calientes de la fragua, contraen otra, que es la de ser fastidiosísimos, porque tienen cuenta con no criticar los libros que extractan, por malos que sean. Y efectivamente, ¿quién hay tan osado que se quiera granjear diez o doce enemigos al mes? Son parecidos la mayor parte de los autores a los poetas, que aguantarán una zurra de palos sin chistar, pero que curándose tan poco de sus costillas, se curan tanto de sus obras que no pueden sufrir la más leve crítica, y es menester mucho cuida-

do con no tocarlos en parte tan delicada, cosa que saben muy bien los periodistas. Por eso hacen todo lo contrario: empiezan elogiando la materia que tratan los autores: primera insulsez; luego pasan al elogio del escritor: elogio violento, porque hablan de hombres que aun están en el palenque, dispuestos a la pelea, y a exterminar con tajos y reveses de su pluma a cualquier periodista malandrín que los acometa.

*De París, a 5 de la luna  
de Zilcadé, 1718.*

## CARTA CIX

RICA A...

Es la Universidad de París la hija mayor de los reyes de Francia, y muy mayor, que tiene novecientos años largos, y chochea no pocas veces. Me han contado que algún tiempo ha que tuvo una terrible contienda con unos doctores acerca de la letra Q, que quería se pronunciara como una K (1), y tanto se encendió la disputa, que fueron privados muchos de sus bienes, y tuvo que intervenir el Parlamento, concediendo, por sentencia solemne, a todos los vasallos del rey de Francia licencia de pronunciar esta letra como les diera la gana. Linda cosa era ver los dos cuerpos más respetables de la Europa ocupados en fallar de la suerte de una letra del alfabeto.

Me parece que se apocan las cabezas de los mayores ingenios cuando están reunidos, y que donde hay más sabios juntos hay menos sabiduría. Las grandes corporaciones muestran

(1) Habla de la guerra de Pedro Ramos.

tanto apego a las menudencias y a los estilos fútiles, que descuidan las cosas esenciales. He oído decir que habiendo convocado un rey de Aragón los estados de Aragón y Cataluña, se gastaron las primeras sesiones en decidir en qué lengua se había de poner lo que se proveyese. Fue muy violenta la contienda, y mil veces se habrían separado los estados si no hubiesen imaginado un corte, que fue que la pregunta se pusiese en lengua catalana y la respuesta en la de Aragón.

*De París, a 25 de la luna  
de Zilhagé, 1718.*

CARTA CX.

RICA A...

Mucho más serio es de lo que parece el papel de una mujer bonita. Los sucesos de su tocador todas las mañanas en medio de sus criadas son importantísimos; un general de ejército no pone más estudio en colocar su ala derecha o su cuerpo de reserva, que la primera en colocar un lunar que puede no pegar, pero en quien ella fía la esperanza de una conquista.

¡Qué cuidado, qué estudio no es indispensable para conciliar sin cesar los intereses de dos competidores, pareciendo neutral con entrambos, mientras que se entrega al uno y al otro, y para constituirse medianera en todos los motivos de queja que les da! ¡Qué ocupación la de dar pie a continuas diversiones y prevenir todos los accidentes que pudieran romperlas!

No obstante, no es la principal dificultad

para ellas divertirse, sino aparentar que se divierten. Aburra uno a las mujeres tanto cuanto quiera, que se lo perdonarán, con tal que se crea que se han divertido.

Algunos días hace que fui a cenar con unas damas a una quinta. En el camino decían sin cesar: valiente diversión vamos a tener. Los genios simpatizaban poco, y por consecuencia estábamos todos muy serios. Confesemos, dijo una de las señoras, que nos divertimos mucho; hoy no hay en París tan alegre reunión como la nuestra. Como me dormía de puro aburrido, una de ellas me dio un tirón, diciéndome: ¿Qué tal? ¿no estamos muy joviales? Sí, le respondí con un bostezo, creo que reventaré de risa. La tristeza era, no obstante, más poderosa que mis reflexiones, y poco a poco, de bostezo en bostezo, sentí que caía en un sueño letárgico que acabó con todos mis gustos. *De París, a 11 de la luna de Maharram, 1718.*

## CARTA CXI

USBEK A...

El reinado del difunto rey ha sido tan dilatado que el fin había hecho que se olvidaran las gentes del principio. Hoy es moda no ocuparse más que en los acontecimientos sucedidos en su menor edad, ni se leen más que las memorias de aquellos tiempos.

Aquí te pongo el razonamiento de uno de los generales de la ciudad de París en un consejo de guerra, y confieso que no entiendo ni una palabra de él.

«Señores, aunque ha sido repelida y des-

»baratada nuestra tropa, creo que será fácil  
 »remediar esta derrota. Tengo preparadas seis  
 »coplas de una canción que voy a publicar,  
 »y estoy cierto que repondrán todas las cosas  
 »en equilibrio. He escogido voces claras que  
 »salgan del hueco de pechos muy fuertes, y  
 »que harán una portentosa impresión en el pue-  
 »blo. La letra está puesta en una música que  
 »hasta ahora ha sido de la mayor eficacia. Si  
 »esto no bastare, publicaremos una estampa  
 »que figure a Mazarino ahorcado. Por fortuna  
 »que éste no habla bien el francés, y que le  
 »estropea de manera que es imposible que no  
 »vayan sus asuntos de capa caída. Nunca de-  
 »jamos de hacer que note el pueblo el tonillo  
 »risible de su pronunciación. Pocos días hace  
 »que le cogimos un yerro gramatical tan zafio,  
 »que en todas las esquinas se decían chufletas  
 »acerca de él.

»Espero que antes de ocho días haga el  
 »pueblo del nombre de Mazarino un vocablo  
 »genérico para significar todos los animales de  
 »carga y los de tiro. Desde nuestra derrota  
 »le ha dado tan malos ratos nuestra música  
 »sobre el pecado nefando, que por no ver redu-  
 »cidos a la mitad sus partidarios, se ha visto  
 »precisado a despedir a todos sus pajes.

»Alentad por tanto, perded el miedo, y estad  
 »ciertos de que a silbidos le obligaremos a  
 »que vuelva a pasar los montes.»

*De París, a 4 de la luna  
 de Chaban, 1718.*

## CARTA CXII

REDI A USBEK, A PARÍS

Mientras que vivo en Europa estudio los antiguos y modernos historiadores, cotejo todas las épocas, me complazco en pasarles, digámoslo así, revista, y paro más especialmente mi meditación en aquellas grandes mudanzas que han hecho unos siglos tan distintos de otros siglos, y tan desemejante el mundo de sí propio.

Acaso has parado tú la atención en una cosa que cada día me causa más maravilla. ¿Cómo está la tierra tan poco poblada relativamente a lo que antes estaba? ¿Cómo ha podido perder la naturaleza la portentosa fecundidad de los primitivos tiempos? ¿Acaso está ya decrepita y se muere de inanición?

Más de un año he vivido en Italia, y sólo he visto las ruinas de aquella Italia tan célebre en los pasados tiempos. Enteramente despobladas y yermas están las ciudades, puesto que todo el mundo vive en ellas, y parece que sólo subsisten todavía para indicar el sitio donde estaban aquellas poderosas ciudades tan nombradas en la historia. No falta quien afirme que la ciudad sola de Roma contenía más gente antiguamente que hay hoy en un reino grande de Europa. Había ciudadanos romanos dueños de diez mil y veinte mil esclavos, sin contar los que trabajaban en sus tierras, y como había cuatrocientos o quinientos mil ciudadanos no es posible valuar el número de los moradores sin que se pame la imaginación.

La Sicilia contenía antiguamente reinos opulentos y numerosos pueblos que después se han desaparecido, no habiendo ahora en esta isla otra cosa notable que sus volcanes.

Tan desierta está la Grecia que ni la centésima parte de sus antiguos moradores hay en ella.

En la España, antes tan llena, sólo se ven hoy campos sin habitantes, y no es nada la Francia comparada con la antigua Galia de que habla César.

Los pueblos del norte están despobladísimos, y no es ahora como cuando se veían obligados a dividirse como antiguamente, enviando a países remotos colonias y naciones enteras, a guisa de enjambres, a buscar nuevas mansiones.

La Polonia y la Turquía europea casi no tienen gente.

En la América no encontraríamos ni la quincuagésima parte de los hombres que formaban tan vastos imperios.

No está en mejor estado el Asia. En el Asia menor, que tantas poderosas monarquías y tan portentoso número de ciudades populosas contenía, sólo dos o tres ciudades quedan. Del Asia grande, la parte que está sujeta al turco está despoblada; la que dominan nuestros reyes, si se compara con el floreciente estado en que antiguamente se hallaba, se verá que contiene un cortísimo número de moradores, que en tiempo de los Jerjes y los Daríos eran innumerables.

No está menos despoblado el Egipto que los demás países.

Finalmente recorro la tierra, y sólo encuentro destrozos, y me parece que sale de los estragos del hambre y la peste.

Tan desconocida ha sido siempre el África, que no podemos hablar de ella con la misma

puntualidad que de las otras partes del mundo; mas si sólo atendemos a las costas del Mediterráneo, conocidas en todos los tiempos, vemos cuánto han decaído de lo que fueron bajo los cartagineses y los romanos. Hoy son tan débiles sus príncipes que son las potencias más mezquinas del mundo.

Por un cálculo tan exacto como en esta especie de cosas se puede hacer, he hallado que apenas hay en la tierra la décima parte de habitantes que antiguamente contenía. Lo extraño es que cada día se despuebla, y si sigue así, dentro de diez siglos será toda ella un desierto.

Esta es, amado Usbek, la más terrible catástrofe que ha sucedido en el mundo. Pero apenas ha reparado nadie en ello, porque ha sucedido poco a poco y en el transcurso de una larga serie de siglos. Esto denota un vicio interno, un veneno secreto y escondido, y una enfermedad de consunción que atormenta la naturaleza humana.

*De Venecia, a 10 de la lunade Rhegeb, 1718.*

## CARTA CXIII

### USBK A REDI, A VENECIA

El mundo, amado Redi, no es incorruptible, que ni los cielos lo son; buenos testigos son los astrónomos de sus variaciones, naturales consecuencias del movimiento universal de la materia.

La tierra está, como los demás planetas, sujeta a las leyes del movimiento; dentro de ella hay un perpetuo combate de sus principios; parece que el continente y el mar están en

guerra perdurable, y cada instante produce combinaciones nuevas.

En mansión tan sujeta a vicisitudes se encuentran los hombres en estado no menos vacilante; que cien mil causas capaces de destruirlos pueden conspirar a su ruina, y con más razón a disminuir o aumentar su número.

No te hablaré de aquellas catástrofes particulares, tan frecuentes en los historiadores, que han destruído ciudades y reinos enteros; otras hay generales que varias veces han puesto el linaje humano a pique de su total ruina. Llenas están las historias de pestes universales que alternativamente han desolado el Universo. De una, entre otras, hablan que quemó hasta las raíces de las plantas y se sintió en todo el orbe conocido, hasta el imperio del Catay, y acaso un grado más de corrupción hubiera dado fin en sólo un día a la naturaleza humana.

No ha dos siglos que se sintió en Europa, Asia y África la más torpe de todas las dolencias, que cundió prodigiosamente en poco tiempo, y hubiera acabado con los hombres, si hubieran seguido con la misma furia sus progresos, y abrumados de achaques desde su nacimiento, incapaces de aguantar el peso de las cargas de la sociedad, hubieran perecido todos ellos desgraciadamente. ¿Y qué hubiera sido si se hubiese hecho más activo el veneno? Pues así se hubiera hecho sin duda, si no hubiéramos tenido la dicha de hallar un remedio tan eficaz como el que se ha descubierto. Acaso acometiendo esta enfermedad las partes de la generación hubiera imposibilitado la misma generación.

¿Mas a qué viene hablar de la destrucción

que hubiera podido sobrevenir al linaje humano? ¿No ha sobrevenido realmente? ¿No le redujo el diluvio a una sola familia?

Filósofos hay que distinguen dos creaciones: la de las cosas y la del hombre, no pudiendo comprender que no tengan las cosas criadas arriba de seis mil años, que haya Dios diferido sus obras toda la eternidad, y no haya usado hasta ayer de su poder criador. ¿Es porque no podía, o porque no quería? Y si no podía en un tiempo, ¿cómo ha podido en otro? Luego ha sido porque no quiso: pero como en Dios no hay sucesión, si suponemos que una vez ha querido una cosa, la ha querido en todos los tiempos, y desde el principio; de suerte que no se pueden contar los años del mundo, ni es más comparable con ellos el número de los granos de arena del mar que un solo punto.

No obstante, todos los historiadores mencionan a nuestro primer padre, y hablan de la cuna del linaje humano. ¿No es cosa natural pensar que se libró Adán de una ruina general, como se preservó Noé del diluvio, y que han sido frecuentes estos acontecimientos en la tierra desde la creación del mundo?

Pero no todas las destrucciones son violentas. Muchas partes de la tierra vemos que se cansan de producir cosas que sirvan para la subsistencia de los hombres. ¿Y qué sabemos si hay en la tierra causas generales, imperceptibles y lentas de este cansancio?

Me ha parecido conveniente apuntarte estas ideas generales, antes de responder más por menor a tu carta acerca de la disminución de los pueblos, que de diecisiete a dieciocho siglos acá se nota. En mi carta siguiente te haré ver

que sin contar las causas físicas, hay otras morales que producen este efecto.

*De París, a 8 de la luna  
de Chaban, 1718.*

CARTA CXIV

USBK AL MISMO

Quieres saber por qué está menos poblada la tierra que antiguamente, y si bien lo miras verás que proviene esta diferencia tan importante de la que en las costumbres se advierte. Desde que se ha dividido el orbe romano entre la religión cristiana y la mahometana, hay una mudanza notable, porque no son, ni con mucho, estas religiones tan propicias para la propagación de nuestra especie, como lo era la de los antiguos árbitros del universo. En ésta estaba vedada la poligamia, en lo cual sacaba muchas ventajas a la religión de Mahoma, y permitido el divorcio, en lo cual no se aventajaba menos a la cristiana.

No hallo contradicción más palpable que la pluralidad de mujeres, permitida por nuestro sagrado Alcorán, y la orden de contentarlas que impone este mismo libro. Ved a vuestras mujeres, dice el profeta, porque necesitan ellas de vosotros como de sus vestidos, y vosotros de ellas como de vuestros vestidos. Precepto es éste que hace muy laboriosa la vida de un musulmán. El que tiene las cuatro mujeres que establece la ley, y nada más que otras tantas concubinas o esclavas, se ha de encontrar sofocado con tantos vestidos encima.

Vuestras mujeres son vuestra labranza, añade el profeta; acercaos a vuestra labranza;

haced bien por vuestras almas, y lo encontraréis un día.

Un buen musulmán le miro yo como un atleta destinado a pelear sin parar, pero que debilitado muy presto, y abrumado de sus primeras fatigas, se rinde en el campo mismo de la victoria, y queda, digámoslo así, sepultado bajo sus propios triunfos.

Siempre obra la naturaleza con lentitud, y por decirlo así con economía, nunca son violentas sus operaciones; hasta en sus producciones requiere templanza; siempre va con regla y medida; si la aceleran desmaya luego, y gasta en conservarse toda cuanta fuerza le queda, perdiendo totalmente la virtud de producir y la potencia generativa. En este estado de desfallecimiento nos pone siempre la multitud de mujeres, que más contribuye a dejarnos exhaustos que a satisfacernos. Entre nosotros es cosa muy común ver a un hombre en un serrallo inmenso con muy pocos hijos, y casi siempre estos hijos son enfermizos y endebles, resintiéndose del poco vigor de su padre.

No para aquí: obligadas nuestras mujeres a una castidad forzosa, necesitan hombres que las guarden, que no pueden ser otros que eunucos; no permitiendo la religión, los celos, y la razón misma que se dejen acercarse a ellas otros. Estos guardas han de ser numerosos, ora para mantener la tranquilidad en medio de la continua guerra que tienen estas mujeres unas con otras, ora para estorbar los ocontecimientos externos. De suerte que uno que tiene diez mujeres o concubinas necesita a lo menos otros tantos eunucos para guardarlas. ¡Qué pér-

dida para la sociedad la de tantos hombres muertos desde que nacen, y qué despoblación ha de resultar de ella!

Las doncellas esclavas que viven en los serrallos, destinadas con los eunucos a servir tan crecido número de mujeres, envejecen casi siempre en una triste virginidad; no se pueden casar mientras están con sus amas, y éstas, una vez acostumbradas a ellas, casi nunca las despiden.

Así ocupa un hombre solo en sus gustos tantas personas de uno y otro sexo, privándolas de la vida útil al estado, y haciéndolas incapaces de propagar la especie.

Ispahan y Constantinopla son las capitales de los dos imperios más vastos del orbe, allí va todo a parar, y allí se hacina de todas partes la gente atraída de mil modos, y no obstante en breve se extinguirían ambas, si cada siglo casi no hicieran venir los soberanos naciones enteras para repoblarlas. En otra carta diré lo que me falta sobre el asunto.

*De París, a 4 de la luna  
de Chaban, 1718.*

## CARTA CXV

### USBEEK AL MISMO

No tenían los romanos menos esclavos que nosotros, que tenían todavía más, pero hacían mejor uso de ellos. Lejos de oponerse por medios violentos a la multiplicación de dichos esclavos, la favorecían, en cuanto les era dable, con todo su poder, reuniéndolos con una especie de matrimonios, y por este medio llenaban sus casas de criados de todo sexo y

de todas edades, y el estado de una población innumerable. Los niños que más adelante constituían la riqueza de su amo nacían en torno de él sin cuento; él solo estaba encargado de mantenerlos y criarlos; exentos sus padres de esta carga, seguían únicamente su natural inclinación, y procreaban sin recelo una numerosísima familia.

Ya te he dicho que entre nosotros están ocupados todos los esclavos en la guarda de nuestras mujeres, y nada más; que con respecto al estado viven en un letargo absoluto, de suerte que es preciso ceñir el cultivo de las artes y los campos a unos pocos hombres libres, a unos pocos cabezas de familia, y que éstos se ocupan en él lo menos que pueden. No sucedía así entre los romanos, que se aprovechaba con infinita utilidad la república de estos ejércitos de esclavos. Tenía cada uno de ellos su peculio, que poseía con las condiciones que le imponía su amo, y con este peculio trabajaba, y le empleaba en lo que le sugería su industria. El uno era banquero; otro se daba al comercio marítimo; éste vendía géneros por menor; aquél se aplicaba a un oficio mecánico o arrendaba y labraba tierras; mas ninguno había que no se esforzara con todo su poder a sacar utilidad de su peculio, que le proporcionaba en uno comodidades en su actual esclavitud, y la esperanza de su libertad venidera, lo cual formaba un pueblo laborioso, y animaba la industria y las artes. Enriquecidos estos esclavos por su afán y su trabajo se hacían libertar y declararse ciudadanos. Así se reponía sin cesar la república, recibiendo en su seno nuevas familias, al paso que se destruían las antiguas.

Acaso en mis siguientes cartas se me presentará ocasión de probarte que eso más florece el comercio en un estado que más abunda su población, y con la misma facilidad probaré que cuanto más florece el comercio más crece el número de sus habitantes, ayudándose y favoreciéndose mutuamente ambas cosas. Y si es así, ¡cuánto debía crecer y aumentarse esta portentosa muchedumbre de esclavos siempre laboriosos! Nacidos de la abundancia y la industria eran, por su parte, perenne manantial de industria y abundancia.

*De París, a 16 de la luna  
de Chaban, 1718.*

## CARTA CXVI

USBEEK AL MISMO

Hasta aquí hemos hablado de los países mahometanos, indagando la razón porque están menos poblados que los que estaban sujetos a la dominación romana; examinemos ahora qué causas han producido el mismo efecto en los países cristianos.

La religión pagana permitía el divorcio, que veda el cristianismo. Esta diferencia, que a los principios pareció de tan poca entidad, poco a poco acarreó terribles consecuencias, y tales que apenas se pueden calcular. No sólo fue privado el matrimonio de toda su serenidad, mas también desviado de su primitivo fin; queriendo estrechar sus vínculos se aflojaron, y en vez de unir, como pretendían, los corazones, los separaron para siempre.

En tan libre acción, en que tanta parte ha de tener el corazón, se estableció la violencia, la

necesidad y hasta la fatalidad del destino. En nada se tuvieron la repugnancia, los antojos, la insociabilidad de los genios; aspiraron a fijar el corazón, esto es, lo más variable y lo más inconstante que hay en la naturaleza, uncieron a un mismo yugo sin remedio ni esperanza a personas inaguantables una para otra, y casi siempre discordantes, haciendo como aquellos tiranos que ataban los hombres vivos con cadáveres.

Ninguna cosa contribuía más al mutuo cariño que la facultad del divorcio: el marido y la mujer sufrían con paciencia los pesares domésticos, sabiendo que tenían en su mano el ponerles término, y muchas veces conservaban esta facultad toda su vida, sin usar de ella, considerando solamente que eran árbitros de usarla. No es así entre los cristianos, que sus actuales pesares los desesperan para el tiempo venidero. En los disgustos del matrimonio sólo contemplan su duración, o digámoslo así, su eternidad; de aquí proceden las antipatías, las discordias, los desaires, que redundan todos en detrimento de su posteridad. Apenas se han pasado tres años de matrimonio cuando descuidan lo esencial, y se siguen treinta de tibieza, formándose separaciones intestinas tan fuertes y acaso más perniciosas que si fuesen públicas; cada uno vive aparte, y todo esto en perjuicio de las generaciones futuras. En breve aburrido un hombre de una mujer eterna se entregará a las cortesanas; comercio torpe y tan opuesto a la sociedad, que sin desempeñar el fin del matrimonio, representa cuando más sus deleites. Si de las dos personas ligadas de esta suerte una sola no es apta para el fin de la

naturaleza y la propagación de la especie, ora sea por su temperamento, ora por su edad, sepulta la otra consigo, haciéndola tan inútil como lo es ella.

No nos asombremos, pues, si vemos que entre los cristianos tantos matrimonios producen tan corto número de ciudadanos. Abolido el divorcio, los matrimonios mal unidos nunca se reconcilian, ni pasan, como entre los romanos, sucesivamente las mujeres por manos de muchos maridos, que en camino sacaban de ellas cuantas ventajas eran dables.

Me atrevo a decir que si en una república como Lacedemonia, donde sin cesar estaban atados los ciudadanos por extrañas y sutiles leyes, y donde no había más que una familia, que era la república, se hubiera dispuesto que mudasen todos los años los maridos de mujeres, hubiera resultado una población innumerable.

Muy difícil es atinar con la razón que ha movido a los cristianos a que abolieran el divorcio. En todas las naciones del mundo es el matrimonio un contrato susceptible de cualesquiera convenios, y solamente se debían excluir aquellos que podían desviarle del blanco que se propone; pero no le contemplan los cristianos bajo este aspecto, y así apenas pueden explicar qué cosa sea; que no le hacen consistir en los gustos sensuales, y por lo contrario, como ya te he dicho, parece que los quieren desterrar en cuanto es dable. Según ellos, el matrimonio es un simulacro, una figura, un no sé qué misterioso, que no te puedo descifrar.

*De París, a 17 de la luna  
de Chaban, 1718.*

## CARTA CXVII

USBEK AL MISMO

No es la causa única de la despoblación de los países cristianos la prohibición del divorcio; que no es menos eficaz el crecido número de eunucos que entre ellos hay. Hablo de los clérigos y los dervises de ambos sexos que hacen voto de eterna continencia. Entre los cristianos ésta es la virtud por antonomasia, y confieso que no los entiendo, ni alcanzo qué cosa sea una virtud de que no resulta nada. Me parece que se contradicen palpablemente sus doctores cuando dicen que es santo el matrimonio, y que todavía lo es más el celibato, que es su contrario, sin atender a que en punto de preceptos y dogmas fundamentales siempre lo bueno es lo mejor.

Es portentosa la muchedumbre de personas que hacen profesión de celibato. En los tiempos pasados condenaban los padres a sus hijos desde la cuna a este estado; hoy hacen este voto los hijos así que cumplen los catorce años, lo cual viene a ser lo mismo.

Con más hombres ha acabado este oficio de guardar castidad que las pestes y las más sangrientas guerras. Cada casa de religión presenta una familia inmortal, donde nadie nace, y se mantiene a costa de todas las demás. Estas casas siempre están abiertas, como simas donde se sumen las familias venideras.

Muy distinta es esta política de la de los romanos, que establecían leyes penales contra los que se zafaban de las del matrimonio, por disfrutar una libertad tan contraria al bien público.

Lo que te he dicho no se aplica más que a los países católicos. En la religión protestante

todo el mundo tiene facultad de tener hijos; que no consienten clérigos, ni dervises, y si cuando se estableció esta religión que se propuso por norma única los primitivos tiempos, no hubieran echado en cara sin cesar a sus fundadores su poca templanza, es indudable que después de haber hecho universal la práctica del matrimonio, también habrían suavizado su yugo, acabando de remover la valla que en este punto separa al Nazareno de Mahoma.

Sea como fuere, lo cierto es que la religión presenta inmensamente más ventajas a los protestantes que a los católicos, y me atrevo a decir que en el actual estado de Europa es imposible que subsista en ella quinientos años el catolicismo.

Antes de la decadencia del poder de España eran muy más pujantes que los protestantes los católicos. Poco a poco han llegado estos últimos a equilibrarlos. Los protestantes crecerán cada día más en poder y riquezas y los católicos irán perdiendo a proporción. Los países protestantes deben estar, y están efectivamente, más poblados que los católicos; de aquí resulta lo primero que son más cuantiosas las contribuciones, las cuales se aumentan a proporción del número de contribuyentes; lo segundo que están mejor cultivados los campos, y finalmente que florece más el comercio, porque hay más gentes que hagan caudal, y con más necesidades tienen más medios de satisfacerlas. Cuando en un país no hay más habitantes que los necesarios para la agricultura, es fuerza que desfallezca el comercio, y cuando hay meramente los que son indispensables para mantener el comercio, es fuerza que vaya a menos la agri-

cultura; esto es que es fuerza que decaigan ambas cosas a la par, porque nunca se adelanta en tal caso la una, como no sea a costa de la otra.

En los países católicos no sólo está abandonada la agricultura, mas también es perniciosa la industria, porque se cifra en aprender cinco o seis palabras de una lengua muerta. Así que uno se ha granjeado este peculio ya se puede echar a dormir en cuanto a hacer caudal, que dentro de un claustro halla una vida sosegada que en el mundo le hubiera costado mil sudores y afanes.

No para aquí. Los dervises son dueños de casi todas las riquezas del estado, y forman una asociación de avarientos que siempre toman y nunca dan, acumulando sin cesar rentas para adquirir capitales. Todas estas riquezas se tornan, digámoslo así, paralíticas; y se acabó la circulación, se acabó el comercio, se acabaron las artes, y se acabaron las manufacturas.

No hay príncipe protestante que haga pechar tanto sus pueblos como el Papa hace que pechen sus vasallos, puesto que éstos sean miserables, y que aquéllos vivan en la opulencia. El comercio lo vivifica todo entre los primeros, y la frailería lo inficiona todo entre los últimos.

*De París, a 26 de la luna  
de Chaban, 1718.*

### CARTA CXVIII

USBEEK AL MISMO

Nada más nos queda por decir del Asia y la Europa; pasemos al África. Aquí sólo de las costas podemos hablar, porque lo interior no es conocido.

Las de Berbería, donde reina la religión mahometana, no están tan pobladas como en tiempo de los romanos por las razones que ya he dicho. Las costas de Guinea han de estar terriblemente desiertas de doscientos años a esta parte que los reyezuelos o capataces de aldeas han tomado la costumbre de vender sus vasallos a los príncipes de Europa, para transportarlos a las colonias de América.

Lo más extraño es que esta América, que cada año recibe tantos nuevos moradores, se queda yerma, sin aprovecharse de las continuas pérdidas del África. Los esclavos que a otro clima se trasladan se mueren a millares, y los trabajos de las minas, en que sin cesar ocupan a los indios y a los extranjeros, las malignas exhalaciones que de dichas minas salen y el azogue que continuamente se emplea en ellas, los destruyen sin remedio.

No hay cosa más extravagante que causar la muerte de una innumerable multitud de hombres, por sacar de las entrañas de la tierra el oro y la plata, metales en sí totalmente inútiles, y que si son riquezas, no es más que porque los han escogido por signos de ellas.

*De París, el postrero de la luna  
de Chaban, 1718.*

## CARTA CXIX

USBEEK AL MISMO

A veces pende la fecundidad de un pueblo de las más menudas circunstancias, de manera que sucede con frecuencia que tomando un nuevo giro su imaginación, se puebla en breve mucho más de lo que estaba poblado.

Exterminados sin cesar y sin cesar renacientes, los judíos han resarcido sus pérdidas y sus continuas destrucciones, con sola la esperanza arraigada en todas las familias de que ha de nacer de ellos un rey que ha de ser dueño de la tierra.

Si tenían los antiguos monarcas de Persia tan crecido número de vasallos, era la causa este dogma de la religión de los magos, que la acción más grata para Dios que pueden hacer los hombres es engendrar un hijo, labrar un campo y plantar un árbol. Si es tan portentosa la población de la China, también procede esto de cierto modo peculiar de pensar, que consiste en que los padres son tenidos por dioses por sus hijos, acatados como tales desde esta vida, honrados con sacrificios después de su muerte, en fuerza de los cuales creen ellos que anonadadas sus almas en el Tien recobran nueva vida: por tanto aspira cada uno a aumentar una familia tan sumisa en esta vida, y tan necesaria en la otra.

Por otra parte, los países mahometanos cada día están más yermos por consecuencia de una opinión que, puesto que en sí sea santísima, no deja de acarrear perniciosísimos efectos cuando se arraiga en los ánimos, y es ésta: que nos contemplamos como unos peregrinos que deben siempre tener puestas sus miras en otra patria, y así nos parecen locura las útiles y duraderas tareas, el afán por afianzar el bienestar de nuestros hijos, y cuantos proyectos trascienden más allá de esta breve y transitoria vida: y satisfechos con lo presente, sin curarnos de lo venidero, no nos cuidamos ni de reparar los públicos edificios, ni de desmontar las

tierras eriales, ni de cultivar las que están en estado de remunerar nuestras labores, y viviendo en una completa apatía, lo fiamos todo de la voluntad de la providencia.

En los pueblos europeos un engañoso espíritu de vanidad ha introducido el derecho injusto de los mayorazgos, tan funesto para la propagación, pues concentra el afán de un padre de familias en uno solo de sus hijos, desvía su atención de todos los demás, le precisa a que se oponga al establecimiento de muchos por consolidar el caudal de uno, y finalmente acaba con la igualdad de todos los ciudadanos, que es la mejor prenda de la general opulencia.

*De París, a 4 de la luna  
de Rahmazan, 1718.*

CARTA CXX

USBK AL MISMO

Generalmente están mal poblados los países donde viven los salvajes, por la aversión con que miran casi todos ellos la labranza y cultivo de la tierra. Tan violenta es esta malhadada aversión que cuando echan una maldición a uno de sus enemigos, no le desean otro mal sino que se vea obligado a cultivar la tierra, persuadidos a que los únicos ejercicios nobles y dignos de ellos son la caza y la pesca. Pero como sucede con frecuencia que hay años que éstas rinden muy poco, los atormentan hambres muy repetidas; sin contar con que no hay país que abunde tanto en caza y pesca que pueda abastecer a la subsistencia de un pueblo numeroso, porque siempre se albergan las alimañas en los sitios más despoblados. Por

otra parte, los aduares salvajes, que contienen doscientos o trescientos habitantes, separados unos de otros y con intereses más opuestos que los de dos imperios distintos, no se pueden ayudar unos a otros porque no les asiste el recurso de los estados considerables, cuyas partes se corresponden y se auxilian todas recíprocamente.

Entre los salvajes hay otro estilo no menos perjudicial que el primero, y es la costumbre cruel que tienen las mujeres de hacer por abortar, para que no sea causa su preñez de hacerse repugnantes a sus maridos.

En este país hay contra este desorden tremendas leyes que rayan en furiosas. Toda muchacha soltera que no ha declarado su preñez al magistrado tiene pena de muerte si perece su fruto, sin que le puedan servir de disculpa el pudor, la ignorancia ni tampoco los acasos fortuitos.

*De París, a 9 de la luna  
de Rahmazan, 1718.*

CARTA CXXI

USBEEK AL MISMO

Común efecto es de las colonias enflaquecer los países de donde se sacan, sin poblar aquéllos adonde se envían. Conviene que permanezcan los hombres donde están, porque hay ciertas enfermedades que provienen de mudar buenos aires por malos, y otras que proceden solamente de la mudanza de aires. Lo mismo que las plantas se impregna el aire de las partículas de tierra de cada país, y obra de tal manera en nosotros que fija nuestro temperamento. Cuando nos trasladamos a otro país

caemos malos, porque estando acostumbrados los líquidos a cierta consistencia, a cierta disposición los sólidos, y unos y otros a cierto grado de movimiento, no pueden aguantar otro distinto y se resisten a otra modificación cualquiera.

Cuando está un país desierto es barrunto de que adolece de algún achaque peculiar de la naturaleza de su terreno o su clima, y así los que sacan a los hombres de un cielo propicio para enviarlos a semejantes países ejecutan cabalmente lo contrario de lo que se proponen. Experiencia tenían de esto los romanos, que relegaban a Cerdeña a todos los delincuentes y conducían también a esta isla a los judíos, consolándose fácilmente de perderlos por el sumo desprecio con que miraban a estos miserables. Cuando quiso el gran Cha-Abas quitar a los turcos la facultad de mantener numerosos ejércitos sacó a casi todos los armenios de su país enviando más de veinte mil de sus familias a la provincia de Guilan, donde perecieron casi todos en muy breve tiempo.

Nunca han sido de provecho ninguno las transportaciones de pueblos que a Constantinopla se han hecho. No se ha llenado la América con el portentoso número de negros de que hemos hablado. Desde la destrucción de los judíos bajo Adriano está sin gente la Palestina.

Luego habremos de confesar que son casi irremediables las grandes destrucciones, porque cuando un país llega a cierto grado de despoblación permanece siempre en el mismo estado, y si por acaso se repone es al cabo de muchos siglos. Si en su falleciente situación se

presenta la más leve circunstancia de cuantas he apuntado, no sólo no se resarce, sino que decae de día en día y se encamina a su total aniquilación.

Hoy, como el primer día, está resintiéndose la España de la expulsión de los moriscos, y en vez de llenarse el hueco que han dejado se hace cada día mayor.

Desde que los españoles, habiendo asolado la América, exterminaron a sus antiguos moradores, sustituyéndose en su lugar, no han podido repoblarla, y muy al contrario, por una fatalidad que pudiera más bien llamarse justicia de Dios, se destruyen los destructores a sí propios y se consumen todos los días.

Así que no deben pensar los príncipes en poblar por medio de colonias dilatados países. No digo que no den fruto éstas algunas veces, que hay tan venturosos climas que siempre se multiplica en ellos la especie; buen ejemplo son de esta verdad aquellas islas pobladas por enfermos abandonados por algunos navíos, que al punto cobraban la salud (1). Mas aun cuando prosperen dichas colonias, no harán más que dividir las fuerzas en vez de aumentarlas, como no sean de poquísima extensión, cuales son las que se envían para ocupar alguna plaza para el comercio.

Los cartagineses habían descubierto la América, como los españoles, o a lo menos unas islas muy grandes, con las cuales hacían un comercio inmenso, pero viendo esta república que se iba disminuyendo el número de sus moradores, vedó a sus súbditos esta navegación y este comercio.

(1) Acaso alude el autor a la isla de Borbón.

Me atrevo a decir que en vez de que pasaran los españoles a las Indias, convendría hacer que pasaran los indios y los mestizos a España, convendría restituir a esta monarquía todos sus pueblos dispersos; y con tal que conservara sólo la mitad de sus vastas colonias, sería la más formidable potencia de Europa.

Los imperios se pueden comparar a un árbol, cuyas ramas, cuando son desmedidas, quitan al tronco todo el jugo, y sólo sirven para dar sombra. No hay cosa más capaz de hacer que se enmienden los príncipes de la manía de conquistar países remotos, que el ejemplo de los españoles y portugueses.

Habiendo conquistado estas dos naciones con increíble celeridad inmensos reinos, más atónitas con sus victorias que con sus derrotas los pueblos vencidos, imaginaron medios para conservar sus conquistas y cada una adoptó un plan diferente.

Desconfiándose los españoles de que se mantuvieran fieles las naciones vencidas, se resolvieron a exterminarlas, reemplazándolas con una población leal de España, y nunca se ha llevado a efecto con tanta puntualidad un proyecto tan horroroso. Viose un pueblo tan numeroso como todos juntos los de la Europa entera desaparecerse de la tierra al arribo de estos bárbaros, que con el descubrimiento de las Indias parece que pensaron en descubrir a los hombres cuál era el más alto ápice de la crueldad. Por medio de esta inhumanidad conservaron bajo su dominación este país. Sáquese de aquí cuán funestas son las conquistas, pues tales efectos acarrean; porque finalmente este horrendo remedio es el único. ¿Cómo podían,

si no, mantener en la obediencia tantos millones de hombres? ¿Cómo habían de resistir a una guerra civil desde tan lejos? ¿Qué hubiera sido de ellos, si hubieran dado lugar a estos pueblos de que se recobraran del asombro que les había causado el derribo de estos nuevos dioses y el miedo de sus rayos?

Los portugueses siguieron el camino opuesto, y no cometieron crueldades; por eso fueron en breve echados de cuantos países habían descubierto. Los holandeses auxiliaron la rebelión de estos pueblos y se aprovecharon de ella.

¿A qué príncipe puede parecer envidiable la suerte de estos conquistadores? ¿Quién hiciera sus conquistas con las mismas condiciones? Los unos fueron al punto expelidos de ellas; los otros las convirtieron en desiertos y de su país hicieron otro desierto. Estrella es de los héroes arruinarse por conquistar países que en un momento pierden o por avasallar naciones que se ven ellos propios obligados a destruir, como aquel loco que gastó todo su caudal en comprar estatuas que tiraba luego al mar, y espejos que al momento hacía mil pedazos.

*De París, a 18 de la luna de Rahmazan, 1718.*

## CARTA CXXII

USBK AL MISMO

La suavidad del gobierno contribuye sobremanera a la propagación de la especie. Prueba palpable son de esta verdad todas las repúblicas, y más que todas la Suiza y la Holanda, que siendo los dos países más malos de Europa por la calidad de su terreno, son, no obstante, lo más poblados.

Nada llama tanto a los extranjeros como la libertad y la opulencia que siempre la acompaña; la primera se hace amar por sí misma, y nuestras necesidades nos llevan a los países donde se encuentra la otra.

En un país donde hallan los hijos mantenimiento abundante, sin que se disminuya el de sus padres, la especie se multiplica. La propia igualdad de los ciudadanos, que por lo general produce igualdad de caudales, infunde la abundancia y la vida en todas las partes del cuerpo político y las esparce por todo él.

No sucede así en los países sujetos a un poder arbitrario, que todas las riquezas las poseen el príncipe, los palaciegos y algunos particulares, mientras que gimen todos los demás en la extrema pobreza.

Si se halla uno falto de comodidades y conoce que sus hijos han de ser más pobres que él, o no se casará, o si se casa temerá tener muchos hijos, que le acabarían de dejar por puertas, y tendrían que bajar de la condición de su padre.

Bien sé que el patán o el jornalero, una vez casado, poblará sin reflexión, ora esté rico o pobre, porque no se para en estos cuidados, que siempre tiene una herencia segura que dejar a sus hijos, que es su azadón, y nada le quita que siga ciegamente su instinto natural. ¿Mas de qué sirve en un estado esa muchedumbre de chiquillos que se crían en la miseria? Casi todos ellos se mueren así que nacen, nunca prosperan; endebles y flacos, mil achaques los matan poco a poco, o se los llevan de montón las continuas enfermedades populares, que sin cesar de la miseria y los malos alimentos se

engendran; y los que de ellas se libran llegan a la edad varonil sin tener las fuerzas de hombre y viven achacosos hasta su muerte.

Los hombres son parecidos a las plantas, que nunca vienen bien donde no están bien cultivadas: en los pueblos miserables se atrasa la especie y a veces degenera.

Un ejemplo notable de esta aserción ofrece la Francia. En las pasadas guerras el miedo en que vivían todos los hijos de familias de que los alistaran en la milicia los obligaba a casarse en edad muy tierna, y en una pobreza extrema. Tantos matrimonios producían una multitud de muchachos que se buscan en balde en Francia, porque la miseria, las enfermedades y el hambre han acabado con ellos. ¿Y si en un cielo tan feliz y un reino tan civilizado como la Francia se nota semejante fenómeno, qué será en otros Estados?

*De París, a 23 de la luna de Rahmazan, 1718.*

### CARTA CXXIII

USBK A MOLAH MAHOMETO-ALÍ, GUARDA  
DE LOS TRES SEPULCROS, A COM

¿Qué valen los ayunos de los imanes y los cilicios de los molahes? Dos veces ha descargado Dios su brazo en los hijos de la ley; el sol se oscurece y parece que sólo alumbra sus derrotas; sus ejércitos se congregan y son disipados como el polvo.

El imperio de los Osmanlíes está quebrantado por los dos más violentos golpes que haya recibido. Apenas le sustenta un muftí cristiano, y el gran visir de Alemania es el azote de Dios enviado para castigo de los secuaces de

Omar; a todas partes le acompaña la ira del cielo, enojado de la rebelión y la perfidia de los omaristas.

Tú, espíritu sagrado de los imanes, noche y día lloras sobre los hijos del profeta descarriados por el detestable Omar; tu pecho se mueve contemplando sus desventuras; pides a Dios su conversión y no su pérdida, y quisieras por las lágrimas de los santos verlos reunidos al estandarte de Alí, no dispersos por temor de los infieles en las arenas de los yermos y en las cavernas de los montes.

*De París, a 1 de la luna de Chalval, 1718.*

• CARTA CXXIV

USBEK A REDI, A VENECIA

¿Cuál podrá ser el motivo de las inmensas liberalidades con que remuneran a sus cortesanos los príncipes? ¿Quieren granjearse su afecto? Pues ya le tienen granjeado en cuanto es dable. Si, por otra parte, ganan algunos de sus vasallos comprándolos, es fuerza que por la misma causa pierdan otros infinitos empobreciéndolos.

Cuando contemplo la situación de los príncipes, siempre cercados de hombres insaciables y codiciosos, no puedo menos de compadecerlos, y todavía más me compadecen cuando no tienen vigor para resistirse a solicitudes siempre onerosas para los que nada solicitan. Nunca oigo mentar sus liberalidades, las gracias y las pensiones que otorgan, sin abandonarme a mil reflexiones; se presentan entonces a mi ánimo mil ideas, y me parece que oigo publicar la pragmática siguiente:

«La infatigable constancia de algunos de mis vasallos que me piden pensiones ha tenido en continuo ejercicio mi regia munificencia. Al fin he cedido a la muchedumbre de memoriales que me han sido presentados y que han constituido hasta ahora el principal objeto de los afanes del trono. Me han representado que desde el momento de mi exaltación al solio nunca han dejado de hallarse a todos los besamanos; que siempre los he visto por donde yo pasaba sin menearse más que un poste, y puestos en puntillas para contemplar por entre la gente la serenidad de mi rostro. También he recibido varios memoriales de personas del bello sexo, suplicándome que atendiese a que era cosa notoria lo mucho que tenían que gastar para mantenerse, y algunas, ya llenas de arrugas, me han representado, meneando la cabeza, que habían sido la flor y el adorno del palacio de los reyes mis progenitores, y que si los generales de sus ejércitos hicieron temible el estado con sus proezas bélicas, ellas, por su parte, hicieron no menos famoso el palacio por sus galanteos. Deseando, por tanto, tratar con benignidad a los suplicantes y otorgarles todo cuanto piden, mando lo que sigue:

»Todo labrador que tenga cinco hijos les cercenará cada día la quinta parte de su ración de pan ordinaria. Mando a los padres de familias que hagan esta disminución a cada uno de sus hijos con la mayor justicia que fuere posible.

»Prohibo formalmente a todos cuantos cultiven sus tierras propias, o las dan en arriendo, que hagan en ellas reparación ninguna, de cualquiera especie que fuere.

»Mando que toda persona que se ejercitare

en oficios viles y mecánicos, y que como tal no se ha hallado nunca a ningún besamanos, no pueda comprar vestidos para sí, su mujer y sus hijos, como no sea de cuatro en cuatro años, vedando a todos ellos, como por esta mi Real Pragmática les vedo, bajo las más severas penas, que tengan las diversiones y banquetes que solían tener sus familias las fiestas principales del año.

»Y habiéndoseme informado que la mayor parte de los vecinos de mis pueblos se ocupan muy de veras en casar a sus hijas, las cuales no tienen más recomendación en el estado que una triste y fastidiosa modestia, mando que esperen los padres para darles maridos hasta que habiendo llegado sus hijas a la mayor edad los obliguen a ello por sentencia de juez, prohibiendo a los magistrados de mis reinos que se ocupen en hacer educar los hijos que de los tales matrimonios nacieren.»

*De París, a 1 de la luna de Chalval, 1718.*

## CARTA CXXV

RICA A...

Todas las religiones se encuentran muy apuradas cuando tienen que dar idea de los deleites destinados a los que han vivido bien. Fácil cosa es atemorizar a los malos amenazándolos con una dilatada serie de castigos; mas no saben qué han de prometer a los hombres virtuosos. La naturaleza de los gustos parece que exige que sean de poca duración, y apenas puede la imaginación figurarse otros. Descripciones he visto yo del paraíso que eran capaces de hacer que todo sujeto de sana ra-

zón renunciara de él; unos dicen que las sombras bienaventuradas tocan la flauta sin cesar; otros las condenan al suplicio de estarse eternamente paseando; por fin otros quieren que piensen en el otro mundo en las queridas que tuvieron en éste, creyendo que no eran bastantes cien millones de años para que se les quitara la manía de los amorosos cuidados.

Acuérdome con este motivo de una historia que le oí contar a uno que había estado en el país del Mogol, y que prueba que no son menos estériles que los demás los sacerdotes indios en las ideas que de la felicidad de los bienaventurados se forman.

Una mujer que acababa de perder a su marido vino a pedir con toda ceremonia al gobernador de la ciudad que le diera licencia para quemarse; pero como los mahometanos abrogan cuanto pueden este inhumano estilo en los países sujetos a su dominio, se la negó redondamente. Viendo la viuda que eran inútiles sus ruegos se encendió en una rabiosa cólera, y empezó a dar gritos diciendo: ¡Vean qué tiranía! ¡No dejar a una pobre mujer siquiera que se queme cuando se le antoje! ¿Hase visto cosa semejante? Pues muy bien se quemaron mi madre, mi tía y mis hermanas. Y porque yo vengo a pedir su venia para quemarme a este maldito gobernador, se enfada y da gritos como un loco.

Hallábase allí por casualidad un bonzo joven. Infiel, le dijo el gobernador, ¿eres tú quien ha metido este disparate a esta mujer en los cascos? No por cierto, respondió el bonzo, nunca le he hablado de tal cosa; pero si quiere creerme consumará el sacrificio, y hará una

obra grata al dios Brama, que le dará la merecida recompensa poniéndola en el otro mundo junto a su marido, donde volverá a empezar segundo y perdurable matrimonio. ¿Qué decís?, replicó pasmada la mujer. ¡Con que he de ver otra vez a mi marido! Pues si eso es, no me quemo. Si era un hombre celoso, gruñón y con eso tan viejo, que a menos que haya hecho el dios Brama algún milagro con él, para nada me necesitaba. ¡Quemarme yo por él!, ni siquiera una uña, aunque fuera para sacarle de lo profundo de los infiernos. Buen cuidado tenían dos bonzos viejos que me traían engañada, y que sabían lo mal que nos llevábamos él y yo, de no decirme lo que había. Si no tiene otro regalo que hacerme el dios Brama, doy una higa de su bienaventuranza. Mahometana me hago, señor gobernador. Y vos, continuó volviéndose al bonzo, ya podéis, cuando queráis, ir a decir a mi marido que estoy con mucha salud para servirle.

*De París, a 2 de la luna  
de Chalval, 1718.*

CARTA CXXVI

RICA A USBEK, A...

Aunque te aguardo para mañana, te envío tus cartas de Ispahan. Las mías me dicen que ha tenido orden el embajador del Gran Mogol de salir del reino, añadiendo que han arrestado al príncipe, tío del rey y encargado de su educación, y le han puesto en un castillo donde le guardan con mucho rigor, habiéndole privado de todos sus cargos. Mucho me duele la suerte de este príncipe, y le compadezco de veras.

Confíesote, Usbek, que nunca he visto ver-

ter lágrimas a nadie sin entenecerme; la humanidad se me representa en favor de los desgraciados, como si fueran ellos los únicos hombres, y hasta los magnates, que mira mi corazón con cierto desamor mientras ocupan altos cargos, tienen en mí un amigo así que caen. ¿Y, efectivamente, de qué les sirve en la prosperidad un inútil cariño que nos acerca a igualarnos con ellos? Empero, cuando han caído de su elevación, sólo nuestros lamentos les traen a la memoria la idea de lo que fueron. Me parece muy natural y no menos noble la expresión de un príncipe, que estando para caer en manos de sus enemigos, dijo, mirando los llantos de sus cortesanos: Vuestras lágrimas me prueban que todavía soy vuestro rey.

*De París, a 3 de la luna de Chalval, 1718.*

CARTA CXXVII

RICA A IBEN, A ESMIRNA

Mil veces has oído hablar del rey de Suecia. Pues estando sitiando una plaza en un reino que llaman Noruega, y visitando la trinchera sólo con un ingeniero, ha recibido una herida en la cabeza, de la cual ha muerto. Al punto ha sido arrestado su primer ministro, se han juntado los estados y le han condenado a que le corten la cabeza en pena de un enorme delito que le achacaban, que era haber caluminado la nación quitándole a su rey la confianza en ella; atrocidad que a mi ver es digna de mil muertes. Porque finalmente, si es una acción inicua poner mal al postrero de los vasallos con su príncipe, ¿qué será calumniar la nación entera y quitarle la estimación de aquel

que estableció la Providencia para labrar su felicidad?

Quisiera yo que hablaran los hombres con los reyes como hablan los ángeles con nuestro sagrado profeta.

Ya sabes que en los sacrosantos banquetes, donde desciende el señor de los señores del trono más sublime del mundo para comunicarse con sus esclavos, me he prescrito la inviolable ley de cautivar una lengua indócil, y nunca me han oído soltar una palabra que pudiera ser amarga para el último de sus vasallos. Cuando ha sido fuerza que dejara de ser sobrio, nunca he dejado de ser hombre de bien; y si a veces en esta prueba de lealtad he expuesto mi vida, nunca he aventurado mi virtud.

No sé cómo es que nunca hay príncipe tan malo que no lo sea todavía más su ministro. Si hace una mala acción casi siempre se la han aconsejado, de modo que nunca es tan peligrosa la ambición como la villanía del alma de sus consejeros. Pero ¿cómo puedes entender que un hombre que sólo de ayer acá es ministro, y que acaso no lo será mañana, se torne en un instante enemigo capital de sí propio, de su familia, de su patria y de todas las generaciones venideras del pueblo que va a oprimir? Un príncipe tiene pasiones; su ministro las atiza dirigiendo al fin de satisfacerlas las funciones de su ministerio, sin conocer otro objeto ni querer conocerle. Los palaciegos le seducen con sus lisonjas, y él le adula de un modo más peligroso con sus falaces consejos, con las resoluciones que le inspira y las máximas que le dicta.

*De París, a 25 de la luna de Safar, 1719.*

## CARTA CXXVIII

RICA A USBEK, A...

El día pasado iba por el Puente Nuevo con uno de mis amigos, el cual se encontró con un conocido suyo que me dijo que era un geómetra, y bien se le echaba de ver, porque estaba absorto en meditación tan profunda que fue menester que le tirara mi amigo de la cascaca y que le diera dos o tres empujones, para que reparase en él; tan preocupado le tenía una curva, que le atormentaba acaso más de ocho días hacía. Los dos se hicieron muchos cumplidos y se dijeron mutuamente varias novedades literarias, y razonando de esto llegaron a la puerta de un café, donde entré yo con ellos.

Reparé que a nuestro geómetra le recibía toda la gente con mucho agasajo, y que hacían los mozos del café más aprecio de él que de dos carabineros que en un rincón estaban. Me pareció que también él se encontraba muy gustoso, porque se le desarrugó un poco el semblante, y se echó a reír lo mismo que si no tuviera la más leve noción de geometría. No obstante, su entendimiento medido a compás pesaba todo cuanto en la conversación se decía, semejándose a aquel que con una espada cortaba en su jardín cuantas flores sobresalían sobre las demás. Mártir de su exactitud, le ofendía un dicho agudo, como se ofende una vista flaca de una luz muy viva. Cosa ninguna era indiferente para él, con tal que fuese cierta, y en consecuencia era muy rara su conversación. Aquel día venía del campo con otro que había

visto una soberbia quinta y magníficos jardines, y lo único que él había visto era un edificio de sesenta pies de largo y treinta y cinco de ancho, y un bosque cuadrilongo de diez fanegas de tierra. Hubiera querido que se hubiesen observado de tal modo las leyes de la perspectiva, que las calles de árboles hubieran parecido de igual anchura en toda su extensión, para lo cual habría él enseñado un método infalible. Le gustó mucho un cuadrante que había visto de estructura muy particular, y se enfadó con un erudito que estaba a mi lado, que por desdicha le preguntó si señalaba el tal cuadrante las horas babilónicas. Habló un novelista del bombardeo de Fuenterrabía, y al punto nos explicó él las propiedades de la línea que habían descrito en el aire las bombas, y gozoso con saber esto se empeñó absolutamente en ignorar en qué paró el bombardeo. Se quejó uno de que el invierno anterior le había dejado pereciendo una riada, y le dijo el geómetra: Tengo infinita satisfacción en saberlo, porque veo que no me equivoqué en mis observaciones, y que este año han caído, por lo menos, dos pulgadas de agua más en la tierra que el pasado.

De allí a poco se marchó y nos fuimos detrás. Como andaba muy de prisa y no se curaba de mirar adelante, le encontró derechamente otro, y se dieron una valiente topetada, de cuyo choque rebotó cada uno por su parte, en razón recíproca de su velocidad y sus masas. Cuando volvieron algo en sí de su atolondramiento dijo el otro al geómetra, poniéndose la mano en la frente: Mucho celebro que me haya usted dado una cabezada, porque tengo

una gran novedad que decirle, y es que acabo de publicar mi Horacio. ¿Pues cómo, dijo el geómetra, si ha dos mil años que está publicado? No me entiende usted, replicó el otro; es una versión de este autor antiguo que acabo de dar a luz, que hace veinte años que me ocupo en traducirle. ¡Con que hace veinte años, le dijo el geómetra, que usted no piensa! Quiere decir que habla usted en vez de los otros, y los otros piensan en vez de usted. ¿Pues cree usted, le respondió el erudito, que no he sido muy útil al público, familiarizándole con la lectura de los buenos autores?

No digo eso, que aprecio como el que más los sublimes ingenios que usted viste de arrapiezos, pero usted no se les parece, porque si traduce siempre jamás le traducirán. Las versiones son como las monedas de cobre, que puesto que valgan tanto como una de oro y sean más útiles para el uso de la gente, siempre son malas y de baja ley.

Dice usted que quiere resucitar entre nosotros esos ilustres muertos, y confieso que les da un cuerpo, pero no los vuelve a la vida, porque les falta aquel espíritu que los animaba.

¿Por qué no se aplica usted más bien a la investigación de tantas verdades sublimes como cada día nos enseña a descubrir un cálculo muy fácil? Habiéndole dado este consejo de amigo se separaron muy descontentos, según creo, uno de otro.

*De París, el postrero de la luna  
de Rebiab, 2, 1719.*

## CARTA CXXIX

USBEK A REDI, A VENECIA

Los más de los legisladores han sido hombres de cortas luces que ha puesto el acaso a la cabeza de los demás, y casi nunca han seguido más norte que sus antojos o sus preocupaciones, y como si hubiesen desconocido la alteza y la dignidad de la obra que hacían, se han divertido en imaginar pueriles instituciones, conformándose a la verdad con el gusto de los ánimos apocados, pero desacreditándose con los hombres de sana razón. Circunstanciando inútiles menudencias se han metido en los casos particulares; lo cual indica una mezquina inteligencia que sólo por partes ve las cosas y nada abraza de una vista general.

Algunos han tenido la afectación de valerse de otro idioma que el vulgar; cosa disparatada en un legislador; porque ¿cómo se han de observar las leyes si no se conocen?

No pocas veces han abrogado sin necesidad las que veían establecidas, que es decir que han acarreado a los pueblos los desórdenes imprescindibles de una mudanza.

Verdad es que por una extravagancia que más bien procede de la naturaleza que del espíritu humano, es necesario a veces mudar ciertas leyes; pero estos casos son muy raros, y cuando suceden se ha de tocar a ellas temblando, y se han de observar tantas solemnidades y poner tantas precauciones, que colija naturalmente el pueblo que son las leyes una cosa sacrosanta, pues tantas formalidades son indispensables para abrogarlas.

A veces las han hecho muy sutiles, antes siguiendo conceptos lógicos que la natural equi-

dad. Más adelante han parecido muy duras, y por espíritu de equidad se ha creído que se debían eludir; remedio que era nuevo mal. Sean las que fueren las leyes, siempre se han de obedecer, mirándolas como la conciencia pública, a la cual se debe conformar en todo caso la de los particulares.

Confieso, no obstante, que han puesto algunos legisladores mucho esmero en una cosa que indica que fueron muy prudentes, y es en dar a los padres mucha autoridad en sus hijos. Cosa ninguna alivia más a los magistrados, ninguna despeja tanto los tribunales, finalmente ninguna conserva más sosiego en el estado, donde siempre las costumbres hacen mejores a los ciudadanos que las leyes. Esta potestad es aquella de que menos hombres abusan; es la más sagrada de las magistraturas; la única que no estriba en convenios y es anterior a los convenios todos.

En los países donde se ponen a cargo de los padres de familias más castigos y más recompensas, se nota que hay más orden en las familias. Los padres son vivos simulacros del criador del universo, el cual, aunque pudiera guiar a los hombres por su amor, no deja de estrecharlos también con él por los vínculos de la esperanza y el temor.

No quiero concluir esta carta sin anotarte lo disparatado del espíritu francés. Dicen que las leyes romanas han conservado una infinidad de cosas inútiles y aun perjudiciales, y no han adoptado la potestad paternal que habían aquéllas establecido como la primera autoridad legítima.

*De París, a 4 de la luna  
de Gemadí, 2, 1719.*

## CARTA CXXX

RICA A...

En ésta te hablaré de cierta nación que llaman los noveleros, los cuales se juntan en un magnífico jardín, donde siempre halla ocupación su ociosidad. Estos son los miembros más inútiles del estado; y cincuenta años de sus habladurías han producido el mismo efecto que hubiera resultado de cincuenta de silencio, y, no obstante, se creen sujetos de importancia, porque discurren sobre magníficos proyectos y ventilan los mayores intereses.

Es el fundamento de sus conversaciones una frívola y risible curiosidad; no hay tan secreto gabinete que no presuman penetrarle; no pueden creer que ignoran cosa ninguna; saben cuántas mujeres tiene nuestro magnífico sultán, cuántos chiquillos les hace cada año, y sin gastar nada en espías están al cabo de las medidas que toma para ajar la soberbia de los emperadores de la Turquía y el Gran Mogol.

No bien han concluído con lo presente cuando se lanzan en el tiempo venidero, y tomando la delantera a la Providencia se sustituyen a ella en todas las acciones humanas. Cogen de la mano a un general, y alabándole por mil disparates que no ha hecho, le prescriben otros mil que no hará tampoco. Lo mismo hacen volar los ejércitos que grullas, y derriban murellas como pedazos de cartón: tienen puentes en todos los ríos, sendas ocultas en todos los montes y almacenes inmensos en los desiertos arenales; lo que no tienen es sentido común.

Un sujeto que vive conmigo recibió la siguiente carta de un novelista, que copié yo por parecerme muy particular, y decía así:

«Muy señor mío: Rara vez me engaño yo en mis conjeturas sobre asuntos políticos. El día 1.º de enero de 1711 pronostiqué que se moriría el emperador José aquel mismo año: verdad es que como estaba bueno y sano, temiendo que se rieran de mí si me explicaba con claridad, lo anuncié en términos algo enigmáticos; pero muy bien me entendieron los que saben discurrir. El 17 de abril del mismo año se murió de viruelas.

»Así que se rompió la guerra entre el emperador y los turcos, fui a buscar a todos los tertulianos a las Tullerías, y reuniéndolos junto al estanque les pronostiqué que Belgrado iba a ser sitiado, y que se rendiría. Tuve la fortuna de ver mi anuncio verificado. Bien es verdad que a la mitad del sitio aposté cien doblones a que no le tomarían el día 18 de agosto (1), y no se rindió hasta el 19. ¿Es posible perder con tan buenos naipes?

»Cuando vi que desembarcaba en Cerdeña la escuadra española, pensé que conquistaría esta isla; así lo dije y así fue. Ufano con este acierto, añadí que esta victoriosa escuadra desembarcaría en Final para conquistar el Milanesado, y hallando que se resistían a admitir esta idea, la quise sustentar con gloria; aposté, pues, cincuenta doblones, y también los perdí; porque el maldito Alberoni, no obstante la fe de los tratados, envió a Sicilia su escuadra, engañando a la par a dos grandes políticos: el duque de Saboya y yo.

»Todo esto, señor y dueño mío, de tal manera me ha sacado de mis casillas, que estoy resuelto a pronosticar siempre, sin apostar nun-

(1) Año 1717.

ca. En otro tiempo no se conocía en las Tullerías el estilo de apostar, y no lo consentía el señor conde de Lione, difunto; pero desde que se ha metido entre nosotros una caterva de pisaverdes, no sabemos dónde estamos, y apenas abrimos la boca para decir una novedad, cuando uno de estos mozalbetes propone una apuesta por la contraria. El otro día, cuando abría yo mi manuscrito y me ponía los anteojos en las narices, aprovechándose uno de estos saltimbanquis del intervalo del primer vocablo al segundo, me dijo: Apuesto cien doblones a que eso es mentira. Yo hice como que no había oído este disparate, y leyendo en voz más recia continué diciendo: Habiendo sabido el señor mariscal de... Es falso, me interrumpió el de la apuesta; siempre nos viene usted con noticias disparatadas; todo eso no lleva sentido común. Ruego a usted, señor mío, que me haga el gusto de prestarme treinta doblones, porque le confieso que me han atrasado mucho estas apuestas. Envío a usted copia de dos cartas que tengo escritas al ministro, y quedo, etc.»

CARTAS DE UN NOVELISTA AL MINISTRO

«Excelentísimo señor:

»Yo sol el vasallo más celoso del bien público que tiene S. M. Yo fui quien obligué a uno de mis amigos a ejecutar el proyecto que había yo formado de un libro, que demostraba que Luis el Grande era el más grande de cuantos príncipes han merecido el renombre de Grande. Mucho tiempo hace que estoy componiendo esta obra, que será todavía más honrosa para nuestra nación si se digna V. E. de protegerla, siendo mi ánimo probar que desde el

origen de la monarquía nunca han sido vencidos los franceses, y que cuanto han dicho los historiadores de nuestras derrotas son meras imposturas. Me veo precisado a rectificarlos en muchos pasajes, y me lisonjeo de que lo que más en mi obra luce es la sana crítica.

»Quedo, excelentísimo señor, etc.»

«Excelentísimo señor:

»Habiendo perdido al señor conde de Lione, suplicamos a V. E. que nos permita nombrar un presidente, porque se han introducido tantos desórdenes en nuestras conferencias, que no se tratan los asuntos de estado con la misma madurez que antes. Nuestros mozos viven sin tener absolutamente respeto ninguno a los ancianos y sin disciplina entre ellos, y forman el mismo consejo que el de Roboán, donde los mozos hacían callar a los viejos. Inútilmente les representamos que éramos poseedores pacíficos de las Tullerías veinte años antes que vinieran ellos al mundo, y creo que al cabo nos echarán de ellas, y obligados a abandonar este sitio, donde tantas veces hemos hecho aparecer las sombras de nuestros héroes franceses, será fuerza que vayamos a tener nuestras conferencias al Jardín Botánico, o a otro paraje más distante todavía. Quedo, etc.»

*De París, a 7 de la luna  
de Gemadí, 2, 1719.*

## CARTA CXXXI

REDI A RICA, A PARÍS

Una de las cosas que más han ejercitado mi curiosidad desde mi arribo a Europa, ha sido la historia y el origen de las repúblicas. Ya

sabes que ni siquiera tienen idea de este gobierno los asiáticos, y que no les ha podido sugerir todavía su imaginación que haya en la tierra otro que el despótico.

Los primeros gobiernos que conocemos eran monárquicos; sólo por acaso y en la serie de los siglos se formaron las repúblicas.

Habiéndose anegado la Grecia en un diluvio, la vinieron a poblar nuevos moradores. Casi todas estas colonias eran de Egipto y de los países más inmediatos del Asia, y estando regidos por reyes todos estos países, los pueblos que de ellos salieron adoptaron el mismo gobierno. Mas habiéndose agravado en demasía la tiranía de estos príncipes, sacudieron el yugo, y de la ruina de tantos reinos nacieron aquellas repúblicas que tanto hicieron florecer la Grecia, única nación civilizada en medio de la barbarie.

Por largo espacio de tiempo mantuvieron independiente la Grecia el amor de la libertad y el odio de los reyes, extendiéndose el gobierno republicano. Las ciudades griegas hallaron aliados en el Asia menor, adonde enviaron colonias tan libres como ellas, que les sirvieron de baluarte contra los embates de los reyes de Persia. No contenta con esto la Grecia pobló la Italia, y ésta la España y acaso las Galias. Sabemos todos que la Hesperia Magna, tan célebre en la antigüedad, fue al principio la Grecia, que consideraban los pueblos comarcanos como la mansión de la felicidad: los griegos que no la hallaban en su propio país la fueron a buscar a Italia, los de Italia a España, los de España a la Bética o a Portugal, de manera que todas estas regiones fueron nombradas Hesperia por los antiguos. Las colonias griegas

traían consigo aquel espíritu de libertad en que se habían empapado en su venturoso país: por eso en aquellos remotos siglos apenas vemos una monarquía en la Italia, la España ni las Galias. En breve verás que no eran menos libres los pueblos del Norte y la Alemania, y si encontramos en ellos vestigios de monarquía consiste en que han llamado reyes a los caudillos del ejército o de la república.

Así se gobernaba la Europa, porque en cuanto al África y al Asia siempre han estado abrumadas bajo el despotismo, exceptuando unas pocas ciudades del Asia menor, de que ya hemos hablado, y en África la república de Cartago.

Dividióse el orbe entre dos poderosas repúblicas: la de Roma y la de Cartago. Nadie ignora cuál fue la cuna de la república romana; el origen de Cartago nadie le sabe, ni se conoce la serie de príncipes africanos desde Dido, ni cómo perdieron su poder. Mucha dicha hubiera sido para el universo el portentoso engrandecimiento de la república romana, si no hubiera mediado una injusta desigualdad entre los ciudadanos romanos y los pueblos vencidos; si hubieran dado una autoridad menos ilimitada a los gobernadores de las provincias; si se hubieran observado las sagradas leyes hechas para reprimir su tiranía, y si no se hubieran valido los procónsules para eludirlas de los mismos tesoros que a poder de injusticias habían amontonado.

César oprimió la república romana, sujetándola a un poder arbitrario, y gimió largos siglos la Europa bajo un gobierno militar y violento, convertida la blandura romana en una cruda opresión.

Salieron entretanto del Norte infinitas naciones desconocidas, que se esparcieron a guisa de torrentes por las provincias romanas, y que encontrando no menos fácil hacer conquistas que ejercitar piraterías, desmembraron el imperio fundando reinos. Estos pueblos eran libres, y en tal manera coartaban la autoridad de sus reyes, que no eran propiamente más que sus caudillos o sus generales; por tanto, estos reinos, puesto que fueran fundados por la fuerza, sintieron poco el yugo del vencedor, mientras que los pueblos del Asia, como, por ejemplo, los turcos y los tártaros, sujetos a la voluntad de un hombre solo, cuando hacían conquistas sólo pensaban en dar a su dueño nuevos vasallos y cimentar con las armas su potestad violenta. Al contrario, libres en su país los pueblos del Norte, cuando se apoderaron de las provincias romanas no dieron mucha autoridad a sus caudillos, y aun algunos de ellos, como los vándalos en África y los godos en España, así que no estaban satisfechos con sus reyes los deponían. Los otros habían coartado la potestad del príncipe de mil modos diferentes; no se declaraban las guerras sin su conocimiento; se repartían los despojos entre el caudillo y los soldados; ninguno de los pechos era para el príncipe, y se hacían las leyes en las asambleas de la nación. Estos eran los principios fundamentales de todos cuantos estados con los destrozos del imperio romano se formaron.

*De Venecia, a 20 de la luna de Rhegeb, 1, 1719*

## CARTA CXXXII

RICA A...

Cinco o seis meses hace que estuve en un

café, donde reparé en un caballero muy decente, a quien todo el mundo estaba escuchando. Hablaba éste de la dicha de vivir en París, lamentándose de su situación, que le obligaba a irse a aburrirse a una provincia. Mil doblones tengo de renta, decía, en bienes raíces, y me tendría por muy dichoso si poseyese no más que la cuarta parte de mi caudal en dinero físico y letras de cambio. Cuanto más apuro a mis arrendatarios, cuanto más costas les cargo, están ellos más insolventes, y nunca he podido verme con cien doblones juntos. Con dos mil duros que debiera me embargarían todas mis tierras y tendría que irme a un hospital.

Yo me salí sin hacer caso de este razonamiento; pero hallándome ayer en el barrio, entré en el mismo café y oí a un sujeto grave, de rostro amarillo y enjuto, que en medio de cinco o seis interlocutores parecía triste y pensativo además, y que soltando a deshora la tarabilla en voz descompasada dijo: Perdido soy, señores; no tengo para vivir. En mi gabeta hay ochenta mil duros en vales y sesenta mil en plata, y me encuentro en la más horrorosa situación. Me había creído rico, y tengo que irme a un hospicio. Si tuviera siquiera un miserable cortijo adonde retirarme, sabría que tenía con qué vivir; pero no tengo ni tanta tierra como coge la copa de mi sombrero.

Volví por casualidad la cabeza al otro lado, y vi otro que hacía más visajes que un energúmeno. ¿De quién se ha de fiar uno?, clamaba. Un bribón, que creía yo que era amigo mío y a quien le había prestado mi dinero, me le ha vuelto. ¡Qué solemne picardía! Por

más que él haga, nunca le podré mirar como hombre de bien.

Junto estaba uno muy mal vestido, que decía, alzando los ojos al cielo: Bendiga Dios los planes de nuestros ministros, y ojalá que suban a dos mil las acciones y que se pongan todos los lacayos de París más ricos que sus amos. Llamóme la curiosidad, y pregunté quién era. Es un hombre muy pobre, me dijeron, que ejercita una pobre profesión, porque es genealogista, y espera que le rendirá mucho su arte si siguen los nuevos caudales, porque la necesitarán los ricos de cuño reciente para reformar sus apellidos, desenvillanar a sus antepasados y hacer sus escudos de armas. Como se figura que va a ennoblecer a cuantos quisiere, no cabe en sí de gozo viendo cuántos parroquianos tendrán que acudir a él.

Finalmente vi entrar un viejo macilento y amojamado, que antes que se sentase conocí que era novelista. No era éste de los que resisten a todos los reveses con impávido pecho, y siempre pronostican victorias y trofeos; por lo contrario, era uno de aquellos temblones que sólo anuncian novedades funestas. Muy mal van los asuntos, dijo, en España, que no tenemos caballería en la frontera, y es de recelar que el príncipe Pío, que tiene un cuerpo numeroso de ella, entre a saco todo el Lenguadoc. Enfrente de mí estaba un filósofo muy despilfarrado, que lastimándose del novelista se encogía de hombros cuando el otro levantaba la voz. Arriándose por fin a mí, me dijo al oído: ¿Qué le parece a usted de este majadero que nos está hablando una hora ha de sus temores de los sucesos de Lenguadoc, y yo, que descubrí

## Cartas persas

ayer tarde una mancha en el sol, que con poco que crezca podrá estorbarle que vivifique toda la naturaleza, no he dicho ni una palabra a nadie?

*De París, a 17 de la luna  
de Rahmazan, 1719.*

### CARTA CXXXIII

RICA A...

El otro día fui a ver una biblioteca a un vasto convento de dervises, que son como sus depositarios, pero con la obligación de dejar entrar a todo el mundo a ciertas horas. A la entrada vi a un grave personaje paseándose en medio de una muchedumbre innumerable de volúmenes que en torno de él había. Me llegué a él y le rogué que me dijese qué libros eran algunos de aquellos que más bien encuadrados estaban. Caballero, me respondió; yo vivo aquí en país extraño y no conozco a nadie. Otros muchos me hacen la misma pregunta; pero ya ve usted que no tengo yo de ir ahora a leer todos esos libros para satisfacer a ella: para eso está mi bibliotecario, que le responderá. De día y de noche trabaja por descifrar cuanto usted está mirando; que es un hombre que no vale para nada, y es una carga para el convento, porque nunca se emplea en negocios de la comunidad... Pero perdone usted, que tocan el refectorio, y los que son, como yo, cabeza de la comunidad han de ser los primeros para todos los ejercicios. Diciendo esto me echó fuera el fraile, cerró la puerta y se desapareció como un relámpago.

*De París, a 21 de la luna  
de Rahmazan, 1719.*

## CARTA CXXXIV

RICA AL MISMO

Al día siguiente volví a la misma biblioteca, y me encontré con un hombre muy diferente del que había visto la vez primera. Tenía cara de sujeto de entendimiento, trazas de hombre natural y modales muy afables. Así que le dije lo que deseaba saber me prometió satisfacer mi curiosidad, y como extranjero instruirme también.

¿Padre, le dije, qué son esos tomos gruesos que ocupan todo ese lado de la biblioteca? Ésos son, me respondió, los intérpretes de la escritura. Muchos hay, le dije, menester es que estuviese antiguamente muy oscura la escritura, y que ahora está muy clara. ¿Quedan todavía algunas dudas? ¿Hay pasajes contestados? ¡Que si hay, Dios mío, que si hay!, me respondió, tantos casi como renglones. ¡Sí!, le repliqué. ¿Pues de qué sirven todos esos autores? Esos autores, siguió él, no han indagado en la escritura lo que se debe creer, sino lo que ellos creían; ni la han reputado por un libro que contenía los dogmas que debían admitir, sino como una obra que podía dar autoridad a sus propias ideas; por eso han estragado todos sus sentidos y han puesto a cuestión de tormento todos sus pasajes. La escritura es un país donde hacen correrías los secuaces de todas las sectas, entrándole como a saco; un campo de batalla donde se embisten las naciones enemigas que se encuentran, lidian y pelean de mil maneras.

Junto a los intérpretes tiene usted los libros ascéticos o de devoción, luego los de moral, muy más útiles; los de teología ininteligibles

por dos razones: por las materias que tratan y por el modo de que las tratan; las obras de los místicos, o los devotos tiernos de corazón. Ah, padre, le dije, vamos más despacio; dígame usted algo de esos místicos. Caballero, me dijo; la devoción inflama un pecho inclinado a la terneza y dirige al cerebro espíritus animales que también le inflaman, y de aquí proceden los éxtasis y los arrobamientos. Este estado es el delirio de la devoción, que muchas veces se perfecciona o más bien degenera en el quietismo: ya sabe usted que no es otra cosa un quietista que un hombre loco, devoto y libertino.

Ahí tiene usted a los casuístas, que sacan a la luz del día los secretos de la noche, que se fraguan en su imaginación cuantos monstruos puede producir el demonio del amor, los reúnen y los comparan, haciéndolos eterno objeto de sus meditaciones; felices si no entra también a la parte su propio corazón, haciéndose cómplices de tantos desórdenes con tanta naturalidad descritos y tan sin rebozo retratados.

Ya ve usted, caballero, que pienso con libertad y que le digo todo cuanto pienso. Naturalmente soy ingenuo, y todavía más con un extranjero que quiere saber las cosas, y saberlas como ellas son. Bien hubiera podido hablarle a usted de todo esto con admiración, diciéndole sin cesar: son obras divinas, libros respetables, escritos maravillosos; y una de dos, o le engañaría yo a usted, o me miraría usted a mí con desprecio.

En esto estábamos, cuando llamaron, para no sé qué asunto, al dervis, y quedó interrumpida nuestra conversación hasta el día siguiente.

*De París, a 23 de la luna de Rahmazan, 1719.*

## CARTA CXXXV

## RICA AL MISMO

A la hora señalada volví y me condujo mi hombre justamente al sitio donde me había dejado. Esos son los gramátios, me dijo, los glosantes y los comentadores. ¿Padre, le dije, no pueden dispensarse todos esos autores de tener sentido común? Sí que pueden, me respondió, y así lo hacen, sin que sean por eso peores sus escritos; cosa muy cómoda para los escritores. Así es la verdad, le dije, y no pocos filósofos conozco yo que no harían mal en aplicarse a ese género de ciencias.

Luego vienen, siguió él, los oradores, que tienen habilidad para persuadir sin tener razón, y los geómetras, que obligan a uno a que se persuada aunque no quiera, y le convencen tiránicamente. Aquí están los libros de metafísica, que tratan de tan grandes intereses, y donde se encuentra a cada paso lo infinito; los de física, que no encuentran menos portentosa que la economía de este vasto universo la máquina más sencilla de nuestros artesanos. Los libros de medicina, monumento de la fragilidad de la naturaleza y del poder del arte, que infunden pavor, aun cuando tratan de las más leves dolencias, mostrándonos la muerte por inevitable término de ellas, y nos dejan enteramente serenos cuando hablan de las virtudes de los específicos, que, según ellos, bastan para hacernos inmortales.

Junto a ellos están los de anatomía, que no tanto contienen la descripción de las partes del cuerpo humano, como los nombres bárbaros que les han puesto, sin sanar con ellos ni al

enfermo de su achaque, ni al médico de su ignorancia.

Esa es la química, que unas veces reside en los hospitales y otras en las casas de locos, siendo igualmente buenas para ella ambas mansiones.

Ahí tiene usted los libros de la ciencia, mejor diré de la ignorancia oculta; como son los que contienen cosas de hechicería, execrables según los más, risibles, a mi ver; como lo son también los de astrología judiciaria. ¿Qué dice usted, padre? ¡Los libros de astrología judiciaria!, repliqué con mucha viveza. Pues si son éstos los que más en Persia apreciamos, los que son norma de todas las acciones de nuestra vida y el norte de todos nuestros proyectos. Los astrólogos son propiamente nuestros directores, y aun los que gobiernan el Estado. Siendo así, me respondió, viven ustedes bajo un yugo muy más duro que el de la razón, y su imperio es el más raro del mundo. Mucho me compadece una familia, y todavía más una nación que así se deja dominar de los planetas. Nos servimos, repuse, de la astrología, como ustedes del álgebra, que en cada nación hay su ciencia por donde regula ella su política. Nunca han hecho todos los astrólogos juntos en nuestra Persia tantos disparates como ha hecho aquí uno solo de vuestros algebristas. ¿Cree usted que no es el concurso fortuito de los astros una regla tan cierta como los soberbios razonamientos de vuestro fabricante del sistema? Si contáramos los votos sobre la materia en Francia y en Persia, no sería chico triunfo el de la astrología, y vería usted si salían airosos los calculistas, y la tremenda consecuen-

cia que contra ellos se podría sacar. Interrumpióse aquí la disputa, y fue menester separarnos.

*De París, a 26 de la luna  
de Rahmazan, 1719.*

CARTA CXXXVI

RICA AL MISMO

A la siguiente conferencia me llevó el docto dervis a un gabinete particular. Éstos son, me dijo, los libros de historia moderna. Los primeros que usted ve son los historiadores de la Iglesia y los papas; libros que, compuestos para mi edificación, producen en mí un efecto diametralmente opuesto.

Luego vienen los que tratan de la decadencia del formidable Imperio romano, formado de las ruinas de tantas monarquías, y de cuya caída tantas nuevas se formaron. Aparecióse a deshora una infinita muchedumbre de pueblos bárbaros, tan desconocidos como los países donde moraban, que le inundaron, le asolaron, le destrozaron, y fundaron todos los reinos que ahora en Europa existen. Estos pueblos propiamente no eran bárbaros, pues eran libres; pero se han convertido en tales desde que, rindiéndose los más de ellos a la potestad absoluta, han perdido la dulce libertad, tan conforme con la razón, con la humanidad y con la naturaleza.

Aquí están los historiadores del imperio de Alemania, que no es más que sombra del primer imperio, pero que, según yo pienso, es la única potencia en la tierra que no se ha debilitado con su división, y también creo que sea la única que se ha fortalecido en proporción de sus pérdidas, y que si es lenta en sacar ventaja de

sus triunfos, las derrotas la tornan invencible.

Esos otros son los historiadores de Francia, donde vemos formarse y morir dos veces la potestad real, renacer luego y no medrar por espacio de muchos siglos, pero que cobrando insensiblemente fuerza, crece por todas partes, encumbrándose a su más alto ápice; semejante a aquellos ríos que en su curso pierden sus aguas o se meten debajo de la tierra, pero saliendo de nuevo, hinchados con los que en ellos se desaguan, arrastran con violencia todo cuanto a su corriente se resiste.

Aquéllos representan la nación española saliendo de las breñas de los montes; los príncipes mahometanos tan lentamente vencidos, como fueron rápidas sus victorias; tantos reinos reunidos en una vasta monarquía que casi llegó a ser la única, hasta que con su propia grandeza y su falaz opulencia abrumada perdió sus fuerzas y su reputación, sin conservar más que la vana arrogancia de su antiguo poderío.

Ésos son los historiadores de Inglaterra, donde vemos la libertad salir continuamente de las hogueras de la discordia y la sedición; vacilante siempre el príncipe en un trono incontrastable, y una nación impaciente y cuerda hasta en sus mismos furores, que señora del mar enlaza (cosa hasta entonces sin ejemplar) el imperio con el comercio.

Junto están los historiadores de la otra reina del mar, la república de Holanda, tan respetada en Europa y tan formidable en Asia, donde sus traficantes contemplan tantos monarcas postrosados a sus plantas.

Los historiadores de Italia nos representan una nación señora en otro tiempo del orbe,

y hoy esclava de todas las demás, divididos y flacos sus príncipes y sin más atributo de soberanía que una vana política.

Ésos son los historiadores de las repúblicas: de la Suiza, que es la imagen de la libertad; de Venecia, que cifra en su economía sus recursos, y de Génova, que sólo en sus edificios es soberbia.

Esos otros son los de las naciones del Norte; entre ellas de la Polonia, la cual usa tan mal de su libertad y del derecho de elegir a sus reyes, que no parece sino que quiere consolar a los pueblos comarcanos que han perdido éste y aquélla.

Dicho esto, nos separamos hasta el otro día.  
*De París, a 2 de la luna de Chalval, 1719.*

## CARTA CXXXVII

### RICA AL MISMO

Este día me llevó a otro gabinete. Ésos son los poetas, me dijo, quiero decir los autores que tienen por oficio poner grillos al sentido común, y ahogar la razón a poder de adornos, como antiguamente sepultaban a las mujeres bajo sus trajes y sus arreos. Bien los conoce usted, que no faltan entre los orientales, donde parece que un sol más ardiente enciende hasta la imaginación de los moradores.

Ésos son los poemas épicos. ¿Qué es eso de poemas épicos?, le dije. De veras que no lo sé, me respondió; los inteligentes dicen que no hay más que dos, y que los demás, puesto que así los nombren, no lo son; tampoco lo sé. Añaden que no es posible componer otros nuevos, y esto es más extraño todavía.

Ésos son los poetas dramáticos, que, a mi ver, son los poetas por antonomasia y los dueños de nuestras pasiones. Son de dos especies: los cómicos, que tan blandamente nos mueven, y los trágicos, que con tanta vehemencia nos perturban y nos agitan.

Esos otros son los líricos, que desprecio tanto como aprecio los anteriores, y que cifran su arte en una melodiosa extravagancia. Luego vienen los autores de idilios y églogas que gustan a los mismos palaciegos, porque les dan idea de cierta serenidad que éstos no disfrutaban, mostrándosela en la condición de los pastores.

Ésos son los más peligrosos de cuantos autores hemos visto; y son los que afilan los epigramas, que son saetas muy penetrantes y muy delgadas que hacen una honda llaga, la cual no se cura con remedio ninguno.

Vea usted aquí las novelas, cuyos autores son una especie de poetas, que exageran a la par el idioma de la razón y de los afectos, y pasan la vida corriendo tras de la naturaleza sin alcanzarla nunca, siendo sus héroes tan ajenos de ella como los dragones alados y los hipocentauros.

Algunas de vuestras novelas he leído yo, le dije, pero si viese usted las nuestras más le repugnarían todavía. Tan poco naturales son como las vuestras, y en extremo atadas por nuestras costumbres: diez años de pasión se necesitan antes que pueda un amante ver siquiera el rostro de su dama, y los autores se ven obligados a que pasen sus lectores por todos estos fastidiosos preliminares. No siendo, pues, posible que haya variedad en los incidentes, se valen de un artificio que es peor que

el mal que con él pretenden remediar, y son los portentos. Tengo por cierto que no se acomoda usted con una maga que hace salir de las entrañas de la tierra un ejército, ni con un héroe que acaba él solo con cien mil hombres. Pues esas son nuestras novelas; aventuras tan insulsas y que a cada paso se repiten nos empalagan, y nos repugnan los prodigios disparatados de que están atestadas.

*De París, a 6 de la luna  
de Chalval, 1719.*

CARTA CXXXVIII

RICA A IBEN, A ESMIRNA

Aquí se siguen y se destruyen los ministros lo mismo que las estaciones: en tres años he visto variar cuatro veces el sistema de la Real Hacienda. Hoy día se recaudan los tributos en Turquía y en Persia como los recaudaban los fundadores de estos imperios; pero está muy lejos de que aquí suceda lo mismo. Verdad es que no hilamos nosotros tan delgado como los occidentales, persuadidos a que no hay otra diferencia entre la administración de las rentas del príncipe y la del caudal de un particular, que la que hay entre contar cien mil tomanes y contar ciento; pero aquí gastan más arte y más misterio. Es menester que se afanen de día y de noche hombres de un ingenio consumado, que conciban sin cesar y a puro quebrarse la cabeza nuevos proyectos; que oigan el dictamen de infinitas personas que trabajan por ellos, sin que se lo digan; que vivan retirados en un gabinete impenetrable para los magnates y sagrado para los menudos;

que tengan continuamente atestada la mollera de importantes secretos, planes milagrosos y nuevos sistemas, y que absortos en sus meditaciones se priven del uso del habla y a veces del de la urbanidad.

Así que cerró los ojos el rey difunto pensaron en establecer nueva administración, sintiendo que se encontraban mal, mas no sabiendo qué hacer para encontrarse mejor. La ilimitada autoridad de los anteriores ministros había disgustado, y resolvieron dividirla. Para el efecto se crearon seis o siete consejos, y acaso entre todos los ministerios que han gobernado la Francia éste es el que se ha portado con más pulso, pero fue tan corta su duración como la del bien que produjo.

Cuando murió el último rey era la Francia un cuerpo postrado con mil dolencias; Noailles cogió el postemero, quitó la carne inútil y aplicó algunos tópicos, pero siempre quedaba por sanar un vicio interno. Ha venido un extranjero que ha emprendido su cura, y creyendo después de muchos remedios violentos que le había restituído su robustez, no ha hecho más que darle hinchazón.

Todos cuantos eran ricos seis meses ha son ahora pobres, y manan riquezas los que no tenían para pan. Nunca se han tocado tan de cerca estos dos extremos. El tal extranjero ha vuelto el estado, como un ropavejero vuelve un vestido, colocando arriba lo que estaba abajo y al derecho lo que estaba al revés. ¡Qué de caudales inesperados, increíbles para los mismos que los han adquirido! No sacó Dios con más prontitud los hombres de la nada. ¡Qué de criados servidos por sus compañeros y aca-

so mañana por sus amos! Todo esto ocasiona escenas muy raras. Los lacayos que habían hecho caudal bajo el rey pasado encarecen hoy su hidalguía, restituyen a los que acaban de dejar su librea en cierta calle todos los desaires que les hacían a ellos seis meses ha, y dicen a gritos: La nobleza está arruinada. ¡Qué desorden en el estado; qué confusión de clases! No se ven más que advenedizos que hagan caudal. Yo te prometo que éstos se desquitarán con los que vinieren después, y que dentro de treinta años meterán no poca bulla estos nuevos caballeros.

*De París, a 1 de la luna de Zilhagé, 1720.*

## CARTA CXXXIX

RICA AL MISMO

No ya una mujer, sino una reina acaba de dar un ejemplo raro de afecto conyugal. Queriendo a toda costa la reina de Suecia asociar a la corona el príncipe su esposo, ha enviado a los Estados una declaración desistiéndose de la regencia en caso de que le elijan por rey. Más de sesenta años hace que abdicó el cetro otra reina llamada Cristina, por dedicarse a la filosofía. No sé yo cuál de los dos ejemplos es más digno de admiración. Aunque me parece bien que se quede cada uno en el sitio donde le colocó la naturaleza, y no pueda loar la flaqueza de los que abandonan por una especie de deserción su puesto, reputándose incapaces de desempeñarle, me pasma, no obstante, la grandeza de ánimo de estas dos princesas, cuya razón en la una y cuyo corazón en la otra son tan superiores a su alta

jerarquía. En el tiempo que los demás sólo piensan en gozar, Cristina pensó en saber; y la otra si quiere gozar es para poner toda su dicha en manos de su augusto esposo.

*De París, a 27 de la luna  
de Maharram, 1720.*

CARTA CXL

RICA A USBEK, A...

El Parlamento de París acaba de ser desterrado a un pueblecillo que llaman Pontoisa. El Consejo le envió a publicar o aprobar una declaración que le deshonoraba, y él la ha publicado de manera que ha deshonrado al Consejo.

Algunos Parlamentos del reino corren riesgo de ser tratados del mismo modo.

Estas compañías siempre son odiosas. Si se acercan a los oídos de los reyes es para decirles verdades amargas, y mientras la multitud de palaciegos sin cesar les representan el pueblo feliz bajo su gobierno, vienen a desmentir sus lisonjas, poniendo a las plantas del trono los sollozos y lágrimas de que son depositarios.

Pesada carga, amado Usbek, es la de la verdad cuando se ha de llevar hasta los príncipes. Bien pueden éstos presumirse que van por fuerza los que a ello se determinan, y que nunca se resolverían a dar pasos tan tristes y dolorosos para aquellos que los dan, si no se viesen precisados por su obligación, su respeto y aun por su amor al monarca.

*De París, a 21 de la luna  
de Gemadi, 1, 1720.*

## CARTA CXLI

RICA AL MISMO

Al fin de la semana te iré a ver. ¡Cuán gustosos días voy a pasar contigo!

Pocos días ha que me presentaron a una dama de palacio que tenía mucho deseo de ver mi cara extranjera. Me pareció muy hermosa, digna de las atenciones de nuestro monarca y de una alta jerarquía en el sagrado sitio donde reposa su corazón. Hízome muchas preguntas acerca de las costumbres de los persas y del modo de vivir de las persas, y me pareció que no le gustaba la vida del serrallo, y que le repugnaba mucho ver a un hombre dividido entre diez o doce mujeres. No pudo menos de causarle envidia la felicidad del uno y lástima la suerte de las otras. Como gusta de leer, particularmente poesías y novelas, quiso que le hablara de las nuestras, y creciendo su curiosidad con lo que de ellas le dije, me rogó que le tradujese un trozo de las que conmigo había traído. Hízelo así, y le envié pocos días después una conseja persa. Acaso tendrás gusto en ver mi versión: ahí la tienes.

En tiempo del jeque Alí-Kan había una mujer en Persia llamada Zulema, la cual sabía de memoria todo el sagrado Alcorán, sin que hubiera dervís que mejor que ella entendiese las versiones de todos los santos profetas, no habiendo los doctores árabes escrito cosa tan misteriosa que no comprendiera ella todos sus sentidos. Con todos estos conocimientos reunía cierta amenidad de razón tal, que apenas se podía averiguar si quería divertir o instruir a aquellas con quienes hablaba.

Un día que estaba con sus compañeras en uno de los salones del serrallo, le preguntó una de éstas qué le parecía de la otra vida, y si daba asenso a la antigua tradición de nuestros doctores, de que está la bienaventuranza destinada solamente para los hombres. Ésa es la opinión común, respondió, porque han hecho estudio de envilecer por todos medios nuestro sexo. Una nación existe esparcida en toda la Persia, llamada la judaica, que fundándose en la autoridad de sus libros sagrados llega hasta sustentar que no tenemos alma.

Tan injuriosas opiniones no tienen otro fundamento que la soberbia de los hombres, que quieren mantener su supremacía hasta más allá de la vida, sin advertir que en el tremendo día aparecerán ante Dios todas las criaturas como la nada, sin que medie entre ellas más diferencia ni prerrogativa que la de sus virtudes. Dios no será parco en sus recompensas, y así como los hombres que hayan vivido bien y hecho buen uso del imperio que acá en la tierra ejercen en nosotras, han de morar en un paraíso lleno de celestiales y soberanas bellezas, tales que si las viera un mortal al punto se daría él propio la muerte por ir a gozarlas, así también irán las mujeres virtuosas a una mansión de delicias, donde se embriagarán en un mar de gustos con hombres divinos, en quienes tendrán ellas absoluto dominio: cada una tendrá un serrallo, donde vivirán encerrados sus amantes, y eunucos más fieles todavía que los nuestros para guardarlos.

En un libro árabe he leído, continuó, que había un hombre inaguantable por sus celos, llamado Ibrahin, el cual tenía doce mujeres

sobremanera hermosas, a quien trataba con suma aspereza, y sin fiarse ni de sus eunucos ni de las paredes de su serrallo, las tenía siempre encerradas debajo de llave en un aposento, sin que se pudieran ver ni hablar, porque era celoso hasta de una inocente amistad. Todas las acciones de Ibrahim se resentían de su ingénita brutalidad, y nunca hizo el más leve movimiento que no fuese un nuevo rigor en la dura esclavitud de sus infelices mujeres.

Un día que las había reunido todas en un salón de su serrallo, una de ellas, más atrevida que las otras, le afeó su mala condición. Quien tanto se afana, le dijo, por hacerse temer, consigue en breve hacerse aborrecer. Tan desdichadas somos, que no podemos menos de desear una catástrofe; otras en mi lugar desearían tu muerte; yo sólo la mía deseo, y no pudiendo esperar verme separada de ti de otra manera, miraré gustosa la muerte que me separe. Estas palabras, que le hubieran debido enternecer, enardecieron su saña, y desenvainando un puñal se le clavó en el pecho a esta infeliz. Amadas compañeras, dijo en voz desmayada, yo os prometo venganza si se duelen los cielos de mi virtud. Diciendo estas palabras trocó esta miserable vida con la mansión de delicias, donde gozan las mujeres que han vivido bien de una felicidad que sin cesar se renueva. Primero vio un ameno prado, cuya verdura esmaltaban los matices de mil pintadas flores; un arroyuelo con aguas más diáfanas que el cristal, formando cien laberintos, le regaba. Entróse luego en deleitosos bosques, cuyo silencio sólo con el dulce trinar de los pájaros era interrumpido. Descubriéronse después a su vista soberbios

jardines, que la naturaleza con tanta sencillez como magnificencia había ornado. Al fin se vio en un soberbio palacio dispuesto para ella sola y lleno de hombres celestiales destinados para sus contentos.

Ofreciéronse al punto dos de éstos a desnudarla; metieronla otros en un baño, sahumándola con los más exquisitos aromas; luego le trajeron vestidos infinitamente más ricos que los suyos; después la llevaron a un vasto salón, donde halló un fuego encendido con leños olorosos y cubierta la mesa con los más delicados manjares: parecía que todo conspiraba a embelesar sus sentidos: aquí oía una música tan melodiosa como tierna; allí miraba los bailes de aquellos hombres divinos, sólo para sus gustos destinados. Tantos placeres solamente eran preludio de otros placeres más inefables. Lleváronla a su aposento, y habiéndola segunda vez desnudado, la metieron en una soberbia cama, donde la recibieron en sus brazos dos hombres de una hermosura sin par. Entonces sí que se embriagó en deleites que se dejaron muy atrás hasta sus más vivos deseos. Estoy fuera de mí, les decía, y creería que iba a morir si no estuviera cierta de mi inmortalidad. Ya es demasiado; dejadme, que no puedo bastar a la vehemencia de mis placeres. Sí, ya torna la calma a mis sentidos, ya empiezo a respirar y a volver en mí. ¿Por qué han apagado las luces? ¿Por qué no puedo contemplar vuestra divina beldad? ¿Por qué no puedo ver?... ¿Pero qué he de ver, si me sumís de nuevo en mis primeros raptos? ¡Oh, Dios; qué amables son estas tinieblas! ¡Conque he de ser inmortal, inmortal con vosotros! ¡Conque he de

ser!... No, no más; cesad, os lo ruego, que bien veo que vosotros sois incansables.

Después de otras muchas y reiteradas órdenes fue al fin obedecida; mas no lo fue hasta que quiso de veras serlo, y en una muelle calma se durmió en sus brazos. Dos instantes de sueño repararon sus fuerzas, y recibiendo dos besos que la encendieron de nuevo y le hicieron abrir los ojos: Estoy inquieta, dijo, y me temo que no me queráis. No quería estar mucho tiempo dudosa; de suerte que al punto le dieron cuantas pruebas de cariño podía desear. Ya estoy desengañada, exclamó, perdón, perdón; cierta estoy de vuestro amor. No me habláis palabra, pero me lo probáis más bien que con las más convincentes razones: sí, sí, yo os lo confieso; nadie fue nunca tan amada. ¿Pero qué? ¿ambos os esforzáis a porfía a persuadírmelo? Ah, si sois contendores y se une la emulación a la satisfacción de rendirme, soy perdida; ambos seréis vencedores, yo sólo seré la vencida, pero os venderé muy caro el triunfo.

Interrumpió estos placeres la luz del día: entraron en su aposento sus fieles y amables criados, y mandando a los dos mancebos que se levantaran, se los llevaron dos ancianos a los sitios donde estaban encerrados para sus gustos. Ella se levantó luego, y se presentó a su corte, que la idolatraba, primero con las gracias sencillas de un vestido de casa, y ornada luego con los más pomposos arreos. La pasada noche la había hermoseado, dando nuevo realce a sus colores y más expresión a sus gracias. Pasóse todo el día en bailes, en músicas, en banquetes, en juegos y en paseos, notán-

dose que de cuando en cuando se eclipsaba Anais en busca de los dos héroes jóvenes, y pasados algunos preciosos momentos de conversación con ellos volvía a la concurrencia que había dejado, siempre con más sereno semblante. Por fin al anochecer dejó la sociedad y se encerró en su serrallo, porque quería hacer conocimiento con todos los cautivos inmortales que habían de vivir eternamente con ella. Visitó, pues, los más apartados y más hermosos aposentos de este delicioso sitio, y halló en ellos cincuenta esclavos de portentosa belleza; toda la noche anduvo de uno en otro cuarto, recibiendo en todos homenajes siempre diversos, y siempre los mismos.

Así vivía la inmortal Anais, unas veces entre brillantes placeres, otras en gustos solitarios, embeleso de una lucida muchedumbre y prenda de un amante fino; a veces dejaba su encantado palacio por una rústica gruta: bajo sus huellas brotaban flores, y los deleites acudían de tropel a embriagarla en inefables dichas.

Más de ocho días hacía que estaba en esta mansión de felicidad, y siempre en continuo éxtasis, no había tenido lugar para hacer reflexión ninguna, habiendo disfrutado de su dicha sin conocerla, ni tener ni un solo de aquellos instantes de serenidad en que se da cuenta el alma a sí de sí propia, escuchándose mientras están calladas las pasiones.

Gozan los bienaventurados tan vivos placeres, que rara vez pueden disfrutar esta serenidad de ánimo; por eso invenciblemente apegados a los objetos presentes pierden completamente la memoria de las cosas pasadas, y no se curan de cuanto conocieron y amaron en esta vida.

Pero Anais, cuyo espíritu era verdaderamente filosófico, había meditado mucho en vida y hecho reflexiones más profundas que las que de una mujer, sin otra guía que ella propia, se podían esperar, siendo éste el único fruto que del retiro austero a que la tenía condenada su marido había sacado. En fuerza de este vigor de ánimo había arrostrado los temores que a sus compañeras las tenían arredradas, y la muerte que había de dar fin a sus quebrantos y principio a su ventura.

Salió, pues, poco a poco de la embriaguez de los placeres y se encerró sola en un aposento de su palacio, donde se entregó a las más halagüeñas reflexiones acerca de su pasada desventura y su dicha presente. Enterneciola luego la contemplación de la desgracia de sus compañeras, que siempre nos compadecen los quebrantos que hemos sufrido. No contenta Anais con dolerse de su suerte, hizo más por estas desventuradas, que quiso aliviar sus penas. Mandó, pues, a uno de los mancebos que con ella estaban, que tomando la figura de su marido fuese a su serrallo, se hiciese amo de él, echase a la calle a Ibrahin y se subrogase en su lugar hasta que ella le llamase.

Ejecutóse en breve su mandato; hendiendo rápido los aires el mancebo llegó a la puerta del serrallo de Ibrahin, que había salido. Llama, le abren, y se postran los eunucos a sus plantas. Él se va corriendo a los aposentos donde estaban las mujeres encerradas, porque antes, haciéndose invisible, había sacado del bolsillo las llaves al celoso. Entra y las pasma, primero, con sus afables y halagüeñas razones, y en breve crece el pasmo con sus cari-

ños y sus incansables proezas amorosas. A todas dio motivo de asombro, y se hubieran figurado que era un sueño. lo que les estaba pasando, si no les hubiera él hecho sobrado palpable que era cosa real.

Mientras que se representaban en el serrallo tan nuevas escenas, llama Ibrahim, dice quién es, vota y grita. Después de no pocas dificultades entra, y pone en suma confusión a los eunucos. Corre en precipitados pasos; mas se vuelve atrás, y se queda fuera de sí viendo al fingido Ibrahim, su verdadero simulacro, que se tomaba todas las libertades de un amo. Apellida favor, quiere que le den socorro los eunucos para matar al impostor, mas nadie le obedece. No le queda, en fin, más que el flaco recurso de remitirse al arbitrio de sus mujeres; pero en una hora había cohechado a sus jueces el fingido Ibrahim. El otro fue expelido y lanzado con oprobio del serrallo, y le hubieran dado mil muertes si no hubiera mandado su competidor que le dejasen con vida. El nuevo Ibrahim, que se quedó dueño del campo de batalla, se manifestó más y más digno de su triunfo, señalándose con prodigios hasta entonces no conocidos. No te pareces a Ibrahim, le decían sus mujeres. Decid más antes, respondía el triunfante Ibrahim, que no se parece ese impostor a mí. ¿Qué queréis que haga para ser esposo vuestro, si no es bastante todo cuanto hago? Ah, no nos pasa por la imaginación dudarle, replicaron las mujeres, si no eres Ibrahim, sobra con que hayas hecho tantos méritos para serlo; que más Ibrahim has sido tú en un día que lo fue él en espacio de diez años. ¿Conque me prometéis, con-

tinuó él, declararos en mi favor contra ese impostor? No lo dudes, exclamaron todas unánimes, te juramos eterna fidelidad; harto tiempo nos ha traído engañadas; no tenía el alevoso sospechas contra nuestra fidelidad: las tenía, sí, de su flaqueza. Ya vemos que no son los demás hombres como él: sin duda se parecen a ti. ¡Si supieras cuánto nos le has hecho aborrecer! ¡Ah! nuevos motivos pienso daros de que le odiéis, repuso el fingido Ibrahin, aun no sabéis todos los agravios que os ha hecho. Su injusticia la medimos, respondieron ellas, por la grandeza de tu venganza. Razón tenéis, dijo el mancebo divino, la expiación la he proporcionado al delito y estoy cierto de que os ha gustado mi modo de castigarle. ¿Pero si vuelve el impostor, preguntaron las mujeres, qué haremos? Creo que no le sería fácil, respondió el joven, engañaros; en el lugar que a vuestro lado ocupo yo, poco sirve la impostura para mantenerse; además de que le echaré tan lejos que no volveréis ni a oírle mentar, y entonces sólo pensaré en haceros felices. No seré celoso, y sabré asegurarme de vosotras sin incomodaros, porque tengo la suficiente confianza en mis prendas para presumir que me guardaréis fe, que si conmigo no fuerais virtuosas, ¿con quién lo habíais de ser? Duró largo rato esta conversación entre él y las mujeres, que más pasmadas de la diferencia entre ambos Ibrahines que de la semejanza, ni siquiera pensaban en averiguar la causa de tanto misterio. Al cabo volvió desesperado a incomodarlas el marido, y encontró toda la casa en festejos y más incrédulas que primero sus mujeres. No pudo aguantar más el celoso; sa-

lió del serrallo fuera de sí, y a poco le siguió el fingido Ibrahin, y llevándosele por los aires le dejó dos mil leguas de su pueblo.

¡Oh, Dios, cuál fue el desconsuelo de aquellas mujeres con la ausencia de su amado Ibrahin! Ya habían vuelto los eunucos a su natural aspereza; toda la casa resonaba con lamentos; algunas veces se figuraban ellas que era un sueño cuanto les había sucedido, y mirándose unas a otras se acordaban todas de las más leves circunstancias de sucesos tan extraños. Al cabo volvió el celestial Ibrahin, siempre más amable, y les pareció que no había sido penoso su viaje. El nuevo amo siguió un plan de vida tan opuesto al del otro, que todos sus vecinos estaban pasmados. Despidió a todos los eunucos, abrió su casa a todo el mundo, y ni siquiera quiso consentir que llevaran velo sus mujeres. Cosa rara era mirarlas en los banquetes, tan libres como los hombres y en medio de ellos, creyendo con razón Ibrahin que un hombre como él no debía ser esclavo de los estilos de su país. Entretanto no había gasto que no hiciese, derrochando con sus inmensas prodigalidades el caudal del celoso, el cual, cuando volvió al cabo de tres años de los remotos países adonde había sido transportado, se encontró pobre, con sus mujeres y con treinta y seis hijos.

*De París, a 26 de la luna de Gemadí, 1720.*

## CARTA CXLII

RICA A USBEK, A...

Te remito una carta de un erudito que recibí ayer, y que te parecerá muy extraña.

«Muy señor mío: Seis meses ha que heredé a un tío muy rico, que me ha dejado dos millones o dos y medio de reales, con una casa soberbiamente alhajada. Cosa muy agradable es tener uno caudal cuando sabe emplearse bien. Yo no soy ni ambicioso ni aficionado a los placeres, y casi siempre estoy encerrado en mi estudio, donde vivo a lo sabio. Aquí es donde reside un curioso amante de la venerable antigüedad.

»Cuando expiró mi tío hubiera yo tenido infinita satisfacción en que le hubieran enterrado con el ceremonial que observaban los antiguos griegos y romanos; pero me faltaban lacrimatorios y no tenía urnas ni lámparas antiguas. Verdad es que después he adquirido todas estas raras preciosidades. Pocos días hace que me deshice de mi vajilla de plata, por comprar una lamparilla de barro que había sido de un filósofo estoico. También he vendido todos los espejos grandes, con que había adornado mi tío casi todas las paredes de sus aposentos, por adquirir un espejito chico de metal, algo rajado, que fue de Virgilio, y tengo la satisfacción de ver representado en él mi rostro, en vez del rostro del cisne mantuano. Además he comprado en cien doblones cinco o seis piezas de cobre de una moneda que corría dos mil años ha. Actualmente no sé que haya en toda mi casa un mueble fabricado después de la decadencia del Imperio romano. Poseo una coleccioncita de manuscritos muy preciosos, y muy caros, y puesto que voy perdiendo la vista por leerlos, todavía más quiero servirme de ellos que de los ejemplares impresos, que no son tan correctos, y todo el mundo los puede leer. Bien que raras veces salgo de

casa, no por eso tengo menos pasión por conocer todos los caminos antiguos que en tiempo de los romanos existían. Uno hay cerca de mi quinta, ejecutado por un procónsul de las Galias, mil y setecientos años ha; y cuando voy a ella siempre paso por él, puesto que sea muy incómodo y me haga rodear más de una legua; pero me tiene muy mohino que hayan puesto en él postes de madera, de trecho en trecho, para indicar la distancia de los pueblos inmediatos, y rabio de ver estos mezquinos indicios en vez de las columnas miliarias que antiguamente había; pero estoy resuelto a hacer que las restablezcan mis herederos, dejando esta manda en mi testamento.

» Si tiene usted, señor y dueño mío, algún manuscrito persa, me hará mucho favor si me le quiere vender, y se le pagaré lo que me pidiere, dándole además de lo que ajustáremos algunas de mis obras, que le probarán que no soy yo un miembro inútil de la república literaria. Notará usted, entre otras, una disertación donde hago ver que la corona que llevaban los antiguos capitanes cuando triunfaban, era de roble y no de laurel; y le pasmará otra que corrobora, con las más doctas conjeturas sacadas de los escritores griegos más fidedignos, que Cambises fue herido en la pierna izquierda y no en la derecha, y otra que demuestra que una frente pequeña era una hermosura muy apreciada de los romanos. También enviaré a usted un tomo en cuarto, en forma de comentario de un verso del libro sexto de la Eneida de Virgilio. Todo esto lo recibirá usted dentro de algunos días; por ahora, me ciño a remitir a usted el siguiente trozo de un

antiguo mitólogo griego, que hasta ahora no se había publicado, y que he hallado yo en un rincón de una biblioteca. Cesó aquí, porque tengo que terminar un asunto importante, tratándose de restablecer un hermoso pasaje de Plinio el naturalista, desfigurado lastimosamente por los copiantes del quinto siglo. Quedo, etc.»

FRAGMENTO DE UN MITÓLOGO ANTIGUO

«En una isla inmediata a las Orcades nació un niño, cuyo padre fue Eolo, dios de los vientos, y su madre una ninfa de Caledonia. Dicen que aprendió por sí solo a contar por los dedos, y que de edad de cuatro años distinguía ya tan bien de metales, que habiéndole dado su madre una sortija de metal por una de oro, reconoció el engaño, y la tiró al suelo.

»Así que llegó a grande le enseñó su padre el secreto de encerrar en odres los vientos y vendérselos luego a los caminantes; pero como apreciaban poco esta mercadería en su país, le abandonó y se fue a correr mundo acompañado del ciego dios del acaso.

»En sus viajes supo que en la Bética relumbraba el oro en todas partes, por lo cual se encaminó a toda prisa a este país. Saturno, que a la sazón reinaba en él, le recibió muy mal; pero habiendo ese dios dejado la tierra, le ocurrió ir gritando por todas las esquinas en ronca voz: Pueblos de la Bética, que os figuráis que sois ricos porque tenéis plata y oro, vuestro engaño me mueve a compasión. Creedme, y dejad el país de esos viles metales; venid al imperio de la imaginación, y yo os prometo riquezas que os dejarán pasmados. Diciendo así abrió muchas de las odres que traía, y repartió su mercadería a quien se la quiso comprar.

»Poniéndose al otro día en las mismas esquinas, comenzó a gritar: Pueblos de la Bética, ¿queréis ser ricos? Figuraos que yo soy riquísimo; que se os ponga todas las mañanas en la cabeza que se ha doblado vuestro caudal la noche anterior; levantaos luego, y si tenéis acreedores pagadlos con las creces que os hubiereis imaginado, y decidles que se las imaginen también ellos.

»Algunos días después se dejó ver otra vez, y dijo así: Pueblos de la Bética, bien veo que no está tan viva vuestra imaginación como primero; dejaos guiar de la mía; todas las mañanas os enseñaré un rótulo donde hallaréis un manantial nunca exhausto de riquezas. Este rótulo no contendrá más que cuatro palabras, pero que significarán mucho, pues por ellas regularéis la dote de vuestras mujeres, la legítima de vuestros hijos y el número de vuestros criados. Y vosotros, dijo a los que estaban más inmediatos a él en el corrillo, vosotros, amados hijos míos (que bien puedo nombraros así, pues habéis recibido de mí segundo nacimiento), mi rótulo prescribirá la magnificencia de vuestros trenes, lo espléndido de vuestros banquetes, el número y la pensión de vuestras complezas.

»De allí a pocos días remaneció en las esquinas, ijadeando y encendido en saña, y dijo en furiosos gritos: Pueblos de la Bética, os había aconsejado que imaginaseis, y veo que no lo hacéis; pues ahora os lo mando. Diciendo esto los dejó muy enojados; pero la reflexión le hizo volver, y les dijo: He sabido que se encuentran entre vosotros personas tan detestables que guardan su oro y su plata. La

plata, ea, vaya; ¡pero el oro!... ¡el oro!... ¡Ah, esto me tiene tan irritado!... Por mis sagradas odres juro que si no me le vienen a traer, haré en ellos un castigo ejemplar. Luego añadió con un ademán muy persuasivo: ¿Pensáis acaso que quiero yo esos miserables metales para guardarlos? La prueba de mi buena fe es que cuando me los trajisteis, pocos días hace, al punto os volví la mitad.

»Al día siguiente se dejó ver de lejos, y con meliflua y placentera voz se explicó así: Pueblos de la Bética, sé que tenéis parte de vuestros tesoros en país extranjero; ruegoos que me los mandéis traer, que me haréis en ello favor, y os quedaré eternamente agradecido. Hablaba el hijo de Eolo con gente que tenía poca gana de risa; mas no pudieron menos de echarse a reír, con lo cual se paró muy confuso. Pero luego, cobrando ánimo, se aventuró a suplicarles otra friolera: Bien sé que poseéis piedras preciosas; deshaceos de ellas en nombre de Júpiter, que no hay cosa que tanto empobrezca como tener rubíes y diamantes; deshaceos de ellos, os repito. Si no podéis conseguirlo por vosotros mismos, yo os proporcionaré excelentes corredores. ¡Qué torrentes de riquezas van a inundaros si hacéis lo que os digo! Sí; yo os prometo lo más acendrado que en mis odres tengo.

»Encaramóse luego en un andamio, y con voz más recia dijo: Pueblos de la Bética, he cotejado la venturosa situación en que os veis con el estado en que os hallabais cuando llegué yo aquí. Contemplo que sois el pueblo más opulento del orbe; mas permitidme que para que llegue al más alto grado vuestro caudal os qui-

te la mitad de vuestros bienes. Al decir esto desapareció en raudó vuelo el hijo de Eolo, dejando en indecible consternación el auditorio, por lo cual volvió al otro día y dijo así: Ayer conocí que os había disgustado mucho mi arenga. Pues bien; no se trate más de lo dicho. Verdad es que la mitad de vuestros bienes es demasiado. Concertemos otras medidas para salir con lo que me he propuesto. Juntemos nuestras riquezas en un mismo sitio, que fácilmente lo podremos ejecutar, porque no hacen, a Dios gracias, mucho bulto. Al momento desaparecieron las tres cuartas partes de ellas.»

*De París, a 9 de la luna  
de Chaban, 1720.*

CARTA CXLIH

RICA A NATANAEL LEVÍ, MÉDICO JUDÍO,  
A LIORNA

Me preguntas mi dictamen acerca de la virtud de los relicarios y la eficacia de los talismanes. ¿Por qué te diriges a mí, siendo tú judío y yo mahometano; esto es, siendo ambos muy crédulos? Siempre traigo yo encima más de dos mil pasajes del sagrado Alcorán, y una nómina al brazo con los nombres de más de doscientos dervises; los de Alí, de Fátima y todos los puros están metidos en más de veinte partes de mi ropa.

Mas no por eso desapruebo aquellos que desechan la virtud que a ciertas palabras se atribuye, y mucho más dificultoso es para nosotros rebatir sus argumentos que para ellos rebatir nuestras experiencias.

Estos trapos benditos los llevo yo por hábito antiguo y por conformarme al estilo univer-

sal, puesto que creo que si no tienen más virtudes que las sortijas y otras cosas así, que por adorno llevamos, tampoco tienen menos. Pero tú tienes una confianza ciega en ciertos caracteres misteriosos, y sin ese seguro vivirías en continuo susto.

¡Qué desventurados son los hombres! Sin cesar fluctúan entre esperanzas falaces y risibles temores, y en vez de fundarse en la razón se fraguan monstruos que los asustan o fantásticas sombras que los engañan.

¿Qué efecto quieres tú que produzca la colocación de ciertas letras? ¿qué efecto quieres que pueda impedir su dislocación? ¿qué relación tienen con los vientos para calmar las tormentas; con la pólvora para contrarrestar su esfuerzo; con lo que llaman los médicos humor pecante y causa morbífica de las enfermedades, para sanar éstas? Lo extraño es que los que se trabajan la razón para persuadirse a que ciertos sucesos penden de virtudes ocultas, no tienen menos que trabajar para no ver las verdaderas causas de los mismos acontecimientos.

Me dirás que ciertos encantamientos hicieron que se ganase una batalla, y yo te digo que es fuerza que estés ciego si no hallas en la situación del terreno, en la multitud y el desnudo de los soldados y en la pericia de los caudillos suficientes razones para producir el efecto, cuya causa te empeñas en ignorar.

Permito por un instante que haya encantos; permíteme tú por un instante que no los haya, pues no es cosa imposible. Lo que me permites no estorba que puedan pelear dos ejércitos; en tal caso, ¿quieres que ninguno de los dos pueda quedar vencedor? ¿Piensas que será

indecisa su suerte, hasta que la venga a determinar una potencia invisible, que se errarán todos los tiros, que será vana toda pericia militar y todo el valor inútil? ¿Piensas que la muerte, que con mil semblantes en estos lances se presenta, no puede producir en los ánimos los terrores pánicos cuya explicación tan ardua te parece? ¿Quieres que no haya en un ejército de cien mil hombres ni uno solo medroso? ¿Crees que no puede el desaliento de éste producir desaliento en otro, ni este otro abandonando el tercero hacerle abandonar el cuarto? Pues con eso basta para que la desesperación de vencer se apodere a deshora de todo un ejército, y eso más fácilmente que más numeroso fuere.

Todo el mundo sabe y todo el mundo palpa que, como todas las criaturas que procuran conservar su existencia, los hombres aman con pasión la vida. ¡Y sabiendo esto en general, averiguamos por qué en cierto lance particular han tenido miedo de perderla!

Puesto que estén llenos de semejantes terrores pánicos o sobrenaturales los libros sagrados de todas las naciones, pienso yo que no hay cosa más frívola, pues para cerciorarse de que un efecto que puede provenir de cien mil causas naturales es sobrenatural, es fuerza averiguar primero si no ha concurrido a él ninguna de dichas causas; cosa imposible de saberse.

No te digo más, Natanael, porque me parece que la cuestión no merece ventilarse con tanta seriedad. *De París, a 10 de la luna de Chaban, 1720.*

*P. D.*—No bien concluída ésta, cuando he oído pregonar en la calle una carta de un mé-

dico de la provincia a uno de París (porque aquí todas las frioleras se imprimen, se publican y se venden). Me ha parecido del caso dirigírtela, porque tiene conexión con la materia de ésta. Muchas cosas hay en ella que yo no entiendo; pero tú, que eres médico, sabrás la lengua de tus colegas.

CARTA DE UN MÉDICO DE LA PROVINCIA  
A UNO DE PARÍS

«En nuestro pueblo había un enfermo que no dormía treinta y cinco días hacía: su médico le recetó el opio, pero él no se podía resolver a tomarle, y ya tenía el vaso en la mano y estaba más indeciso que nunca. Al cabo dijo al médico: Señor doctor, suplico a usted que suspenda el remedio hasta mañana, porque yo conozco a un sujeto que no ejercita la medicina, pero que tiene en su casa innumerable muchedumbre de antídotos contra la privación de sueño; permita usted que le envíe a llamar, y si esta noche no duermo le prometo que mañana tomaré ese remedio. Despedido el médico, mandó el enfermo descorrer las cortinas, y dijo a un lacayuelo: Muchacho, anda, ve a casa del Sr. Anis, y dile que me venga a ver. Viene el Sr. Anis, y le dice el enfermo: Amigo, yo me muero de no poder dormir. ¿No tendrá usted en su librería la *Diferencia entre lo temporal y eterno*, o algún otro libro de devoción compuesto por un reverendo padre jesuíta, de que no se haya podido deshacer, porque a veces las medicinas más añejas son las más eficaces? En casa tengo, para servir a usted, respondió el librero, el *Año cristiano*, del padre Croiset, en doce tomos, si usted gusta, se le enviaré, y deseo que

le aproveche. Si quiere usted las obras del reverendo padre Rodríguez, disponga de ellas; mas si me cree, aténgase al padre Croiset, que mediante la ayuda de Dios espero que sea más eficaz un solo período suyo que cuatro páginas de la *Diferencia entre lo temporal y eterno*. Dicho esto se fue el Sr. Anis a buscar el específico a su tienda. Llega, pues, el *Año cristiano*, sacuden el polvo del pergamino, y empieza a leer un estudiantillo, hijo del enfermo. Hizo luego efecto en el estudiante el soporífico, porque a la segunda página ya no podía articular bien las palabras, y toda la compañía daba cabezadas; de allí a un instante, todos empezaron a roncar, menos el enfermo, el cual después de haber estado más tiempo despierto, al fin se rindió también al sueño.

»Vino el médico al otro día, por la mañana muy temprano, y preguntó si había el enfermo tomado el opio, mas nadie le respondió; y la mujer, la hija y el chico, no cabiendo en sí de contento, le enseñaban el padre Croiset. Pregunta qué es aquello, y le dicen: ¡Viva el padre Croiset! Al instante que le lleven a encuadernar. ¿Quién lo dijera? ¿quién lo creyera?; milagro, milagro. Mire usted, señor doctor, mire el padre Croiset; ese libro es el que ha hecho que durmiera mi padre, y en seguida le contaron el suceso. Era el médico hombre de sutil ingenio, docto en los misterios cabalísticos y en las palabras mágicas y conjuros de los espíritus, y después de largas meditaciones se resolvió a mudar el método en sus curas. Este caso es muy raro, dijo. Una experiencia hemos hecho, pues vamos más

adelante. ¿Por qué no ha de poder un espíritu transmitir a una obra suya sus propias cualidades? Todos los días lo estamos viendo: a lo menos bien merece la materia que hagamos la prueba. Ya estoy cansado de boticarios, que con sus jarabes, sus pócimas y todas sus drogas galénicas acaban con el bolsillo y con la vida de los enfermos. Mudemos de método, y probemos las virtudes de los espíritus. Con esta idea compuso una nueva farmacia, como verá usted por la descripción de los principales remedios que inventó y que le remito:

*Tisana purgativa.*

»Tómense tres hojas de la lógica de Aristóteles en griego, dos de un tratado de teología escolástica, muy agudo, por ejemplo del sutil Escoto; cuatro de Paracelso, una de Avicena, seis de Averroes, tres de Porfirio, tres de Plotino y tres de Jámblico; téngase en infusión veinticuatro horas, y bébanse cuatro tomas al día.

*Vomitivo.*

»Tómense seis arengas, una docena de sermones de honras, como no sean los de Bossuet y Flechier; una colección de óperas nuevas, cincuenta novelas, treinta papeles en derecho, pónganse en un alambique y destíllense.

*Remedio muy sencillo para sanar del asma.*

»Léanse todas las obras del reverendo padre Maimburgo, ex jesuíta, teniendo cuenta con no parar hasta el fin de cada período, y sentirá el asmático que poco a poco le va volviendo la facultad de respirar, sin que haya necesidad de repetir el remedio.

*Para preservar de la sarna, tiña y otras enfermedades cutáneas.*

»Tómense tres categorías de Aristóteles, dos grados metafísicos y una distinción; escríbase todo en un pedazo de papel, dóblese y átese con una cinta al cuello.

Miraculum chemicum de violentâ fermentatione cum fumo, igne et flammâ.

»*Misce Quesnellianam infusionem, cum infusione Lallemanniana: fiat fermentatio cum magnâ vi, impetu, et tonitru, acidis pugnantibus, et invicem penetrantibus alcalinos sales: fiet evaporatio ardentium spirituum: pone liquorem fermentatum in alambico, nihil inde extrahes, et nihil invenies, nisi caput mortuum.*

Lenitivum.

»*Recipe Molinæ anodini chartas duas, Escobaris relaxativi paginas sex, Vasquii emollientis folium unum: infunde in aquæ communis libras quatuor. Ad consumptionem dimidiæ partis colentur et exprimantur; et in expressione dissolve Bauni deterstivi et Tamburini abluentis folia tria. Fiat clister.*

In chlorosin, quam vulgus pallidos-colores, aut febrim amatoriam appellat.

»*Recipe Aretini figuras quatuor, reverendi Thomæ Sanchii de matrimonio folia duo: infundantur in aquæ communis libras quinque. Fiat ptisana aperiens.*

»Estas fueron las medicinas que usó nuestro médico con imponderable fruto. Por no ser muy costoso a sus enfermos decía que no quería usar remedios raros, y que casi no se encuentran, por ejemplo, una epístola dedica-

toria que no haya hecho bostezar al lector, un prólogo corto, una pastoral compuesta por un obispo, y una obra jansenista criticada por otro jansenista, o elogiada por un jesuíta. Sustentaba que semejantes remedios sólo servían para dar pábulo a los embusteros, a quienes les tenía una antipatía invencible.»

CARTA CXLIV

USBK A RICA

Pocos días hace que hallé en una quinta dos sabios que aquí son muy célebres; y me parecieron de maravillosa índole. Valuada bien la conversación del uno se reducía a esto: lo que he dicho es certísimo, porque lo digo yo. La del segundo significaba esto otro: lo que no he dicho es falso, porque no lo digo yo.

El primero no me disgustaba, porque no me importa que sea terco un hombre, pero sí me importa mucho que no sea un majadero. El primero defiende sus opiniones, que son su caudal propio; el otro combate las ajenas, que son el caudal de todo el mundo.

¡Qué mal que sirve la vanidad, amado Rica, a los que la tienen en más cantidad que la necesaria para la conservación de la naturaleza! Son gentes que quieren causar maravilla, a puro infundir aborrecimiento, y afectando supremacía, ni siquiera consiguen igualarse con los demás.

Recibid, hombres modestos, el parabién mío. Vosotros sois el embeleso y la dulzura de la vida humana. Creéis que no poseéis nada, y yo os digo que todo lo poseéis. Pensáis no desairar a nadie, y desairáis a todo el mundo. Y cuando allá en mi imaginación os cotejo

con esos doctores magistrales que todo se lo saben, los derribo de su tribunal, y hago que se postren a vuestras plantas.

*De París, a 22 de la luna  
de Chaban, 1720.*

CARTA CXLV

USBEEK A...

Un hombre de talento casi nunca es bien visto en las sociedades. Pocas gentes le gustan; se aburré con muchísimas personas que se empeña en tener por toscas, es imposible que no dé a conocer que le incomodan, y así se granjea en ellos otros tantos enemigos. Cierta de agradar cuando quiera, no se cura muchas veces de ser agradable.

Es inclinado a la crítica, porque ve más cosas que otro, y las discierne mejor.

Gasta casi siempre lo que tiene, porque para esto le sugiere su entendimiento más medios que a otro. Le salen mal sus proyectos, porque arriesga mucho. Su vista, que siempre alcanza mucho trecho, le muestra objetos que están muy remotos, sin contar con que cuando concibe un plan le hacen menos impresión las dificultades que proceden de la cosa, que los remedios que son de él y que saca de su inteligencia propia.

Descuida las menudas circunstancias, de las cuales pende el logro de casi todos los negocios importantes.

Por lo contrario, un hombre mediano procura aprovecharse de todo, conociendo que no puede dejar perder nada por sus negligencias.

Generalmente la aprobación universal la con-

sigue el hombre mediano. Todo el mundo se complace en dar a éste, y quitar a aquél. Mientras que se ceba la envidia en el uno, y nada le perdona, lo suplimos todo en beneficio del otro, declarándose en su abono nuestra vanidad.

Y si a tantos inconvenientes está sujeto el hombre de talento, ¿qué diremos de la suerte desdichada de los doctos? Siempre que pienso en ella me acuerdo de la carta de un docto a uno de mis amigos, que copio aquí:

«Muy señor mío: yo soy un hombre que toda la noche la ocupo en observar con anteojos de treinta pies esos vastos cuerpos que giran encima de nuestras cabezas, y cuando me quiero desahogar cojo mis microscopios, y contemplo un arador o una hormiga.

»No soy rico, y no tengo más que una pieza, donde no me atrevo a encender lumbre, a causa de mi termómetro, que se elevaría con el calor artificial. El invierno pasado estuve a pique de morirme de frío, pero aunque mi termómetro, que había bajado mucho, me advirtiese de que se me iban a helar las manos, no hice caso ninguno, y así tengo el consuelo de saber puntualmente las más insensibles mudanzas de tiempo del año pasado.

»Soy poquísimamente comunicativo, y no conozco ni uno siquiera de todos mis vecinos; pero hay un sujeto en Estocolmo, otro en Lipsia, y otro en Londres que no he visto en toda mi vida, y que sin duda nunca veré, con los cuales tengo una correspondencia tan tirada, que jamás dejo pasar correo sin escribirles. Mas aunque con nadie me trato en mi barrio, tengo en todo él tan mala reputación que al cabo me

veré forzado a mudarme. Cinco años ha que me llenó de improperios una vecina, por haber disecado un perro que decía que era suyo: la mujer de un carnicero que se hallaba presente se puso de su parte, y mientras que me echaba la una mil maldiciones, la otra me estropeaba a cantazos, a mí y al doctor... que estaba conmigo, y que recibió una tremenda pedrada en el hueso frontal y occipital; por señas que de resultas ha padecido mucho su juicio. Desde entonces así que se va un perro a otra calle, luego fallan que me ha pasado a mí por las manos. Una buena vecina que había perdido un gozquecillo, que decía que le quería más que a sus hijos, se vino a desmayar el otro día a mi cuarto, y no hallándole me citó a comparecer ante el magistrado. Creo que nunca me he de ver libre de la impertinente malicia de estas mujeres que me atolondran continuamente con sus chillidos, predicándome el sermón de honras de cuantos autómatas han muerto de diez años a esta parte. Quedo, etc.»

Antiguamente a todos los sabios los acusaban de mágicos, y no lo extraño. Cada uno decía para sí: yo tengo tanto talento natural como es posible. No obstante, cierto docto me lleva ventajas; luego es fuerza que tenga pacto con el diablo. Ahora que se desprecian semejantes acusaciones han tomado otro giro, y apenas puede un sabio evitar que le acusen de irreligión o herejía. Poco importa que le absuelva el pueblo; la llaga se hizo, y nunca queda bien cicatrizada; siempre es la parte herida la más flaca. Treinta años después le dirá con mucha hipocresía un enemigo: no permita Dios que asegure yo ser cierto el cargo que a usted

hacían; lo que sé es que se vio obligado a justificarse. De este modo su propia justificación le viene a ser perjudicial.

Si escribe una historia, y tiene ánimo elevado, y el corazón recto, le suscitan mil persecuciones. Irritarán contra él al magistrado por un acontecimiento sucedido mil años hace, y querrán que su pluma, si no es cautiva, sea venal. Con todo esto más feliz es todavía que aquellos villanos seres que abandonan la verdad por una mezquina pensión; que si cuentan una por una sus imposturas todas, las venden a menos de ochavo cada una; que destruyen la constitución del imperio, disminuyen los derechos de un poder, y aumentan los del otro, dan a los príncipes, quitan a los pueblos, resucitan fueros rancios, halagan las pasiones más acreditadas en la época en que escriben, y los vicios de los que reinan, engañando la posteridad, eso más torpemente que menos medios tendrá para contradecir su testimonio.

Mas no paran los trabajos de un autor en sufrir los baldones de que he hablado, no paran en haber vivido en continuos temores acerca de la aceptación de su obra; al cabo sale a la luz pública el libro que tanto que hacer le ha dado, y le ocasiona enojos por todas partes. ¿Y cómo los ha de evitar? Era de una opinión, y la ha sustentado en sus escritos, sin saber que otro que vive doscientas leguas de su residencia había llevado la contraria, y ya tenemos la guerra encendida.

Vaya aun si pudiera esperar estimación. Pero no. Cuando más, le aprecian aquellos que se han aplicado al mismo género de ciencias que él. Un filósofo desprecia altamente a un hom-

bre que tiene atestada la cabeza de hechos, y éste le paga teniéndole por un loco que sueña adefesios. Mientras tanto, los que profesan una arrogante ignorancia quisieran que se sepultara todo el linaje humano en el olvido en que ellos se han de sumir.

Aquel a quien le falta una habilidad se desquita haciendo alarde de despreciarla, y removiendo este obstáculo que entre el mérito y él se encontraba, se halla a nivel con aquel cuyas tareas le asustan.

Finalmente los sabios es fuerza que se resignen a una reputación equívoca, a privarse de los placeres y a perder la salud.

*De París, a 26 de la luna de Chaban, 1720.*

## CARTA CXLVI

USBK A REDI, A VENECIA

Muchos tiempos hace que se ha dicho que el alma de un gran ministro era la buena fe.

Un mero particular puede disfrutar de la oscuridad en que vive, y sólo con algunas personas se desacredita, conservando su disfraz con los demás, pero un ministro que peca contra la probidad tantos testigos y tantos jueces tiene cuantas son las gentes que gobierna.

Sí, me atrevo a decirlo, no es el mayor mal que puede hacer un ministro sin probidad deservir a su príncipe, y arruinar el pueblo; otro perjuicio ocasiona, mil veces en mi entender más grave, que es el mal ejemplo que da.

Ya sabes que he viajado mucho por la India. Allí he visto una nación naturalmente generosa, pervertida en un instante desde el más menudo individuo hasta el más opulento, por solo el

mal ejemplo de un ministro: he visto un pueblo entero, en quien se reputaban prendas ingénitas en todos tiempos la generosidad, la honradez, el candor y la buena fe, convertirse a deshora en el postrero de los pueblos; cundir la enfermedad, sin perdonar ni a los miembros más sacrosantos; cometer infamias los sujetos más virtuosos, y violar la justicia con el fútil pretexto de que la habían violado con ellos; invocar leyes odiosas en amparo de las más villanas acciones, y calificar de necesidad la sinrazón y la alevosía.

He visto desterrada la fe de los contratos, aniquilados los más sagrados pactos, trastornadas todas las leyes de las familias. He visto deudores codiciosos, ufanos con una insolente pobreza, indignos instrumentos del furor de las leyes y el rigor de los tiempos, fingir un pago en vez de efectuarle, y clavar el puñal en el pecho de sus bienhechores.

He visto otros, más infames todavía, comprar por casi nada, o más bien levantar del suelo hojas de robles, para sustituirlas a la sustancia de las viudas y los huérfanos.

He visto encenderse a deshora en los corazones una insaciable sed de riquezas. He visto formarse en un punto una detestable conjuración para enriquecerse, no con un honroso trabajo y una generosa industria, sino por medio de la ruina del príncipe, del estado y de los ciudadanos.

He visto en aquellos desventurados tiempos acostarse un ciudadano honrado diciendo: Hoy he dejado pereciendo una familia; mañana dejaré por puertas otra. Otro decía: Voy con un hombre negro que lleva un tintero en la mano

y un hierro afilado en el bolsillo a asesinar a todos aquellos que han sido bienhechores. Ya veo, decía otro, que van viento en popa mis asuntos; verdad es que cuando fui, tres días ha, a efectuar un pago, dejé llorando una familia entera; que acabé con la dote de dos doncellas honradas, y estorbé que dieran educación a un chico; el padre se morirá de pesadumbre, y la madre ya se ha muerto del sentimiento; mas no he hecho otra cosa que lo que me permite la ley.

¿Qué delito mayor que el que un ministro comete estragando la moral de una nación entera, avillanando los ánimos más generosos, empañando el brillo de las dignidades, oscureciendo la propia virtud, y amancillando la más ilustre prosapia con el universal desprecio? ¿Qué dirá la posteridad, cuando se vea forzada a sonrojarse de la torpeza de sus padres? ¿Qué dirá la generación naciente cuando con el hierro de sus abuelos coteje el oro de aquellos a quien ha debido el ser? No dudo que arranquen los nobles de sus escudos de armas un grado indigno de nobleza que los deshonra, y que dejen la actual generación sepultada en el hondo abismo de la nada, en que se ha precipitado ella propia.

*De París, a 11 de la luna  
de Rahmazan, 1720.*

## CARTA CXLVII

EL PRINCIPAL EUNUCO A USBEK, A PARÍS

A tal estado han venido a parar las cosas, que no es posible aguantar más. Tus mujeres se han figurado que con tu ausencia tenían facultad para todo, y están sucediendo cosas

tan horrorosas, que yo mismo tiemblo al contarte tan triste historia.

Algunos días ha que yendo Celis a la mezquita se dejó caer el velo, y mostró a toda la gente la cara casi descubierta.

A Zachi la he encontrado acostada con una de sus esclavas; acción con tan graves penas vedada por las leyes del serrallo.

Por el más raro acaso del mundo he interceptado una carta que te remito, pero no he podido averiguar para quién era.

Ayer noche encontraron los eunucos a un mancebo dentro del jardín del serrallo, y se les escapó saltando las tapias.

Añade a todo esto lo que no ha llegado a mi noticia; porque es cosa cierta que tus mujeres no te guardan fe. Espero tus órdenes, y hasta el punto que las reciba viviré en mortales zozobras; pero si no me das mando absoluto en tus mujeres de ninguna respondo, y cada día tendrás noticias no menos funestas que hoy.

*De tu serrallo de Ispahan, a 1 de  
la luna de Rhegeb, 1717.*

### CARTA CXLVIII

USBK AL PRIMER EUNUCO, AL SERRALLO  
DE ISPAHAN

Recibe con ésta un poder absoluto en todo el serrallo; manda con las mismas facultades que yo propio; haz que te precedan el miedo y el terror; corre de aposento en aposento imponiendo penas y castigos; infunde en todo ese recinto la consternación; anégale todo en llantos; haz pesquisas en todo el serrallo; empieza por los esclavos; no te detenga mi amor; com-

parezca todo ante tu tremendo tribunal; por de manifiesto los más escondidos secretos; purifica ese lugar infame, y haz tornar a él la virtud desterrada, porque desde este instante me respondes con la vida de las más leves culpas que en él se cometieren. Presumo que la carta que has interceptado era para Celis; examínalo con ojos de lince.

*De..., a 11 de la luna de Zilhagé, 1718.*

CARTA CXLIX

NARSIT A USBEK, A PARÍS

Magnífico señor: El principal eunuco acaba de morir, y siendo yo el más anciano de tus esclavos he sustituido su puesto, hasta que me hagas saber a quién te dignas escoger en su lugar.

Dos días después de su muerte me trajeron una carta tuya que le dirigías a él, y no he tenido la osadía de abrirla, que la he envuelto con respeto y la he guardado, hasta que me informes de tu sagrada voluntad.

La noche pasada a media noche me dio aviso un esclavo de que había encontrado a un mancebo en el serallo; yo me levanté, examiné lo que había, y vi que era equivocación suya.

Beso tus pies, sublime señor, y te ruego que te fíes de mi celo, de mi edad y mi experiencia. *Del serrallo de Ispahan, a 6 de la luna de Gemadí, 1, 1718.*

CARTA CL

USBEK A NARSIT, AL SERRALLO DE ISPAHAN

¡Desventurado! ¡En tus manos tienes cartas que te dan órdenes prontas y violentas; la

menor dilación puede costarme todo mi sosiego, y te estás quieto con un vano pretexto! Están sucediendo cosas horribles, acaso la mitad de mis esclavos han merecido la muerte. Ahí te envió la carta que me escribió mi primer eunuco poco antes de morir. Si hubieras abierto el pliego que le dirigí habrías visto mis sangrientos preceptos. Léelos sin tardanza esos preceptos, y morirás si no los cumplieres.

*De..., a 25 de la luna de Chalval, 1718.*

## CARTA CLI

SOLIN A USBEK, A PARÍS

Si más tiempo estuviera sin romper el silencio, sería yo tan culpable como todos los delincuentes que en tu serrallo tienes.

Yo era confidente del principal eunuco, el más leal de tus esclavos, y cuando se vio éste a punto de muerte me mandó llamar, y me dijo así: Yo me muero, y el único desconsuelo que al dejar esta vida llevo, es que mis postreras miradas han sido testigos de los delitos de las mujeres de mi amo. Líbrele el cielo de cuantas desdichas estoy previendo. ¡Y ojalá que después de mi muerte venga mi sombra amenazadora a infundir temor a esas alevés, y a amonestarlas de su obligación! Ahí están las llaves de este tremendo sitio; ve y llévaselas al más anciano de los negros. Pero si después de mi muerte no celas a las mujeres con la vigilancia que se requiere, ten cuenta con dar aviso a tu amo. Concluídas estas razones expiró en mis brazos.

Poco tiempo antes de morir sé que te escribió dándote cuenta de la conducta de tus

mujeres, y en el serrallo hay una carta tuya que las hubiera atemorizado a todas, si la hubieran abierto. La que después has escrito la han cogido tres leguas de aquí. No sé en qué consiste que todo sale mal. Entretan'o tus mujeres no guardan miramiento ninguno; desde que murió el primer eunuco a todo se propasan; Roxana es la única que no se ha olvidado de sus obligaciones, y vive con modestia. Cada día se estragan más las costumbres; el semblante de tus mujeres ya no retrata aquella severa y varonil virtud que antes; una no conocida alegría esparcida en estos sitios es a mi ver prueba irrefragable de escondidas satisfacciones. En las más menudas cosas noto libertades hasta ahora ignoradas. Entre tus mismos esclavos reina cierta indolencia en el desempeño de sus obligaciones y en la observancia de las reglas que me pasma, habiendo perdido aquel ferviente celo de tu servicio que al parecer animaba antes todo el serrallo.

Ocho días han estado tus mujeres en el campo, en una de tus quintas más distantes y más solas, y dicen que ha sido cohechado el esclavo que cuida de ella, que había escondido la vispera del día que ellas llegaron a dos hombres en un hueco de piedra que hay en la pared del principal aposento, y que salían de su escondite por la noche, cuando nos habíamos retirado. El eunuco anciano que está ahora a nuestra cabeza es un tonto a quien le hacen creer todo cuanto quieren.

Un enojo vengativo me hiere en el pecho contra tanta villanía; y si por lo que en ello se interesa tu servicio permitiera el cielo que me

creyeres capaz de gobernar, yo te doy mi palabra de que si no fuesen virtuosas tus mujeres serían fieles a lo menos.

*Del serrallo de Ispahan, a 6 de la luna de Rebiab, 1, 1719.*

CARTA CLII

NARSIT A USBEK, A PARÍS

Roxana y Celis han querido ir al campo, y me ha parecido que no se lo debía negar. ¡Feliz Usbek!, tus mujeres son fieles, vigilantes tus esclavos, y yo mando en sitios que parecen el albergue que ha escogido la virtud. Está cierto de que no sucederá en ellos cosa que no puedan contemplar tus ojos.

Una desdicha ha sucedido que me causa mucho pesar. Unos mercaderes armenios recién venidos a Ispahan traían una carta tuya para mí; yo envié un esclavo a buscarla, pero le han robado a la vuelta, y se ha perdido la carta. Escríbeme, magnífico señor, cuanto antes, que me figuro que en esta mudanza tendrás cosas importantes que encargarme.

*Del serrallo de Fátima, a 6 de la luna de Rebiab, 1, 1719.*

CARTA CLIII

USBK A SOLIN, AL SERRALLO DE ISPAHAN

El acero pongo en tu diestra, y fío de ti lo que más en este mundo amo, que es mi venganza. Entra en tu nuevo cargo; pero sin entrañas humanas, sin compasión. A mis mujeres les escribo que te obedezcan ciegamente; con-

## Cartas persas

fusas con tantos delitos se postrarán a tu vista. Menester es que te deba mi ventura y mi sosiego. Tórname mi serrallo cual yo le dejé: pero empieza expiándole; extermina a los culpados, y haz que tiemblen cuantos se propongan serlo. ¡Cómo va a recompensar tu amo tan señalados servicios! En tu mano está subir a un grado más eminente que tu condición, y gozar todas las recompensas que pudieras desear.

*De París, a 4 de la luna  
de Chaban, 1719.*

### CARTA CLIV

USBEK A SUS MUJERES, AL SERRALLO DE  
ISPAHAN

Caiga en medio de vosotras esta carta, como el rayo entre relámpagos y truenos. Vuestro primer eunuco es Solin, para castigaros, no para guardaros. Póstrese todo el serrallo ante él. Juzgará vuestras pasadas acciones, y en adelante hará que viváis bajo tan riguroso yugo, que si no os arrepentís de haber perdido la virtud, os arrepintáis a lo menos de haber perdido la libertad.

*De París, a 4 de la luna  
de Chaban, 1719.*

### CARTA CLV

USBEK A NESIR, A ISPAHAN

¡Bienaventurado aquel que sabiendo todo cuanto vale una vida serena y sosegada descansa el pecho en medio de su familia, sin ver más país que la tierra donde abrió los ojos a la luz del día! Yo vivo en un bárbaro clima, presente a cuanto me incomoda, ausente de

cuanto me interesa. Sobrecogido de una hórrida melancolía, me abrumba un peso inaguantable; me parece que me voy anonadando; y sólo me encuentro a mí propio cuando se inflaman en mí los negros celos, cuyos abortos son los terrores del ánimo, las sospechas, el odio y los pesares.

Bien me conoces, Nesir, y lees en mi pecho como en el tuyo propio. Pues te movería a compasión si supieras mi deplorable estado. A veces estoy esperando por espacio de seis meses nuevas del serrallo, contando todos los momentos que pasan, y haciéndolos más largos mi impaciencia; y cuando va a venir el instante tan ansiado hay en mi pecho una repentina revolución; me tiembla la mano al abrir la fatal carta; la zozobra que tan desesperado me tenía se me figura el estado más feliz en que me pudiera encontrar, y recelo salir de ella por un golpe más crudo para mí que mil muertes.

Mas aunque tan poderosos motivos me hayan obligado a salir de mi patria, y aunque deba la vida a mi ausencia, no puedo aguantar más, Nesir, este horrible destierro. Lo mismo me moriría de pesadumbre. Mil veces he instado a Rica a que dejase esta tierra extraña, pero a todas mis resoluciones se opone, y me retiene aquí con mil pretextos; no parece sino que se ha olvidado de su patria o más antes que se ha olvidado de mí; tan poca mella le hacen mis quebrantos.

¡Cuán desventurado soy! Ansío por volver a mi patria, donde acaso seré todavía más desdichado. ¡Ah! ¿qué voy a hacer en ella? Presentar mi cabeza a mis enemigos. Ni para aquí, que entraré en el serrallo, donde tomaré

## Cartas persas

residencia del funesto tiempo que he vivido ausente; y si encuentro culpados, ¿qué será de mí? Si la imaginación sola desde tan lejos me atormenta, ¿qué será cuando la avive mi presencia? ¿Qué será si tengo de ver, si tengo de oír lo que ni aun a imaginar me atrevo sin estremecerme? ¿Qué será, en fin, si los castigos que yo propio mande han de ser eternos monumentos de mi desesperada confusión?

Me iré a encerrar dentro de paredes para mí más tremendas que para las mujeres que en ellas se guardan; conmigo se albergarán todas mis sospechas; nada me encubrirán sus caricias; en mi lecho, en sus brazos solamente gozaré de mis recelos; y en el tiempo menos propicio para las reflexiones las harán mis celos. Escoria indigna de la naturaleza humana; viles esclavos en cuyo corazón no pueden tener cabida los afectos del amor; si conocierais toda la desdicha de mi suerte, no os lamentaríais de la vuestra.

*De París, a 4 de la luna  
de Chaban, 1719.*

### CARTA CLVI

ROXANA A USBEK, A PARÍS

En el serrallo reinan el horror, la noche y el espanto; le cerca un horroroso luto, y un tigre ejercita a cada instante toda su saña. Ha condenado al suplicio a dos eunucos blancos, que sólo su inocencia han confesado; ha vendido parte de nuestras esclavas, y nos ha obligado a cambiar entre nosotras las que nos han quedado. Zachí y Celis en la oscuridad de la noche han sido indignamente maltratadas

## Cartas persas

en su aposento, y no ha temido el sacrílego poner en ellas sus viles manos. Nos tiene encerradas a cada una en su cuarto, y aunque solas, nos hace que vivamos bajo el velo: no nos permite hablarnos; fuera delito escribirnos; los llantos es la única cosa que nos queda libre.

En el serrallo ha entrado una caterva de eunucos nuevos que no nos dejan de día ni de noche, interrumpiendo sin cesar nuestro sueño con sus recelos verdaderos o fingidos. Lo único que me consuela es que esto no puede durar mucho, y que tendrán fin mis penas con mi vida, que no será larga, crudo Usbek, ni te dejará lugar para que ceses de agraviarme. *Del serrallo de Ispahan, a 2 de la luna de Maharram, 1720.*

### CARTA CLVII

ZACHI A USBEK, A PARÍS

¡Oh cielos!, un inhumano me ha afrentado hasta en el modo de castigarme, imponiéndome un castigo que asusta el pudor; un castigo que nos vuelve, digámoslo así, a la niñez.

Anonadado primero mi ánimo con la ignominia, apenas se empezaba a indignar, cuando me arrancó el dolor gritos en que resonaron las bóvedas de mis aposentos, y se me oyó pedir perdón al más vil de todos los humanos, y reclamar su compasión, a proporción que él se mostraba más inexorable. Desde entonces su insolente y villana alma ha tomado dominio en la mía. Todas las desdichas me caen encima cuando le veo, cuando me

## Cartas persas

mira, cuando me habla. Cuando estoy sola tengo a lo menos el consuelo de verter llantos, pero cuando se me pone él delante me arrebatada la rabia, conozco que ésta es impotente, y me desespero más y más.

Este tigre tiene la avilantez de decirme que eres tú el autor de tanta inhumanidad; que quisiera quitarme mi amor, y profanar hasta los afectos de mi corazón. Cuando mienta el objeto de mi cariño, ni aun sé quejarme, y lo único que puedo es morir.

He sufrido tu ausencia y conservado el amor con la fuerza de mi mismo amor. Mis noches, mis días, mis momentos, todo ha sido tuyo. Ufana con mi propio amor, el tuyo me hacía respetar en estos sitios. Mas ahora... No, no puedo aguantar la afrenta en que vivo sumida. Si soy inocente vuelve para amarme; si soy culpada, para que expire a tus plantas.

*Del serrallo de Ispahan, a 2 de  
la luna de Maharram, 1720.*

### CARTA CLVIII

CELIS A USBEK, A PARÍS

¡A mil leguas de distancia de mí me juzgas culpada, y a mil leguas de mí me castigas!

Si un eunuco despiadado pone en mí sus villanas manos, ejecuta tus órdenes, y el tirano es quien me agravia, y no el instrumento de la tiranía.

A tu antojo puedes seguir maltratándome, que está sereno mi pecho desde que no te puede amar. Tu alma se torna vil, y te haces cruel. Está cierto de que nunca serás feliz.

Adiós.

*Del serrallo de Ispahan, a 2 de  
la luna de Maharram, 1720.*



## Cartas persas

### CARTA CLIX

SOLIN A USBEK, A PARÍS

Magnífico señor: me compadezco de mí y de ti, que nunca se vio un siervo fiel en la horrible desesperación en que yo me encuentro. Lee el triste cuento de tus desgracias y las mías, que te escribo temblando.

Por todos las profetas del cielo te juro que desde que me fiaste tus mujeres las he custodiado vigilándolas de día y noche, sin suspender un solo instante el curso de mis zozobras. Dí principio a mi ministerio con castigos; y cuando éstos han cesado, no he abandonado mi natural austeridad.

Mas ¿qué digo? ¿A qué viene jactarme de una fidelidad que de nada ha servido? Olvídate de todos mis pasados servicios, trátame como a un aleve, y castígame de cuantos delitos no he podido estorbar.

Roxana, la altiva Roxana... ¡Oh cielos! ¡De quién se ha de fiar uno! Tenías tú sospechas de Celis, y hacías entera confianza de Roxana, pero era la severidad de su virtud una horrenda impostura, era el disfraz de su alevosía. La he hallado en brazos de un mancebo, que así que se vio descubierto se lanzó contra mí, y me dio dos puñaladas: a los gritos acudieron tus eunucos y le cercaron; él se defendió largo rato, hirió a muchos de ellos, y quería volver al aposento de Roxana, para morir, decía, a su vista; pero, al fin, embesitado por tantos, cayó muerto a nuestros pies.

No sé, sublime señor, si aguarde tus severos preceptos. En mis manos has encomendado tu venganza, y no debo dilatarla.

*Del serrallo de Ispahan, a 8 de  
la luna de Rebiab, 1, 1720.*

## Cartas persas

### CARTA CLX

SOLIN A USBEK, A PARÍS

Ya me he resuelto; ya van a desaparecer tus agravios, y voy a castigar. Ya siento en mí un júbilo secreto; tu alma y la mía se van a calmar, que vamos a extirpar el delito, y a atemorizar hasta la inocencia.

¡Oh vosotras que parecéis destinadas a no conocer ni vuestros gustos sensuales, y a enojaros hasta con vuestros propios deseos, eternas víctimas del pudor y la vergüenza, ojalá pudiera yo introducir os todas de tropel en este desgraciado serrallo, para que os asombrarais de los ríos de sangre que en él van a correr por mi mano!

*Del serrallo de Ispahan, a 8 de  
la luna de Rebiab, 1, 1720.*

### CARTA CLXI

ROXANA A USBEK, A PARÍS

Sí, te he engañado, he cohechado a tus eunucos; me he burlado de tus celos, y tu horroroso serrallo le he convertido en una mansión de gustos y contentos.

Voy a morir; va a correr la ponzoña por mis venas: ¿y qué he de hacer cuando no existe ya el único hombre que me hacía amar la vida? Muero, sí, pero va mi sombra bien acompañada, que acabo de enviar al otro mundo a los sacrílegos satélites tuyos que han vertido la sangre más pura del orbe entero.

¿Cómo te presumías que fuese yo tan crédula que me creyese en el mundo sólo para adorar tus antojos, y que pensara que mien-

## Cartas persas

tras que te entregas tú a todos tus gustos tenías facultad para frustrar todos mis deseos? No; si he podido vivir en cautiverio, he sido siempre libre; tus leyes las he reformado según las leyes naturales, y continuo mi ánimo ha conservado su independencia.

Todavía me debieras dar las gracias por el sacrificio que te hice, por haberme abajado hasta fingir que te guardaba fe, por haber con cobardía escondido dentro de mi pecho lo que hubiera debido manifestar a la tierra entera; finalmente, por haber profanado la virtud, consintiendo en que calificaran de tal mi sujeción a tus manías.

Te pasmabas de no ver en mí los arrebatos del amor; pues si me hubieras conocido bien habrías visto toda la vehemencia del aborrecimiento; pero por mucho espacio de tiempo has tenido la jactancia de creer que se avasallaba un corazón como el mío: ambos éramos felices; tú por creer que me engañabas, y yo por engañarte.

Sin duda que te parece nuevo este estilo. ¿Podrá ser que después de haberte yo causado mil tormentos, te fuerce a que te maraville mi valor? Pero esto se acabó: el veneno me consume, me abandonan las fuerzas, y se me cae la pluma de las manos; hasta el odio con que te miro le siento desmayar, y me muero.

*Del serrallo de Ispahan, a 8 de  
la luna de Rebiab, 1, 1720.*

FIN

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
ADVERTENCIA DE LOS EDITORES .....	7
ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR .....	9
INTRODUCCIÓN .....	13
CARTA I.—Usbek a su amigo Rustan, a Ispahan .....	17
CARTA II.—Usbek a su primer eunuco negro, a su serrallo de Ispahan .....	18
CARTA III.—Zachi a Usbek, a Tauris .....	19
CARTA IV.—Zefis a Usbek, a Erzeron .....	21
CARTA V.—Rustan a Usbek, a Erzeron .....	22
CARTA VI.—Usbek a su amigo Nesir, a Ispahan .....	23
CARTA VII.—Fátima a Usbek, a Erzeron .....	24
CARTA VIII.—Usbek a su amigo Rustan, a Ispahan .....	26
CARTA IX.—El primer eunuco a Ibi, a Erzeron .....	28
CARTA X.—Mirza a su amigo Usbek, a Erzeron .....	33
CARTA XI.—Usbek a Mirza, a Ispahan .....	33
CARTA XII.—Usbek al mismo, a Ispahan .....	38
CARTA XIII.—Usbek al mismo .....	40
CARTA XIV.—Usbek al mismo .....	43
CARTA XV.—El primer eunuco a Jaron, eunuco negro, a Erzeron .....	44
CARTA XVI.—Usbek al molah Mahometo-Ali, guarda de los tres sepulcros .....	45
CARTA XVII.—Usbek al mismo .....	47
CARTA XVIII.—Mahometo-Ali, siervo de los profetas, a Usbek, a Erzeron .....	48
CARTA XIX.—Usbek a su amigo Rustan, a Ispahan .....	51
CARTA XX.—Usbek a Zachi, su mujer, al serrallo de Ispahan .....	52
CARTA XXI.—Usbek al primer eunuco blanco .....	55
CARTA XXII.—Jaron al primer eunuco .....	56
CARTA XXIII.—Usbek a su amigo Iben, a Esmirna .....	57
CARTA XXIV.—Rica a Iben, a Esmirna .....	58
CARTA XXV.—Usbek a Iben, a Esmirna .....	62
CARTA XXVI.—Usbek a Roxana, al serrallo de Ispahan .....	63
CARTA XXVII.—Usbek a Nesir, a Ispahan .....	67
CARTA XXVIII.—Rica a .....	68

# Índice

Páginas

— CARTA XXIX. — Rica a Iben, a Esmirna .....	71
CARTA XXX. — Rica al mismo, a Esmirna .....	73
CARTA XXXI. — Redi a Usbek, a Paris .....	75
CARTA XXXII. — Rica a .....	76
CARTA XXXIII. — Usbek a Redi, a Venecia .....	77
CARTA XXXIV. — Usbek a Iben, a Esmirna .....	78
CARTA XXXV. — Usbek a su primo Gemchid, dervis del brillante monasterio de Tauris .....	80
CARTA XXXVI. — Usbek a Redi, a Venecia .....	82
CARTA XXXVII. — Usbek a Iben, a Esmirna .....	84
CARTA XXXVIII. — Rica a Iben, a Esmirna .....	86
CARTA XXXIX. — Hagi Ibi, al judío Ben-Josué, catecúmeno mahometano, a Esmirna .....	88
CARTA XL. — Usbek a Iben, a Esmirna .....	90
CARTA XLI. — El primer eunuco negro a Usbek .....	91
CARTA XLII. — Faran a Usbek, su soberano dueño .....	92
CARTA XLIII. — Usbek a Faran, a los Jardines de Fátima .....	93
CARTA XLIV. — Usbek a Redi, a Venecia .....	94
CARTA XLV. — Rica a Usbek, a .....	95
CARTA XLVI. — Usbek a Redi, a Venecia .....	97
CARTA XLVII. — Zachi a Usbek, a Paris .....	100
— CARTA XLVIII. — Usbek a Redi, a Venecia .....	102
CARTA XLIX. — Rica a Usbek, a .....	109
CARTA L. — Rica a .....	110
CARTA LI. — Nargum, enviado de Persia en Moscovia, a Usbek, a Paris .....	112
CARTA LII. — Rica a Usbek, a .....	115
CARTA LIII. — Celis a Usbek, a Paris .....	117
CARTA LIV. — Rica a Usbek, a .....	118
CARTA LV. — Rica a Iben, a Esmirna .....	121
CARTA LVI. — Usbek a Iben, a Esmirna .....	123
CARTA LVII. — Usbek a Redi, a Venecia .....	125
CARTA LVIII. Rica a Redi, a Venecia .....	127
CARTA LIX. — Rica a Usbek, a .....	129
CARTA LX. — Usbek a Iben, a Esmirna .....	131
CARTA LXI. — Usbek a Redi, a Venecia .....	132
CARTA LXII. — Celis a Usbek, a Paris .....	135
CARTA LXIII. — Rica a Usbek, a .....	136
CARTA LXIV. — El jefe de los eunucos negros a Usbek, a Paris .....	138
CARTA LXV. — Usbek a sus mujeres, al serrallo de Ispahan .....	142
CARTA LXVI. — Rica a .....	143
CARTA LXVII. — Iben a Usbek, a Paris .....	144
CARTA LXVIII. — Rica a Usbek, a .....	156
CARTA LXIX. — Usbek a Redi, a Venecia .....	157
CARTA LXX. — Celis a Usbek, a Paris .....	160
CARTA LXXI. — Usbek a Celis .....	161
CARTA LXXII. — Rica a Usbek, a .....	162
CARTA LXXIII. — Rica a .....	163
CARTA LXXIV. — Usbek a Rica, a .....	164
— CARTA LXXV. — Usbek a Redi, a Venecia .....	165
CARTA LXXVI. — Usbek a su amigo Iben, a Esmirna .....	167
CARTA LXXVII. — Iben a Usbek, a Paris .....	169
— CARTA LXXVIII. — Rica a Usbek, a .....	170

CARTA LXXIX.—El principal eunuco negro a Usbek, a París .....	174
CARTA LXXX.—Usbek a Redi, a Venecia .....	175
CARTA LXXXI.—Nargum, enviado de Persia en Moscovia, a Us- bek, a París .....	177
CARTA LXXXII.—Rica a Iben, a Esmirna .....	178
CARTA LXXXIII.—Usbek a Redi, a Venecia .....	179
CARTA LXXXIV.—Rica, a .....	181
CARTA LXXXV.—Usbek a Mirza, a Ispahan .....	182
CARTA LXXXVI.—Rica a .....	185
CARTA LXXXVII.—Rica a .....	187
CARTA LXXXVIII.—Usbek a Redi, a Venecia .....	188
CARTA LXXXIX.—Usbek a Iben, a Esmirna .....	189
CARTA XC.—Usbek al mismo, a Esmirna .....	192
CARTA XCI.—Usbek a Rustan, a Ispahan .....	203
CARTA XCII.—Usbek a Redi, a Venecia .....	204
CARTA XCIII.—Usbek a su hermano, santón del monasterio de Casbin .....	295
CARTA XCIV.—Usbek a Redi, a Venecia .....	297
CARTA XCV.—Usbek al mismo .....	298
CARTA XCVI.—El primer eunuco a Usbek, a París .....	201
CARTA XCVII.—Usbek a Hacén, dervis de la montaña de Jaron ..	205
CARTA XCVIII.—Rica a Iben, a Esmirna .....	203
CARTA XCIX.—Rica a Redi, a Venecia .....	207
CARTA C.—Rica al mismo .....	208
CARTA CI.—Usbek a .....	210
CARTA CII.—Usbek a Iben, a Esmirna .....	211
CARTA CIII.—Usbek al mismo .....	214
CARTA CIV.—Usbek al mismo .....	216
CARTA CV.—Redi a Usbek, a París .....	218
CARTA CVI.—Usbek a Redi, a Venecia .....	219
CARTA CVII.—Rica a Iben, a Esmirna .....	223
CARTA CVIII.—Usbek a .....	225
CARTA CIX.—Rica a .....	227
CARTA CX.—Rica a .....	228
CARTA CXI.—Usbek a .....	229
CARTA CXII.—Redi a Usbek, a París .....	231
CARTA CXIII.—Usbek a Redi, a Venecia .....	233
CARTA CXIV.—Usbek al mismo .....	236
CARTA CXV.—Usbek al mismo .....	238
CARTA CXVI.—Usbek al mismo .....	240
CARTA CXVII.—Usbek al mismo .....	243
CARTA CXVIII.—Usbek al mismo .....	245
CARTA CXIX.—Usbek al mismo .....	246
CARTA CXX.—Usbek al mismo .....	248
CARTA CXXI.—Usbek al mismo .....	249
CARTA CXXII.—Usbek al mismo .....	253
CARTA CXXIII.—Usbek a Molah Mahometo-Ali, guarda de los tres se- púlculos, a Com .....	255
CARTA CXXIV.—Usbek a Redi, a Venecia .....	256
CARTA CXXV.—Rica a .....	258
CARTA CXXVI.—Rica a Usbek, a .....	260

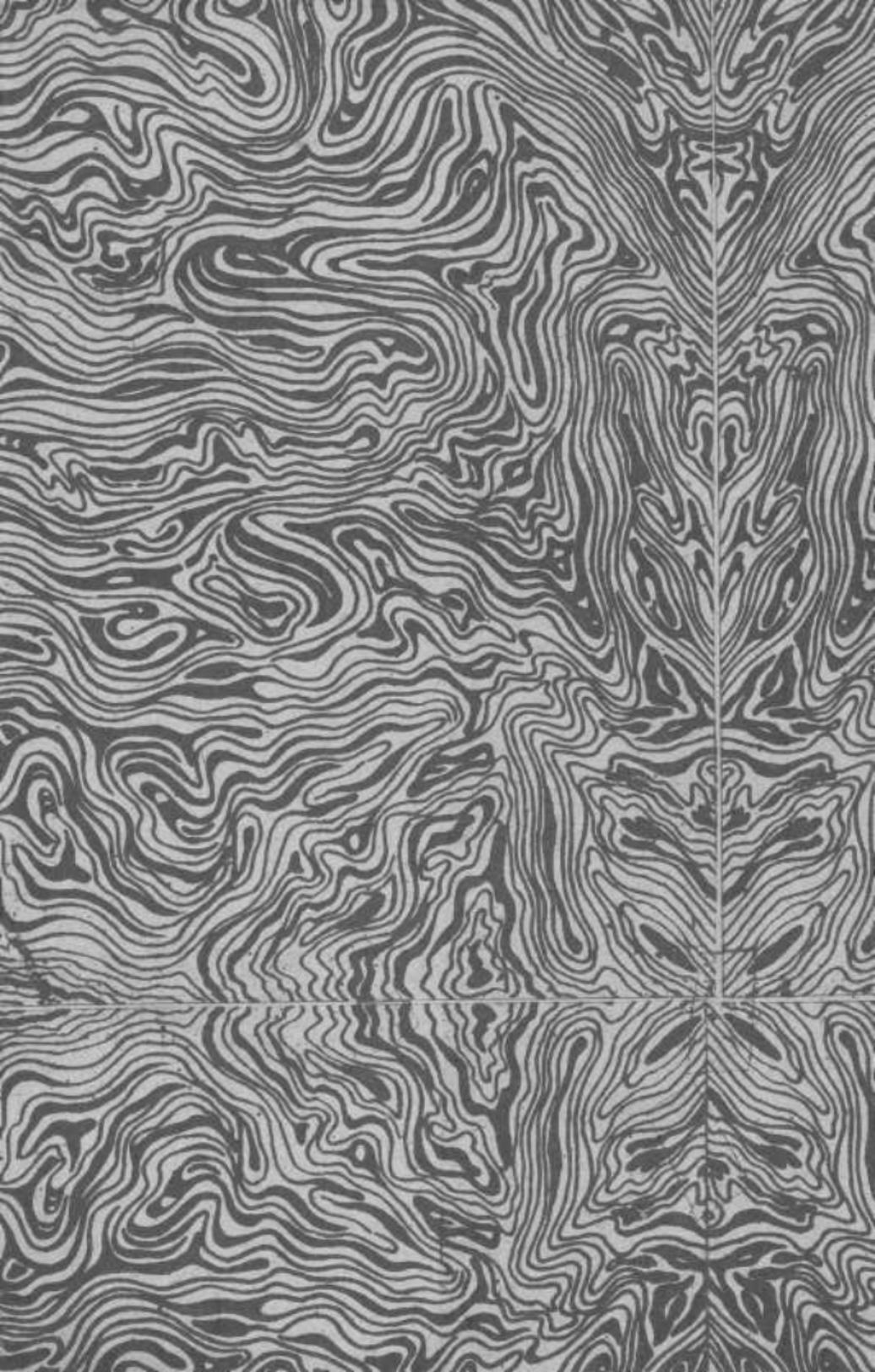
# Índice

Páginas

CARTA CXXVII.—Rica a Iben, a Esmirna .....	261
CARTA CXXVIII.—Rica a Usbek, a .....	263
CARTA CXXIX.—Usbek a Redi, a Venecia .....	266
CARTA CXXX.—Rica a .....	268
CARTA CXXXI.—Redi a Rica, a París .....	271
CARTA CXXXII.—Rica a .....	274
CARTA CXXXIII.—Rica a .....	277
CARTA CXXXIV.—Rica al mismo .....	278
CARTA CXXXV.—Rica al mismo .....	280
CARTA CXXXVI.—Rica al mismo .....	282
CARTA CXXXVII.—Rica al mismo .....	284
CARTA CXXXVIII.—Rica a Iben, a Esmirna .....	286
CARTA CXXXIX.—Rica al mismo .....	288
CARTA CXL.—Rica a Usbek, a .....	289
CARTA CXLI.—Rica al mismo .....	290
CARTA CXLII.—Rica a Usbek, a .....	299
CARTA CXLIII.—Rica a Natanael Levi, médico judío, a Liorna .	305
CARTA CXLIV.—Usbek a Rica .....	312
CARTA CXLV.—Usbek a .....	313
CARTA CXLVI.—Usbek a Redi, a Venecia .....	317
CARTA CXLVII.—El principal eunuco a Usbek, a París .....	319
CARTA CXLVIII.—Usbek al primer eunuco, al serrallo de Ispahan	320
CARTA CXLIX.—Narsit a Usbek, a París .....	321
CARTA CL.—Usbek a Narsit, al serrallo de Ispahan .....	321
CARTA CLI.—Solin a Usbek, a París .....	322
CARTA CLII.—Narsit a Usbek, a París .....	324
CARTA CLIII.—Usbek a Solin, al serrallo de Ispahan .....	324
CARTA CLIV.—Usbek a sus mujeres, al serrallo de Ispahan .....	325
CARTA CLV.—Usbek a Nesir, a Ispahan .....	325
CARTA CLVI.—Roxana a Usbek, a París .....	327
CARTA CLVII.—Zachi a Usbek, a París .....	328
CARTA CLVIII.—Celis a Usbek, a París .....	329
CARTA CLIX.—Solin Usbek, a París ..	330
CARTA CLX.—Solin a Usbek, a París .....	331
CARTA CLXI.—Roxana a Usbek, a París .....	331









357  
357  
357  
357

Cartas persas

MONTIÈSQUIEU